Eric H. Cline

1177 a.C.

El año en que la civilización se derrumbó



TIEMPO DE HISTORIA

CRÍTICA

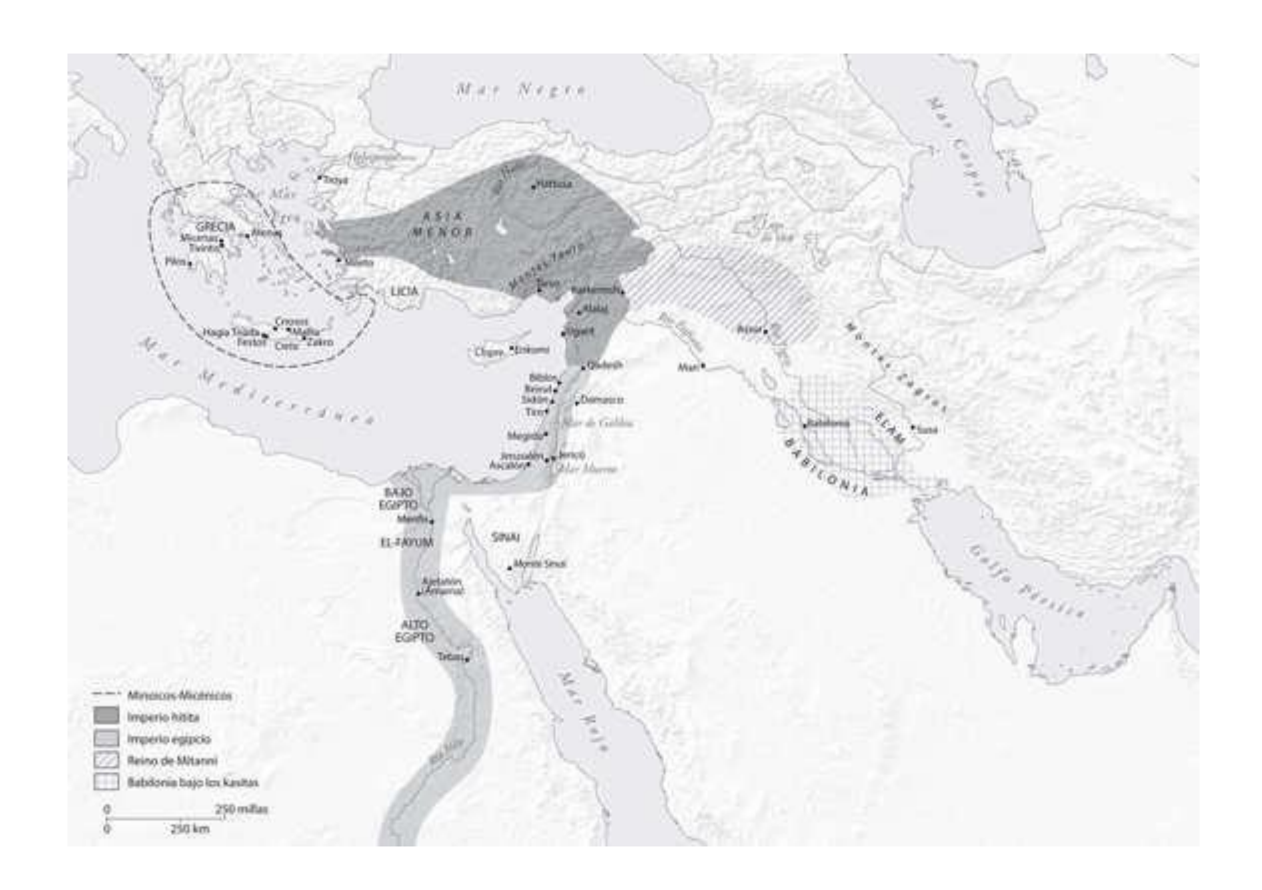
1177 a.c.

EL AÑO EN QUE LA CIVILIZACIÓN SE DERRUMBÓ

Eric H. Cline

Índice

Dedicado a James D. Muhly, que durante casi medio siglo ha estado debatiendo sobre estos temas y presentándoselos a sus alumnos.



Frontispicio. Mapa de las civilizaciones de la Edad del Bronce tardía en el Egeo y el Mediterráneo oriental

Prefacio

La economía de Grecia es un caos. Libia, Siria y Egipto se ven asaltadas por rebeliones internas cuyas llamas avivan gentes del exterior y guerreros extranjeros. Turquía teme acabar viéndose envuelta en el conflicto, igual que Israel. Jordania está llena de refugiados. Irán es belicoso y amenazador, mientras Iraq se sume en el desorden. ¿2013 d. C.? Sí, pero la situación también estaba así en 1177 a. C., hace más de tres mil años, cuando las civilizaciones mediterráneas de la Edad del Bronce se derrumbaron, una tras otra, y cambiaron para siempre el rumbo y el futuro del mundo occidental. Fue un momento capital en la historia: un punto de inflexión del mundo antiguo.

La Edad del Bronce en el Egeo, Egipto y el Oriente Próximo duró casi dos mil años, desde aproximadamente 3000 a. C. hasta poco después de 1200 a. C. Cuando llegó el final, según se dio después de siglos de evolución cultural y tecnológica, la mayor parte del mundo civilizado e internacional de las regiones mediterráneas sufrió un parón espectacular en una extensa área que iba desde Grecia e Italia, en Occidente, hasta Egipto, Canaán y Mesopotamia, en Oriente. Grandes imperios y pequeños reinos que habían tardado siglos en formarse se desmoronaron con celeridad. Con su fin llegó un período de transición, que los estudiosos calificaron, durante un tiempo, de primera «Edad Oscura» del mundo. Hasta varios siglos más tarde no apareció en Grecia y las otras zonas afectadas un nuevo renacimiento cultural, que preparó el escenario para el desarrollo de la sociedad occidental tal y como la conocemos hoy.

Aunque este libro se ocupa principalmente del derrumbe de las civilizaciones de la Edad del Bronce y de los factores que, hace más de tres milenios, provocaron ese desmoronamiento, también puede ofrecer lecciones importantes para nuestras sociedades actuales, globalizadas y transnacionales. Quizá algunos den por sentado que no cabe establecer ninguna comparación válida entre el mundo de la Edad del Bronce tardía y nuestra cultura actual, de matriz tecnológica. Sin embargo, existen tantas similitudes entre ambos mundos —incluidas las embajadas diplomáticas y los embargos comerciales por causas económicas; los secuestros y rescates; los asesinatos y regicidios; matrimonios espléndidos y divorcios desagradables; intrigas internacionales y desinformación militar deliberada; la sequía y el cambio climático; e incluso uno o dos naufragios— que mirar más de cerca los acontecimientos, pueblos y lugares de una

era que existió hace más de tres milenios es más que un mero ejercicio académico de estudio de la historia antigua.[1]En la economía global de hoy día, y en un mundo recientemente sacudido por terremotos y tsunamis en Japón y las revoluciones democráticas de la «primavera árabe» en Egipto, Túnez, Libia, Siria y el Yemen, las fortunas e inversiones de Estados Unidos y Europa están inextricablemente ligadas en el seno de un sistema internacional que también implica a Asia oriental y a las naciones productoras de petróleo en el Oriente Medio. Por tanto, puede ser muy provechoso examinar los vestigios que nos han quedado de unas civilizaciones similarmente vinculadas que se derrumbaron hace más de tres mil años.

Hablar de «derrumbes» y comparar el ascenso y la caída de los imperios no es una idea nueva; los estudiosos llevan haciéndolo desde, por lo menos, hacia 1700, cuando Edward Gibbon escribió sobre la caída del Imperio Romano. Un ejemplo más reciente es un libro de Jared Diamond: *Collapse*.[2]Pese a todo, estos autores estudiaron cómo un único imperio o una sola civilización llegaron a su fin: los romanos, los mayas, los mongoles, etc. Aquí, en cambio, estamos pensando en un sistema mundial y globalizado con múltiples civilizaciones que interactúan y dependen (al menos en parte) unas de otras. En la historia solo ha habido unos pocos ejemplos de sistemas mundiales tan globalizados. El que existió durante la Edad del Bronce tardía y el que hoy tenemos son dos de los ejemplos más obvios y, en ocasiones, los paralelos —*comparaciones* quizá sea un término más acertado— son fascinantes.

Por poner tan solo un ejemplo, en fecha reciente la profesora británica Carol Bell ha señalado que «probablemente, la importancia estratégica del estaño en la Edad del Bronce tardía ... no era tan distinta de la del petróleo hoy en día».[3]En aquella época, solamente se podían obtener grandes cantidades de estaño en minas concretas de la región afgana del Badajshán, y había que traerlo por vía terrestre hasta los emplazamientos de Mesopotamia (hoy Iraq) y el norte de Siria, desde donde lo distribuían a lugares situados más al norte, al sur o al oeste, o continuaban camino por mar hacia el Egeo. Bell prosigue: «Disponer del estaño suficiente para fabricar ... armas de bronce de calidad tuvo que inquietar al gran rey de Hattusa y el faraón de Tebas ¡del mismo modo en que abastecer de gasolina, a un precio razonable, a los conductores de todoterrenos de Estados Unidos preocupa hoy al presidente del país!».[4]

La arqueóloga Susan Sherratt, que estuvo en el Ashmolean Museum de Oxford y hoy enseña en la Universidad de Sheffield, empezó a apuntar esta comparación hace una década. Señaló que hay varias «analogías verdaderamente útiles» entre el mundo de 1200 a. C. y el de hoy, incluido el aumento de la fragmentación política, social y económica, además de la existencia de un intercambio directo «en niveles sociales sin precedentes y a distancias sin

precedentes». Especialmente destacable es su comentario de que, a finales de la Edad del Bronce tardía, la situación era comparable a nuestra propia «economía y cultura global, cada vez más homogénea pero incontrolable, en la que ... las incertidumbres políticas de una zona del mundo pueden afectar de forma extrema a las economías de regiones situadas a miles de kilómetros de distancia».[5]

En cierta ocasión, el historiador Fernand Braudel dijo: «La historia de la Edad del Bronce podría escribirse fácilmente como una obra teatral: está llena de invasiones, guerras, saqueos, desastres políticos y hundimientos económicos duraderos, "los primeros enfrentamientos entre pueblos"». También sugirió que la historia de la Edad del Bronce puede escribirse «no solo como una saga de drama y violencia, sino como un relato de contactos más benignos: comerciales, diplomáticos (incluso en ese período) y, sobre todo, culturales».[6]La sugerencia de Braudel se ha tomado muy en serio y, por lo tanto, yo presento hoy aquí el relato (o mejor, los relatos) de la Edad del Bronce tardía como un drama en cuatro actos, con la estructura narrativa y los *flashbacks* necesarios para dar el contexto adecuado en el que introducir a los personajes principales, según aparecieron en el escenario del mundo y se fueron marchando: desde el hitita Tudhaliya y el mitanio Tushratta, hasta Amenofis III de Egipto y Assur-uballit de Asiria (al final del libro hay un apéndice de «Dramatis Personæ», para quienes deseen retener mejor los nombres y fechas).

Ahora bien, nuestra narración tendrá también rasgos detectivescos, con giros y cambios, pistas falsas y claves de importancia. Citando a Hércules Poirot, el legendario detective belga creado por Agatha Christie, que estuvo casada con un arqueólogo,[7]tendremos que utilizar nuestras «pequeñas células grises» para entretejer los distintos hilos al final de la crónica, cuando intentemos responder a la pregunta de por qué un sistema internacional estable se hundió de repente, tras varios siglos de florecimiento.

Además, para comprender realmente qué se hundió en 1177 a. C. y por qué se trata de un momento tan decisivo en la historia antigua, debemos empezar antes, igual que, para comprender verdaderamente los orígenes del mundo globalizado de hoy día, podríamos remontarnos al siglo XVIII d. C. y empezar con la cumbre de la Ilustración, la Revolución Industrial y la fundación de Estados Unidos. Aunque mi interés se centra principalmente en examinar las posibles causas del hundimiento de las civilizaciones de la Edad del Bronce en esta zona, también me ocuparé de las cuestiones de qué perdió el mundo en este momento fundamental, cuando los imperios y reinos del segundo milenio a. C. empezaron a venirse abajo, y de hasta qué punto en esta parte del mundo la civilización retrocedió (en algunos lugares, durante siglos) y se alteró de forma irrevocable. La magnitud de la catástrofe fue enorme: fue una pérdida tan colosal que el mundo no volvería a ver otra parecida hasta la caída del Imperio Romano, más de quince siglos después.

Agradecimientos

Hace mucho tiempo que quería escribir un libro como este y, por lo tanto, antes que nada, deseo transmitir mi más sincero agradecimiento a Rob Tempio, por haber impulsado este proyecto y ayudarlo a superar los típicos dolores de crecimiento hasta llegar a la imprenta. También mostró una paciencia increíble cuando el manuscrito definitivo llegó algo más tarde de la fecha acordada en un principio. Me alegra mucho que se haya escogido este volumen como el primero de una nueva serie de Princeton University Press, que dirigen Barry Strauss y Rob Tempio.

También estoy en deuda con el fondo de fomento de la investigación (UFF) de la Universidad George Washington, por la beca estival, y con numerosos amigos y colegas, como Assaf Yasur-Landau, Israel Finkelstein, David Ussishkin, Mario Liverani, Kevin McGeough, Reinhard Jung, Cemal Pulak, Shirly Ben-Dor Evian, Sarah Parcak, Ellen Morris y Jeffrey Blomster, con los que he podido sostener productivas conversaciones acerca de temas importantes. Además, quiero transmitir mi agradecimiento específico a Carol Bell, Reinhard Jung, Kevin McGeough, Jana Mynářová, Gareth Roberts, Kim Shelton, Neil Silberman y Assaf Yasur-Landau, por mandarme materiales que les había solicitado y ofrecerme respuestas detalladas a preguntas concretas. Igualmente quiero darles las gracias a Randy Helm, Louise Hitchcock, Amanda Podany, Barry Strauss, Jim West y dos críticos anónimos, por haber leído y comentado todo el manuscrito. Gracias también a la National Geographic Society, al Oriental Institute de la Universidad de Chicago, al Metropolitan Museum y a la Egypt Exploration Society por permitir la reproducción de algunas de las figuras que aparecen en este libro.

Buena parte del material de esta obra es una actualización e interpretación accesible de mis investigaciones y publicaciones de los últimos veinte años (o quizá más), acerca de las relaciones internacionales en la Edad del Bronce tardía; además se presentan, por supuesto, las investigaciones y conclusiones de otros muchos estudiosos. Mi más sincera gratitud, por tanto, a los directores y editores de los distintos volúmenes colectivos y revistas en los que han ido apareciendo algunas de mis publicaciones y artículos anteriores más relevantes, por permitirme reproducir los materiales que aquí utilizo, si bien alterados y actualizados en su mayoría. Debo mencionar, sobre todo, a David Davison, de Tempus Reparatum-Archaeopress, y Jack Meinhardt y la revista *Archaeology Odyssey*; James R. Mathieu y la revista *Expedition*; Virginia Webb y el *Annual of the British School at Athens*;

Mark Cohen y la CDL Press; Tom Palaima y *Minos*; Robert Laffineur y la serie *Aegaeum*; Ed White y Recorded Books-Modern Scholar; Garrett Brown y la National Geographic Society; y Angelos Chaniotis y Mark Chavalas, entre otros. He intentado por todos los medios documentar con claridad, en las notas finales y la bibliografía, las publicaciones donde pueden encontrarse mis análisis previos sobre la información que aquí presento. Cualquier cita o préstamo que aparezca sin fuente, ya sea de mis propias publicaciones anteriores o de las de otros investigadores, es fruto de un error involuntario que se corregirá en futuras ediciones, si es preciso.

En último lugar, pero desde luego no por ello el menos importante, quiero dar las gracias a mi esposa, Diane, por las muchas conversaciones estimulantes que hemos sostenido sobre varios aspectos de este material. Entre otras aportaciones, me introdujo en los temas del análisis de las redes sociales y la teoría de la complejidad, y creó algunas de las imágenes que utilizo aquí. También deseo agradecerles, tanto a ella como a nuestros hijos, la paciencia que tuvieron mientras estuve trabajando en este libro. Como siempre, el texto se ha beneficiado de la rigurosa corrección y los comentarios críticos de mi padre, Martin J. Cline.

Prólogo

El hundimiento de las civilizaciones: 1177 a.C.

Los guerreros entraron en la escena mundial y se movieron con rapidez, dejando a su paso una estela de muerte y destrucción. Los investigadores modernos se refieren a ellos como un colectivo al que denominan «Pueblos del Mar», pero los egipcios que dejaron constancia de su ataque contra Egipto jamás utilizaron este término. Por el contrario, los identificaron como grupos separados que actuaban de forma conjunta: los peleset, tjekker, shekelesh, shardana, danuna y weshesh; nombres extraños al oído para gentes de apariencia extranjera.[1]

Tenemos poca información sobre ellos, aparte de la que nos proporcionan los documentos egipcios. No sabemos con seguridad dónde aparecieron los Pueblos del Mar: quizá fuera en Sicilia, Cerdeña e Italia, según una de las hipótesis; tal vez en el Egeo o en la Anatolia occidental; o quizá incluso en Chipre o el Mediterráneo oriental.[2]Nunca se ha identificado un yacimiento antiguo como punto de origen o de partida. Creemos que pasaban sin cesar de un sitio a otro, invadiendo países y reinos en su avance. Según los textos egipcios, establecieron un asentamiento en Siria antes de bajar por la costa de Canaán (incluidas partes de los actuales Líbano, Siria e Israel) hasta entrar por el delta del Nilo en Egipto.

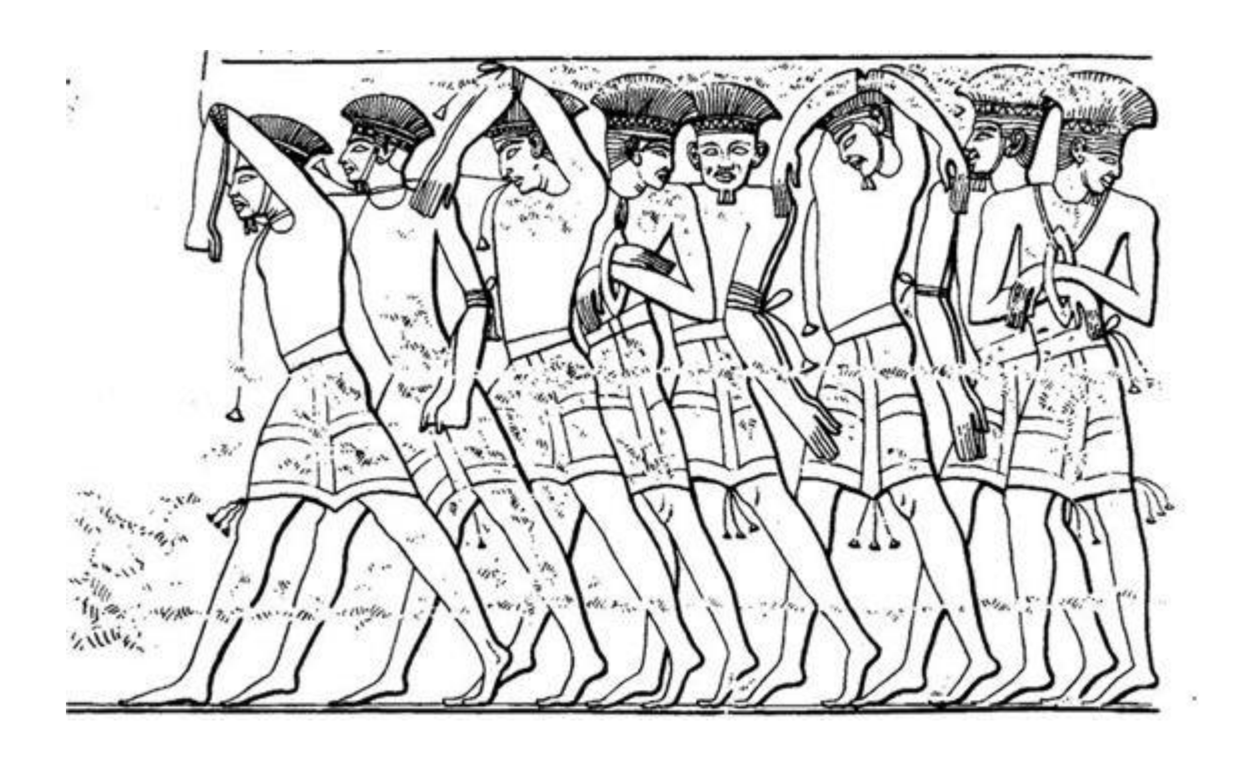


Fig. 1. Pueblos del Mar retratados como cautivos en Medinet Habu (según *Medinet Habu*, vol. 1, lám. 44; cortesía del Oriental Institute de la Universidad de Chicago).

Corría el año 1177 a. C. Era el octavo de reinado del faraón Rameses III.[3]Según los antiguos egipcios y las pruebas arqueológicas más recientes, una parte de los Pueblos del Mar llegó por tierra, y la otra, por mar.[4]No llevaban uniformes ni equipos relucientes. Las imágenes antiguas representan a un grupo con tocados de plumas, mientras otra facción lucía casquetes; los había que usaban cascos con cuernos o que llevaban la cabeza desnuda. Algunos tenían barbas cortas puntiagudas y vestían faldas cortas a la escocesa, ya fuera a pecho descubierto o cubiertos con una túnica; otros iban afeitados y llevaban prendas más largas, casi como faldas de mujer. Estas observaciones hacen pensar que los Pueblos del Mar los formaban gentes de distintas geografías y distintas culturas. Armados con afiladas espadas de bronce, lanzas de madera con relucientes puntas metálicas, y con arcos y flechas, aparecían en botes, carros de combate, carretas de bueyes u otras variantes de carros. Aunque he tomado la fecha de 1177 a. C. como punto de inflexión fundamental, sabemos que los invasores fueron llegando en oleadas durante un lapso temporal considerablemente largo. En ocasiones, los guerreros se presentaban en solitario y otras veces iban acompañados de sus familias.

Según las inscripciones de Rameses, ningún país fue capaz de enfrentarse a esta multitud invasora. La resistencia era en vano. Las grandes potencias de la época —hititas, micénicos, cananeos, chipriotas y algunos otros— fueron cayendo uno tras otro. Algunos supervivientes escaparon de la matanza; otros se apiñaron en sus ciudades, antes prominentes y ahora en ruinas; y los hubo que se unieron a los invasores, engrosando sus filas y sumándose a la aparente complejidad de la turba invasora. Todos los grupos de los Pueblos del Mar estaban en movimiento, al parecer cada uno regido por sus propios intereses. Quizá algunos se sintieron espoleados por el ansia de botín o esclavos; otros quizá emigraron hacia el este, desde sus territorios más occidentales, empujados por presiones demográficas.

En las paredes de su templo funerario de Medinet Habu, cerca del Valle de los Reyes, Rameses dijo sucintamente:

Los países extranjeros organizaron una conspiración en sus islas. Arremetieron de pronto contra todas las tierras y las dispersaron en el combate. Ninguna tierra fue capaz de resistir frente a sus armas, desde Jatte, Qode, Karkemish, Arzawa y Alashiya, todas aisladas [al mismo tiempo. Establecieron] un campamento en un lugar de Amurru. Devastaron a sus gentes y su tierra quedó como la que no ha llegado a existir. Avanzaban hacia Egipto, con la llama preparada de antemano. Era una confederación de peleset, tjekker, shekelesh, danuna y weshesh, las tierras unidas. Pusieron la mano sobre las tierras del circuito entero de la tierra, con el corazón seguro y confiado.[5]

Tenemos noticia de estos lugares que, supuestamente, conquistaron los invasores, porque eran famosos en la antigüedad. Jatte o Hatti es el territorio hitita, cuyo núcleo se encontraba en la meseta interior de Anatolia (antiguo nombre de Turquía), cerca de la actual Ankara, y su imperio se extendía desde la costa del Egeo en el oeste hasta las tierras del norte de Siria en el este. Qode probablemente estaba en lo que hoy es el sureste de Turquía (quizá en la región de la antigua Kizzuwadna). Carchemish es un yacimiento arqueológico bien conocido, que empezó a ser excavado hace casi un siglo por un equipo de arqueólogos en el que se encontraban sir Leonard Woolley (tal vez más conocido por su excavación el «Ur de los caldeos» de Abraham, en Iraq), y T. E. Lawrence (que, antes de protagonizar sus hazañas de la primera guerra mundial, que acabaron convirtiéndolo en el «Lawrence de Arabia» de Hollywood, se había formado como arqueólogo clásico en Oxford). Arzawa fue un territorio conocido por los hititas, situado dentro de su radio de alcance, en la Anatolia occidental. Alashiya podría haber sido lo que hoy conocemos como la isla de Chipre, una isla rica en metales y famosa por sus minas de cobre. Amurru estaba en la costa del norte de Siria. Volveremos sobre estos lugares más adelante, en las páginas y las narraciones que

vienen a continuación.

Los seis grupos independientes que conformaron los Pueblos del Mar durante esta oleada de invasiones —los cinco mencionados por Rameses en la inscripción de Medinet Habu y un sexto grupo, llamado shardana, al que se menciona en otra inscripción importante— son bastante más enigmáticos que las tierras que supuestamente conquistaron. No dejaron ninguna inscripción propia y, por lo tanto, a nivel textual, los conocemos casi exclusivamente a través de las inscripciones egipcias.[6]

También es difícil detectar a la mayoría de estos grupos en el registro arqueológico, aunque arqueólogos y filólogos han realizado un valeroso intento durante buena parte del siglo pasado, primero con juegos lingüísticos y, en años más recientes, estudiando la alfarería y otros restos arqueológicos. Por ejemplo, los danuna fueron identificados, hace tiempo, con los dánaos homéricos, del Egeo de la Edad del Bronce. Abundan las hipótesis que sostienen que los shekelesh llegaron de la actual isla de Sicilia y que los shardana eran de Cerdeña, basándose en parte en las similitudes consonánticas de cada caso y en el hecho adicional de que Rameses se refiere a estos «países extranjeros» como instigadores de una conspiración «en sus islas»; a los shardana, en particular, se los calificó en las inscripciones de Rameses como un pueblo «del mar».[7]

No obstante, no todos los investigadores aceptan estas sugerencias. Existe toda una escuela de pensamiento que propone que los shekelesh y los shardana no llegaron desde el Mediterráneo occidental, sino que provenían de zonas del Mediterráneo oriental y tan solo huyeron a las regiones de Sicilia y Cerdeña, y dieron sus nombres a estas tierras tras haber sido derrotados por los egipcios. A favor de esta posibilidad se presenta el hecho de que sabemos que los shardana habían combatido tanto a favor como en contra de los egipcios mucho antes de la llegada de los Pueblos del Mar. En contra de esta posibilidad tenemos el hecho de que, más adelante, Rameses III nos dice que él hizo asentarse en el propio Egipto a los supervivientes de las fuerzas atacantes.[8]

De todos los grupos extranjeros activos en este escenario durante aquella época, solamente se ha identificado a uno con seguridad. Suele admitirse que los peleset de los Pueblos del Mar no son sino los filisteos, de quienes en la Biblia se dice que provenían de Creta.[9]La identificación lingüística era, en apariencia, tan obvia que Jean-François Champollion, el descifrador de los jeroglíficos egipcios, ya la había sugerido en 1836, y la identificación de estilos específicos de cerámica, arquitectura y otros restos materiales como estilos «filisteos» fue iniciada ya en 1899 por el arqueólogo bíblico que trabajaba en Tell es-Safi, identificada como el Gat bíblico.[10]

Aunque no sabemos con exactitud ni los orígenes ni la motivación de los invasores, sí conocemos su aspecto: podemos ver sus nombres y sus rostros

inscritos en los muros del templo funerario de Rameses III en Medinet Habu. En este yacimiento antiguo abundan tanto las pinturas como las majestuosas hileras de textos jeroglíficos. Las armaduras, las armas, la vestimenta, los botes y los carros de bueyes de los invasores, cargados de posesiones, se ven claramente en las representaciones, tan detalladas que los estudiosos han publicado análisis específicos de algunos personajes, e incluso de las distintas embarcaciones que aparecen en las escenas.[11]Otros panoramas son más gráficos. En uno de ellos aparecen extranjeros y egipcios enzarzados en una caótica batalla naval; algunos hombres flotan boca arriba y están muertos, sin asomo de duda, mientras otros continúan luchando ferozmente desde sus barcas.

A partir de la década de 1920, las inscripciones y las escenas de Medinet Habu han sido objeto de estudio y copia exacta por parte de los egiptólogos del Oriental Institute de la Universidad de Chicago. El Instituto era —y sigue siendo— uno de los centros más destacados del mundo en el estudio de las civilizaciones antiguas de Egipto y el Oriente Próximo. Fue fundado por James Henry Breasted tras regresar de un viaje épico que lo llevó por el Oriente Próximo entre 1919 y 1920; contaba con un capital inicial de cincuenta mil dólares, de John D. Rockefeller (hijo). Los arqueólogos del OI (como se lo conoce habitualmente) han excavado toda la zona del Oriente Próximo, de Irán a Egipto y aun más allá.

Mucho se ha escrito sobre Breasted y los proyectos del OI que se iniciaron bajo su dirección, incluidas las excavaciones de Megido, en Israel (el Armagedón bíblico), que se extendieron de 1925 a 1939.[12]Entre los proyectos más importantes figuran los estudios epigráficos realizados en Egipto, en el transcurso de los cuales los egiptólogos copiaron minuciosamente los textos y las escenas que los faraones nos legaron en sus templos y palacios de todo Egipto. Copiar los jeroglíficos inscritos en monumentos y muros de piedra es un trabajo terriblemente aburrido. Implica horas y horas de trabajo, y quienes los transcriben suelen estar colgados de escaleras o andamios, al calor del sol, escudriñando detenidamente los deteriorados símbolos inscritos en puertas, templos y columnas. Baste decir que los resultados son de un valor incalculable, sobre todo porque la mayoría de las inscripciones han sufrido muchísimo por culpa de la erosión, los destrozos que provocan los turistas u otros daños. De no haberse realizado estas transcripciones, se habrían vuelto indescifrables para las generaciones futuras. Los resultados de las transcripciones de Medinet Habu se publicaron en toda una serie de volúmenes: el primero apareció en 1930, y otros volúmenes relacionados siguieron viendo la luz durante las décadas de 1940 y 1950.

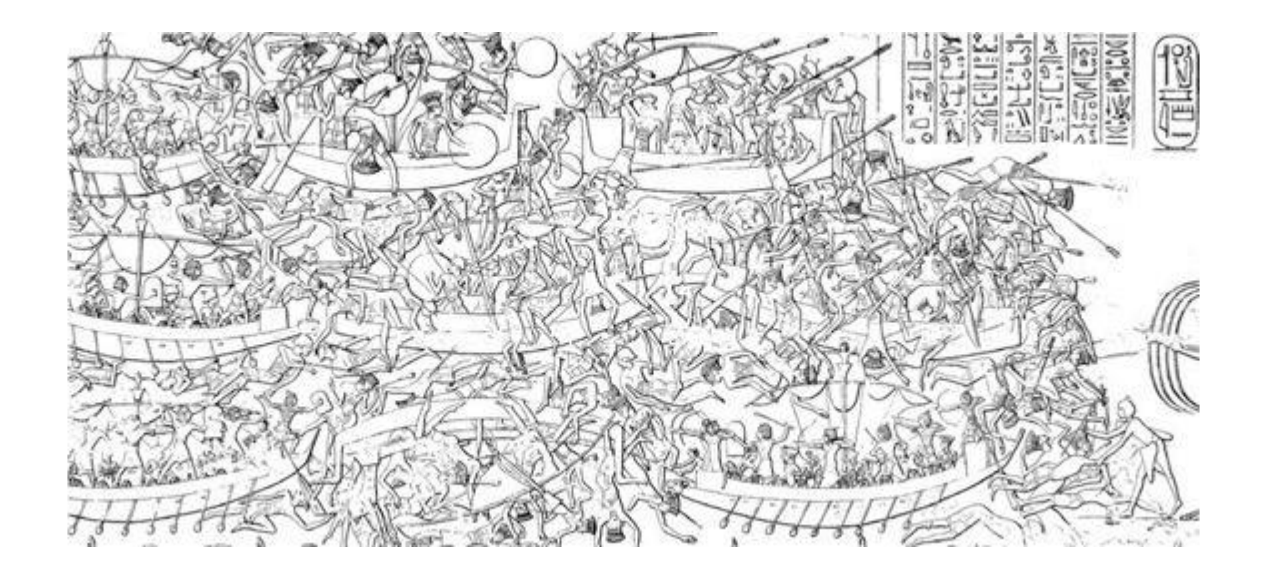


Fig. 2. Batalla naval con los Pueblos del Mar en Medinet Habu (según *Medinet Habu*, vol. 1, lám. 37; cortesía del Oriental Institute de la Universidad de Chicago).

Aunque el debate académico sigue abierto, la mayoría de especialistas está de acuerdo en que, probablemente, las batallas navales y terrestres representadas en los muros de Medinet Habu fueron enfrentamientos que se libraron de forma casi simultánea en el delta de Egipto o en sus inmediaciones. Cabe la posibilidad de que representen una batalla única y prolongada que se desarrollase por igual en escenarios de mar y tierra; algunos expertos han sugerido que ambos enfrentamientos representarían emboscadas de las fuerzas de los Pueblos del Mar, en las que los egipcios los tomarían por sorpresa.[13]En cualquier caso, el resultado final no deja espacio para la duda, según atestigua claramente esta declaración del faraón egipcio en Medinet Habu:

De aquellos que alcanzaron mi frontera, no existe su simiente, su corazón y su alma se han terminado para siempre jamás. A aquellos que se adentraron juntos en el mar, la llama en pleno los aguardaba en la desembocadura de los ríos, y en la costa los rodeó una empalizada de lanzas. Los arrastraron consigo, los cercaron, los tiraron en la playa, los mataron y los amontonaron, del primero al último. Sus barcos y sus bienes, era como si hubieran caído al agua. He hecho que los países se contengan (incluso) de mencionar Egipto, porque cuando pronuncian mi nombre en sus tierras, mueren quemados.[14]

Rameses continúa luego, en un famoso documento conocido como el Papiro Harris, nombrando de nuevo a sus enemigos vencidos:

Aniquilé a quienes invadieron [Egipto] desde sus tierras. Maté a los danuna [que están] en sus islas, los tjekker y los peleset quedaron reducidos a cenizas. Los shardana y los weshesh del mar dejaron de existir, todos apresados de una sola vez, traídos a Egipto como cautivos, como la arena de la orilla. Los metí en fortalezas, atados en mi nombre. Eran numerosos por cientos de miles. A todos les cobré impuestos anuales sobre las telas y el grano de los almacenes y los graneros.[15]

Esta no era la primera vez que los egipcios luchaban contra una fuerza colectiva de «Pueblos del Mar». Treinta años antes, en 1207 a. C., durante el quinto año de reinado del faraón Mineptah (o Merneptah), una coalición parecida de grupos misteriosos había atacado Egipto.

Para quienes estudian el antiguo Oriente Próximo, quizá Mineptah sea conocido sobre todo por ser el primer faraón que utilizó la palabra «Israel», en una inscripción fechada en aquel mismo año (1207 a. C.). Es la primera ocasión en que el nombre «Israel» aparece fuera de la Biblia. En la inscripción faraónica, el nombre —escrito con el símbolo especial para indicar que se trataba de un pueblo, y no solo de un lugar— aparece en una breve descripción de una campaña realizada en la región de Canaán, donde se ubicaba el pueblo al que él llama «Israel».[16]Las frases se encuentran en el contexto de una larga inscripción que, por lo demás, está relacionada con las batallas en curso de Mineptah contra los libios, situados justo al oeste del Egipto propiamente dicho. Aquel año, quienes atrajeron casi toda la atención de Mineptah fueron los libios y los Pueblos del Mar, no tanto los israelitas.

En un texto hallado en el yacimiento de Heliópolis, por ejemplo, fechado en el «año cinco, segundo mes de la tercera estación (décimo mes)», se nos dice que «el desdichado jefe de Libia ha invadido [con] shekelesh y el resto de países extranjeros que están con él, para violar las fronteras egipcias».[17]La misma formulación se repite en otra inscripción, conocida como «Columna de El Cairo».[18]

En una inscripción más larga hallada en Karnak (hoy Luxor), se dan más detalles sobre esta primera oleada de incursiones por parte de los Pueblos del Mar. Se incluyen los nombres de cada uno de los grupos:

[Principio de la victoria que Su Majestad logró en la tierra de Libia]

Eqwesh, teresh, lukka, shardana, shekelesh, septentrionales venidos de todas las tierras ... la tercera estación, diciendo: El desventurado y caído jefe de Libia ... se ha lanzado sobre el país de los tehenu con sus arqueros: shardana,

shekelesh, eqwesh, lukka, teresh, llevándose los mejores guerreros y de su país ...

Lista de prisioneros traídos de esta tierra libia y los países que iban con él:

sherden, shekelesh, eqwesh de los países del mar, que no tenían prepucio:

shekelesh, 222 hombres, que sumaban 250 manos

teresh, 742 hombres, que sumaban 790 manos

shardana — [que sumaban] —

[eq]wesh que no tenían prepucio, asesinados, de quienes se llevaron las manos, (porque) no tenían [prepucio]

shekelesh y teresh que vinieron como enemigos de Libia

kehek y libios, llevados como prisioneros con vida, 218 hombres.[19]

En esta inscripción podemos observar varias cosas. En primer lugar, son cinco grupos, no seis, los que protagonizaron esta oleada temprana de los Pueblos del Mar: shardana (o sherden), shekelesh, eqwesh, lukka y teresh. Los shardana y los shekelesh están presentes tanto en esta invasión como en la posterior, que tuvo lugar en la época de Rameses III; pero los otros tres grupos son distintos. En segundo lugar, a los shardana, shekelesh y eqwesh se los identifica de forma específica como integrantes «de los países del mar», aunque a los cinco grupos juntos se los identifica como «septentrionales venidos de todas las tierras». Es algo que no nos sorprende, puesto que la mayoría de tierras con las que los egipcios del Imperio Nuevo tenían contacto (salvo en los casos de Nubia y Libia) caían al norte de Egipto. La identificación de los shardana y shekelesh como «países del mar» refuerza la propuesta de que habría que vincularlos con Cerdeña y Sicilia, respectivamente.

La descripción de los eqwesh como integrantes de «los países del mar» ha llevado a algunos investigadores a sugerir que se trata de los aqueos homéricos, es decir, los micénicos de la Grecia continental en la Edad del Bronce, a los que Rameses III, dos décadas después, quizá denominó «danuna» en sus inscripciones de los Pueblos del Mar. En cuanto a los dos últimos nombres, los estudiosos aceptan por regla general que los lukka son una referencia a pueblos de la región suroccidental de Turquía (la zona que después, en época clásica, se conocería como Licia). El origen de los teresh es incierto, pero podría relacionarse con los etruscos, en Italia.[20]

Las inscripciones nos revelan poco más, y solo disponemos de una idea muy aproximada sobre la localización de la batalla o las batallas. Mineptah solo dice que la victoria se «logró en la tierra de Libia», que más adelante identifica como «el país de los tehenu». En cualquier caso, Mineptah reclama la victoria sin amago de duda, puesto que presenta una lista de los combatientes asesinados y apresados, tanto hombres como «manos». La práctica habitual de la época consistía en cortar la mano al enemigo muerto y traerla como prueba, para atribuirse el mérito y la

recompensa correspondiente. En fecha reciente se han descubierto pruebas horribles de esta práctica, del período de los hicsos en Egipto, cerca de cuatrocientos años antes de Mineptah: dieciséis manos derechas enterradas en cuatro hoyos en el palacio hicso de Avaris, en el delta del Nilo.[21]En cualquier caso, no sabemos si todos los Pueblos del Mar fueron exterminados o si alguno de ellos sobrevivió, pero probablemente esto último sea lo más acertado, puesto que varios grupos regresaron en la segunda invasión, treinta años más tarde.

En 1177 a. C., como ya sucediera en 1207 a. C., los egipcios vencieron. Los Pueblos del Mar no regresarían a Egipto por tercera vez. Rameses se jactó de que los enemigos quedaron «derribados y abrumados donde estaban». «Sus corazones —escribió— han desaparecido; su alma se ha marchado. Sus armas están esparcidas por el mar».[22]En cualquier caso, se trató de una victoria pírrica. Aunque el Egipto de Rameses III fue la única gran potencia que logró resistir con éxito la arremetida de los Pueblos del Mar, después de aquello, el Egipto del Imperio Nuevo jamás volvió a ser lo mismo; probablemente, a consecuencia del resto de problemas a los que toda la región del Mediterráneo se enfrentaba durante aquel período, tal como veremos más adelante. Los siguientes faraones, a lo largo del resto del segundo milenio a. C., se contentaron con gobernar sobre un país mucho más reducido en cuanto a influencias y poder. Egipto se convirtió en un imperio de segunda: una sombra de lo que había sido. Hasta los días del faraón Sesonquis (Shoshenq), un libanés que fundó la Dinastía XXII hacia 945 a. C. —y a quien probablemente se pueda identificar con el faraón Sisac (Shishak) de la Biblia hebrea—,[23] Egipto no alcanzó de nuevo una importancia similar a la que había tenido.

Más allá de Egipto, casi todos los demás países y potencias del segundo milenio a. C. en el Egeo y el Oriente Próximo —los que estuvieron presentes en la época dorada de lo que hoy llamamos la Edad del Bronce tardía— iniciaron el declive y fueron desapareciendo, si no inmediatamente, en menos de un siglo. Al final, fue como si la propia civilización hubiera sido erradicada en la mayor parte de esta región. Muchos de los logros conseguidos en los siglos previos, si no todos, se desvanecieron a lo largo y ancho de extensas franjas territoriales, desde Grecia a Mesopotamia. Dio comienzo una nueva era de transición: una edad que duraría al menos un siglo y, en algunas zonas, hasta trescientos años.

Es casi seguro que, en los últimos años de aquellos reinados, tuvo que imperar el terror. Podemos observar un ejemplo concreto en una tablilla de arcilla en la que se inscribió una carta del rey de Ugarit, en el norte de Siria, dirigida al rey de la isla de Chipre, de rango superior:

Mi padre, ahora han llegado las naves del enemigo. Han estado prendiendo fuego a mis ciudades y destrozando las tierras. ¿Acaso no sabe mi padre que toda mi infantería y [mis carros] están en Jatte, y que todas mis naves están destinadas en la tierra de Lukka? No han regresado todavía, de modo que el país está abatido. Que mi padre sea consciente de este asunto. Han llegado siete barcos enemigos que nos han hecho daño. Si ahora aparecen otros barcos enemigos, mándame información de algún modo, para que yo lo sepa.[24]

Hay cierta controversia con respecto a si la tablilla alcanzó el destino previsto en Chipre. Los excavadores que dieron con ella creyeron que la carta quizá no llegó a ser enviada nunca. Se informó de que, en origen, la habían hallado, junto con otras setenta tablillas, en un horno donde la habían introducido para cocerla: la mejor forma de sobrevivir al duro viaje hasta Chipre.[25]Estos excavadores, como otros expertos, conjeturaron inicialmente que las naves enemigas habían regresado y saquearon la ciudad antes de que se pudiera despachar la petición urgente de ayuda. Desde entonces, esta es la historia que se ha venido repitiendo en los libros de texto, para toda una generación de estudiosos; pero hoy día los investigadores han demostrado que la tableta no se encontró en un horno y que probablemente (como veremos más adelante), se trataba de la copia de una carta que al final sí se había mandado a Chipre.

Existía una tendencia, por parte de los estudiosos anteriores, a atribuir a los Pueblos del Mar cualquier destrucción sucedida en este período.[26]Sin embargo, podría resultar excesivo atribuirles solo a ellos el fin de la Edad del Bronce en el Egeo y el Mediterráneo oriental. Probablemente, se les concede demasiado crédito, pues —salvo las inscripciones y los textos egipcios, que nos ofrecen impresiones contradictorias— no disponemos de pruebas claras. ¿Acudieron los Pueblos del Mar al Mediterráneo oriental bajo la forma de un ejército relativamente organizado, como en las Cruzadas más disciplinadas, en su intento por hacerse con Tierra Santa durante la Edad Media? ¿Eran un grupo de merodeadores poco o mal organizados, como los vikingos de una época posterior? ¿O eran refugiados que huían de un desastre en busca de nuevas tierras? Por lo que sabemos, la verdad puede incluir una combinación de todo lo anterior, o de ninguno de esos factores.

En el momento actual, debemos incorporar a la ecuación la gran cantidad de datos nuevos que han ido apareciendo en las últimas décadas.[27]Ya no tenemos la seguridad de que todos los yacimientos en los que hallamos pruebas de destrucción fuesen asaltados por los Pueblos del Mar. A partir de los vestigios arqueológicos, podemos decir que un lugar fue destruido, pero no siempre podemos determinar qué o quiénes fueron los agentes. Además, no todos los

yacimientos fueron destruidos de forma simultánea; ni siquiera en la misma década. Como veremos más adelante, las desapariciones se fueron acumulando a lo largo de varias décadas y, tal vez, incluso de todo un siglo.

Por otra parte, si bien no sabemos a ciencia cierta cuáles fueron las causas, o todas las causas, del derrumbe del mundo de la Edad del Bronce en Grecia, Egipto y el Oriente Próximo, el peso de las pruebas contemporáneas nos hace pensar que los Pueblos del Mar no habrían sido los únicos culpables. Hoy parece más probable que, en el hundimiento de las civilizaciones, representasen tanto el papel de víctimas como el de agresores.[28]Una hipótesis sugiere que estos pueblos se vieron obligados a abandonar sus hogares por una serie de acontecimientos desafortunados y que, al emigrar hacia el este, se encontraron con unos reinos e imperios ya en declive. Es bastante probable que tuvieran la posibilidad de atacar y acabar derrotando a buena parte de los reyes de la región precisamente porque aquellas monarquías ya iban de capa caída. En este contexto, cabría considerar que los Pueblos del Mar fueron simplemente unos «oportunistas», tal como los ha denominado un investigador, y podrían haberse establecido en el Mediterráneo oriental de un modo mucho más pacífico de lo que habíamos supuesto previamente. Analizaremos estas posibilidades con más detalle en las siguientes páginas.

Pese a todo, durante décadas, la investigación académica ha visto en los Pueblos del Mar un chivo expiatorio muy conveniente, cargando con las culpas de una situación que podría haber resultado mucho más compleja y no deberse exclusivamente a sus propias acciones. Ahora la tendencia está invirtiéndose, en tanto que varios investigadores han señalado recientemente que el «relato» de la catastrófica oleada de destrucción y/o migraciones de los Pueblos del Mar fue creada por estudiosos como Gaston Maspero, el famoso egiptólogo francés, ya en las décadas de 1860 y 1870, y se había consolidado en 1901. Sin embargo, se trataba de una teoría basada únicamente en la prueba de las inscripciones epigráficas, mucho antes de que se excavara ninguno de los emplazamientos destruidos. De hecho, incluso entre los seguidores de Maspero había diferencias con respecto a la dirección que tomaron los Pueblos del Mar; algunos creían que se dirigieron hacia el Mediterráneo Occidental tras ser derrotados por los egipcios, en lugar de empezar allí su andadura.[29]

Según nuestra perspectiva actual, y tal como veremos más adelante, los Pueblos del Mar bien podrían haber sido responsables de parte de la destrucción que tuvo lugar al final de la Edad del Bronce; pero es bastante más probable que se diera una concatenación de sucesos, tanto humanos como naturales —el cambio climático, las sequías, los desastres sísmicos conocidos como «tormenta de terremotos», rebeliones internas y «el colapso de sistemas»—, que se unieron para crear la «tormenta perfecta» que acabaría con esta edad. Pese a todo, para poder

comprender la magnitud de los sucesos que ocurrieron hacia 1177 a. C., debemos empezar tres siglos antes.

Tabla 1

Reyes de Egipto y el Oriente Próximo, de la Edad del Bronce tardía, que se mencionan en el texto, ordenados por país/reino y cronología.

Siglo (a. C.)	*Egipcios*	*Hititas*	*Asirios*	*Babilonios*	*Mitanios*	*Ugaríticos*	*Otros*
XVIII				Hammurabi			Zimri-Lim (Mari)
XVII		Hattusili I Mursili I					
XVI	Sekenenre Kamose Amosis I Tutmosis I Tutmosis II						Jyan (hicsos) Apofis (hicsos)
XV	Hatshepsut Tutmosis III	Tudhaliya I/II			Saushtatar		Kukkuli (Assuwa)
XIV	Amenofis III Ajenatón Tutankhamón Ay	Suppiluliuma I Mursili II	Adad-nirari I Assur-uballit	Kurigalzu I Kadashman-Enlil I Burna-Buriash II Kurigalzu II	Shuttarna II Tushratta Shattiwaza	Ammistamru I Niqmaddu II Niqmepa	Tarjundaradu (Arzawa)
XIII	Rameses II Mineptah	Mursili II (cont.) Muwattalli II Hattusili III Tudhaliya IV Suppiluliuma II	Tukulti-Ninurta I	Kashtiliashu		Niqmepa (cont.) Ammistamru II Niqmaddu III Ammurapi	Shaushgamuwa (Amurru)
XII	Rameses III	Suppiluliuma II (cont.)				Ammurapi (cont.)	Shutruk-Nahhunte (Elam)

Tabla 2

Zonas modernas y nombres probables en la Edad del Bronce tardía

Zona	*Nombre antiguo 1*	*Nombre antiguo 2*	*Nombre antiguo 3*
Chipre	Alashiya		
Grecia continental	Tanaya	Ahhiyawa	Hiyawa
Creta	Keftiu	Caftor (Kaptaru)	
Troya/Tróade	Assuwa (?)	Isy (?)	Wilusa
Canaán	Pa-ka-na-na	Retenu	
Egipto	Miṣraim		

Capítulo 1

Acto I. De armas y el hombre: el siglo XV a. C.

Hacia el año 1477 a. C., en la ciudad de Peru-Nefer, en el delta del Nilo (en el Bajo Egipto, cerca del mar Mediterráneo), el faraón Tutmosis III ordenó construir un gran palacio con frescos muy trabajados. Para la pintura se contrató a artistas minoicos de la lejana Creta, situada bastante más al noroeste, dentro del Gran Verde (según los egipcios llamaban al mar Mediterráneo). Crearon imágenes nunca vistas en Egipto —extrañas escenas de hombres que saltaban por encima de toros— aplicando la pintura sobre el yeso aún húmedo, con un estilo *al fresco* por el que los colores pasaban a formar parte de la propia pared. Era una técnica, y unas escenas, que habían aprendido en Creta, en el Egeo. Las imágenes únicas creadas con esta técnica estaban entonces de moda no solo en Egipto, sino también en palacios de toda la costa, desde Canaán, en el norte, hasta el Delta egipcio, en lugares que hoy conocemos como Kabri (en Israel), Alalaj (en Turquía), Qatna (en Siria) y Dab'a (en Egipto).[1]

Peru-Nefer, la ciudad del delta, se ha identificado ahora con la moderna Tell ed-Dab'a. El yacimiento ha sido excavado por el arqueólogo austríaco Manfred Bietak y su equipo desde 1966. La ciudad también fue conocida antes como Ávaris, la capital de los hicsos, los odiados invasores de Egipto que gobernaron buena parte del país desde aproximadamente 1720 a 1550 a. C. Ávaris se transformó en Peru-Nefer, una metrópoli egipcia tenida en alta estima, después de que la conquistara un antepasado de Tutmosis, el faraón egipcio Kamose, hacia 1550 a. C.

Al desenterrar una ciudad antes rica y ahora enterrada bajo metros de arena y escombros, Bietak sacó a la luz, en el transcurso de cuatro décadas, tanto la ciudad principal de los hicsos como la posterior metrópoli egipcia. También recuperó los increíbles frescos creados por los minoicos, o posiblemente por artistas locales que aprendieron de maestros minoicos, que se remontan a principios de la Dinastía XVIII (hacia 1450 a. C.).[2] Son buenos ejemplos del mundo internacionalizado que empezó a agregarse en el Mediterráneo oriental y el Egeo después de que los hicsos fueran expulsados de Egipto.

RECORDANDO A LOS HICSOS

Los hicsos invadieron por primera vez Egipto hacia 1720 a. C., un cuarto de milenio antes de la época de Tutmosis III. Permanecieron allí casi doscientos años,

hasta 1550 a. C. En la época en que los hicsos se hicieron con el control del país, Egipto era una de las potencias asentadas del antiguo Oriente Próximo. Las pirámides de Guiza ya contaban casi mil años, por entonces: fueron erigidas durante la Dinastía IV, en el período del Imperio Antiguo. Manetón, un sacerdote egipcio que vivió y escribió en época helenística —en el siglo III a. C., un período muy posterior—, calificó a los hicsos de «reyes pastores», con una traducción errónea de la expresión egipcia *hekau jasut*, que en realidad significa «jefes de tierras extranjeras». Y eran en efecto extranjeros, porque los hicsos eran semitas que emigraron a Egipto desde la región de Canaán, es decir, los actuales Israel, Líbano, Siria y Jordania. Ya se ven representaciones de estos semitas en Egipto en el siglo XIX a. C., por ejemplo en una pintura mural de una tumba egipcia en Beni Hasan, donde se muestra a mercaderes «asiáticos» y comerciantes que llevan sus productos al país.[3] La invasión hicsa de Egipto puso fin al período del Imperio Medio (hacia 2134-1720 a. C.). Posiblemente, su éxito se debió a la ventaja tecnológica de su armamento y a su capacidad de asestar el primer golpe, pues disponían de arcos compuestos que podían lanzar flechas mucho más lejos que los arcos tradicionales de la época. También disponían de carros tirados por caballos, que en Egipto no se habían visto nunca.

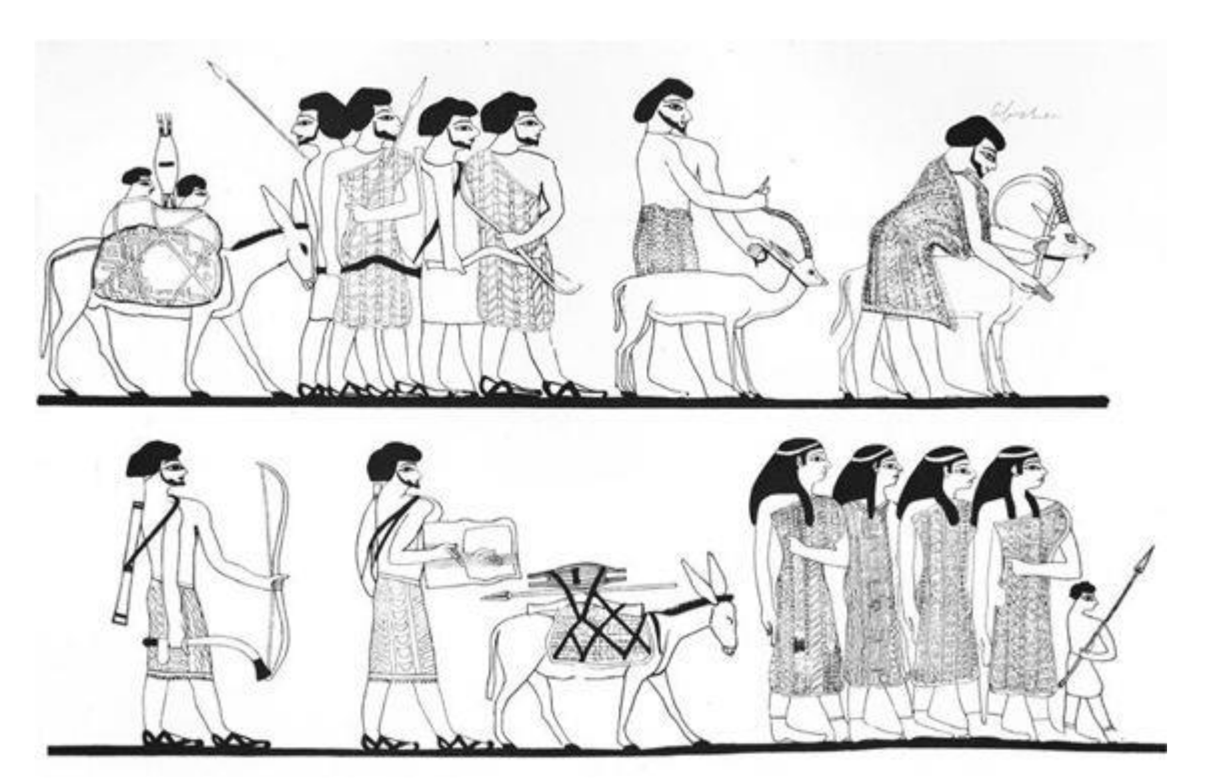


Fig. 3. «Asiáticos» en Beni Hasan (según Newberry, 1893, láminas XXX/XXXI; cortesía de la Egypt Exploration Society).

Tras la conquista, los hicsos gobernaron Egipto —principalmente desde su capital, establecida en Ávaris, en el Delta del Nilo— durante el que se conoce como Segundo Período Intermedio (las Dinastías XV a XVII), en un período de casi doscientos años, desde 1720 a 1550 a. C.[4] Entre 3000 y 1200 a. C., esta es una de las pocas épocas en que Egipto estuvo gobernado por extranjeros.

Los relatos e inscripciones próximos al final de este período, hacia 1550 a. C., recogen algunas de las batallas que enfrentaron a los egipcios y los hicsos. Una historia en especial narra el desacuerdo entre dos gobernantes: *La disputa de Apofis y Sekenenre*. En este relato —muy probablemente apócrifo—, el rey hicso se queja de que no puede dormir de noche por culpa del ruido que hacen los hipopótamos del estanque del rey egipcio, Sekenenre, que gobernaba al mismo tiempo que él en otra parte de Egipto. La protesta es ridícula, porque varios centenares de kilómetros separaban ambas cortes reales: una estaba situada en el Alto Egipto y la otra en el Bajo Egipto; el rey de los hicsos no podía oír de ningún modo a los hipopótamos, por alto que chillasen.[5] Pese a todo, los arqueólogos han descubierto la momia de Sekenenre y, por las heridas en el cráneo —provocadas por una hacha de guerra—, está claro que murió violentamente durante una batalla. ¿Se trató de un enfrentamiento con los hicsos? No lo sabemos con seguridad; sin embargo, es posible que Apofis y Sekenenre combatieran entre ellos, fuese o no por los hipopótamos.

También disponemos de una inscripción que nos legó el faraón Kamose, el último de los gobernantes de la Dinastía XVII de Egipto. En aquel momento, Kamose gobernaba desde su residencia de Tebas, en el Alto Egipto. Ofrece detalles de la victoria definitiva contra los hicsos, a quienes llama «asiáticos», en el siguiente texto datado hacia 1550 a. C.:

Yo he bajado río abajo como un campeón para expulsar a los asiáticos ... Mi valiente ejército estaba frente a mí, como una ráfaga de fuego; tropas ... eran la avanzada de nuestras fortificaciones ... para destruir sus lugares ... Pasé la noche en mi barco, estando mi corazón contento. (Cuando) amaneció, yo (ya) estaba sobre él, como está el halcón. (Cuando) llegó el tiempo de perfumar la boca, le ataqué. Arrasé sus murallas, maté a su gente. Hice que su mujer descendiera a la orilla. Mi ejército era como (son) los leones, con su botín, con esclavos, ganado, leche y miel, dividiéndose sus bienes, estando sus corazones llenos de [alegría].

Kamose también nos habla del destino de la propia Ávaris:

[En cuanto a] Ávaris, en los [Dos R]íos ... yo los he dejado devastados, sin gente allí. He arrasado sus ciudades y he quemado sus lugares, que se han convertido en estériles montículos para toda la eternidad, a causa del daño que han

hecho a Egipto, ellos que han hecho que sirvan (los egipcios) a los asiáticos, (cuando) invadieron Egipto, su señora.[6]

Y con esto, los egipcios expulsaron a los hicsos del país. Regresaron a *Retenu* (uno de los antiguos nombres egipcios para la actual Israel y Siria, la misma zona en general que en Egipto también se conocía como *Pa-ka-na-na*, o Canaán). Mientras tanto, los egipcios fundaron la Dinastía XVIII, que empezó con Amosis, hermano de Kamose, quien inició el período que hoy denominamos «Imperio Nuevo de Egipto».

Ávaris y el resto de Egipto fueron reconstruidos durante este período, y la ciudad cambió de nombre. En época de Hatshepsut y Tutmosis III —unos sesenta años después, hacia 1500 a. C.— volvía a ser una ciudad floreciente, conocida ahora como Peru-Nefer, donde los palacios se decoraban con frescos al estilo minoico y representaban escenas de saltos de toros y otras que se antojan más propias de Creta, en el Egeo, que de Egipto. Un arqueólogo ha apuntado la posibilidad de que hubiera llegado a celebrarse un matrimonio real entre un gobernante egipcio y una princesa minoica.[7] Sin duda, más adelante, durante las Dinastías XVIII y XIX, se produjeron varios matrimonios entre faraones egipcios y princesas extranjeras, fundamentalmente con la intención de reforzar los lazos diplomáticos o un tratado con una potencia extranjera, como veremos; pero no es necesario invocar matrimonios políticos para explicar la aparición de pinturas murales minoicas en Egipto, pues disponemos de otras pruebas independientes que nos hablan de contactos entre el Mediterráneo oriental, Egipto y, en este caso, el Egeo.

FLASHBACK: MESOPOTAMIA Y LOS MINOICOS

Está claro, por un gran número de datos —desde artefactos arqueológicos a pruebas textuales y pictóricas—, que los minoicos de Creta ya habían establecido contacto con varias zonas del antiguo Oriente Próximo mucho antes de su interacción con los faraones egipcios del Imperio Nuevo. Por ejemplo, tenemos noticia de objetos de manufactura minoica que cruzaron el Egeo y el Mediterráneo oriental hasta Mesopotamia, la tierra entre los dos ríos —el Tigris y el Éufrates—, en el siglo XVIII a. C., hace casi cuatro mil años.

La documentación de este comercio antiguo proviene del yacimiento arcaico de Mari, en la orilla oriental del río Éufrates, en la moderna Siria, donde, durante la década de 1930, arqueólogos franceses recuperaron un tesoro oculto de más de veinte mil tablillas de barro inscritas. Algunos vecinos los enviaron al yacimiento al descubrir, accidentalmente, lo que al principio creyeron que era un hombre

decapitado y luego resultó ser una estatua de piedra; una de muchas, como por ejemplo otra con una inscripción que lo identificaba como rey de la antigua ciudad.[8] Las tablillas, con textos escritos en acadio antiguo, provenían de un archivo de la correspondencia real y otros archivos más prosaicos de los reyes de Mari, incluido cierto Zimri-Lim, que gobernó hacia 1750 a. C. Contenían todo tipo de información relativa a la administración del palacio y la organización del reino, además de otros aspectos de la vida cotidiana de la época.

Una de estas tablillas, por ejemplo, habla del hielo que Zimri-Lim utilizaba para sus bebidas de verano, que incluían vino, cerveza y bebidas a base de cebada fermentada, aromatizadas con zumo de granada o anisados del estilo de la regaliz. Sabemos que se había ordenado la construcción de un pozo de nieve en la orilla del Éufrates, donde guardar el hielo recogido en las montañas nevadas durante el invierno hasta que hiciera falta en los meses de verano. Zimri-Lim afirmaba que ningún otro rey había construido una nevera como aquella, y quizá fuera cierto, pero el uso de hielo en las bebidas no era nuevo en la región, hasta el punto en que un rey le recordó a su hijo que los sirvientes debían limpiar el hielo antes de ponerlo en las bebidas: «Haz que recojan el hielo, y que lo limpien de ramitas, estiércol y barro».[9]

Los archivos dan constancia de comercio y contacto con otras áreas del Mediterráneo y del Oriente Próximo, con una mención especial de los artículos poco comunes que se recibían. También sabemos, gracias a aquellas tablillas, que era frecuente intercambiar regalos entre los gobernantes de Mari y los de otras ciudades y reinos, y que los reyes se requerían entre sí los servicios de médicos, artesanos, tejedores, músicos y cantantes.[10]

Entre los objetos exóticos de importación que aparecen en las tablillas de Mari se incluyen una daga y otras armas de oro incrustadas con piedras de lapislázuli, además de ropas y tejidos «fabricados a la manera de Caftor».[11] Caftor (o Kaptaru) era el nombre cananeo y mesopotámico de Creta; luego los egipcios la llamarían Keftiu. Los artículos habían recorrido un largo camino desde Creta, adquiriendo lo que hoy se conoce como «valor de lejanía», además del valor inherente que ya poseían por el trabajo artesano y los materiales de que estaban hechos.

Otra tablilla da cuenta de una situación poco usual, cuando Zimri-Lim, el rey de Mari, envió desde Creta un par de zapatos minoicos como regalo para el rey Hammurabi de Babilonia. El texto dice, sencillamente, «Un par de zapatos de cuero al estilo caftóreo, que llevó al palacio de Hammurabi, rey de Babilonia, Bahdi-Lim (un funcionario), pero que fueron devueltos».[12] No aparece la razón por la que se retornaron los zapatos. Quizá simplemente no eran de la talla. El código legislativo de Hammurabi —el primero en el que aparece la cita «ojo por ojo, diente por diente» que luego hizo famosa la Biblia hebrea— no especifica castigos por

devolver artículos del tipo de unos zapatos.

Es un poco sorprendente que Hammurabi rechazase los zapatos de cuero, con independencia de si le iban bien o no, porque probablemente eran raros y poco frecuentes en su tierra, en aquella época, dada la distancia que había entre Creta y Mesopotamia, es decir, entre lo que hoy es la Grecia moderna y Siria/Iraq. Un viaje como aquel no se habría emprendido a la ligera y es probable que se realizara por etapas: diversos comerciantes o mercaderes transportarían los artículos en los distintos segmentos del viaje. Por otra parte, que se entregasen regalos de aquel tipo entre reyes de igual rango era una práctica bien conocida en el antiguo Oriente Próximo durante el segundo milenio a. C.[13] En aquellos casos, los artículos en cuestión llegaban directamente en manos de emisarios de uno de los reyes, en lo que hoy llamaríamos embajadas diplomáticas.

DESCUBRIMIENTO Y GENERALIDADES DE LOS MINOICOS

De lo que acabamos de ver se desprende que los minoicos de Creta estuvieron en contacto con diversas zonas del antiguo Oriente Próximo durante la Edad del Bronce media y tardía, desde al menos 1800 a. C. Incluso en las cartas de Mari se hace mención de los minoicos y, posiblemente, de un intérprete minoico (o quizá un intérprete para ellos), presente en Ugarit, en el norte de Siria, durante los primeros años del siglo XVIII a. C., donde recibían estaño enviado al oeste desde Mari.[14] No obstante, parece ser que hubo una relación especial con Egipto desde principios del siglo XV, durante la época de Hatshepsut y luego Tutmosis III, razón por la que nuestra historia comienza en este punto temporal.

Es interesante señalar que a la civilización minoica la bautizó así el arqueólogo británico sir Arthur Evans a principios de la década de 1900. No sabemos realmente cómo se llamaban ellos a sí mismos; solo se sabe que egipcios, cananeos y mesopotámicos usaban cada uno un nombre distinto para referirse a ellos. Además, tampoco sabemos de dónde provenían, si bien sospechamos que venían de ciertas áreas de Anatolia/Turquía.

No cabe duda de que fundaron una civilización en Creta durante el tercer milenio a. C. que duró hasta aproximadamente 1200 a. C. Mediado este período, hacia 1700 a. C., la isla fue asolada por un terremoto terrible que obligó a reconstruir los palacios de Cnossos y el resto de la isla. Pese a todo, los minoicos se recuperaron rápidamente y florecieron como civilización independiente hasta que más adelante, en el segundo milenio, los micénicos invadieron la isla desde la Grecia continental; a partir de entonces, la isla siguió bajo gobierno micénico hasta que todo se derrumbó hacia 1200 a. C.

Sir Arthur Evans empezó a excavar en Creta tras seguir la pista a la fuente

de las llamadas «piedras de leche» que encontró a la venta en la plaza del mercado de Atenas. Estas piedras las llevaban las mujeres griegas que habían dado a luz o estaban a punto de hacerlo. Tenían símbolos grabados que Evans no había visto jamás, pero que reconoció como escritura. Les siguió la pista hasta una zona de enterramientos en el monte de Kéfala, en Cnossos (Creta), cerca de la gran ciudad moderna de Heraclión; un emplazamiento que Heinrich Schliemann, el arqueólogo que excavó Troya, había tratado de comprar para estudiarlo, aunque en vano. Evans, en cambio, sí logró comprar la tierra y empezó las tareas de excavación en marzo de 1900. Continuó excavando durante varias décadas, dedicando a aquel proyecto casi toda su fortuna personal, y al final publicó sus hallazgos en una colosal obra en varios volúmenes, titulada *The Palace of Minos at Cnossos*.[15]

Junto con su leal ayudante escocés, Duncan Mackenzie,[16] Evans sacó a la luz pronto lo que parecía ser un palacio real. De inmediato bautizó la civilización recién descubierta como «minoica», en referencia al rey Minos de la leyenda griega, del que se cuenta que gobernó Creta en tiempos antiguos e incluso tuvo un minotauro (mitad hombre, mitad toro) en un laberinto situado en los subterráneos del palacio. Evans recuperó muchas tablillas de arcilla, además de otros objetos, con muestras de escritura, tanto en Lineal A (aún sin descifrar) como en Lineal B (una forma primitiva del griego que probablemente llegó a Creta por la vía micénica). Ahora bien, no logró descubrir el verdadero nombre de aquellos pueblos, lo cual, como ya he indicado, sigue siendo un misterio incluso para nosotros, pese al siglo largo de excavaciones interrumpidas que se vienen realizando no solo en Cnossos sino también en otros muchos lugares de Creta.[17]

Evans halló en Cnossos numerosas importaciones de Egipto y el Oriente Próximo, como una tapa de alabastro con una inscripción jeroglífica que dice: «el buen dios, Seweserenre, hijo de Re, Jyan».[18] Jyan, uno de los reyes hicsos más conocidos, gobernó durante los primeros años del siglo XVI a. C. Se han encontrado objetos suyos por todo el antiguo Oriente Próximo, pero sigue siendo un misterio cómo llegó esta tapa hasta Creta.

También es interesante un jarrón egipcio de alabastro hallado muchos años después, durante otra excavación arqueológica, en una tumba del yacimiento de Katsamba en Creta, una de las ciudades portuarias de la costa norte, vinculada con Cnossos. Lleva inscrito el nombre real del faraón Tutmosis III: «El buen dios Menjeperre, hijo de Re, Tutmosis, perfecto en transformaciones». Es uno de los escasos objetos hallados en el Egeo con su nombre.[19]

Tucídides, historiador griego del siglo V a. C., afirmó que, en aquella época, los minoicos disponían de una flota naval con la que dominaban los mares: «Minos fue el primero, de los que conocemos por la tradición, en procurarse una flota y extender su dominio por la mayor parte de lo que hoy llamamos mar griego» (Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, I, 3-8).[*] Hace unos años, los

historiadores bautizaron este dominio del mar como la «talasocracia minoica» (compuesto del griego *thálassa*, «mar», y *kratía*, «poder»). Si bien recientemente esta supuesta supremacía naval minoica se ha puesto en tela de juicio, en los documentos egipcios aparecen referencias a los «botes de *Keftiu*» —*Keftiu* es siempre el término egipcio para aludir a Creta—, aunque no está del todo claro si se trataba de botes venidos de Creta, que iban allí o construidos al modo minoico.[20]

El sucesor de Evans en el yacimiento, John Devitt Stringfellow Pendlebury, manifestó un enorme interés por las posibles conexiones entre Egipto y Creta; excavó el yacimiento egipcio de Amarna (la capital de Ajenatón, de la que tendremos ocasión de hablar más adelante) y el de Cnossos. Pendlebury incluso publicó una monografía sobre este tema, que tituló *Aegyptiaca*, en la que recogió y catalogó todas las importaciones egipcias halladas en Cnossos y cualquier otro emplazamiento de la isla, antes de que los paracaidistas alemanes le disparasen mortalmente durante la invasión de Creta, en 1941.[21]

Evans y Pendlebury hallaron otros objetos importados en Cnossos, y durante las décadas posteriores se ha descubierto que, al parecer, los minoicos participaron en negocios de importación y exportación, y se esforzaron por trabar una red de contactos con varios países, además de Egipto. Por ejemplo, en varios yacimientos de Creta, pertenecientes a los contextos de la Edad del Bronce media y tardía, se han recuperado sellos cilíndricos de Mesopotamia y jarras de almacenamiento de Canaán; y se ha descubierto cerámica minoica y otros objetos terminados, o al menos mención a ellos, en países que van de Egipto, Israel, Jordania y Chipre hasta Siria e Iraq.

REGRESO A EGIPTO

No debemos olvidar que los productos antes mencionados representan solo una porción muy menor de los que llegaron a cruzar el Mediterráneo, porque buena parte de los productos con los que se comerció durante la Edad del Bronce tardía eran perecederos y era improbable que hubieran quedado muchos restos identificables hoy. Cereales, vino, especias, perfumes, madera y productos textiles desaparecieron hace mucho, con casi total seguridad. Materias primas como el marfil, piedras preciosas como el lapislázuli, las ágatas o la cornalina, y metales como el oro, el cobre y el estaño, por su parte, hace también mucho tiempo que habrían sido transformados en otros objetos, como armas o joyas. De este modo, los indicadores más abundantes de las rutas comerciales y los contactos internacionales se habrían estropeado o desintegrado, o habrían desaparecido de algún otro modo, ya en la propia Antigüedad. Pese a todo, a veces la existencia de

productos comerciales perecederos puede identificarse en los textos escritos o por su inclusión en las pinturas murales preservadas hasta el día de hoy. Estas pinturas, inscripciones y referencias literarias pueden servir como guías menos ambiguas para determinar los contactos entre pueblos, siempre y cuando las interpretemos correctamente. Por lo tanto, las representaciones de los pueblos extranjeros que aparecen en una serie de pinturas de tumbas egipcias fechadas en los reinados de los faraones del Imperio Nuevo, de Hatshepsut a Amenofis III, son de un valor incalculable en tanto que testimonios concretos de las redes diplomáticas, comerciales y de transporte activas durante los siglos XV y XIV a. C.[22]

Durante el reinado de Hatshepsut, en el siglo XV a. C., se edificó la primera de las tumbas cuya decoración mural retrata efectivamente a pueblos del Egeo. En estas tumbas vemos, con frecuencia, a los minoicos, muchas veces con sus productos y con inscripciones que sitúan de forma inequívoca su procedencia en la isla de Creta. Por ejemplo, en la tumba de Senenmut, el arquitecto, consejero y quizá amante de Hatshepsut, se representa una embajada del Egeo donde seis hombres llevan vasos de metal de manufactura típicamente egea.[23]

En otra pintura, dentro de la tumba de Rejmire, visir de Tutmosis III (hacia 1450 a. C.), vemos a hombres vestidos con las típicas faldas al estilo egeo y con objetos específicos del Egeo. Junto a ellos se escribe (en parte): «Enviados pacíficos de los jefes de Keftiu y las "islas de en medio del mar" se inclinan y bajan la cabeza ante el poder de Su Majestad el rey del Alto y Bajo Egipto».[24] Se representa, sin duda alguna, una delegación egea enviada a Egipto, una de las varias preservadas en las tumbas egipcias de este período.

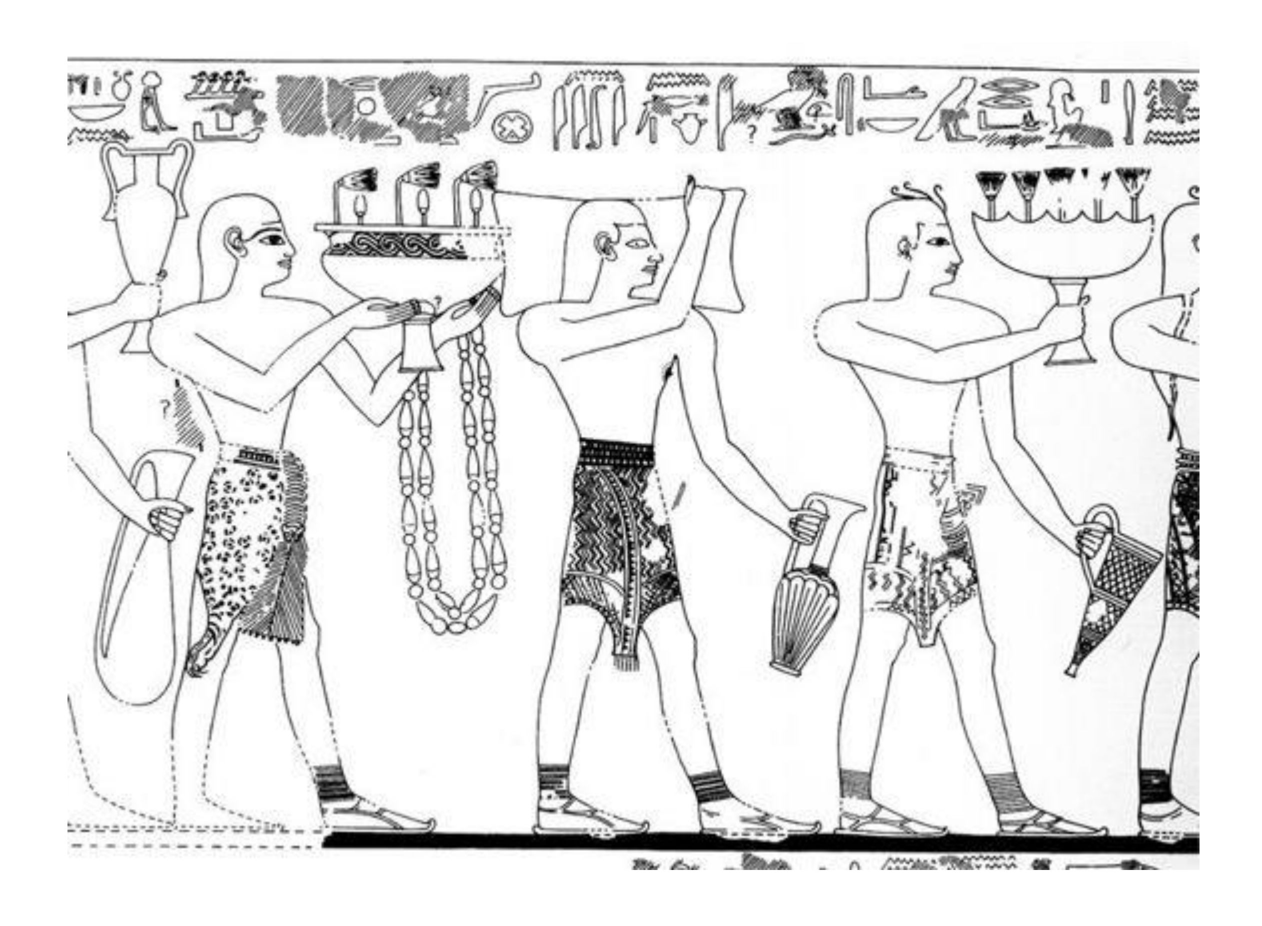


Fig. 4. Tumba de Rejmire, con la representación de pueblos egeos (según Davies, 1943, lám. XX; cortesía del Metropolitan Museum of Art).

Los pueblos del Egeo no son los únicos que aparecen en la tumba de Rejmire; en otros registros, tanto superiores como inferiores, se ven emisarios del Punt, de Nubia y Siria, con inscripciones al lado de cada uno de ellos. Aunque no se ha demostrado, parece bastante probable que estemos contemplando el retrato de alguno de los acontecimientos principales que sucedieron durante el reinado de Tutmosis III, y que los delegados o comerciantes del Egeo sean tan solo una parte de la multitud que, venida de diversas tierras, se reunió o fue convocada allí. De ser así, lo más probable es que se tratara del festejo del *Sed* («aniversario»), que un faraón celebraba por primera vez a los treinta años de gobierno y, en adelante, de forma irregular. En el caso de Tutmosis, sabemos que organizó al menos tres celebraciones de esta naturaleza, lo cual no resulta sorprendente puesto que gobernó durante cincuenta y cuatro años.[25]

En total, existen unas catorce tumbas fechadas en los reinados de Hatshepsut o de Tutmosis III, todas pertenecientes a funcionarios y asesores de alto rango, en las que se representa a delegaciones de visitas extranjeras a Egipto, incluidos pueblos del Egeo, nubios y cananeos; todos traen productos

extranjeros.[26] En nueve de las tumbas fechadas específicamente en la época de Tutmosis III, vemos numerosos retratos de extranjeros que ofrecen presentes diplomáticos, entregan los impuestos anuales o participan en una expedición encargada por el propio rey, que Tutmosis III envió al Líbano a comprar cedro.[27]

Keftiu, los hombres de Keftiu y los barcos-Keftiu se mencionan en varios otros contextos del Egipto en este período, incluidas inscripciones de templos y anotaciones realizadas sobre papiro. Entre los casos más interesantes está un papiro del trigésimo año de Tutmosis III (hacia 1450 a. C.), en el que se mencionan varias veces los «barcos de Keftiu» en el contexto de la importación de materiales para la armada egipcia: «Entregada al artesano [se indica su nombre] esta madera para la cubierta del barco-Keftiu»; «Entregado hoy al artesano Tity para el otro barco-Keftiu que se le ha encargado»; y «entregado al artesano Ina para el otro ... barco-Keftiu».[28] De un modo parecido, en una inscripción mural del templo de Amón en Karnak, del trigésimo cuarto año de Tutmosis III, también se mencionan los barcos-Keftiu.[29]

Aunque seguimos sin saber si estos barcos son *de* Keftiu (es decir, minoicos) o más bien capaces de ir *a* Keftiu (es decir, egipcios), lo que sí está claro es que en la época de Tutmosis III hubo contacto —y probablemente, directo— entre la Creta minoica y el Egipto del Imperio Nuevo. Atendiendo a los vientos que predominaban, un navío a vela —ya sea hoy o hace tres mil cuatrocientos años— puede viajar con relativa facilidad desde las costas del sur de Creta hasta Marsa Matruh, en el litoral norte de Egipto, y de allí al delta del Nilo. El viaje de regreso, por vía marítima, no es fácil, a causa de los vientos y las corrientes, pero aun así es factible, en determinadas épocas del año. También era posible avanzar en sentido contrario a las agujas del reloj: pasar de Egipto a Canaán y Chipre, de ahí a Anatolia y Rodas, luego a Creta, las islas Cícladas y la Grecia continental, para de nuevo tocar tierra en Creta y seguir hacia el sur, hasta Egipto.

A partir de las pinturas e inscripciones de la tumba de Menjeperreseneb, primer profeta de Amón,[30] sabemos que los egipcios tenían conocimiento de la realeza minoica y la consideraban al mismo nivel que la de otras zonas extranjeras. En las paredes de la tumba podemos ver al «príncipe de Keftiu» (Creta) acompañado por el príncipe de los hititas (de Anatolia), el príncipe de Tunip (probablemente, en Siria) y el príncipe de Qadesh (en Siria). El título utilizado para identificar a los personajes, *wr*, que significaba «príncipe» o «jefe», es el mismo en todos los casos.[31] La imagen representada parece indicar que aquella realeza hacía visitas ocasionales a Egipto, quizá también en alguna ocasión muy especial. ¿Habían ido todos al mismo tiempo (quizá, como perspectiva distinta sobre el mismo acontecimiento retratado en la tumba de Rejmire)?, ¿o acudieron en momentos distintos? No podemos estar seguros, pero es interesante considerar la posibilidad de que los principales personajes de la Edad del Bronce tardía se

reunieran en Egipto para celebrar un gran acontecimiento, como se reúnen hoy los dignatarios para celebrar una boda real británica o la conferencia del G-8.

El mismo término *wr* (príncipe o jefe) lo usa también en otro lugar Tutmosis III: en sus Anales, en la entrada del cuadragésimo segundo año, donde menciona al «príncipe de Tanaya (*Tanaja*)», designación egipcia de la Grecia continental. Aquí ofrece una lista de objetos provenientes del Egeo, entre los que hay una vasija de plata obrada a la manera de Keftiu y cuatro boles con asas de plata. Es interesante que los llame *inw*, un término que suele traducirse como «tributo», pero que en este contexto probablemente significa «obsequio».[32] Participar en un comercio regular podría haberse considerado impropio de la dignidad del rey, mientras que intercambiar «obsequios» con los iguales (o casi iguales) era del todo aceptable. Nos ocuparemos con más detalle de esta cuestión en el próximo capítulo, dentro del marco del comercio internacional que, so guisa de intercambio de regalos, funcionó durante el siglo XIV a. C.

HATSHEPSUT Y TUTMOSIS III

El reinado de Hatshepsut, inmediatamente anterior al de Tutmosis III, fue testigo de interacciones no solo con el Egeo sino también con otras zonas del antiguo Oriente Próximo. En lo esencial, fue esta reina quien puso a la Dinastía XVIII en la senda de las relaciones internacionales y el prestigio mundial, recurriendo a la diplomacia antes que a la guerra. Su sangre era plenamente regia, como hija del faraón Tutmosis I y la reina Ahmose, aunque debemos señalar que su padre consiguió la condición real solo por el matrimonio.

Hatshepsut se casó con su propio hermanastro, Tutmosis II, con la intención de ayudar al joven, que no gozaba de una condición regia plena, pues su madre solo había sido una de las esposas menores del faraón, en lugar de la verdadera reina. Al casarse con Hatshepsut, su posición quedaba más legitimada. De aquella unión nació una hija, pero no un hijo, lo cual podría haber representado un desastre para la dinastía. Sin embargo, él tuvo un hijo con una de las jóvenes del harén, y se crió a este para que fuera Tutmosis III, destinado a seguir los pasos de su padre en el trono. Por desgracia, cuando Tutmosis II murió de forma inesperada, el joven no había alcanzado aún la edad suficiente para gobernar por cuenta propia. De este modo, Hatshepsut se hizo cargo del reinado como regente temporal. Sin embargo, al llegar el momento de entregar el mando, se negó. Hatshepsut estuvo gobernando durante más de veinte años, mientras Tutmosis III esperaba, probablemente con impaciencia, entre bastidores.[33]

Durante aquellas dos décadas, Hatshepsut empezó a llevar la tradicional barba falsa de los faraones y otros elementos propios del cargo, así como las

vestiduras propias de un varón y la armadura que le ocultaba el pecho y otros atributos femeninos, como puede observarse en las estatuas esculpidas en Deir el-Bahari, su templo funerario. También se modificó el nombre y, alterando la terminación, lo masculinizó como «Su Majestad Hatshepsu».[34] En pocas palabras: gobernó como un hombre, como un faraón masculino, no solo como una regente. Hoy se la considera una de las mujeres más ilustres del Antiguo Egipto, junto con Nefertiti y Cleopatra. Al parecer, Hatshepsut no volvió a casarse después de la muerte de Tutmosis II, pero quizá adoptó como amante a su arquitecto y administrador principal, Senenmut; una imagen de él fue grabada, quizá en secreto, en el templo funerario de Hatshepsut en Deir-el-Bahari, cuya construcción fue supervisada por él mismo.[35]

Esta enigmática soberana está asociada con expediciones comerciales de carácter pacífico, que envió a Fenicia (hoy el Líbano) en busca de madera, y al Sinaí en busca de cobre y turquesas.[36] Pero la delegación más famosa fue la que mandó a la tierra del Punt durante su noveno año de reinado. El testimonio está inscrito en los muros de Deir el-Bahari. La ubicación exacta del Punt es desconocida para los estudiosos, que siguen debatiendo al respecto. En su mayoría, las autoridades lo sitúan en la región de Sudán, Eritrea o Etiopía, pero otros miran hacia otros lugares, casi siempre en las costas del mar Rojo, incluida la zona del actual Yemen.[37]

La expedición de Hatshepsut no fue la primera que salió de Egipto hacia el Punt, ni tampoco sería la última. Durante el período del Imperio Medio se habían enviado varias expediciones, y más tarde, a mediados del siglo XIV a. C., Amenofis III también mandó una delegación. Sin embargo, solo en el testimonio de Hatshepsut se representa a la reina del Punt, llamada «Eti», según la inscripción que acompaña la pintura. La ilustración de la reina extranjera ha generado muchos comentarios por su corta estatura, columna torcida, grasa acumulada en pliegues y gran trasero; por lo general, ha suscitado que en las interpretaciones modernas se considere a la reina afectada de esteatopigia (esto es, abdomen rollizo y muslos y nalgas muy grandes y, por lo general, prominentes). También aparecen palmeras, animales exóticos y otros detalles que muestran un escenario lejano, e imágenes de los barcos (detalladas, con sus mástiles y aparejos) que transportaban a los egipcios en sus idas y venidas del Punt.

Durante el trigésimo tercer año de su reinado, en algún momento posterior a 1450 a. C., Tutmosis III mandó su propia delegación comercial a la tierra del Punt. Así aparece debidamente anotado en sus Anales, igual que otra expedición que envió a la misma zona en el año 38.[38] Estos son algunos de los escasos ejemplos, junto con las expediciones que envió al Líbano a comprar cedro, en las que podemos documentar un comercio activo entre Egipto y una tierra extranjera durante el reinado de Tutmosis III. Sin embargo, sospechamos que buena parte de

los «tributos» (*inw*) retratados en las escenas funerarias de los nobles de su reinado son, en realidad, productos de comercio.

Entre las zonas remotas con las que, según parece, Egipto comerciaba durante el reinado de Tutmosis III, y de las que este atestiguó haber recibido *inw* en tres ocasiones distintas, existía una región conocida por los egipcios como Isy, que muy probablemente se pueda identificar con la coalición de ciudades-estado del noroeste de Anatolia (hoy Turquía) conocida como Assuwa, o bien con Alashiya, el nombre con el que se designaba Chipre durante la Edad del Bronce. Los escribas de Tutmosis mencionan Isy al menos cuatro veces en varias inscripciones, por ejemplo, al lado de Keftiu, en su «Estela poética (Himno de la victoria)»: «Yo he venido para hacer que tú holles las tierras occidentales / Estando Keftiu e Isy llenos de respeto hacia ti / Hago que ellos vean a tu majestad como un cocodrilo / Señor de temor en medio de las aguas, que no puede ser atacado».[39] En los Anales de su novena campaña, en el año 34 (1445 a. C.), se cuenta que el «jefe de Isy» había traído *inw* en forma de materias primas: cobre puro, bloques de plomo, lapislázuli, un colmillo de elefante y madera. De un modo parecido, por el documento de su décimo tercera campaña, en el año 38 (1441 a. C.), sabemos que el «príncipe de Isy» trajo consigo *inw* consistentes en cobre y caballos, y en la descripción de su décimo quinta campaña, en el año 40 (1439 a. C.), se nos dice que el «jefe de Isy» llegó con *inw* que consistían en cuarenta ladrillos de cobre, un ladrillo de plomo y dos colmillos de marfil. La mayoría eran artículos típicos del intercambio de regalos de alto nivel en el Oriente Próximo de la Edad del Bronce.[40]

EGIPTO Y CANAÁN EN LA BATALLA DE MEGIDO, 1479 A. C.

Podría ser que en estos últimos años se hubiera identificado por fin la momia de Hatshepsut, localizada en una tumba conocida como KV 60 (por ser la tumba 60 del Kings Valley o «Valle de los Reyes»), en lugar de en su propia tumba (KV 20), que se encuentra en otra parte del Valle de los Reyes. Hatshepsut fue una de las pocas mujeres que sepultadas en este valle de élite, por lo general reservado para los reyes masculinos de Egipto. Si la momia identificada es realmente la de Hatshepsut, al final de su vida padeció de obesidad, problemas dentales y cáncer.[41] Cuando finalmente murió, hacia 1480 a. C., Tutmosis III —de quien a veces se ha sospechado que tuvo algo que ver en su fallecimiento— no tardó en hacerse con el poder y, ya en su primer año de reinado en solitario, se marchó a entablar batalla. Además trató de borrar el nombre de Hatshepsut de la historia, ordenando que sus monumentos fueran profanados, y su nombre, eliminado de las inscripciones allí donde fuera posible.

Cuando Tutmosis III inició su primera campaña —la primera de las diecisiete que emprendió a lo largo de los siguientes veinte años (aproximadamente)—, logró hacerse un sitio en los libros de historia, y de un modo bastante literal, puesto que el itinerario y los detalles de su viaje y conquistas en 1479 a. C. pasaron de los diarios de campaña a ser inscritos para la posteridad sobre las paredes del templo de Amón en Karnak, Egipto. La batalla que, durante la campaña, libró en Megido (y que más tarde se haría famosa bajo el nombre bíblico de Armagedón) contra los jefes rebeldes de esta localidad cananea es la primera contienda conocida cuyos detalles se fijaron de forma escrita para la instrucción de cuantos no se hallaron presentes.

Según la inscripción, Tutmosis marchó con sus hombres en dirección norte, desde Egipto, durante diez días, hasta llegar a Yehem. Allí se detuvo para celebrar una asamblea de guerra y decidir el mejor modo de asaltar la ciudad fortificada de Megido y los campamentos provisionales situados en las inmediaciones, donde se ubicaban los gobernantes cananeos que habían iniciado la rebelión contra el gobierno egipcio tras la ascensión de Tutmosis al trono. Desde Yehem, había tres formas de llegar a Megido: una ruta norte, que salía al valle de Jezreel cerca de Yokneam; la ruta sur, que llevaba al valle de Jezreel cerca de Ta'anach; y una ruta central, que conducía directamente hasta Megido.[42]

Sus generales, según la inscripción, sugerían tomar las rutas norte o sur, porque eran más amplias y menos propicias a las emboscadas. Tutmosis contestó que aquella táctica era exactamente la que los cananeos esperarían; que estos jamás lo considerarían tan necio como para tomar la ruta central, puesto que era la más estrecha y vulnerable ante las emboscadas. Pero, precisamente porque así lo creerían, él marcharía directamente con su ejército por la vía central, con la esperanza de coger a los cananeos por sorpresa; y así fue exactamente como sucedió. Los egipcios tardaron casi doce horas en atravesar el paso central (denominado, en varios momentos de la historia, Uadi Ara, Nahal Iron o paso de Musmus), con todos los hombres, pero lo hicieron sin sufrir ni un rasguño y sin encontrarse a un solo guardián, ni en Megido ni en los campamentos provisionales de los alrededores. Todas las fuerzas cananeas estaban en Yokneam, al norte, y en Ta'anach al sur, justo como había predicho Tutmosis III. El único error que cometió fue permitir que sus hombres se detuvieran a saquear y arrasar el campamento enemigo antes de tomar efectivamente la ciudad. Este fallo dio a los escasos defensores de Megido —ancianos, mujeres y niños, en su mayoría— el tiempo necesario para cerrar las puertas de la ciudad. Los egipcios necesitaron entonces un asedio muy prolongado, de más de siete meses, para tomar la ciudad.

Unos tres mil cuatrocientos años más tarde —en septiembre de 1918, en el marco de la primera guerra mundial— el general Edmund Allenby probó la misma táctica que Tutmosis III, y obtuvo el mismo resultado victorioso. Ganó la batalla de

Megido y apresó a centenares de soldados alemanes y turcos sin registrar bajas mortales en su bando, más allá de unos pocos caballos. Más tarde reconoció que, tras leer la traducción que James Breasted hiciera al inglés del relato de Tutmosis III, decidió repetir la historia. Se cuenta que, en una ocasión, George Santayana dijo «quienes no estudian historia están condenados a repetirla», pero Allenby demostró que lo contrario también puede ser cierto: quienes estudian historia pueden repetirla, con éxito, si así lo deciden.[43]

EGIPTO Y MITANNI

Tutmosis III también dirigió campañas en el norte de Siria, contra el reino de Mitanni (o reino mitanio), que apareció en aquella zona hacia 1500 a. C.; hacia esas fechas, Tutmosis I ya había entablado campaña contra ellos.[44] El reino mitanio siguió creciendo y fue asimilando otras zonas próximas, como el reino hurrita de Hanigalbat. En consecuencia, hubo distintos nombres para referirse a ellos, según el período temporal y según quién hablase o escribiese sobre ellos. Por lo general, los egipcios lo llamaban «Naharin» o «Naharina»; los hititas se referían a ellos como «la tierra de Hurri»; los asirios hablaban de «Hanigalbat»; y los propios reyes mitanios se referían a sí mismos como el reino de «Mitanni». La capital, Washukanni (o Wassugani), no se ha encontrado. Es una de las poquísimas capitales del antiguo Oriente Próximo que, hasta la fecha, ha conseguido eludir a los arqueólogos, pese a las prometedoras claves del registro arqueológico y los textos antiguos. Algunos creen que podría hallarse en el túmulo de Tell al-Fajariyeh, en Siria, al este del Éufrates; no se ha podido confirmar, y no será porque no se haya intentado.[45]

Según distintos textos, la población de este reino la formaba, en un 90 %, la población local, los llamados hurritas; y el otro 10 %, que se encargaba de gobernarlos, era la minoría de los caudillos mitanios, aparentemente de estirpe indoeuropea. Este pequeño grupo, que al parecer había llegado desde otro lugar y se había impuesto a la población hurrita indígena para crear el reino de Mitanni, contaba con una élite militar conocida como los *maryannu* («guerreros con carro»), famosos por utilizar carros de guerra y por su destreza en el adiestramiento de los caballos. Un texto recuperado en Hattusa, la capital hitita de Anatolia, contiene un tratado escrito hacia 1350 a. C. por Kikkuli, un maestro mitanio en la doma de caballos, en el que enseñaba a domesticar a los caballos en un período de 214 días. Se trata de un texto complejo, que ocupa cuatro tablillas de arcilla, pero que empieza de forma sencilla: «Así [habla] Kikkuli, el domador del país de Mitanni».[46]

En su octava campaña, durante su trigésimo tercer año (hacia 1446 a. C.),

Tutmosis III, como hiciera ya su abuelo, lanzó un asalto tanto naval como terrestre contra el reino de Mitanni. Se cuenta que sus fuerzas navales remontaron el curso del Éufrates, pese a las dificultades de avanzar en contra de la corriente y el viento, quizá en represalia por la supuesta implicación de los mitanios en la rebelión cananea de su primer año de reinado.[47] Derrotó a las fuerzas mitanias y ordenó inscribir y situar una estela al norte de Karkemish, en la ribera este del Éufrates, para conmemorar la victoria.

Pese a todo, la derrota de Mitanni fue pasajera. Transcurrido un período de entre quince y veinte años, el rey mitanio Saushtatar empezó a expandir el reino otra vez, a gran escala. Atacó la ciudad de Assur, la capital asiria, tomando como botín una puerta de oro y plata, muy valiosa, que utilizó para adornar su palacio de Washukanni —como sabemos por un texto posterior de los archivos hititas de Hattusa— y quizá también se enfrentó a los hititas.[48] Transcurrido menos de un siglo desde entonces —en la época del faraón Amenofis III, a mediados del siglo XIV a. C.—, las relaciones entre Egipto y Mitanni eran tan cordiales que Amenofis se casó no con una princesa mitania, sino con dos.

Mitanos, asirios y egipcios. El mundo estaba cada vez más interconectado, aunque en ocasiones solo fuera por la vía de la guerra.

LA REBELIÓN DE ASSUWA EN ANATOLIA

Es fascinante que Tutmosis III estuviera en contacto con zonas remotas —y quizá incluso comerciara activamente con ellas—, incluidas zonas situadas al norte y el oeste de Egipto. Es posible que el trato con Assuwa (suponiendo que sea adecuado identificarla con Isy) fuera iniciado por Assuwa, no por Egipto. Hacia 1430 a. C., Assuwa se rebeló contra los hititas de la Anatolia central, y parece plausible que, durante la década anterior a la rebelión, Assuwa se esforzara por establecer contactos diplomáticos con otras grandes potencias.[49]

La revuelta de Assuwa, que antaño solo había despertado el interés de unos pocos investigadores, pasó a la primera página en 1991, cuando el operador de un buldózer estaba metiendo la pala de su máquina en el arcén de una carretera próxima al antiguo yacimiento de Hattusa, capital de los hititas, hoy a una distancia de dos horas en coche (208 kilómetros) al este de Ankara. La pala topó con algo metálico. El operario saltó de su asiento en la cabina, metió la mano en la tierra removida y extrajo un objeto largo, delgado y sorprendentemente pesado, de color verde. Tenía todo el aspecto de ser una espada antigua, una identificación que se confirmó en cuanto los arqueólogos del museo local procedieron a su limpieza.

Sin embargo, no se trataba de la típica espada hitita; era de una clase que no

se había visto antes en la región. Además, tenía una inscripción cincelada en la hoja. Al principio, fue más fácil leer la inscripción que identificar al fabricante de la espada, y por lo tanto se hizo primero la traducción. Compuesta en acadio —la lengua diplomática de la Edad del Bronce en el antiguo Oriente Próximo— e inscrita con escritura cuneiforme (con caracteres en forma de cuña), la inscripción rezaba como sigue: *i-nu-ma* ^{m}*Du-ut-ha-li-ya* LUGAL.GAL KUR ^{URU}*A-as-su-wa u-hal-liq* GIR$^{HI.A}$ *an-nu-tim a-na* ^{D}*Iskur be-li-su u-se-li.* Para los lectores no familiarizados con la lectura del acadio, la traducción moderna sería: «Cuando Tudhaliya, el Gran Rey, asoló las tierras de Assuwa, dedicó estas espadas al dios de las tormentas, su señor».[50]

La inscripción hace referencia a la «Rebelión de Assuwa», que el rey hitita Tudhaliya I/II sofocó aproximadamente en 1430 a. C. (hablamos de él como «I/II» porque no sabemos con certeza si fue el primero o el segundo rey con este nombre). La revuelta ya era bien conocida entre los estudiosos del imperio hitita, gracias a otros textos, escritos todos en cuneiforme sobre tablillas de arcilla, que los arqueólogos alemanes habían descubierto en las excavaciones de Hattusa aquel mismo siglo, unos años antes. Pese a todo, la espada fue la primera arma —de hecho, el primer artefacto de cualquier tipo— que podía relacionarse con la rebelión. La inscripción nos indica que existen otras espadas, aún por recuperar. Sin embargo, antes de seguir adelante, debemos pasar algún tiempo más con los hititas, para situar Assuwa y examinar la rebelión. Pensaremos por qué esta es una prueba de un primer «internacionalismo» y —posiblemente— también una prueba de que la guerra de Troya se libró doscientos años antes y por razones distintas a las aducidas por Homero.

EXCURSO: DESCUBRIMIENTO Y GENERALIDADES DE LOS HITITAS

En primer lugar, debemos señalar que los hititas, pese a gobernar un gran imperio desde su patria en la Anatolia central durante buena parte del segundo milenio a. C., se perdieron para la historia —al menos, en lo que a la geografía se refiere— hasta hace tan solo doscientos años.[51]

Los expertos bíblicos conocían a los hititas por las referencias que de ellos hace la Biblia hebrea, donde se los menciona como uno de los muchos pueblos de nombre acabado en *–ita* o *-eo* (hititas, también llamados heteos; heveos o hivitas; amorreos o amoritas; jebuseos o jebusitas, etc.) que vivieron en Canaán a finales del segundo milenio a. C., e interactuaron con los hebreos-israelitas hasta que sucumbieron al poder de estos. Se decía, por ejemplo, que Abraham compró una parcela funeraria para su esposa Sara al hitita Efrón (Génesis, XXIII, 3-20), que la esposa del rey David, Betsabé, estuvo casada antes con «Urías heteo» (2 Samuel,

XI, 2-27), y que el rey Salomón tuvo «heteas» entre sus esposas (1 Reyes, XI, 1). Sin embargo, los primeros intentos para dar con los hititas en las tierras bíblicas no tuvieron éxito, pese a la localización geográfica que Moisés precisa desde la zarza que ardía sin quemarse: «He descendido para librarlos [a los israelitas] de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel, a los lugares del cananeo, del heteo, del amorreo, del fereceo, del heveo y del jebuseo» (Éxodo, III, 7-8).[52]

Mientras tanto, exploradores de principios del siglo XIX —como Johann Ludwig Burckhardt, un caballero suizo que gustaba de facilitar las exploraciones vistiendo según la moda local del Oriente Medio (y haciéndose llamar «jeque Ibrahim»)— descubrieron los restos de una civilización de la Edad del Bronce antes desconocida, sobre todo en la meseta central de Turquía. Por fin se halló la conexión. En 1879, en una conferencia celebrada en Londres, el respetado asiriólogo A. H. Sayce anunció que los hititas no se localizaban en Canaán, sino en Anatolia (es decir, en Turquía y no en Israel, el Líbano, Siria o Jordania). El anuncio contó con la aceptación general, y la ecuación sigue admitiéndose hoy día, pero aun así debemos preguntarnos cómo pudo la Biblia equivocarse tanto.

En realidad, la respuesta es bastante lógica. Igual que el imperio británico se extendió mucho más allá del territorio propiamente inglés, lo mismo sucedió con el imperio hitita hacia el oeste, en Turquía, y hacia el sur, en Siria. Y del mismo modo que en antiguas regiones del imperio británico se sigue jugando al críquet y tomando el té de las cinco aun mucho después de que el imperio original desapareciera, antiguas partes del dominio hitita en el norte de Siria conservaron elementos de su cultura, lenguaje y religión. Tanto es así, que hoy nos referimos a ellos como los *neohititas*, que florecieron durante el principio del primer milenio a. C. Cuando se fijó por escrito el texto bíblico, en algún momento entre los siglos IX y VII a. C., según las autoridades, hacía ya mucho que los primeros hititas habían desaparecido, pero sus sucesores —los neohititas— estaban sólidamente asentados en la parte norte de Canaán. Allí, sin duda interactuaron con los israelitas y otros pueblos levantinos, con lo cual aparecieron en los relatos bíblicos y, sin haberlo buscado, desencadenaron la confusión entre los posteriores exploradores que buscaban a los primeros hititas.[53]

Además, cuando los arqueólogos empezaron a excavar los yacimientos hititas y, con el tiempo, a traducir las numerosas tablillas de arcilla halladas en aquellos emplazamientos, quedó claro que ellos no se llamaban *hititas* a sí mismos. El nombre que se daban a sí mismos era algo bastante parecido a «neshitas» o «nesheos», por la ciudad de Nesha (hoy conocida y excavada con el nombre de Kultepe Kanesh, en la región de la Capadocia, en Turquía). Esta ciudad floreció durante unos doscientos años como sede de una dinastía local indoeuropea, hasta que hacia 1650 a. C. un rey llamado Hattusili I (cuyo nombre significa «el hombre

de Hattusa») estableció la capital un poco más al este, en un lugar con este último nombre: Hattusa. Hoy día seguimos llamándolos *hititas* solo porque el apelativo estaba firmemente arraigado en la bibliografía especializada antes de que se tradujeran las tablillas que contenían su verdadera denominación.[54]

La ubicación de la nueva capital, Hattusa, fue elegida con el mayor esmero. Disponía de fortificaciones tan sólidas y un emplazamiento geográfico tan acertado, con un valle estrecho como acceso único hasta la ciudad, que solamente fue tomada dos veces a lo largo de sus quinientos años de existencia; probablemente, en ambas ocasiones los invasores fueron un grupo vecino, los kashka. En el yacimiento, gracias a las excavaciones realizadas desde 1906 por arqueólogos alemanes como Hugo Winckler, Kurt Bittel, Peter Neve y Jürgen Seeher, se han recobrado miles de tablillas de arcilla. Entre estas tablillas había cartas y documentos de lo que tuvieron que ser los archivos oficiales del estado, así como poemas, relatos, textos históricos, rituales religiosos y toda otra serie de documentos escritos. Entre todos nos permiten ir reconstruyendo, pieza a pieza, no solo la historia de los gobernantes hititas y sus interacciones con otros pueblos y reinos, sino también la de la gente normal y corriente, incluida su vida cotidiana, la sociedad, las creencias y los códigos legislativos. Uno de los códigos contiene una norma no poco misteriosa: «Si alguien le arranca de un mordisco la nariz a una persona libre, pagará 40 siclos de plata»[55] (uno se pregunta con qué frecuencia debía de suceder algo así).

En un punto se nos cuenta que un rey hitita llamado Mursili I, nieto y sucesor del antes mencionado Hattusili I, marchó con su ejército hasta Mesopotamia, en un viaje de más de 1.600 kilómetros; y que atacó la ciudad de Babilonia en 1595 a. C., la redujo a cenizas y acabó con la dinastía, de doscientos años de antigüedad, que hiciera famosa «el legislador» Hammurabi. Luego, en vez de ocupar la ciudad, se limitó a dar media vuelta con el ejército hitita y regresó a casa; como aquellos gánsteres que subían al coche, iban a liquidar a la víctima elegida y regresaban, pero con la excursión letal más larga de la historia. Esta acción tuvo también una consecuencia imprevista: el grupo de los kasitas, antes desconocido, pudo ocupar la ciudad de Babilonia y gobernarla durante los siglos posteriores.

Aunque la primera mitad de la historia hitita, que se conoce como Imperio Antiguo, es justamente famosa por las hazañas de reyes como Mursili, aquí nos interesa más la segunda parte. En esta etapa, denominada del Imperio Hitita, floreció y, durante la Edad del Bronce tardía (desde principios del siglo XV a. C. hasta las primeras décadas del siglo XII a. C), alcanzó cotas aún más altas. Entre los reyes más famosos de aquella época aparece uno llamado Suppiluliuma I, a quien tendremos ocasión de conocer en el próximo capítulo. Este rey, que llevó a los hititas hasta una posición dominante en el antiguo Oriente Próximo, conquistó

grandes extensiones de territorio y se condujo como un igual con los faraones del Egipto del Imperio Nuevo. De hecho, una reina egipcia recién enviudada llegó a pedirle a Suppiluliuma que le mandase a uno de sus hijos por marido, indicándole que gobernaría Egipto con ella. No está claro de cuál de las reinas se trataba, o de quién era viuda; pero algunos investigadores bien informados señalan a Anjesenamón en el papel de reina y a Tutankhamón como el faraón fallecido, según veremos más adelante.

LA REBELIÓN DE ASSUWA Y LA CUESTIÓN DE AHHIYAWA

Volvamos ahora hacia el año 1430 a. C., cuando los hititas y su rey Tudhaliya I/II se enfrentaban a una liga de estados rebeldes. Se conocía a esos estados con el nombre colectivo de Assuwa. Estaban situados en el noroeste de Turquía, cerca de los Dardanelos, en el interior, donde se libró la batalla de Galípoli, en la primera guerra mundial. Las tablillas hititas dan los nombres de los veintidós estados aliados que se alzaron contra los hititas. En su mayoría, estos nombres apenas tienen significado para nosotros, y no los podemos identificar con ningún lugar concreto, salvo los dos últimos de la lista: Wilusiya y Taruisa, que muy probablemente sean referencias a Troya y sus alrededores.[56]

Al parecer, la rebelión se inició cuando Tudhaliya I/II y su ejército regresaban de una campaña militar en la zona oeste de Anatolia. Al enterarse de la noticia, el ejército hitita dio la vuelta y, sin más, se encaminó hacia el noroeste, en dirección a Assuwa, para sofocar el alzamiento. En la versión hitita se nos cuenta que Tudhaliya iba en persona a la cabeza de sus tropas y que derrotó a la confederación de Assuwa. Se hace constar que diez mil soldados de Assuwa, seiscientos tiros de caballos con sus aurigas y «la población sometida, los bueyes, las ovejas [y] los frutos de la tierra» fueron conducidos a Hattusa como prisioneros y botín.[57] Entre ellos se encontraba el rey de Assuwa y su hijo Kukkuli, además de otros pocos miembros de la realeza assuvea y sus familias. Algo después, Tudhaliya nombró a Kukkuli rey de Assuwa y reestableció el estado assuveo como vasallo del reino hitita. No obstante, Kukkuli tardó poco en iniciar una segunda revuelta, que los hititas sofocaron de nuevo. El rey assuveo fue sentenciado a muerte y la liga de Assuwa quedó destruida y eliminada de la faz de la tierra. Su legado se encuentra básicamente en el nombre moderno de «Asia», aunque también podría estar relacionado con la guerra troyana, si observamos las fuertes similitudes que, según los investigadores, presentan *Wilusiya* y *Taruisa* con los nombres de Troya en la Edad del Bronce: Ilio o Ilión, la ciudad, y sus alrededores, la Tróade.

Aquí es donde entra en juego la espada descubierta en Hattusa, con la

inscripción de Tudhaliya I/II, porque (como ya hemos dicho antes), no es una espada de fabricación local. El arma es de un tipo empleado fundamentalmente en la Grecia continental durante el siglo XV a. C.: se trata de una espada micénica (o de una imitación muy buena). ¿Por qué se estaba usando en la rebelión de Assuwa una espada como aquella? Es una buena pregunta para la que no tenemos respuesta. ¿La empuñaba un soldado assuveo, un mercenario micénico o alguien totalmente distinto?

Disponemos de otras cinco tablillas hititas que hacen mención de Assuwa o la rebelión, aparte de la tablilla principal, donde se encuentra el relato más largo. Una de ellas, por ejemplo, confirma todo el suceso empezando con esta sencilla afirmación: «Así habla ... Tudhaliya, el Gran Rey: Cuando destruí Assuwa y regresé a Hattusa ...»[58] Más interesante aún es una carta fragmentaria, tristemente incompleta, que pese a todo menciona por dos veces al rey de Assuwa y una a Tudhaliya, hace referencia también a una campaña militar y cita asimismo el territorio de Ahhiyawa, el rey de Ahhiyawa y las islas que pertenecían al rey de Ahhiyawa. La carta está dañada e incompleta, por lo cual es peligroso deducir demasiadas cosas de la presencia de Assuwa y Ahhiyawa dentro del mismo texto; pero todo parece indicar que, en aquella época, existía algún tipo de vínculo entre las dos.[59]

Durante mucho tiempo se consideró que la carta —conocida como KUB XXVI 91, a raíz de su primera publicación alemana— había sido enviada por el rey hitita al rey de Ahhiyawa, pero recientemente se ha propuesto lo contrario: que el rey de Ahhiyawa la enviase al rey hitita, lo cual la convertiría en la única carta de esta naturaleza (de la que tengamos noticia) que habría partido de aquella zona y de aquel rey.[60] Pero ¿de qué zona y de qué rey hablamos? ¿Dónde está Ahhiyawa? Esta pregunta representó un quebradero de cabeza para los estudiosos del siglo pasado, pero la mayoría admite hoy que se trata de la Grecia continental y de los micénicos, probablemente con capital en la ciudad de Micenas. La atribución se hace tomando como base unas veinticinco tablillas del archivo hitita de Hattusa en las que se menciona Ahhiyawa en un contexto u otro a lo largo de casi trescientos años (desde el siglo XV hasta finales del XIII a. C.), y que, tras ser sometidas a un análisis exhaustivo, solo pueden hacer referencia a la Grecia continental y a los micénicos.[61] Pero antes de seguir con la historia, debemos realizar de nuevo un breve excurso para conocer, en este caso, a los micénicos.

DESCUBRIMIENTO Y GENERALIDADES DE LOS MICÉNICOS

La civilización micénica llamó la atención del público no especializado por primera vez hace unos 150 años, iniciado el último tercio del siglo XIX, gracias a

Heinrich Schliemann, a quien se considera el «padre» de la arqueología micénica. Los arqueólogos modernos sienten por Schliemann un odio fascinado, en parte debido a sus primitivos métodos de excavación y en parte porque nunca se sabe hasta dónde se puede confiar en él y en sus estudios. Después de las excavaciones que realizó a principios de la década de 1870 en el noroeste de Anatolia, en Hisarlik —que identificó como Troya—, Schliemann decidió que, como ya había encontrado al bando troyano de la guerra (según veremos), ahora correspondía que diera con el bando micénico.

Ciertamente, le resultó mucho más fácil hallar Micenas en la Grecia continental de lo que había sido encontrar Troya en Anatolia, puesto que del antiguo emplazamiento micénico aún sobresalían algunos elementos, incluida la parte superior de la famosa Puerta de los Leones, que ya había sido descubierta y parcialmente reconstruida varias décadas atrás. Los habitantes de la vecina población moderna de Mykenai llevaron a Schliemann directamente al yacimiento cuando este llegó para empezar las excavaciones a mediados de la década de 1870. El alemán no contaba con permisos de excavación, pero esto nunca lo había frenado y tampoco lo hizo entonces. Al poco de haber empezado, desenterró varias tumbas de fosa llenas de esqueletos, armas y oro, más de lo que jamás se habría atrevido a soñar. Hizo correr la noticia mediante un telegrama enviado al rey de Grecia, en el que supuestamente afirmaba que «había contemplado el rostro de Agamenón».[62]

Por supuesto, Schliemann —que aun teniendo razón había cometido una equivocación garrafal— erraba en cuanto a la datación de las tumbas y restos. Hoy sabemos que aquellas tumbas de fosa (de las que existen en Micenas dos grandes círculos) se sitúan hacia los comienzos de la gran época de aquella ciudad y su civilización, entre 1650 y 1500 a. C., y no en los tiempos de Agamenón y Aquiles (hacia 1250 a. C.). Pero aunque falló por cuatrocientos años, al menos estaba excavando en la ciudad correcta. Schliemann no fue, en modo alguno, el único arqueólogo que examinaba aquellos restos de la Edad del Bronce —otros académicos, como Christos Tsountas y James Manatt, también excavaron con afán y obtuvieron mejores resultados que Schliemann—, pero, tal como veremos más adelante, él captó toda la atención del público gracias a sus anteriores anuncios sobre Troya y la guerra de Troya.[63]

Schliemann cavó varias temporadas en Micenas, en el yacimiento cercano de Tirinto y en otras partes, antes de regresar a Troya, donde dirigiría nuevas excavaciones en 1878 y en la década de 1880. También trató de excavar en Cnossos (Creta), pero sin éxito. A otros les correspondió —afortunadamente para la disciplina arqueológica— continuar con el estudio de los micénicos. Dos de los grandes fueron el estadounidense Carl Blegen, de la Universidad de Cincinnati, y el británico Alan Wace, de Cambridge. Acabaron uniendo sus fuerzas para sentar

las bases que definirían la civilización y su desarrollo de principio a fin.

Wace estuvo al cargo de las excavaciones británicas en Micenas durante varias décadas, desde principios de los años veinte; por su parte, Blegen no solo excavó en Troya entre 1932 y 1938, sino también en Pilos, en el suroeste de Grecia. Allí fue donde, ya en el primer día de trabajo de 1939, Blegen y su equipo descubrieron las primeras tablillas de arcilla del que acabaría siendo un nutrido archivo de textos escritos en Lineal B.[64] El estallido de la segunda guerra mundial detuvo temporalmente su trabajo en el yacimiento, pero en 1952, a los pocos años de acabarse el conflicto, las excavaciones se reanudaron. Aquel mismo año, un arquitecto inglés llamado Michael Ventris demostró, definitivamente, que el Lineal B era, de hecho, una forma antigua del griego.

En la actualidad todavía se están traduciendo algunos de los textos en Lineal B recuperados en los yacimientos de Pilos, Micenas, Tirinto y Tebas, así como en Cnossos, lo cual nos ha abierto otra ventana al mundo micénico. Las pruebas textuales se sumaron a los detalles que ya se conocían a través de las excavaciones, y permitieron a los arqueólogos reconstruir el mundo de la Grecia de la Edad del Bronce igual que habían podido hacer sus colegas en Egipto y el Oriente Próximo gracias a las traducciones de los textos escritos en egipcio, hitita y acadio. Dicho llanamente: los restos arqueológicos, combinados con las inscripciones textuales, han permitido a los investigadores modernos reconstruir la historia antigua.

Hoy sabemos que la civilización micénica empezó, en lo fundamental, en el siglo XVII a. C., aproximadamente al mismo tiempo que los minoicos de Creta se recuperaban del terrible terremoto que (según la terminología arqueológica) señala en la isla la transición del Primer Período Palacial al Segundo. Wace y Blegen bautizaron los períodos cronológicos relativos a los micénicos como Heládico Tardío, fechando el Heládico Tardío I y II entre los siglos XVII y XV a. C. y el Heládico Tardío III atendiendo a una división en tres secciones: IIIA hasta el siglo XIV, IIIB hasta el siglo XIII y IIIC hasta el siglo XII.[65]

Los motivos que subyacen al ascenso de la civilización micénica aún siguen siendo objeto de debate entre los arqueólogos. Una primera interpretación sugería que colaboraron con los egipcios para expulsar a los hicsos de las tierras faraónicas, pero hoy día no resulta una aproximación comúnmente aceptada. Si los objetos hallados en las tumbas de fosa de Micenas son indicativos de algo, debemos concluir que parte de las primeras influencias llegaron a Micenas desde Creta. De hecho, Evans creía que los minoicos habían invadido la Grecia continental; pero más tarde Wace y Blegen le dieron la vuelta al argumento y hoy todos los estudiosos admiten su propuesta. En la actualidad se tiene claro que, cuando los micénicos se apoderaron de Creta, también se adueñaron de las rutas comerciales internacionales con Egipto y el Oriente Próximo. De un modo (relativamente)

repentino, se convirtieron en actores de un mundo cosmopolita, con un papel que seguirían interpretando en los siglos venideros, hasta el final de la Edad del Bronce.

Según parece, los egipcios conocían a los micénicos con el nombre de *Tanaya*, los hititas los llamaban *Ahhiyawa* y los cananeos (si los textos de Ugarit, algo más al norte, en Siria, deben servirnos de indicio) los llamaban a su vez *Hiyawa*; o al menos, así lo creemos, puesto que estos topónimos no encajan sino con los micénicos. Si estas referencias no se corresponden con los micénicos, entonces fue un pueblo desconocido en los textos de los egipcios y otras grandes potencias de la Edad del Bronce tardía en el Oriente Próximo; pero se antoja una circunstancia improbable, dada la cantidad de jarrones y vasijas micénicas hallados en aquellas regiones en contextos que se datan entre los siglos XIV y XII a. C.[66]

¿UNA PRIMERA GUERRA DE TROYA?

Si Ahhiyawa representa tanto la Grecia continental como los micénicos, y si la carta conocida como KUB XXVI 91, hallada en Hattusa, demuestra que Ahhiyawa mantuvo alguna relación con Assuwa durante su rebelión contra los hititas, ¿qué podemos deducir? Esa carta, como las que hacen referencia a la Rebelión de Assuwa, se remonta a 1430 a. C., casi doscientos años antes de la fecha comúnmente aceptada para la guerra de Troya (que se suele situar entre 1250 a. C. y 1175 a. C.). Todos los datos que hemos presentado hasta aquí, incluida la espada micénica con la inscripción en acadio hallada en Hattusa, podrían no ser más que una serie de elementos sin vínculo alguno. Sin embargo, también cabe la posibilidad de interpretarlos como indicios de que hubo guerreros de la Edad del Bronce en el Egeo que participaron en la rebelión de Assuwa contra los hititas. De ser así, se podría proponer tal vez que ellos fueron la ayuda descrita en los registros hititas contemporáneos y recordada de un modo bastante más vago en las tradiciones literarias de la última época de la Grecia arcaica, así como en la etapa clásica; no como la guerra de Troya, sino como las anteriores batallas y asaltos emprendidos en Anatolia, también recordados y atribuidos a Aquiles y otros héroes legendarios de los aqueos.[67]

Los investigadores admiten ahora que incluso en la *Ilíada* homérica hay relatos sobre guerreros y sucesos propios de siglos anteriores a un escenario bélico de hacia 1250 a. C. Entre ellos se cuenta el escudo de Áyax, un escudo «de torre», de un tipo que había sido reemplazado mucho antes del siglo XIII a. C. Están también las espadas «tachonadas con clavos de plata» (*phasganon arguwelon* o *xifos arguroelon*) de diversos héroes, un tipo de arma costosa, que había dejado de usarse mucho antes de la guerra de Troya. Y tenemos la historia de Belerofonte (relatada

en el libro VI de la *Ilíada*: VI, 178-240), un héroe griego que casi con total seguridad pertenece al período anterior a la guerra de Troya. Proteo, rey de Tirinto, mandó a Belerofonte desde su ciudad en la Grecia continental a Licia, en Anatolia. Tras completar tres tareas y superar numerosos obstáculos adicionales, por fin se le concedió un reino en Anatolia.[68]

Por añadidura, la Ilíada cuenta que bastante antes del tiempo de Aquiles, Agamenón, Helena y Héctor —de hecho, en tiempos del padre de Príamo, Laomedonte—, el héroe griego Hércules saqueó Troya. Solo necesitó seis barcos (*Ilíada,* V, 638-642):

No, aquellos eran cual aseguran que fue el pujante Hércules, mi padre, de audaces propósitos, de ánimo como el león, que en cierta ocasión vino aquí [a Troya] por los caballos de Laomedonte con solo seis naves y muchos menos hombres y devastó la ciudad de Ilio y vació sus calles.[69]

Como he dicho en otro lugar, si tuviéramos que buscar un acontecimiento histórico al que vincular las tradiciones prehoméricas de guerreros aqueos que lucharon en la Anatolia continental, la rebelión de Assuwa, fechada hacia 1430 a. C., destaca como uno de los más importantes sucesos militares de la Anatolia noroccidental antes de la guerra de Troya; y también uno de los pocos sucesos con los que podríamos intentar relacionar a los micénicos (de Ahhiyawa) por la vía de pruebas textuales como la carta hitita KUB XXVI 91 mencionada más arriba. Cabría preguntarse, por tanto, si este fue el incidente que dio base histórica a los relatos hititas contemporáneos de guerreros o mercenarios micénicos (de Ahhiyawa) luchando en Anatolia, y dio lugar asimismo a los relatos de aventuras militares anteriores a la guerra de Troya por parte de aqueos en la Anatolia continental.[70] Podríamos preguntarnos también si fue esta rebelión inminente, que probablemente Assuwa llevaba preparando desde hacía tiempo, la que subyace a los posibles intentos de acercamiento a Tutmosis III, a finales de la década de 1440 y principios de la década de 1430.

OBSERVACIONES FINALES

La respetada historiadora del arte Helene Kantor dijo una vez: «Las pruebas que han pervivido al paso del tiempo no constituyen sino un pequeño fragmento de lo que una vez existió. Cada vasija importada ... representa montones de vasijas que desaparecieron».[71] En realidad, la mayoría de los productos que iban y venían eran, muy probablemente, elementos perecederos —y, por lo tanto, han desaparecido— o fueron materia prima que se convirtió de inmediato en otros

objetos, como armas o joyería, según ya hemos señalado. De este modo, parece que debemos entender que, durante la Edad del Bronce, el comercio entre el Egeo, Egipto y el Oriente Próximo se desarrolló a una escala mucho mayor que lo que solemos ver a través de la lente de la excavación arqueológica.

Tal vez sea en este mismo contexto donde debemos situar las pinturas de estilo minoico que Manfred Bietak descubrió en el palacio de Tutmosis III, en Tell ed-Dab'a, en el delta egipcio. Aunque no tengan que haberse pintado necesariamente por el capricho de una princesa minoica, constituyen pruebas incuestionables de hasta qué punto fluyeron las influencias, el comercio y el contacto internacionales en el antiguo mundo mediterráneo del siglo XV a. C., llegando a destinos y orígenes tan distantes como la Creta minoica.

Así, podríamos definir este siglo como un período en que surgieron contactos internacionales sostenidos a lo largo y ancho del mundo mediterráneo antiguo, desde el Egeo hasta Mesopotamia. En esta época, los minoicos y los micénicos del Egeo de la Edad del Bronce estaban sólidamente asentados, al igual que los hititas en Anatolia. Los hicsos habían sido expulsados de Egipto, y los egipcios habían iniciado lo que hoy llamamos la Dinastía XVIII y el período del Imperio Nuevo.

Pese a todo, como veremos a continuación, esto fue solo el comienzo de lo que, durante el siglo posterior, el XIV a. C., acabaría convirtiéndose en una «Edad de Oro» del internacionalismo y la globalización. Por poner un ejemplo, la combinación de los numerosos años de campaña y diplomacia de Tutmosis III, inmediatamente después de las expediciones comerciales pacíficas de Hatshepsut y sus propias hazañas militares,[72] llevaron a Egipto a una cima de poder internacional y prosperidad que pocas veces se había visto en el país, si es que había llegado a darse. En consecuencia, Egipto se estableció como una de las grandes potencias para el resto de la Edad del Bronce tardía, junto con los hititas, los asirios y los kasitas-babilonios, además de toda otra serie de actores como los mitanios, minoicos, micénicos y chipriotas, a muchos de los cuales tendremos ocasión de tratar en los próximos capítulos.

Capítulo 2

Acto II. Fuera de lo común (en el Egeo): el siglo XIV a. C.

Con una altura de más de dieciocho metros, y destinadas a montar la guardia durante los siguientes tres mil cuatrocientos años —aun cuando el templo funerario que se alzaba tras ellas sufría el saqueo de sus maravillosas piedras y se iba desmoronando día a día—, las dos colosales estatuas que se erguían a la entrada del templo funerario de Amenofis III en Kom el-Hetan se llamaron —y siguen llamándose— «Colosos de Memnón» a consecuencia de una identificación errónea con Memnón, un príncipe etíope mitológico, asesinado en Troya por Aquiles. Las dos estatuas representan la figura sentada de Amenofis III, faraón de Egipto de 1391 a 1353 a. C. En parte por la citada identificación errónea, los Colosos ya eran famosos hace dos mil años y los visitaban turistas griegos y romanos familiarizados con la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, que inscribían grafitos en las piernas de las estatuas. De uno de los Colosos —tras resultar dañado por un terremoto en el siglo I a. C.—, se contaba que producía un inquietante silbido al amanecer, porque la piedra se contraía y expandía con el frío de la noche y el calor del día. Por desgracia para el sector turístico antiguo, las obras de restauración llevadas a cabo en época romana, a lo largo del siglo II d. C., acabaron con el «grito divino» diario.[1]

No obstante, pese a lo fascinantes que resultan, en nuestra sucesión de acontecimientos fundamentales del siglo XIV a. C. los Colosos no son tan importantes como el quinto pedestal de las cinco bases de estatua que forman una columna de norte a sur dentro de los límites de lo que antaño fue el templo funerario. El templo estaba situado en la orilla oeste del Nilo, cerca de lo que hoy se conoce como el Valle de los Reyes, al otro lado de la actual ciudad de Luxor. Cada una de las cinco bases sostenía una estatua del rey, de gran tamaño, aunque ni con mucho eran tan altas como los Colosos de la entrada del templo. El patio en el que estaban albergaba al menos cuarenta monumentos semejantes, con sus pedestales.

LA LISTA EGEA DE AMENOFIS III

En cada uno de los cinco pedestales, igual que en muchos otros, hay inscripciones con una serie de topónimos cincelados sobre la piedra dentro de lo que los egipcios llamaban un «óvalo fortificado»: un óvalo alargado, dibujado en

vertical, con varias protuberancias pequeñas en todo su perímetro. La intención era representar una ciudad fortificada, incluidas las típicas torres defensivas (de ahí las protuberancias). Cada óvalo fortificado se colocaba sobre la parte inferior del cuerpo de un prisionero atado (o más bien la sustituía). Este cautivo aparecía retratado con los brazos detrás de la espalda y ligados por los codos, a veces con una cuerda alrededor del cuello que lo unía a los otros prisioneros de toda una hilera. En el Egipto del Imperio Nuevo, era una forma tradicional de representar las ciudades y tierras extranjeras; aun cuando los egipcios no controlasen realmente aquellas tierras o ni tan siquiera estuvieran cerca de conquistarlas, seguían escribiendo los nombres dentro de aquellos «óvalos fortificados», a modo de convención artística y política, tal vez como una dominación simbólica.

En total, los nombres de los pedestales formaban una serie de listas geográficas que designaban el mundo que los egipcios conocían en la época de Amenofis III, a principios del siglo XIV a. C. Algunos de los pueblos y lugares más importantes del Oriente Próximo de la época figuraban en la lista, como los hititas en el norte, los nubios en el sur y los asirios y babilonios en el este. En su conjunto, son unas listas únicas en la historia de Egipto.

Pero lo que llama la atención al instante es la lista inscrita por el cantero en el pedestal de la quinta estatua, pues contiene nombres nunca vistos en anteriores inscripciones egipcias. Eran los nombres de ciudades y lugares situados al noroeste de Egipto: nombres extraños, como Micenas, Nauplia, Cnossos, Cidonia y Citerea, escritos en la parte izquierda del frente del pedestal y en su lateral izquierdo, más otros dos nombres escritos por separado en la parte derecha del frente, como si se tratase de títulos colocados a la cabeza de la lista: Keftiu y Tanaya.

¿Qué significaba esta lista y qué representaban los nombres? Durante los últimos cuarenta años, los arqueólogos y egiptólogos han estado debatiendo sobre el sentido de los quince nombres hallados en ese pedestal, a los que hoy nos referimos comúnmente como la «Lista Egea».

Un grupo de arqueólogos alemanes excavó y examinó la base de la estatua y, los demás pedestales, en la década de 1960; pero en algún momento del decenio posterior, fue destruida por accidente. Según cuenta una historia sin verificar, los miembros de una tribu beduina local encendieron una hoguera bajo el pedestal y luego vertieron encima agua fría, intentando que los paneles inscritos se desprendieran, para así poder venderlos en el mercado de antigüedades. La versión oficial es que los daños se debieron a un fuego arrasador desatado en la zona. Fuese quien fuera —o lo que fuera— el responsable, el pedestal se deshizo en casi mil pedazos. Hasta hace muy poco, los arqueólogos solo han dispuesto de unas pocas fotografías a color del pedestal original, lo cual supuso una gran desgracia, porque los nombres de la lista son tan particulares que, de los quince, trece no habían sido vistos nunca antes en Egipto... y ya jamás volverían a verse.

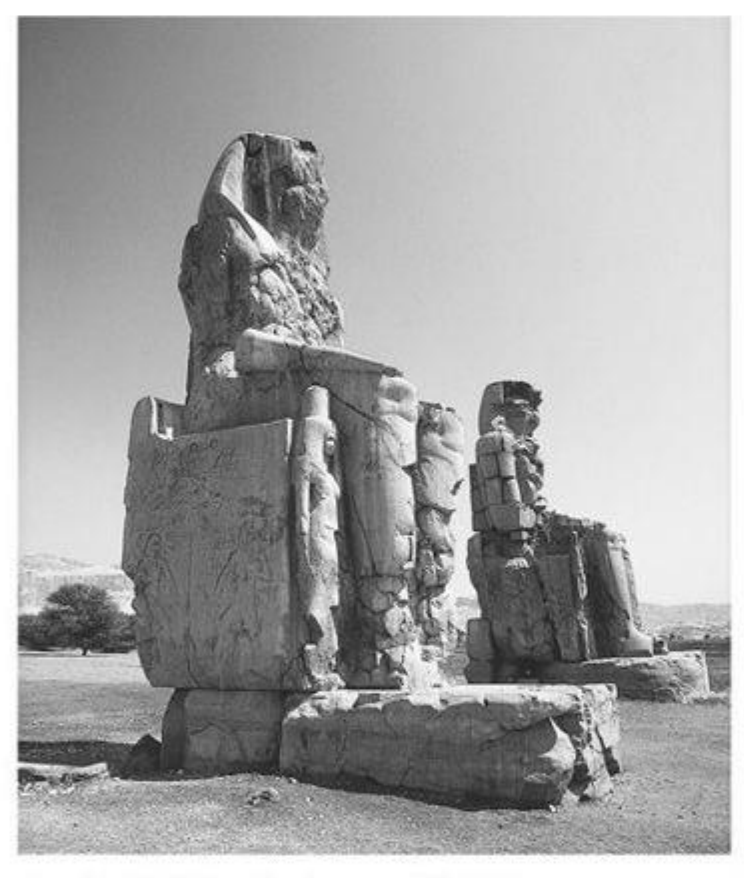




Fig. 5a-b. Los Colosos y la Lista Egea de Amenofis III (fotografías de E. H. Cline y J. Strange).

Lo que ahora ven los turistas en ese lugar (por lo general, desde el interior de un autobús con aire acondicionado que pasa junto a las ruinas de camino al cercano Valle de los Reyes) son los pedestales de las estatuas, y sobre ellos las estatuas, ensambladas de nuevo para alzarse de nuevo bajo el sol abrasador por primera vez desde hace más de tres mil años. En 1998, un equipo multinacional dirigido por la egiptóloga Hourig Sourouzian y su esposo Rainer Stadelmann, el antiguo director del Instituto Arqueológico Alemán en El Cairo, reanudaron las excavaciones de Kom el-Hetan. Desde entonces, excavan en la zona todos los años y han recuperado los fragmentos del pedestal destruido en el que figuraba la Lista Egea (y de los otros pedestales). Ahora se encuentran en pleno proceso de reconstrucción y restauración. Solo en recolocar las ochocientas piezas de la Lista Egea se tardó más de cinco años.[2]

Solo dos de los nombres de la Lista Egea ya eran conocidos para los escribas egipcios y los egiptólogos modernos, los dos que parecían nombres utilizados como encabezamientos de la lista: *Keftiu*, que era la designación egipcia de la isla de Creta, y *Tanaya*, que al parecer fue el término egipcio para la Grecia continental. Aquellos dos nombres empezaron a aparecer en los textos egipcios durante la época de Hatshepsut y Tutmosis III, casi un siglo antes, pero nunca en compañía de topónimos específicos de ciudades y áreas concretas del Egeo.

Los otros nombres que aparecen en el pedestal de esta estatua eran tan inusuales, pero al mismo tiempo reconocibles casi de inmediato, que el primer egiptólogo que los publicó en inglés, el eminente profesor Kenneth Kitchen, de la Universidad de Liverpool, dudó al principio sobre la necesidad de ofrecer una traducción, por temor al ridículo académico. En su primera y breve nota sobre la inscripción del pedestal (que ocupó unas pocas páginas de la edición de 1965 de la revista erudita *Orientalia*), Kitchen señalaba con cautela: «Me cuesta poner por escrito lo que voy a decir; que los lectores hagan caso omiso, si así lo prefieren. Los dos nombres ʼAmnisa y Kunusa se parecen demasiado a Amniso(s) y ... Cnossos, los famosos antiguos asentamientos de la costa norte de Creta».[3]

En los años siguientes, varios investigadores han estado trabajando para descifrar los nombres de la lista y el significado que se esconde tras su apariencia. El estudioso alemán Elmar Edel publicó el primer estudio concienzudo sobre las listas de los cinco pedestales en 1966; cuarenta años después, en 2005, se publicó una segunda edición, actualizada, corregida y enmendada. En el intervalo, muchos otros expertos dedicaron reflexión y tinta a las posibles interpretaciones de la lista.[4]

Al principio de la lista, bajo los encabezamientos de Keftiu (Creta) y Tanaya (la Grecia continental) aparecen unos pocos nombres de importantes emplazamientos minoicos de Creta, entre los que se cuentan Cnossos y su ciudad portuaria de Amnisos, seguidos por Festos y Cidonia, la lista está ordenada de este

a oeste. Todos estos lugares o bien tenían palacios minoicos o, en el caso de Amnisos, funcionaban como puerto de un palacio minoico cercano. El siguiente nombre de la lista es la isla de Citerea, situada a mitad de camino entre Creta y la Grecia continental; y luego van destacados lugares y regiones micénicos de la Grecia continental, incluida Micenas y su ciudad portuaria de Nauplia, la región de Mesenia y quizá la ciudad de Tebas, en Beocia. Al final de la lista se encuentran otros nombres de la Creta minoica, esta vez ordenados de oeste a este; y se vuelve a incluir Amnisos.

La lista guarda una sospechosa semejanza con el itinerario de un viaje circular que partiera de Egipto y avanzara por el Egeo hasta regresar al punto de inicio. Según el orden de los nombres, los viajeros que partían de Egipto se dirigían en primer lugar a Creta, tal vez para visitar a la realeza minoica y a los comerciantes que los egipcios, por entonces, conocían desde hacía casi un siglo. Luego reanudaban la marcha, pasando por Citerea, hasta la Grecia continental y allí visitaban a los micénicos, una nueva potencia que se estaba apoderando de las rutas mercantiles de los minoicos a Egipto y el Oriente Próximo. Y luego volvían a Egipto por la vía de Creta, como ruta más rápida y directa, recalando en Amnisos para aprovisionarse de agua y comida como una de las últimas escalas en el viaje de regreso, del mismo modo que utilizaron aquel puerto como primera parada, poco después de zarpar.

Las listas de los pedestales dan cuenta de todo el mundo conocido por los egipcios de la época de Amenofis III. La mayoría de los nombres ya constaban en otros documentos y tratados; entre los ya conocidos estaban los hititas y los kasitas/babilonios (sobre los cuales hablaremos más adelante), además de ciudades de Canaán. Los topónimos del Egeo, sin embargo, eran excepcionales (y siguen siéndolo) y se inscribieron siguiendo un orden especial. Algunos incluso fueron cincelados de nuevo, porque los tres primeros nombres fueron recortados (hasta su forma actual) en algún momento previo, o quizá posterior, a la exhibición del pedestal.[5]

Algunos investigadores creen que se trata de mera propaganda, pura fanfarronería de un faraón que había oído hablar de lugares remotos y anhelaba conquistarlos o quería convencer al pueblo de que lo había hecho. Otros consideran que la lista no se dedica al autobombo mendaz, sino que se basa en un conocimiento objetivo y contactos reales de aquella época antigua. Esta segunda explicación resulta más probable porque, gracias a la abundancia de pinturas murales de las tumbas aristocráticas del tiempo de Hatshepsut y Tutmosis III, en el siglo XV a. C., sabemos que en aquel siglo se produjeron muchos contactos con el Egeo, incluidos ejemplos en los que comerciantes o embajadores diplomáticos llegaban a Egipto con regalos. Probablemente, aquellos contactos se prolongaron durante el siglo posterior, en época de Amenofis III. Si fue así, en esta lista

podríamos tener el registro escrito más antiguo de un viaje circular desde Egipto por el Egeo, un viaje realizado hace más de treinta y cuatro siglos, unas pocas décadas antes de que el rey niño Tutankhamón gobernase sobre el país eterno.

Hay otra razón fascinante a favor de la posibilidad de que estemos contemplando la documentación de un viaje realizado a principios del siglo XIV a. C. desde Egipto por el Egeo, y no un registro de los micénicos y minoicos que llegaban a Egipto. Hay varios objetos con el cartucho (el nombre real) ya sea de Amenofis III o de su esposa la reina Tiy recuperados por los arqueólogos en seis yacimientos diseminados por la zona del Egeo: en Creta, la Grecia continental y Rodas. Y existe una correlación entre los lugares del hallazgo de estos objetos y los yacimientos nombrados en la Lista Egea, pues cuatro de los seis lugares aparecen entre los nombres grabados en ella.

Algunos de estos objetos con inscripciones son simples escarabeos y sellos pequeños, pero tenemos también un jarrón; todos ellos tienen el cartucho ya sea del faraón o de su esposa. Son más importantes los numerosos fragmentos de fayenza, un material a medio camino entre la alfarería y el vidrio, que se encontró en Micenas, probablemente la ciudad más destacada de la Grecia del siglo XIV a. C. Estos fragmentos, de doble cara, de los que conservamos al menos doce, provienen de un total de nueve placas originales (o quizá más), todas ellas de unas medidas de entre quince y veinte centímetros de longitud por diez de altura, con un grosor inferior a una pulgada (dos centímetros y medio). En todos se cocieron títulos de Amenofis III, inscritos con pintura negra, y en ambas caras de la placa leemos: «El buen dios, Neb-Maat-Re, hijo de Re, Amenofis, príncipe de Tebas, dado vida».[6]

Los egiptólogos entienden que estos objetos son placas de los «depósitos fundacionales». Suelen encontrarse, al menos en Egipto, en distintos depósitos bajo los templos o, en ocasiones, bajo las estatuas de los reyes.[7] Cumplen la misma función que las cápsulas del tiempo en nuestra cultura actual y la misma que cumplían en Mesopotamia desde la primera Edad del Bronce. Suponemos que su misión consistía en asegurar que los dioses y las generaciones venideras conocieran la identidad y la generosidad del donante/constructor, y la fecha en que se terminó el edificio, la estatua o la construcción que fuera.

Lo que singulariza estas placas micénicas es, sencillamente, que son las únicas de todo el Egeo. En realidad, de entre todos los lugares del mundo mediterráneo antiguo, son exclusivas de Micenas, porque placas de cerámica vidriada como aquellas, con el nombre de Amenofis III, jamás se han encontrado, fuera de Egipto, en ninguna otra parte. En Micenas, los primeros fragmentos fueron descubiertos y publicados por arqueólogos griegos ya a finales del siglo XIX y principios del XX; por entonces se creía que eran de «porcelana» y el nombre de Amenofis aún no se había reconocido o descifrado claramente. Con los años,

fueron apareciendo más placas, entre ellas las que rescató el eminente arqueólogo lord William Taylor dentro del Centro de Culto de Micenas. El fragmento más reciente fue descubierto hace tan solo unos años por Kim Shelton, arqueólogo de Berkeley (California), a bastante profundidad, dentro de un pozo de Micenas.

Ninguno de los fragmentos se ha recuperado en su contexto micénico original. En otras palabras: no tenemos ni la menor idea de qué uso se les daba en origen. Pero el mero hecho de que estén en Micenas, y en ninguna otra parte del mundo, indica que probablemente, en la época de Amenofis III, existió una relación especial entre este lugar y Egipto; sobre todo si tenemos en cuenta que también se encontró en Micenas el jarrón de Amenofis III, además de los dos escarabeos de su esposa, la reina Tiy. Si pensamos que esta región estaba en el límite —la mismísima periferia— de la región conocida y civilizada con la que Egipto mantuvo contactos en este período, la correlación de estos objetos con los nombres de la Lista Egea nos sugiere que, probablemente, durante el reinado de Amenofis III se produjo algún suceso fuera de lo común en cuanto a relaciones internacionales se refiere.

Los objetos importados de Egipto y el Oriente Próximo hallados en el Egeo forman un modelo interesante, vinculado tal vez a la Lista Egea. En apariencia, la Creta minoica continuó siendo el destino principal, en el Egeo, de las rutas comerciales que partían de Egipto y el Oriente Próximo, al menos durante la primera parte del siglo XIV a. C. Sin embargo, dado que en Creta se han encontrado en cantidades aproximadamente iguales objetos procedentes de Egipto, Canaán y Chipre, podría suceder que los productos egipcios ya no fuesen la carga principal de los comerciantes y mercaderes que navegaban entre Creta y el Mediterráneo oriental, como sí ocurría en los siglos anteriores. Si los enviados y comerciantes minoicos y egipcios coparon las rutas del Egeo en los primeros tiempos, ahora lo más probable es que se les hubieran unido (o incluso los hubieran sustituido) otros procedentes de Canaán y Chipre.

Esta situación internacional más compleja se prolongó a lo largo de los dos siglos posteriores, aunque ya a finales del siglo XIV a. C. se aprecia un cambio en la importación de productos extranjeros en el Egeo. Al mismo tiempo que se produce una caída repentina en la cifra de importaciones a Creta, se constata un gran crecimiento en las de la Grecia continental. Si este traslado del peso de las importaciones —de Creta a la Grecia continental— es real, cabe la posibilidad (aunque claramente hipotética) de que el descenso y cese definitivo de la llegada de productos orientales a Creta pudo estar relacionado con la destrucción de Cnossos hacia 1350 a. C., y con el hecho de que, al poco tiempo, los micénicos tomaran el control de las rutas comerciales a Egipto y el Oriente Próximo.[8]

La Lista Egea de Amenofis III puede ser un testimonio de esta situación, puesto que los lugares que se nombran en el pedestal de la estatua incluyen tanto

lugares minoicos en Creta como lugares micénicos de la Grecia continental. Si una embajada egipcia hubiera sido enviada al Egeo durante el reinado de Amenofis III, quizá se le confiara una misión doble: ratificar los contactos con un antiguo y valioso socio comercial (los minoicos) y establecer relaciones con una nueva potencia en alza (los micénicos).[9]

LOS ARCHIVOS DE AMARNA

Probablemente, la existencia de la Lista Egea no debería sorprendernos, ni tampoco la de otras listas similares en el templo, que en conjunto catalogan el mundo conocido por los egipcios en el siglo XIV a. C. En efecto, otras pruebas nos indican asimismo que Amenofis III era consciente de la necesidad de establecer relaciones con potencias extranjeras, sobre todo con los monarcas de tierras de importancia diplomática o comercial. Acordó tratados con muchos de estos reyes y consolidó los acuerdos celebrando bodas con varias de sus hijas. Así lo atestigua la correspondencia que mantuvo con esos reyes, conservada en un archivo de inscripciones sobre tablillas de arcilla, descubierto en 1887.



Fig. 6. Placa de fayenza, de Amenofis III, descubierta en Micenas (fotografía de E. H. Cline).

La historia comúnmente aceptada sobre el descubrimiento de este archivo cuenta que lo halló una campesina mientras recogía yesca o tierra fértil en la moderna Tell el-Amarna, donde se encuentran las ruinas de la ciudad en otro tiempo llamada Ajetatón (que significa «horizonte del disco solar»).[10] Amenofis IV, el hijo hereje de Amenofis III, más conocido como Ajenatón, había edificado a mediados del siglo XIV a. C. una nueva capital.

Ajenatón sucedió a Amenofis III, pero, probablemente, primero gobernó durante varios años con su padre, hasta que este falleció, en 1353 a. C. Al poco de asumir el poder en solitario, Ajenatón puso en marcha lo que hoy se conoce como la «Revolución de Amarna». Clausuró los templos que pertenecían a Re, Amón y otras deidades principales, se adueñó de sus tesoros ingentes y se reservó un poder inigualable como jefe religioso, militar y gubernamental. Condenó el culto a cualquier deidad egipcia, salvo la de Atón, el disco solar, que él —y solo él—

estaba autorizado a adorar directamente.

En ocasiones se considera este el primer caso de monoteísmo, puesto que, en apariencia, se rendía culto solo a un dios, pero se trata de una cuestión bastante discutible (que ha sido objeto de numerosos debates académicos). Para los egipcios de a pie, existían fundamentalmente dos dioses: Atón y Ajenatón, porque el pueblo solo podía rezar a Ajenatón y luego este, a su vez, rezaba a Atón en su nombre. Es posible que Ajenatón fuera un hereje religioso y, hasta cierto punto, incluso un fanático; pero antes que todo, se mostró calculador y ávido de poder. De hecho, cabe la posibilidad de que su revolución religiosa fuese una hábil maniobra política y diplomática, concebida para restablecer el poder de la monarquía, un poder que había ido pasando a manos de los sacerdotes durante los reinados de los faraones anteriores.

Pero Ajenatón no deshizo nada que sus antecesores hubieran puesto en marcha. En particular, reconoció la importancia de cuidar las relaciones internacionales, sobre todo con los reyes de las tierras vecinas. Ajenatón conservó la costumbre de su padre con respecto a las negociaciones diplomáticas y las asociaciones comerciales con potencias extranjeras, ya fueran de primer o segundo nivel, incluidos Suppiluliuma y los hititas.[11] Mantuvo en su capital, Ajetatón, un archivo de la correspondencia con estos reyes y gobernadores. Son las llamadas «cartas de Amarna», inscritas en tablillas de arcilla, que la campesina descubrió de forma accidental en 1887.

El archivo se encontraba originalmente en la «oficina de documentación» de la ciudad. Es un auténtico tesoro. Recoge la correspondencia con los reyes y gobernadores con quienes tanto Amenofis como su hijo Ajenatón habían mantenido relaciones diplomáticas, incluidos los mandatarios chipriotas e hititas, así como los reyes babilonios y asirios. Disponemos también de cartas dirigidas a (y remitidas por) gobernantes cananeos locales, como Abdi-Hepa de Jerusalén y Biridiya de Megido. En las cartas de estos gobernantes locales, que solían ser vasallos de los egipcios, abundan las llamadas de socorro a los egipcios; en cambio, las que se cruzaron entre los gobernantes de las grandes potencias (egipcios, asirios, babilonios, mitanios e hititas) suelen testimoniar peticiones y regalos propios de un estrato diplomático muy superior. Este archivo de Amarna, junto con el del siglo XVIII a. C. que se descubrió en Mari, está entre los primeros de la historia universal que sirven para documentar las relaciones internacionales intensas y duraderas que se dieron en la Edad del Bronce en los territorios de Egipto y el Mediterráneo oriental.[12]

Las cartas estaban escritas en acadio, la lengua franca que la diplomacia contemporánea usaba para las relaciones internacionales, en cerca de cuatrocientas tablillas de arcilla. Al haberse vendido en el mercado de antigüedades poco después de ser descubiertas, hoy día las tablillas se encuentran repartidas por

museos de Inglaterra, Egipto, Estados Unidos y la Europa continental, tales como el Museo Británico en Londres, el Museo de El Cairo en Egipto, el Louvre en París, el Museo Oriental de Chicago, el Museo Pushkin de Rusia y el Vorderasiatisches Museum de Berlín (que posee casi dos tercios de las tablillas).[13]

REGALOS DE HOMENAJE Y RELACIONES FAMILIARES

Estas cartas, incluidas las copias de las enviadas a gobernantes extranjeros y las respuestas de aquellos gobernantes, nos permiten profundizar en el estudio de los vínculos comerciales e internacionales en la época de Amenofis III y Ajenatón, a mediados del siglo XIV a. C. Es obvio que buena parte del contacto implicaba una «donación de regalos» realizada al máximo nivel, entre los propios monarcas. Por ejemplo, una carta de Amarna enviada a Amenofis III por Tushratta, el rey de Mitanni, en la Siria septentrional, que ascendió al trono hacia 1385 a. C., empieza dedicando un párrafo a los saludos acostumbrados y continúa hablando de los regalos enviados a través sus mensajeros:

Di[cho] a Nibmuareya (Amenofis III), rey de Egipto, mi hermano: Así (habla) Tushratta, rey de [M]itanni, tu hermano. Todo va bien para mí. Que todo vaya bien para ti. Que todo vaya bien para Kelu-Hepa (tu esposa), para tu casa, para tus mujeres, para tus hijos, para tus grandes [los hombres principales], para tus guerreros, para tus caballos, para tus carros, en tu país, ¡que todo vaya muy bien!...

Te envío con la presente 1 carro, 2 caballos, un servidor, una sirvienta, formando parte del botín del país de Hatti. Como regalo de homenaje a mi hermano, te envío cinco carros y cinco tiros de caballo. Como regalo de homenaje para Kelu-Hepa, mi hermana, te envío un par de fíbulas de oro, un par de pendientes de oro, un anillo-*mashu* de oro y un recipiente de perfume lleno de aceite dulce.

Con la presente te envío a Keliya, mi ministro, y a Tunip-ibri. Que mi hermano sea amistoso conmigo, y que mi hermano me envíe sus mensajeros para que me traigan los saludos de mi hermano, y que yo les oiga.[14]

Otra carta real, de Ajenatón a Burna-Buriash II, rey kasita de Babilonia, incluye una lista detallada de los regalos enviados. El desglose de los presentes ocupa más de trescientas líneas de escritura en la tablilla. Se incluyen objetos de oro, cobre, plata y bronce, recipientes de perfume y aceite dulce, anillos para los dedos y ajorcas para los pies, collares, tronos, espejos, telas de lino, boles de piedra y cajas de ébano.[15] Hay otras cartas similares de otros reyes, como por ejemplo

Tushratta de Mitanni, en las que se detallan listas de objetos comparables a la anterior, enviados en ocasiones como parte de la dote que acompaña a una hija y otras veces simplemente como regalos.[16] También debemos señalar que los «mensajeros» a los que se refieren estas y otras cartas solían ser ministros enviados, fundamentalmente, como embajadores; pero a menudo eran también comerciantes, con lo que, al parecer, cumplían un doble servicio tanto para sí mismos como para el rey.

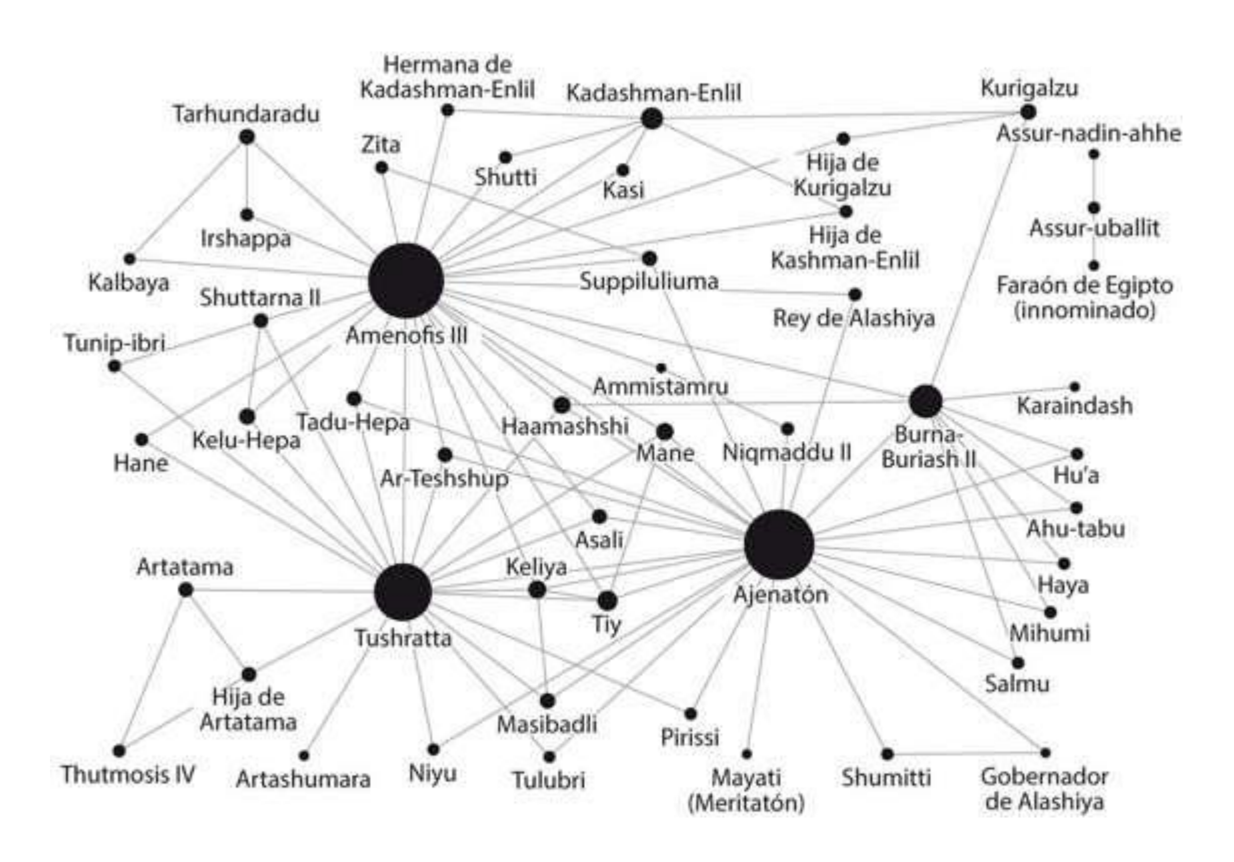


Fig. 7. Red social de relaciones atestiguada en las cartas de Amarna (preparada por D. H. Cline).

En estas misivas, los monarcas implicados solían referirse unos a otros como parientes, llamándose «hermano» o «padre/hijo», aunque por lo general no existía entre ellos auténtico parentesco, sino una «asociación comercial».[17] Los antropólogos han constatado que este empeño por crear unas relaciones familiares imaginarias se produce con mayor frecuencia en las sociedades preindustriales, sobre todo con el objetivo de resolver problemas comerciales cuando no existen vínculos de parentesco o mercados con supervisión estatal.[18] De este modo, un rey de Amurru escribía al rey de la vecina Ugarit (ambas tierras, situadas en la

costa norte de Siria): «Mi hermano, mira: tú y yo somos hermanos. Como hijos de un mismo hombre, somos hermanos. ¿Por qué no deberíamos mantener una buena relación? Todo deseo que me escribas, yo lo satisfaré; y tú satisfarás mis deseos. Formamos una unidad».[19]

Hay que hacer hincapié en que estos dos reyes (de Amurru y Ugarit) no necesariamente estaban emparentados, ni siquiera por matrimonio. No todos lo estaban, y no todos apreciaban este atajo fácil para las relaciones diplomáticas. Los hititas de Anatolia parecen haber sido particularmente quisquillosos a este respecto, porque un rey hitita le escribía a otro: «¿Por qué debería escribirte en términos de fraternidad? ¿Somos acaso hijos de la misma madre?».[20]

No siempre está claro qué relaciones merecían el uso del término «hermano», en oposición a «padre» e «hijo», pero lo más habitual es que lo primero indique paridad en la condición o la edad, mientras que «padre/hijo» se reservaba para una muestra de respeto. Los reyes hititas, por ejemplo, utilizan «padre» e «hijo» en sus cartas con más frecuencia que los gobernantes de cualquier otra gran potencia del Oriente Próximo, mientras que las cartas de Amarna emplean casi en exclusiva el término «hermano», ya fuese para el poderoso rey de Asiria o para el no tan poderoso rey de Chipre. Según parece, los faraones egipcios consideraban a los otros reyes del Oriente Próximo, sus socios comerciales, como miembros de una hermandad internacional, sin atender a la edad o a los años en el trono.[21]

En algunos casos, sin embargo, los dos reyes estaban realmente emparentados por un matrimonio. Por ejemplo, en las cartas que Tushratta de Mitanni envió a Amenofis III, Tushratta se refiere a la esposa de Amenofis III, Kelu-Hepa, como su hermana, y en efecto lo era (su padre la había entregado en matrimonio a Amenofis III). De un modo parecido, Tushratta dio a Amenofis III, en otro matrimonio concertado, a su propia hija, Tadu-Hepa, lo que convirtió a Tushratta al mismo tiempo en cuñado («hermano») y suegro («padre») de Amenofis. De este modo, una de sus cartas utiliza el legítimo encabezamiento de «Di[cho] a ... el rey de Egipto, mi hermano, mi yerno ... Así habla Tushratta, rey de la tierra de Mitanni, tu suegro».[22] A la muerte de Amenofis III, parece que Ajenatón tomó (o heredó) a Tadu-Hepu como una de sus varias esposas, con lo cual Tushratta adquirió el derecho a llamarse suegro tanto de Amenofis III como de Ajenatón en distintas cartas de Amarna.[23]

En todos los casos, las bodas reales se arreglaron para reforzar las relaciones y los tratados entre las dos potencias, y sobre todo entre los dos reyes. Esto también dio a Tushratta el derecho a llamar «hermano» a Amenofis III (aunque, técnicamente, era su cuñado) y a confiar en que las relaciones con Egipto serían mejores de lo que habrían sido de otro modo. Las nupcias iban acompañadas de dotes complejas, atestiguadas en varias cartas de Amarna. Tenemos, por ejemplo, una misiva de Tushratta a Amenofis III, que solo parcialmente está intacta y no es

legible en su totalidad, pero contiene 241 líneas de regalos, de los que él mismo dice: «Todos estos regalos de boda, de todo tipo, son los que Tushratta, el rey de Mitanni, dio a Nimmureya [Amenofis III], el rey de Egipto, su hermano y su yerno. Se los dio al mismo tiempo que le dio a Tadu-Hepa, su hija, para Egipto y para Nimmureya, para que fuera su esposa».[24]

Amenofis III parece haber utilizado esta función diplomática del matrimonio dinástico en mayor medida que ningún otro rey de su época, porque sabemos que se casó con (y tuvo en su harén a) las hijas de los reyes kasitas Kurigalzu I y Kadashman-Enlil I de Babilonia, de los reyes Shuttarna II y Tushratta de Mitanni, y del rey Tarjundaradu de Arzawa (en el suroeste de Anatolia).[25] Cada uno de los matrimonios consolidaba, sin duda alguna, otro tratado diplomático y permitía que los reyes implicados desarrollasen las relaciones diplomáticas propias de los miembros de una misma familia.

Algunos monarcas intentaron obtener un provecho inmediato de la relación entre el matrimonio dinástico y los regalos, prescindiendo del resto de sutilezas. En una de las cartas de Amarna, por ejemplo, probablemente del rey kasita Kadashman-Enlil a Amenofis III, se dice:

Además, tú, mi hermano ... sobre el oro del que te escribí, mándame lo que tengas a mano, todo lo que puedas, antes de que [venga] a mí tu mensajero, ahora mismo, a toda prisa ... Si durante este verano, durante los meses de Tammuz o Ab, me mandas el oro del que te escribí, te daré a mi hija.[26]

Amenofis III reprochó a Kadashman-Enlil, en otra carta, esta actitud de displicencia hacia su propia hija: «¡Bonito gesto, dar a tus hijas para conseguir unas pepitas de oro de tus vecinos!».[27] Y aun así, en algún momento de su reinado, la transacción se efectuó: gracias a otras tres cartas de Amarna sabemos que Amenofis III se casó en efecto con una hija de Kadashman-Enlil, aunque desconocemos su nombre.[28]

ORO, PIRITA Y EL COMERCIO DE ALTO NIVEL

Egipto era un país especialmente buscado como socio comercial por los reyes de otros países, no solo porque se contaba entre las grandes potencias de la época, sino también por el oro del que disponía, gracias a las reservas de Nubia. Más de un rey escribió a Amenofis III y Ajenatón pidiendo el envío de oro como quien no pide nada del otro mundo; la expresión «el oro es como la arena en tu tierra», y otras similares, se encuentran una y otra vez en las cartas de Amarna. En una de estas misivas, Tushratta de Mitanni invoca las relaciones familiares y pide a

Amenofis III que «me envíes mucho más oro del que mandas[te] a mi padre», porque, a su entender, «en el país de mi hermano, el oro abunda tanto como la tierra».[29]

Pero, al parecer, el oro no era siempre oro, y de eso se quejaron en particular los reyes babilonios. En una carta remitida por Kadashman-Enlil a Amenofis III, se afirma: «Me enviaste un regalo de homenaje, el único en seis años, treinta *minas* de oro que parecían de plata».[30] Su sucesor en Babilonia, el rey kasita Burna-Buriash II, escribió en términos parecidos al sucesor de Amenofis III, Ajenatón: «Sin duda, mi hermano [el rey de Egipto] no revisó el anterior (envío de) oro que mi hermano me mandó. Cuando puse en el horno las cuarenta *minas* de oro que me trajeron, no salieron (ni siquiera) diez *minas*, lo juro». En otra carta, decía: «Las veinte *minas* de oro que llegaron aquí no estaban completas. Cuando las metieron en el horno, salieron menos de cinco *minas*. La (parte) que salió, al enfriarse, parecía ceniza. ¿Se autentificó que realmente era oro?».[31]

Por una parte, uno podría preguntarse por qué los reyes babilonios tenían la costumbre de fundir en el horno el oro que les mandaba el rey egipcio. Debían de ser restos de metal enviados tan solo por su valor, en lugar de piezas bellamente terminadas a modo de regalo, igual que esos anuncios televisivos que vemos en la programación nocturna apremiando al espectador a vender sus joyas antiguas y estropeadas a cambio de dinero en metálico, con la idea clara de que las piezas serán fundidas de inmediato. Sin duda necesitaban aquel oro para pagar a sus artesanos, arquitectos y otros profesionales, según plantean efectivamente algunas de las cartas.

Por otra parte, también debemos preguntarnos si el rey egipcio sabía realmente que los cargamentos que mandaba no eran de oro auténtico, y si se trataba de un engaño deliberado o si el oro real fue trocado durante el camino por comerciantes y emisarios faltos de escrúpulos. Burna-Buriash sospechaba esto último, en el caso de las cuarenta *minas* de oro mencionadas más arriba, o al menos le ofreció a Ajenatón una vía diplomática para salir de aquella situación incómoda: «El oro que mi hermano me manda, mi hermano no debería dejarlo al cargo de ningún ayudante. Mi hermano debería llevar a cabo una verificación [personal del oro], luego debería sellarlo y enviármelo. Sin duda, mi hermano no verificó el anterior (envío de) oro que mi hermano me mandó. Fue solo un ayudante de mi hermano quien lo selló y me lo mandó».[32]

Parece ser, asimismo, que las caravanas de regalos que los dos monarcas se enviaban mutuamente solían ser objeto de asaltos durante el camino. Burna-Buriash escribe sobre dos caravanas pertenecientes a Salmu, su mensajero (y probable representante diplomático), que sabe que fueron asaltadas. Sabe incluso a quién culpar: a un hombre llamado Biriyawaza, responsable del primer golpe, y otro hombre llamado Pamahu (probablemente, un topónimo malinterpretado

como antropónimo), autor del segundo robo. Burna-Buriash pregunta cuándo juzgará Ajenatón este último caso, que se hallaba en su jurisdicción, pero no obtuvo respuesta, al menos que nosotros sepamos.[33]

Por otra parte, tampoco debemos olvidar que estos intercambios de regalos a alto nivel eran, probablemente, la punta del iceberg de la interacción comercial. Una situación análoga, relativamente moderna, podría ser la que describimos a continuación. En la década de 1920, el antropólogo Bronisław Malinowski estudió a los trobriandeses (de las islas Trobriand, en el Pacífico sur) que participaban en el círculo de *kula*. En este sistema, los jefes de cada una de las islas intercambiaban brazaletes y collares de conchas: los brazaletes siempre viajaban en un sentido del círculo, y los collares, en la dirección contraria. El valor de cada objeto aumentaba y se reducía según fueran el linaje y los antecedentes del propietario (la «biografía» del objeto, según la terminología arqueológica actual). Malinowski descubrió que, mientras los jefes estaban en los centros ceremoniales, intercambiando brazaletes y collares según los cánones de la pompa y las formas tradicionales, la tripulación de las canoas que transportaban a los jefes negociaba en la playa, comerciando con los habitantes locales para obtener agua, comida y otros productos básicos para la vida normal.[34] Aquellas transacciones comerciales tan mundanas constituían la verdadera motivación económica subyacente a los ceremoniales de intercambio de regalos entre los jefes trobriandeses, por más que ellos se negaran a admitirlo.

De un modo parecido, no debemos menospreciar la importancia de los mensajeros, comerciantes y marinos que se ocupaban del transporte de los regalos regios, así como de otros productos, a través de los desiertos del antiguo Oriente Próximo y, probablemente, también del mar Egeo. Sabemos a ciencia cierta que, durante la Edad del Bronce tardía, hubo contactos notables entre Egipto, el Oriente Próximo y el Egeo y, sin duda alguna, en ocasiones también se transportarían ideas e innovaciones, además de los objetos materiales. Es obvio que estas transferencias de ideas no se produjeron solo en los estratos sociales más elevados, sino también en los hostales y las tabernas de puertos y ciudades a lo largo de las rutas comerciales de Grecia, Egipto y el Mediterráneo oriental. ¿En qué otro lugar pasaría el tiempo un marino o un miembro de la tripulación, contándose unos a otros mitos, leyendas y todo tipo de historias, mientras aguardaban a los vientos propicios o a que una misión diplomática concluyera sus delicadas negociaciones? Es posible que estos acontecimientos contribuyeran a la difusión de las influencias culturales entre Egipto y el resto del Oriente Próximo, e incluso a través del Egeo. Este tipo de intercambios culturales podría dar cuenta de las similitudes existentes entre la *Epopeya de Gilgamesh* y los posteriores poemas homéricos de la *Ilíada* y la *Odisea*, o entre el *Mito de Kumarbi*, hitita, y la *Teogonía* de Hesíodo, también posterior.[35]

Recordemos también que el intercambio de regalos entre los gobernantes del Oriente Próximo durante la Edad del Bronce tardía incluyeron con frecuencia a médicos, escultores, mamposteros y obreros cualificados, que circulaban entre las distintas cortes reales. No es de extrañar que existan algunas semejanzas entre estructuras arquitectónicas de Egipto, Anatolia, Canaán e incluso el Egeo, si en cada una de aquellas regiones estuvieron trabajando los mismos arquitectos, escultores y mamposteros. Los recientes descubrimientos en Tell ed-Dab'a, Egipto, con las pinturas de suelo y murales de estilo egeo a las que ya hicimos referencia en el capítulo anterior, así como los de Tel Kabri en Israel, los de Alalaj en Turquía y los de Qatna en Siria, indican que los artesanos egeos podrían haber llegado a Egipto y el Oriente Próximo ya en el siglo XVII a. C. y tal vez siguieron haciéndolo hasta el siglo XIII a. C.[36]

EL ASCENSO DE ALASHIYA Y ASIRIA

A partir de las cartas de Amarna fechadas específicamente en la época de Ajenatón, sabemos que los contactos internacionales egipcios se expandieron durante su reinado hasta incluir la pujante potencia de Asiria, gobernada por el rey Assur-uballit I, que había ascendido al trono una década antes de la muerte de Amenofis III. Tenemos también ocho cartas del rey o para el rey de la isla de Chipre, conocida por los egipcios y otros pueblos del mundo antiguo como *Alashiya*,[37] que confirman la existencia de contactos con Egipto.

Estas cartas enviadas a Chipre y desde Chipre, que probablemente se remontan a la época de Ajenatón, más que a la de Amenofis III, son de gran interés, en parte por la asombrosa cantidad de cobre en bruto al que se hace mención en una de ellas. Durante la Edad del Bronce tardía, Chipre fue la principal fuente de cobre para las principales potencias del Egeo y el Oriente Próximo, según se constata en las cartas; entre ellas, una en la que el rey de Alashiya se disculpa por enviar «solamente» quinientos talentos de cobre, a consecuencia de una enfermedad que estaba asolando su isla.[38] Actualmente se considera que aquel cobre en bruto debía de viajar como lingotes en forma de piel de toro, como los que se descubrieron en el naufragio de Uluburun, del que nos ocuparemos en la próxima sección. Cada uno de los lingotes de piel de toro hallados a bordo pesa unos 27 kilogramos, lo que significa que solo la remesa mencionada en la citada carta de Amarna supondría ya cerca de 13.500 kilogramos de cobre. ¡Y la cantidad es tan pequeña que mueve a disculparse —¿irónicamente?— al rey chipriota!

En cuanto a Asiria, en el archivo de Amarna hay dos cartas remitidas por Assur-uballit I, que gobernó aquel reino desde aproximadamente 1365 hasta 1330 a. C. No está claro a qué faraón egipcio estaban destinadas las dos misivas, ya que

una de ellas comienza sencillamente con las palabras «Di al rey de Egipto», mientras que el nombre que aparece en la otra no está claro y la lectura es dudosa. Traductores anteriores han sugerido que se dirigían probablemente a Ajenatón, pero hay al menos un investigador que propone que la segunda era para Ay, que subió al trono tras la muerte de Tutankhamón.[39] Ahora bien, parece improbable, por la fecha de ascensión al trono de Ay (hacia 1325 a. C.). Es bastante más verosímil que las cartas fueran destinadas a Amenofis III o Ajenatón, como la inmensa mayoría de las cartas de los demás gobernantes.

La primera de estas cartas es un mensaje de saludo con una breve lista de regalos: «un carro hermoso, dos caballos [y] un hueso de dátil de lapislázuli auténtico».[40] La segunda es más larga y contiene la (por entonces ya habitual) solicitud de oro, con el típico descargo de responsabilidad: «En tu país, el oro es como la tierra, solo hay que recogerlo». Sin embargo, también contiene una comparación interesante con el rey de Hanigalbat (es decir, de Mitanni), en la que el nuevo rey de Asiria afirma ser «un igual del rey de Hanigalbat», una referencia obvia a su posición en la jerarquía social de las grandes potencias del momento, entre las que Asiria y su rey deseaban contarse con gran interés.[41]

Según parece, Assur-uballit no fanfarroneaba sin ton ni son, puesto que era bastante más que un igual de quien era entonces el rey de Mitanni, Shuttarna II. Assur-uballit derrotó a Shuttarna en combate, probablemente hacia 1360 a. C., y acabó con el dominio mitanio de Asiria, que había comenzado hacía poco más de un siglo, cuando el anterior rey de Mitanni, Saushtatar, robó la puerta de oro y plata de la capital asiria y se la llevó a la capital mitania de Washukanni.

Ahí empezó a crecer la grandeza de Asiria, fundamentalmente a expensas de los mitanios. Assur-uballit se convirtió pronto en uno de los principales actores del mundo de la *Realpolitik* internacional. Arregló un matrimonio real entre su hija y Burna-Buriash II, el rey kasita de Babilonia, aunque a los pocos años invadió la propia ciudad de Babilonia, tras el asesinato de su nieto, en 1333 a. C., y colocó en el trono a un rey títere llamado Kurigalzu II.[42]

De este modo aparecen por fin en el escenario los dos últimos grandes protagonistas de la Edad del Bronce tardía en el antiguo Oriente Próximo: Asiria y Chipre. Ahora ya tenemos el reparto completo de los personajes: hititas, egipcios, mitanios, kasitas/babilonios, asirios, chipriotas, cananeos, minoicos y micénicos, todos presentes y listos para intervenir. Todos ellos interactuaron, positiva y negativamente, durante los siglos posteriores, aunque algunos, como los mitanios, desaparecieron del escenario mucho antes que otros.

NEFERTITI Y TUTANKHAMÓN

Al poco de morir Ajenatón, sus reformas fueron revocadas y se intentó borrar su recuerdo de los monumentos y los archivos egipcios. El intento tuvo bastante éxito, pero gracias a los esfuerzos de arqueólogos y epigrafistas, hoy disponemos de una gran cantidad de información sobre el reinado de Ajenatón, así como de su capital, Ajetatón, e incluso de su tumba real. También tenemos datos sobre su familia, incluida su bella esposa Nefertiti y sus hijas, retratadas en varias inscripciones y monumentos.

El famoso busto de Nefertiti fue descubierto por Ludwig Borchardt, el excavador alemán de Amarna (Ajetatón), en 1912, y enviado a Alemania unos pocos meses después. Sin embargo, no fue dado a conocer al público hasta 1924, en el Museo Egipcio de Berlín. Hoy en día la estatua sigue en Berlín, pese a que el gobierno egipcio ha pedido reiteradamente que le sea devuelta, ya que, al parecer, las circunstancias en las que abandonó el país distaban mucho de ser ideales. Se cuenta —pero no se ha podido confirmar— que los arqueólogos alemanes y el gobierno egipcio acordaron repartirse los hallazgos del yacimiento a partes iguales, a condición de que los egipcios escogieran primero. Los alemanes lo sabían, pero querían quedarse con el busto de Nefertiti. Por lo tanto —se dice—, lo dejaron sin limpiar y lo pusieron deliberadamente al final de una larga fila de objetos. Cuando las autoridades egipcias pasaron por alto la mugrienta cabeza, los alemanes corrieron a embarcarla rumbo a Berlín. Cuando finalmente fue expuesta, en 1924, los egipcios se enfurecieron y exigieron su devolución, pero sigue en Berlín.[43]

Hoy también sabemos bastante sobre el hijo de Ajenatón, Tutanjatón, quien se cambió el nombre y gobernó utilizando el apelativo por el que hoy es conocido: Tutankhamón («el rey Tut» de la cultura popular en inglés). No nació en Arizona, en contra de lo que Steve Martin cantó en un *Saturday Night Live*, ni se trasladó jamás a Babilonia.[44] Sin embargo, sí ascendió al trono de Egipto siendo un niño, cuando contaba unos ocho años; la misma edad, aproximadamente, que tenía Tutmosis III cuando subió al trono casi 150 años antes. Por fortuna para Tutankhamón, no había por allí ninguna Hatshepsut que gobernase en su nombre. En consecuencia el rey Tut pudo gobernar durante casi diez años, hasta su muerte prematura.

La inmensa mayoría de detalles que rodearon la corta vida de Tutankhamón carecen de relevancia directa para nuestro estudio del mundo internacional en el que él vivió. Sin embargo, su muerte sí es significativa, en parte porque el descubrimiento de su tumba, en 1922, provocó en el mundo moderno una obsesión por el antiguo Egipto (la «egiptomanía») y destacó al rey como la figura más reconocida de todas las que reinaron durante la Edad del Bronce tardía; y en parte también, porque es muy probable que hubiera sido su viuda la que escribiera al

rey hitita Suppiluliuma I para pedirle un marido tras la muerte de Tutankhamón.

La causa del fallecimiento de Tutankhamón ha sido objeto de un prolongado debate —se baraja incluso la posibilidad de que lo asesinaran asestándole un golpe en la parte trasera de la cabeza—, pero recientes investigaciones científicas, incluida una tomografía computarizada de su esqueleto, apuntan como causa más probable de la muerte a la rotura de una pierna, seguida de una infección.[45] Nunca podremos probar si se rompió la pierna al caer de un carro de guerra, tal como se sospecha, pero sí sabemos que padeció malaria además de sufrir deformaciones congénitas, entre ellas un pie equinovaro. También se ha sugerido que podría haber nacido de una relación incestuosa entre hermano y hermana.[46]

Tutankhamón fue enterrado en una tumba del Valle de los Reyes. En origen, quizá el monumento funerario no estaba pensado para él, al igual que muchos de los deslumbrantes objetos que contenía, por el carácter repentino e inesperado de su muerte. Por otro lado, los egiptólogos modernos tuvieron grandes dificultades para localizar su emplazamiento, hasta que por fin Carter lo descubrió, en 1922.

El conde de Carnarvon había contratado a Carter expresamente para que descubriera la tumba de Tutankhamón. Carnarvon, como tantos otros miembros de la aristocracia británica, buscaba qué hacer en Egipto durante la temporada invernal. A diferencia de algunos de sus compatriotas, Carnarvon tenía que pasar cada año una temporada en Egipto por recomendación de su médico. En 1901, el conde tuvo un accidente de coche en Alemania —su vehículo dio una vuelta de campana mientras circulaba a la inusitada velocidad de 30 kilómetros por hora— y sufrió una perforación pulmonar; en consecuencia, el doctor temía que no lograra superar los inviernos ingleses. De modo que el conde tenía que pasar el invierno en Egipto y, al poco tiempo, se aficionó a la arqueología *amateur* y contrató a un egiptólogo personal.[47]

Anteriormente, Carter había ocupado el puesto de inspector general de monumentos en el Alto Egipto, y luego ocupó un cargo aún más prestigioso en Saqqara. Sin embargo, dimitió tras negarse a pedir perdón a un grupo de turistas franceses que en 1905 habían ocasionado ciertos problemas en el yacimiento. Así pues, Carter recibió con agrado la propuesta de Carnarvon: en aquel momento se encontraba sin empleo y pintaba paisajes a la acuarela para los turistas. Los dos hombres empezaron a trabajar juntos en 1907.[48]

Tras una década de fructíferas excavaciones en distintos yacimientos, en 1917 ambos estaban preparados para iniciar los trabajos en el Valle de los Reyes. Buscaban la tumba de Tutankhamón en particular porque sabían que tenía que encontrarse en alguna parte de aquel valle. Carter estuvo excavando durante seis temporadas, varios meses al año, hasta que los fondos de Carnarvon, y tal vez también el interés, estaban a punto de terminarse. Carter suplicó que le concediese

una temporada más, y se ofreció a pagarla de su propio bolsillo, porque había un lugar en el Valle en el que aún no había buscado. Carnarvon cedió y Carter regresó al Valle de los Reyes, donde comenzó los trabajos de excavación el 1 de noviembre de 1922.[49] Carter se dio cuenta de que, cada temporada, había levantado el campamento en el mismo sitio, de modo que en esta ocasión decidió trasladarlo y abrir donde antes tenía el campamento... Tres días después, un miembro de su equipo encontró los primeros escalones que descendían hacia la tumba. Resultó que una de las razones por las que la tumba había permanecido oculta durante miles de años era que la entrada yacía sepultada bajo los escombros que abandonaron los obreros encargados de construir la tumba vecina de Rameses VI, que murió casi dos siglos después de Tutankhamón.

Como Carter había descubierto la entrada de la tumba mientras Carnarvon estaba aún en Inglaterra, el arqueólogo mandó un telegrama de inmediato y tuvo que esperar hasta que el conde pudo embarcarse rumbo a Egipto. Avisó también a los medios de comunicación. Cuando Carnarvon llegó y estuvieron preparados para abrir la tumba, el 26 de noviembre de 1922, estaban rodeados de periodistas, según constatan las fotografías de aquel día.

Cuando, a golpe de cincel, se abrió un agujero en la puerta, Carter pudo escudriñar a través, hacia el pasillo de entrada de la tumba, que daba a la antecámara. Carnarvon estiraba de la chaqueta de Carter y le preguntaba qué veía. Cuentan que Carter le respondió: «Veo cosas maravillosas» (u otras palabras similares) y, de hecho, luego informó de que podía ver oro, el brillo del oro por todas partes.[50]

Sin duda, en su voz se distinguía alivio, ya que, después de esperar tanto tiempo a Carnarvon, Carter había sido presa de las preocupaciones: a tenor de los parches en la entrada de la puerta, con los sellos de la necrópolis encima, la tumba podía haber sido asaltada ya una o quizá incluso dos veces.[51] En el antiguo Egipto, el saqueo de tumbas se penaba con la muerte por empalamiento (sobre un palo clavado en el suelo), pero esto no parece haber disuadido a muchos ladrones de tumbas.

Cuando Carter y Carnarvon entraron por fin en la tumba, no cupo la menor duda de que había sufrido un robo, a juzgar por el desorden en que se hallaban los objetos de la antecámara, esparcidos como los objetos de una casa moderna tras el registro de unos ladrones; también por los anillos de oro envueltos en un pañuelo y abandonados en el suelo del pasillo de entrada, como si los asaltantes hubieran salido apresuradamente de la tumba o hubieran sido capturados por los guardias de la necrópolis. Pese a todo, la ingente cantidad de objetos que aún quedaban en la tumba era asombrosa; Carter y sus colegas pasaron los siguientes diez años dedicados casi por entero a excavar y catalogar todo lo que iban encontrando en la tumba, aunque el propio Carnarvon murió por una septicemia ocho días después

de haber abierto la tumba, lo que dio lugar a la historia de la «maldición de la momia».

El gran número de objetos funerarios hallados en la tumba de Tutankhamón dio pie a que varios egiptólogos se preguntasen qué podría haber habido en la tumba de uno de los faraones que gobernaron durante mucho más tiempo, como Rameses II o incluso Amenofis III; pero todas esas tumbas habían sido saqueadas hacía ya muchos años. Lo más probable, sin embargo, es que los increíbles objetos de la tumba de Tutankhamón fuesen únicos y se explicasen como obsequios que los sacerdotes egipcios le habrían entregado para demostrarle su agradecimiento por haber revocado las anteriores reformas de su padre y haber devuelto poder a los sacerdotes de Amón y otros dioses. No obstante, hasta que no se descubra una nueva tumba real egipcia que no haya sido saqueada nunca, no tenemos nada con que comparar la tumba de Tutankhamón.

A la muerte de Tutankhamón, quedó viuda la joven reina Anjesenamón, que era, además, su hermana. En este punto llegamos a la saga del rey hitita Suppiluliuma I y el caso de Zannanza, uno de los episodios diplomáticos más extraños del siglo XIV a. C.

SUPPILULIUMA Y EL CASO DE ZANNANZA

Después de Tudhaliya I/II, los hititas de Anatolia/Turquía pasaron un tiempo de declive bajo unos gobernantes relativamente débiles. Su fortuna experimentó una mejora hacia 1350 a. C., cuando subió al trono un rey llamado Suppiluliuma I, del que hemos hecho antes una breve mención al ocuparnos de la correspondencia y los archivos de Ajenatón.

Siendo un joven príncipe que actuaba a las órdenes de su padre, Suppiluliuma I había ayudado a los hititas a recuperar el control de Anatolia.[52] El resurgir de los hititas en esta época suponía una amenaza para Amenofis III y su imperio, por lo que no sorprende que Amenofis III empezara a concertar matrimonios dinásticos y negociar tratados con los gobernantes de casi todas las tierras que rodeaban la nación hitita, desde Ugarit (en la costa norte de Siria) hasta Babilonia (en Mesopotamia, por el este) y Arzawa (en Anatolia, por el oeste). Muy probablemente, el primer objetivo era beneficiarse de la relativa debilidad de los hititas durante la primera parte del reinado de Suppiluliuma I, y luego, cuando los hititas empezaron a prosperar de nuevo bajo su liderazgo, limitar el alcance de sus actividades.[53]

Los archivos hititas transmiten abundante información sobre Suppiluliuma; en especial, un juego de tablillas escritas por su hijo y futuro sucesor, Mursili II, que contiene las *Oraciones en tiempo de la peste*. Al parecer, Suppiluliuma murió, tras

reinar durante cerca de treinta años, por una epidemia que llegó a tierras hititas a través de los prisioneros de guerra egipcios apresados durante una guerra librada en el norte de Siria. La peste hizo estragos entre la población hitita. Murieron muchos miembros de la familia real, incluido Suppiluliuma.

Mursili vio en estas muertes —y en la de su padre, sobre todo— un castigo divino por un asesinato cometido al principio del reinado de Suppiluliuma por el que el rey jamás había pedido perdón a los dioses. Se trataba del propio hermano de Suppiluliuma, un príncipe hitita llamado Tudhaliya el Joven. No se sabe con certeza si Suppiluliuma estuvo directamente implicado en el asesinato, pero se benefició de él, sin duda alguna, porque estaba previsto que Tudhaliya ocupase el trono hitita en vez de Suppiluliuma, a pesar de todas las grandes victorias militares que Suppiluliuma había alcanzado en nombre de su padre. Mursili escribe:

> Pero ahora vosotros, oh, dioses, os habéis vengado de mi padre por el caso de Tudhaliya el Joven. Mi padre [murió] por la sangre de Tudhaliya, y la princesa, los nobles, los jefes de millares y los oficiales que se pasaron al bando de mi padre, ellos también murieron por este asunto. Este mismo asunto cayó sobre el País de Hatti y la población del País de Hatti empezó a perecer por este asunto.[54]

No disponemos de más detalles acerca del ascenso al poder de Suppiluliuma, salvo que, sin duda alguna, fue un éxito. Sin embargo, conocemos otros sucesos importantes de este reinado gracias a un extenso documento titulado *Hazañas de Suppiluliuma*, escrito también por Mursili II, el hijo que lo sucedería. Los detalles del reinado de Suppiluliuma podrían ocupar un libro entero, que sin duda se escribirá en algún momento. Aquí tendremos que conformarnos con decir simplemente que Suppiluliuma fue capaz de recuperar la mayor parte de Anatolia para el control hitita, mediante una guerra casi constante y una hábil diplomacia. Extendió también la influencia hitita, y las fronteras del imperio, hasta el norte de Siria, donde quizá destruyera la ciudad de Alalaj, la capital del reino de Mukish.[55] Sus numerosas campañas hacia el sur y el este acabaron provocando un conflicto con los egipcios, aunque no fue hasta la época de Ajenatón. También le valieron enfrentamientos con Mitanni, más hacia el este, durante la etapa del rey mitanio Tushratta. Tras varios intentos —entre los que se cuenta la que se conoce como Gran Guerra Siria, durante la cual Suppiluliuma saqueó y desvalijó Washukanni, la capital mitania—, Suppiluliuma acabó derrotando y sometiendo el reino de Mitanni.[56]

Entre las otras ciudades de Mitanni atacadas y destruidas por Suppiluliuma se cuenta la antigua Qatna —hoy Tell Mishrife—, excavada en nuestros días por arqueólogos italianos, alemanes y sirios. En el último decenio han salido a la luz descubrimientos asombrosos, entre los que hay una tumba real sin saquear,

pinturas murales de estilo egeo en las que se dibujan tortugas y delfines, una pieza de arcilla con el nombre real de Ajenatón (probablemente, empleada para sellar tarros, o vinculada en origen a una carta) y docenas de tablillas del archivo real, halladas todas dentro del palacio o por debajo de él. Entre estas tablillas, hay una carta fechada hacia 1340 a. C. y remitida por Hanutti, el comandante en jefe del ejército hitita en época de Suppiluliuma, en la que avisa al rey Idadda de Qatna que se prepare para la guerra. La carta se recuperó entre los restos del palacio del rey, reducido a cenizas, como prueba de que los hititas habían atacado y vencido.[57]

Suppiluliuma no desconocía los vericuetos de la diplomacia, porque en aquellos tiempos iba de la mano de la guerra. Parece ser que incluso llegó a casarse con una princesa babilonia, probablemente después de haber desterrado a su esposa principal (y madre de sus hijos) al otro lado del mar, en Ahhiyawa, por una infracción sin identificar.[58] También casó a una de sus hijas con Shattiwaza, el hijo de Tushratta, a quien colocó en el trono de Mitanni como rey vasallo después de mandarlo en compañía de un ejército hitita, para hacerse con el trono de su padre. No obstante, el matrimonio más interesante del reinado de Suppiluliuma es uno que no llegó a producirse. Lo conocemos como «El caso Zannanza».

Sabemos de este suceso por las *Hazañas de Suppiluliuma*, escritas por su hijo Mursili II, el mismo vástago a quien debemos la redacción de las *Oraciones en tiempo de la peste*. Según parece, en la corte hitita recibieron una carta supuestamente remitida por la reina de Egipto. La misiva fue contemplada con recelo porque contenía una oferta que ningún gobernante egipcio había formulado jamás. Se trataba de una petición tan sorprendente que Suppiluliuma dudó de su autenticidad de inmediato. Decía, sencillamente:

Mi marido ha muerto. No tengo hijo. Pero dicen que tú tienes muchos hijos. Si tú me das a uno de tus hijos, se convertirá en mi esposo. ¡Yo jamás tomaré a uno de mis sirvientes para convertirlo en mi esposo![59]

Según las *Hazañas*, el remitente de la carta era una mujer llamada «Dahamunzu». Pero este nombre no es más que una palabra hitita para referirse a «la esposa del rey». Dicho de otro modo, se suponía que la carta venía de la reina de Egipto. Pero esto carecía de sentido, porque la realeza egipcia no se casaba con extranjeros. En todas las negociaciones de sus tratados, por ejemplo, Amenofis III nunca entregó a un miembro de su familia en matrimonio a otro gobernante extranjero, pese a que se lo pidieron en más de una ocasión. Y ahora, la reina de Egipto no solo ofrecía casarse con el hijo de Suppiluliuma, sino que además prometía convertirlo de inmediato en el faraón de Egipto. Era una oferta increíble y se comprende, por tanto, la respuesta de Suppiluliuma: mandó a Egipto a un

mensajero de confianza, llamado Hattusa-ziti, a preguntar si la reina había enviado realmente aquella carta y si podían tomar en serio su oferta.

Hattusa-ziti viajó a Egipto, según se le ordenó, y regresó con otra carta de la reina, además de con un enviado especial de esta, un hombre llamado Hani. La carta estaba redactada en acadio, no en egipcio ni hitita. Hoy día se conservan algunos pasajes fragmentarios, que fueron descubiertos en los archivos hititas de Hattusa, y atestiguan la cólera de la reina porque hubieran dudado de ella. Según se la cita en las *Hazañas*, decía así:

¿Acaso si tuviera un hijo, habría escrito sobre mi propia vergüenza y la de mi país a un país extranjero? ¡No me habéis creído e incluso me lo habéis dicho así! El que fuera mi esposo ha muerto. ¡No tengo hijo! ¡Nunca tomaré a uno de mis sirvientes para convertirlo en mi esposo! No he escrito a ningún otro país. Solo te he escrito a ti. Dicen que tienes muchos hijos; dame, pues, a uno tus hijos. Será mi esposo. ¡Será el rey de Egipto![60]

Como Suppiluliuma seguía mostrándose escéptico, Hani, el enviado egipcio, habló de este modo:

¡Oh, mi señor! ¡Es la vergüenza de nuestro país! Si en verdad tuviéramos un hijo del rey, ¿acaso habríamos acudido a un país extranjero y seguiríamos pidiendo un nuevo señor? Nifururiya [el rey egipcio] ha muerto. ¡No tiene hijos! La esposa de nuestro señor está sola. Buscando un hijo de nuestro señor [es decir, Suppiluliuma] para la corona de Egipto. Y para la mujer, nuestra señora, ¡lo buscamos como esposo! Además, no hemos ido a ningún otro país, ¡solo hemos venido aquí! ¡Ahora, oh, nuestro señor, danos a uno de tus hijos![61]

Según las *Hazañas*, este discurso convenció a Suppiluliuma, que decidió enviar a uno de sus hijos, llamado Zannanza, a Egipto. No arriesgaba mucho, porque Zannanza era el cuarto de sus cinco hijos. Los tres mayores ya interpretaban distintos papeles para él, así que podía prescindir de Zannanza. Si las cosas iban bien, su hijo sería el rey de Egipto; y si no iban bien, todavía tendría a los otros cuatro hijos.

Al final, resultó que las cosas no salieron bien. Varias semanas después, un mensajero se presentó e informó a Suppiluliuma de que la partida que viajaba hacia Egipto había caído en una emboscada durante el trayecto y Zannanza había sido asesinado. Los responsables habían escapado y sin que se los hubiera podido identificar aún. Suppiluliuma se enfureció; no le cupo la menor duda de que los egipcios eran, de algún modo, los responsables de aquello; quizá incluso le habían preparado una trampa para acabar con la vida de su hijo. Según las *Hazañas*:

Cuando mi padre [Suppiluliuma] supo del asesinato de Zannanza, empezó a lamentarse por Zannanza y habló a los dioses con estas palabras: «¡Oh, dioses! ¡Yo no he hecho nada malo, pero el pueblo egipcio me ha tratado así! ¡Y también ha atacado la frontera de mi país![62]

Aún no se ha resuelto el misterio sobre el responsable de la emboscada y el asesinato de Zannanza. Tampoco está claro quién, en Egipto, envió la carta a Suppiluliuma, puesto que hay dos reinas que podrían haberla mandado, y las dos eran viudas. Una era Nefertiti, la esposa de Ajenatón; la otra era Anjesenamón, mujer de Tutankhamón.[63] Sin embargo, con la información que las cartas contienen —el hecho de que la reina no tenía hijos— y a tenor de la cadena de sucesos que se produjeron tras el asesinato de Zannanza —el trono de Egipto fue a parar a un hombre llamado Ay, quien se casó con Anjesenamón pese a tener edad para ser su abuelo—, lo más razonable parece identificar a la misteriosa autora de la carta con Anjesenamón. No está claro si Ay tuvo algo que ver con el asesinato en sí del príncipe hitita, pero siendo él el máximo beneficiario de su muerte, las sospechas recaen claramente sobre él.

Cuando Suppiluliuma juró vengarse por la muerte de su hijo, planeó atacar el territorio egipcio. El faraón Ay le aconsejó no hacerlo, en una correspondencia que se conserva solo en estado fragmentario; pero Suppiluliuma declaró la guerra y mandó al ejército hitita al sur de Siria, donde atacó numerosas ciudades e hizo millares de prisioneros, incluidos bastantes soldados egipcios.[64] Si alguien se pregunta quién se embarcaría en una contienda militar por una sola persona, no tenemos más que revisar la historia de la guerra de Troya, donde los micénicos lucharon contra los troyanos durante diez años, según se dice, por el rapto de la bella Helena; volveremos pronto sobre esta cuestión. También podríamos recordar el asesinato del archiduque Fernando en Sarajevo, el 28 de junio de 1914, que muchos consideran que fue el detonador de la primera guerra mundial.

Irónicamente, como se ha señalado más arriba y consta en las *Oraciones en tiempo de la peste* de Mursili, parece ser que los prisioneros de guerra egipcios traídos por el ejército hitita llevaron consigo una enfermedad terrible, que se extendió rápidamente por todas las tierras hititas. Poco después, hacia 1322 a. C., esta epidemia causó la muerte de Suppiluliuma; quizá fue otra víctima más del infortunado encuentro egipcio-hitita, como también lo había sido su hijo Zannanza.

HITITAS Y MICÉNICOS

Aún podemos añadir otra nota sobre los hititas de aquella época. Durante el reinado de Suppiluliuma, empezó un período en el que los hititas fueron una de las grandes potencias del mundo antiguo, al nivel de los egipcios y por encima de la influencia de los mitanios, asirios, kasitas/babilonios y chipriotas. Mantuvieron esta posición gracias a una combinación de diplomacia, amenazas, guerra y comercio. De hecho, los arqueólogos que excavan en yacimientos hititas han descubierto mercancías de la mayoría de los otros países mencionados (que, en la jerga actual, podríamos llamar naciones-estado). Además, en casi todos aquellos países se han descubierto productos hititas.

La excepción es la zona del Egeo. En la Edad del Bronce, apenas existen objetos hititas dentro de los territorios de la Grecia continental, Creta, las islas Cícladas e incluso Rodas, aun a pesar de la proximidad de esta última con Turquía. Solo se ha descubierto una docena de objetos de este tipo, frente a los centenares de importaciones egipcias, cananeas y chipriotas que se han hallado en el Egeo en esos mismos contextos. Por otro lado, casi no se importaron objetos micénicos o minoicos desde los territorios hititas en la Anatolia central, mientras que las mercancías importadas desde Chipre, Asiria, Babilonia y Egipto sí consiguieron atravesar los pasos montañosos y llegar a la meseta anatolia central. Esta anomalía, llamativa en el esquema comercial del mundo mediterráneo antiguo, no se limita solo a la época de Suppiluliuma y al siglo XIV a. C., sino que se constata durante casi tres siglos, desde el XV hasta el XIII a. C.[65]

Podría suceder, simplemente, que ninguno de los dos territorios produjera objetos que el otro quisiera, o que los objetos intercambiados fueran perecederos (aceite de oliva, vino, madera, textiles o metales, por ejemplo) y se hubieran desintegrado hace mucho o convertido en otros objetos; pero también podría haber sucedido que la ausencia de comercio fuese deliberada. En la próxima sección, nos ocuparemos de un tratado diplomático hitita que incluye un embargo económico deliberado contra los micénicos: «ningún barco de Ahhiyawa debe ir a él». Parece bastante probable que nos hallemos ante uno de los primeros ejemplos de un embargo de estas características a lo largo de la historia.

Como se ha señalado ya en otra parte,[66] las pruebas de que los micénicos fomentaron voluntariamente acciones contra los hititas en la Anatolia occidental confirman un escenario de estas características, así como la motivación para decretar un embargo.[67] Como indicamos al principio de esta sección, si Amenofis III había mandado una embajada al Egeo —según el testimonio de su famosa Lista Egea, en el templo funerario de Kom el-Hetan— con el objetivo de ayudar a contener el poder en alza de los hititas, aquellos movimientos en contra de los hititas —en particular, los que beneficiaban a los micénicos— podrían haber

encontrado en el Egeo un entusiasta aliado.

Por otro lado, la hostilidad y la ausencia de comercio entre los micénicos y los hititas también podrían haber sido el *resultado* de un tratado en contra de los hititas firmado por Egipto y el Egeo durante la época de Amenofis III. En resumen, parece ser que la política, el comercio y la diplomacia de hace tres mil quinientos años —en especial, durante el siglo XIV a. C.— no fueron tan diferentes a los que se usan como parte integral de la economía globalizada de nuestro propio mundo, con sus embargos económicos, las embajadas diplomáticas, y los regalos y juegos de poder practicados en los más altos niveles diplomáticos.

Capítulo 3

Acto III. Luchar por Dios y por el país: el siglo XIII a. C.

No sabemos qué le sucedió, en sus últimos momentos, a un barco hundido hacia 1300 a. C. en aguas de la costa suroccidental de Turquía, en Uluburun (cuya traducción aproximada podría ser «el gran promontorio»). ¿Volcó a consecuencia de una gran tormenta? ¿Se fue a pique después de chocar con algún objeto sumergido? ¿Acaso su tripulación lo hundió intencionadamente, para que los piratas no pudieran apresarlo? Los arqueólogos no lo saben, ni tampoco están seguros del origen del navío, de su destino o de los puertos en los que hizo escala. Pero sí pudieron recuperar la carga, que sugiere que, muy probablemente, este barco de la Edad del Bronce navegaba desde el Mediterráneo oriental hacia el Egeo.[1]

Un joven turco que hacía inmersión para recoger esponjas descubrió los restos de la nave en 1982. Dijo que, durante una de sus primeras inmersiones, había visto «galletas metálicas con orejas» esparcidas por el fondo del mar. Su capitán comprendió que la descripción encajaba con ciertos lingotes de cobre propios de la Edad del Bronce, los lingotes «de piel de toro» (llamados así por su forma). Unos arqueólogos del Instituto de Arqueología Marítima (INA, en sus siglas inglesas), de la Universidad de Texas A&M, le habían enseñado imágenes de aquellos objetos y le pidieron que estuviera atento, por si los veía.

Los arqueólogos que buscaban aquella clase de objetos estaban dirigidos por George Bass, pionero en el campo de la arqueología subacuática durante la década de 1960, cuando aún era estudiante en la Universidad de Pensilvania. En aquella época, los equipos de submarinismo dotados con escafandras autónomas eran un invento relativamente moderno, y el estudio de Bass de un naufragio en el cabo Gelidonya, en el litoral turco, representó la primera excavación submarina oficial de un naufragio de la Edad del Bronce dirigida por arqueólogos profesionales en aquella región.

Los descubrimientos de Bass en el cabo Gelidonya —el autor concluyó que los restos correspondían a un barco cananeo hundido hacia 1200 a. C., en ruta hacia el Egeo— fueron recibidos con polémica y un considerable escepticismo, cuando, en 1967, vio la luz la publicación oficial de las excavaciones.[2] En su mayoría, a los arqueólogos les costaba creer que hubiera habido contacto y comercio entre el Egeo y el Oriente Próximo en fechas tan antiguas, hace más de tres mil años; más aún, que los cananeos tuvieran la capacidad de navegar en aguas del Mediterráneo.

Bass juró entonces que, en algún momento de su carrera, encontraría y estudiaría otro barco de la Edad del Bronce, para demostrar que sus conclusiones sobre los restos del cabo Gelidonya eran plausibles. En la década de 1980, los restos de Uluburun le ofrecieron esa segunda oportunidad. Se fecharon hacia 1300 a. C., unos cien años antes que el barco de Gelidonya.

EL BARCO DE ULUBURUN

Hoy se tiende a creer que el barco de Uluburun podría haber iniciado su viaje tanto en Egipto como en Canaán (tal vez en Abu Hawam, en lo que hoy es Israel), y que realizó escalas en Ugarit (norte de Siria) y, posiblemente, en un puerto de Chipre. Luego se encaminó hacia el oeste, por el Egeo, siguiendo la costa sur de Anatolia (la Turquía moderna). Durante el trayecto, la tripulación del navío había subido a bordo vidrio en bruto; vasijas de almacenaje llenas de cebada, resina, especias y quizá vino; y lo más preciado de todo: casi una tonelada de estaño y diez de cobre, en bruto también, que se mezclarían para formar ese metal tan maravilloso que es el bronce.

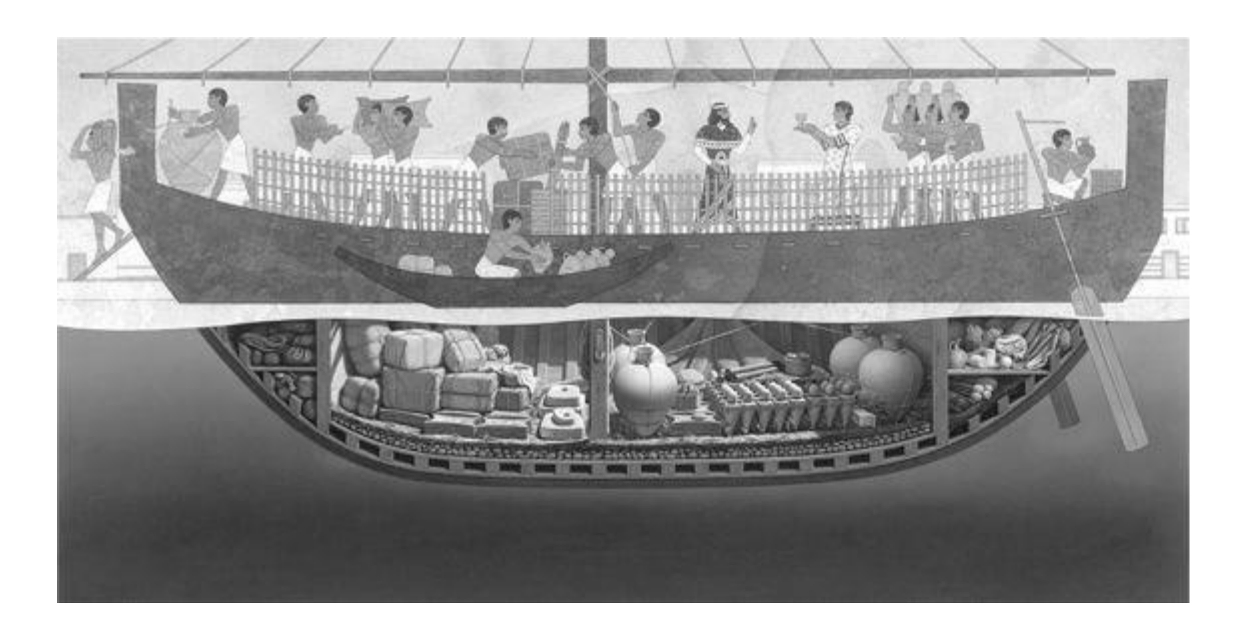


Fig. 8. Reconstrucción del barco de Uluburun (Rosalie Seidler/National Geographic Stock; por cortesía de la National Geographic Society).

A tenor del cargamento, estamos bastante seguros de que viajaba hacia el oeste desde el Levante, al parecer con rumbo a una ciudad portuaria del Egeo; tal

vez una de los dos o tres puertos de la Grecia continental que servían a Micenas, o quizá una de las otras grandes ciudades, como Pilos, en el continente o, en Creta, Kommos o la propia Cnossos. El mero hecho de constar que hubiera otro barco navegando de este a oeste durante la Edad del Bronce tardía bastó para confirmar las teorías de Bass y alterar por completo las ideas que los investigadores modernos tenían sobre el alcance del comercio y los contactos que se produjeron hace más de tres mil años. Hasta la fecha se han recuperado tres navíos de la Edad del Bronce, pero el pecio de Uluburun es el más grande, más rico y mejor estudiado.

Seguimos sin conocer la identidad del dueño y los financieros de la expedición. Cabe conjeturar con distintas posibilidades para explicar los orígenes del navío y la localización final del pecio. Podría haberse tratado de una empresa comercial, enviada por comerciantes del Oriente Próximo o de Egipto, quizá con las bendiciones de un faraón egipcio o un rey cananeo. O tal vez la pusieran en marcha directamente un rey o un faraón, como regalo de homenaje de un soberano a otro, como solía suceder en la época de Amarna, unas pocas décadas antes. Quizá los micénicos habían mandado al barco para que fuera «de compras» al Mediterráneo oriental, y se hundió en el camino de regreso. Los comerciantes de a bordo podrían haber adquirido materias primas y otros productos que no se podían conseguir en la propia Grecia, como el estaño y el cobre, además de la tonelada de resina de terebinto (de un árbol semejante al del pistacho) que podía emplearse para fabricar perfumes en Pilos o en la Grecia continental, que se embarcarían de nuevo hacia Egipto y el Mediterráneo oriental. Desde luego, no faltan posibilidades a la hora de imaginar un panorama. Si el barco iba dirigido a los micénicos, estos debieron de aguardar impacientes la llegada de la carga, puesto que había metal en bruto suficiente para armar a un ejército de trescientos hombres con espadas, escudos, yelmos y armaduras de bronce, además del preciado marfil y otros artículos exóticos. Sin duda, el día en que el barco se hundió, hacia el año 1300 a. C., alguien o algún reino perdió una fortuna.

El barco de Uluburun se hundió en aguas bastante hondas: la popa se encuentra hoy a unos 43 metros de profundidad, y el resto de la nave yace inclinado hasta llegar a unos 52 metros. Sumergirse a una profundidad de entre 43 y 52 metros es peligroso, porque supera el límite de seguridad de los equipos de submarinismo. Solo se autorizó a los buzos del INA a hacer dos inmersiones al día, de veinte minutos cada una. Además, a esas profundidades, el nivel de gases inhalados sube y puede producir un efecto narcótico. Trabajar a tanta profundidad, dijo Bass, los hacía sentir como si se hubieran tomado dos martinis antes de empezar; por eso, cada inmersión y cada movimiento realizado bajo el agua debía

haberse proyectado de antemano.

Durante casi una docena de temporadas, de 1984 a 1994, el equipo hizo más de 22.000 inmersiones en el pecio sin sufrir ningún accidente de gravedad, claro testimonio de las precauciones que tomaron y del hecho de que sus buzos estaban bajo la supervisión de un antiguo SEAL de la Marina.[3] El resultado final fue un plano de los restos y el cargamento de una exactitud milimétrica, como cualquier otro realizado en una excavación terrestre, pese a las enormes profundidades a las que estuvieron trabajando. Las inmersiones también se tradujeron en la recuperación de miles de objetos, que aún se estudian hoy día.

El barco propiamente dicho medía en origen unos 15 metros de largo. Estaba bien construido, con tablas y quilla de cedro libanés, y un casco con ensambladura de mortaja y espiga.[4] Hasta ese momento, el primer precio descubierto en el Mediterráneo que utilizaba esta técnica de la mortaja y la espiga era el de un naufragio en aguas de Cerinea (Kirenia, en el litoral de Chipre), fechado más de mil años después, hacia 300 a. C.

Fue especialmente difícil trabajar con los lingotes de cobre, de los que había más de 350, y extraerlos a la superficie. Durante los tres mil años que habían permanecido bajo el agua, colocados en forma de espina de pescado, en cuatro filas distintas, muchos habían sufrido una desintegración considerable y se encontraban ahora en un estado de extrema fragilidad. Al final, los conservadores arqueológicos que trabajaban en el equipo de Bass tuvieron que utilizar un nuevo tipo de cola: un adhesivo que podía inyectarse en los restos de un lingote de forma que, en el transcurso de un año, se congelara y endureciera bajo el agua. La cola acabaría por unir las diversas partes del lingote descompuesto con la fuerza suficiente como para poder sacarlo a la superficie.

Pero en el barco había muchas otras cosas, además de los lingotes de cobre. Resultó que la carga del barco de Uluburun estaba integrada por un increíble surtido de productos, un auténtico manifiesto internacional. En conjunto, el barco transportaba productos de al menos siete países, estados e imperios distintos. Sumado al cargamento principal de diez toneladas de cobre chipriota, la tonelada de estaño y la de resina de terebinto, había también dos docenas de troncos de ébano de Nubia; casi doscientos lingotes de vidrio en bruto de Mesopotamia, en su mayoría teñido de azul oscuro, aunque había también otros de color azul claro, violeta e incluso de un tono de ámbar o miel; unas 140 jarras cananeas de dos o tres medidas básicas, que contenían la resina de terebinto, restos de uva, granadas e higos, además de especias como cilantro y zumaque; flamante alfarería de Chipre y Canaán, que incluía lámparas de aceite, boles, jarras y tarros; escarabeos egipcios y sellos cilíndricos de otros puntos del Oriente Próximo; espadas y dagas de Italia y Grecia (algunas de las cuales quizá pertenecían a la tripulación o los pasajeros), por ejemplo una con una empuñadura con incrustaciones de ébano y marfil; e incluso

una maza-cetro de piedra, procedente de los Balcanes. Había también joyería de oro, con pendientes y un cáliz; envases cosméticos de marfil en forma de pato; boles de cobre, bronce y estaño, y otras vasijas; veinticuatro anclas de piedra; catorce piezas de marfil de hipopótamo y un colmillo de elefante. Y había una estatua de una deidad cananea, de unos 15 centímetros de altura, realizada en bronce recubierto parcialmente de oro; si se esperaba que actuase como divinidad protectora del barco, no cumplió muy bien su cometido...[5]

Probablemente, el estaño venía de la región de Badajshán en Afganistán, uno de los pocos lugares en que podía obtenerse durante el segundo milenio a. C. El lapislázuli que había a bordo provenía de la misma zona y había viajado miles de kilómetros antes de que lo subieran al barco. Muchas de las piezas, como los sellos cilíndricos de lapislázuli, eran pequeñas y se podían perder con facilidad durante las excavaciones, sobre todo cuando, para retirar la arena que cubría los restos, se recurría a unos tubos de aspiración colosales. El mero hecho de que se recuperasen atestigua la pericia de los arqueólogos que excavaron los restos submarinos, dirigidos primero por Bass y luego por el que fue elegido como sucesor: Cemal Pulak.

Uno de los objetos más pequeños encontrados a bordo fue también uno de los más importantes: un escarabeo egipcio hecho de oro macizo. A la singularidad de un artículo de estas características, poco frecuente de por sí, se une la presencia de inscripciones jeroglíficas en lasque aparece el nombre de Nefertiti, la esposa del faraón hereje, Ajenatón. En el escarabeo, su nombre se escribe «Nefer-Neferu-Atón», apelativo que Nefertiti solo utilizó durante los primeros cinco años de su reinado, en la época en que su esposo debía de estar en el momento culminante del proceso de condena de toda deidad egipcia, exceptuando a Atón, el disco solar, a quien él —y solo él— podía rendir culto directamente.[6] Los arqueólogos utilizaron el escarabeo para perfilar la datación de la nave, porque este no podía haberse fabricado —y por tanto el barco no podía haber navegado— antes de que Nefertiti llegase al poder, hacia 1350 a. C.

Los arqueólogos pudieron fechar los restos hundidos con otros tres métodos. Un sistema era la datación por radiocarbono (carbono-14) de las ramas más jóvenes, utilizadas en la cubierta de la nave. Otro era la dendrocronología —el recuento de los anillos de los árboles—, aplicada a los troncos usados para construir el casco. La tercera técnica se basó en el estudio de la alfarería minoica y micénica, muy bien conocida; la recuperada a bordo se podía fechar, a juicio de los especialistas, hacia finales del siglo XIV a. C. La combinación de los cuatro sistemas de datación independientes sugiere que el naufragio se produjo hacia 1300 a. C., en los primerísimos años del siglo XIII a. C., con un margen de unos pocos años, arriba o abajo.[7]

En el barco se hallaron fragmentos de una pequeña tablilla de madera, originalmente con bisagras de marfil, que se había conservado dentro de un recipiente de almacenamiento en el cual quizá estuvo flotando mientras el barco se hundía. Recuerda en algo a la «tablilla doble» grabada con «luctuosos signos» (*Ilíada*, VI, 168-169). Esta supera en antigüedad, por más de quinientos años, a las tablillas de escritura similares que se habían recuperado en Nimrud, Iraq. La tablilla del barco quizá contuviera la anotación del itinerario de la nave o, tal vez, el manifiesto de la carga. Sea como sea, la cera con la que se había escrito el texto, por ambas caras de la madera, se perdió hace mucho tiempo y no dejó ninguna señal de su contenido.[8] Sigue siendo, por tanto, imposible determinar si el cargamento de la nave se había concebido como regalo para la realeza, quizá del rey del Egipto para el rey de Micenas, o si pertenecía a un comerciante particular, que vendía sus productos en los principales puertos del Mediterráneo. Según hemos conjeturado antes, también podría tratarse de las compras realizadas en un viaje comercial de larga distancia, teniendo en cuenta que las materias primas de a bordo coinciden con las necesidades de los maestros y artesanos de los palacios micénicos (como el de Pilos), para fabricar sus exquisiteces, muy demandadas, tales como perfumes, aceites o piezas de joyería (como collares de vidrio).

Quizá nunca lleguemos a saber quién fletó el barco de Uluburun, a dónde se dirigía y por qué; pero está claro que el barco reunía un microcosmos del comercio internacional y de contactos propios del Mediterráneo oriental y el Egeo durante los primeros años del siglo XIII a. C. No solo había productos de al menos siete zonas distintas, sino que —a juzgar por las posesiones personales que los arqueólogos encontraron entre los restos del naufragio— también había como mínimo dos micénicos a bordo, aunque parece que la embarcación era cananea. Sin duda, este barco no perteneció a un mundo de feudos, reinos y civilizaciones aisladas, sino más bien un mundo interconectado de comercio, migración, diplomacia y, por desgracia, guerras. Esta fue, desde luego, la primera era verdaderamente global.

SINARANU DE UGARIT

Cerca de cuarenta años después del hundimiento del barco de Uluburun, se compuso un texto que anotaba parte del contenido de una nave similar, enviada por un comerciante de Ugarit (norte de Siria), llamado Sinaranu, con rumbo a la isla de Creta. En realidad se trataba de una verdadera declaración oficial, escrita sobre una tablilla de arcilla, en acadio, con el sistema de escritura cuneiforme, donde se afirmaba que, cuando el barco que pertenecía a Sinaranu regresase de Creta, no tendría que pagar impuestos al rey. La parte esencial del texto de

Sinaranu, según ha pervivido, dice: «A partir de hoy, Ammistamru, hijo de Niqmepa, rey de Ugarit, exonera a Sinaranu, hijo de Siginu ... sus [cereales], su cerveza, su aceite (de oliva), no tendrá que entregarlos en palacio. Su barco queda exento, cuando llegue de Creta».[9]

Sabemos, por otras fuentes, que Sinaranu era un acaudalado comerciante ugarítico (el término acadio específico para este tipo de mercader era *tamkār*), que vivió y, según parece, medró cuando Ammistamru II reinaba sobre Ugarit. Al parecer, Sinaranu había enviado su barco de Ugarit a Creta, y de vuelta, hacia 1260 a. C., según nuestra interpretación más reciente de las fechas del reinado de Ammistamru II (hacia 1260-1235 a. C.). Desconocemos cuál era la carga real de aquella nave, al regresar de Creta, más allá de que probablemente llevara cereales, cerveza y aceite de oliva. Como mínimo, esto confirma que, a mediados del siglo XIII a. C., hubo contacto mercantil directo entre el norte de Sitia y Creta. Disponemos también del nombre de una persona directamente implicada en transacciones comerciales y económicas de ámbito internacional hace más de tres mil doscientos años. Parece bastante probable que el barco de Uluburun y el que poseía Sinaranu no fuesen tan distintos, ni por la construcción ni por el cargamento que transportaban.

También sabemos que Sinaranu no era el único que mandaba y recibía barcos y cargamentos durante esta época, ni tampoco era el único comerciante exonerado del pago de impuestos por el palacio. Ammistamru II dictó una declaración semejante para otros empresarios cuyos barcos navegaban hacia Egipto, Anatolia y otros destinos: «De hoy en adelante, Ammistamru, hijo de Niqmepa, rey de Ugarit ... [texto corrupto] ... Bin-yasuba y Bin-? ... y sus hijos, para siempre, de los viajes a Egipto y los viajes a Hatti y la tierra de Z (?), no es necesario que informen ni al palacio ni al supervisor de palacio».[10]

LA BATALLA DE QADESH Y SUS CONSECUENCIAS

En la época de actividad de Sinaranu y otros comerciantes, Ugarit estaba sometida al control de los hititas de Anatolia, como uno de sus reinos vasallos. Así había sido desde la época de Suppiluliuma I, a mediados del siglo XIV a. C., cuando se firmó un tratado en el que se detallaban las obligaciones de Ugarit como vasallo de los hititas.[11] El control hitita se había expandido en dirección sur hasta llegar más al sur, a la zona de Qadesh, ya en Siria; pero no fue más allá. Los egipcios frenaron la expansión hitita. En el año 1274 a. C. —unos quince o veinte años antes de que Sinaranu enviase su barco a Creta— se libró en Qadesh una batalla terrible entre los hititas y los egipcios. Qadesh se considera como una de las grandes batallas de la Antigüedad, y es uno de los primeros ejemplos del mundo

antiguo en los que se usó, de forma deliberada, información errónea para confundir al enemigo.

La batalla de Qadesh enfrentó a Muwattalli II de Hatti, que pretendía extender el imperio hitita hasta Canaán, más al sur, con Rameses II de Egipto, que estaba decidido a mantener la frontera en Qadesh, en un emplazamiento en el que, para entonces, ya llevaba varias décadas. Aunque no disponemos de la versión hitita de la historia, conocemos prácticamente todos los detalles de la batalla y su resultado, porque la versión egipcia se escribió en dos formas distintas en cinco templos de Egipto: el Rameseo (el templo funerario de Rameses II, cerca del Valle de los Reyes) y los templos de Karnak, Luxor, Abido y Abu Simbel. La versión más corta, asociada a un relieve que narra la batalla, es conocida como «Historia» o «Boletín». La versión más larga es la que llamamos el «Poema» o «Testimonio literario».[12]

Sabemos que la batalla fue especialmente sangrienta, y que ambos bandos podrían haberse impuesto, en un momento u otro. Sabemos también que terminó en tablas y que el enfrentamiento entre las dos potencias acabó resolviéndose por la vía de un tratado de paz.[13]

La parte más espectacular del combate tuvo lugar después de que los hititas enviasen a dos hombres —beduinos *shasu*, según el relato egipcio— con la misión de espiar a las tropas egipcias, pero lo hicieron de un modo tan torpe —deliberadamente— que fueron apresados casi de inmediato por los egipcios. Bajo tortura, imaginamos, los espías revelaron la información errónea (quizá uno de los primeros ejemplos documentados de desinformación en la historia de la humanidad) y dijeron a los egipcios que las fuerzas hititas aún no se encontraban en las cercanías de Qadesh, sino que seguían bastante más al norte, en la zona de Amurru, en el norte de Siria. Al saber estas noticias, y sin tratar de confirmarlas por vía independiente, Rameses II cabalgó a toda velocidad con la primera de sus cuatro divisiones, la división de Amón, con el objetivo de alcanzar Qadesh antes que los hititas.[14]

En realidad, los hititas ya estaban en Qadesh, y habían congregado allí a sus tropas en un grupo apiñado, al noreste de la ciudad. Se ocultaron a la sombra de las murallas de forma que las fuerzas egipcias, que se aproximaban desde el sur, no podían verlas. Mientras el regimiento que iba al frente de las tropas egipcias plantaba el campamento al norte de la ciudad, los hombres de Rameses apresaron a otros dos espías hititas y, en este caso, supieron la verdad, pero ya era demasiado tarde. Las fuerzas hititas recorrieron a toda velocidad casi todo el perímetro amurallado, en el sentido de las agujas del reloj, y cargaron contra la segunda división egipcia, llamada Re, a la que tomaron por sorpresa y aniquilaron casi por completo. Los pocos supervivientes huyeron hacia el norte, perseguidos por todo el ejército hitita, y se unieron a Rameses y los hombres de la división de Amón, en

su campamento, antes de plantar cara.[15]

La batalla se decantaba de un lado u otro, dependiendo del momento. Se nos cuenta que, en cierto momento, el ejército egipcio estuvo cerca de la derrota y el propio Rameses casi halló la muerte; pero él solo, por sus propios medios, se salvó a sí mismo y salvó a sus hombres. El relato inscrito en las paredes del templo egipcio afirma:

Entonces Su Majestad se lanzó al galope y arremetió contra la hueste de los caídos de Hatti, en solitario, sin que nadie le acompañara ... Y se encontró con 2.500 carros, que le rodeaban por el flanco exterior, formados por los caídos de Hatti y por los numerosos países extranjeros que estaban de su lado.

Entonces, la narración pasa a la primera persona y toma la palabra el propio emperador:

Te llamé, mi padre Amón, cuando me encontraba en medio de multitudes para mí desconocidas ... Amón vino cuando le llamé; me dio su mano y yo me regocijé ... Todo cuanto hice se hizo realidad ... Disparaba a mi derecha y apresaba con la izquierda ... Encontré los 2.500 carros, estando yo en medio, desplegados ante mi caballo. Ninguno de ellos halló la mano para luchar ... Los hice tirarse al agua exactamente como los cocodrilos se sumergen, cayendo boca abajo, unos sobre otros. Maté de entre ellos a todos cuantos quise.[16]

Aunque el relato de esta proeza en solitario es, a todas luces, una exageración, puesto que sin duda alguna el faraón tendría ayuda, los números que aparecen quizá no estén lejos de la verdad, porque en otros lugares de la inscripción, cuando se hace referencia al tamaño de las fuerzas hititas, se habla de 3.500 carros, 37.000 infantes y un total de 47.000 soldados.[17] Aunque posiblemente se exageraba, a partir de las imágenes que acompañan al texto y del resultado de la batalla, está claro que Rameses II y sus dos primeras divisiones pudieron aguantar hasta que las dos últimas divisiones egipcias los alcanzaron y aplastaron a las fuerzas hititas.[18]

Al final, la batalla terminó en tablas y la frontera entre las dos potencias siguió en Qadesh, sin moverse ni ponerse en cuestión. Quince años después, en noviembre-diciembre de 1259 a. C., más o menos cuando Sinaranu mandaba su barco a Creta desde Ugarit, Rameses III y el nuevo rey hitita, Hattusili III (Muwattalli II había muerto dos años después de la batalla) firmaron un tratado de paz: uno de los tratados mejor conservados y conocidos del mundo antiguo. Bautizado como el «Tratado de plata», este acuerdo se nos ha conservado en varias copias, ya que se produjeron dos versiones, una hitita y otra egipcia. La versión

hitita, redactada originalmente en acadio e inscrita en una tablilla de plata maciza, fue enviada a Egipto, donde se tradujo al egipcio y se copió en las paredes del Rameseo y el templo de Amón en Karnak. Paralelamente, la versión egipcia fue traducida al acadio e inscrita en una tablilla de plata maciza, que se envió a Hattusa, donde los arqueólogos la descubrieron hace tan solo unas pocas décadas.[19] La versión hitita inscrita en los muros del templo de Egipto empieza:

Vinieron los (tres enviados reales de Egipto ...) junto con el primero y segundo de los enviados reales de Hatti, Tili-Teshub y Ramose, y el enviado de Karkemish, Yapusili, portando la tablilla de plata que el Gran Rey de Hatti, Hattusili, había hecho que llevasen al faraón, por medio de su enviado Tili-Teshub y su enviado Ramose, para solicitar la paz a su majestad el rey del Alto y Bajo Egipto, Usimare Setepenre, hijo de Re, Rameses II.[20]

Trece años más tarde —posiblemente, después de que Hattusili hubiera visitado Egipto en persona—, Rameses II se casó con la hija de Hattusili en una ceremonia nupcial regia que consolidaba el tratado y su relación:[21]

Entonces él (Hattusili) hizo traer a su hija mayor, precedida por un tributo magnífico, con abundancia de oro, plata y cobre, esclavos, tiros de caballos sin límite, reses, cabras y ovejas por decenas de millares; infinitos fueron los productos que traían al rey del Alto y Bajo Egipto, Usimare Setepenre, hijo de Re, Rameses II, dado vida. Entonces uno se acercó a informar a su majestad, con estas palabras: «Mirad, el Gran Gobernante de Hatti ha enviado a su hija mayor, con tributos de toda clase ... la princesa de Hatti, acompañada por todos los grandes de la Tierra de Hatti».[22]

Probablemente, también sucedió que los hititas y los egipcios declararon la paz y dejaron de combatir entre sí porque necesitaban centrar la atención en otros dos sucesos que podrían haberse desarrollado hacia 1250 a. C. Aunque se trata de dos hechos legendarios y aún se tiene que demostrar que sucedieran realmente, ambos siguen resonando en el mundo moderno: en Anatolia, los hititas podrían haber tenido que lidiar con la guerra de Troya, mientras que los egipcios podrían haberse visto obligados a vérselas con el Éxodo hebreo. No obstante, antes de pasar al análisis de estos dos acontecimientos, debemos disponer el escenario.

LA GUERRA DE TROYA

Mientras se preparaban para la batalla de Qadesh, los hititas también estaban ocupados en un segundo frente, en la Anatolia occidental, donde trataban de contener las actividades de súbditos rebeldes, financiadas, al parecer, por los micénicos.[23] Este podría ser uno de los primeros ejemplos conocidos de un gobierno que, deliberadamente, se implica en actividades pensadas para socavar a otro (pensemos en el apoyo de Irán a Hezbolá en el Líbano, tres mil doscientos años después de la batalla de Qadesh).

Durante el reinado del rey hitita Muwattalli II, de principios a mediados del siglo XIII a. C., tenemos la primera noticia —gracias a los textos preservados en los archivos estatales de la capital, Hattusa— de un súbdito hitita, un renegado llamado Piyamaradu, que intentaba desestabilizar la situación en la zona de Mileto, en la Anatolia occidental. Ya había logrado derrotar en esta misma región a un rey vasallo de los hititas, un hombre llamado Manapa-Tarhunta. Se cree que Piyamaradu actuaba en nombre de Ahhiyawa (es decir, los micénicos de la Edad del Bronce) o en connivencia con ellos.[24]

Las actividades rebeldes de Piyamaradu continuaron durante el reinado del siguiente rey hitita, Hattusili III, a mediados del siglo XIII a. C., según sabemos gracias a una misiva conocida por los arqueólogos como «carta de Tawagalawa». El rey hitita envió esta carta a un rey de Ahhiyawa sin identificar, al que se dirige como «Gran Rey» y «hermano», lo cual implica un grado de igualdad entre ellos. Ya hemos visto antes que cuando, un siglo antes, aproximadamente, los faraones egipcios Amenofis III y Ajenatón escribían a los reyes de Babilonia, Mitanni y Asiria, utilizaban términos parecidos. La interpretación de estos textos nos ha permitido avanzar bastante en el análisis del estatus en el mundo egeo y los asuntos de Oriente Próximo en aquella época.[25]

La carta de Tawagalawa se ocupa de las actividades de Piyamaradu, que siguió asaltando tierras hititas en la Anatolia occidental y a quien, según se nos dice ahora, se le acababa de conceder asilo en territorio de Ahhiyawa —probablemente, una isla en la costa occidental de Anatolia— a donde viajó por barco.[26] También se nos presenta, en lo que era la tercera página/tablilla de la carta (las dos primeras se han perdido), al propio Tawagalawa, a quien se identifica como hermano del rey de Ahhiyawa, y que en ese momento estaba en la Anatolia occidental reclutando personas hostiles a los hititas. Un detalle intrigante, que sugiere que las relaciones entre hititas y micénicos habían sido mejores en otros tiempos, es que se afirma que Tawagalawa había «montado en el carro» junto con el auriga personal del propio rey hitita.[27]

La carta también hace referencia a una disputa entre micénicos e hititas por una zona conocida como Wilusa, situada en el noroeste de Anatolia. Esta región ya

nos ha aparecido en el análisis de la rebelión de Assuwa, que se produjo cerca de dos siglos antes; al parecer, hititas y micénicos volvían a estar enfrentados por este territorio, que muchos investigadores identifican con Troya o la región de la Tróade. A juzgar por la fecha de la carta —mediados del siglo XIII a. C.—, es muy razonable preguntarse si existió un vínculo con las posteriores leyendas griegas relativas a la guerra de Troya.[28]

La historia de la guerra de Troya es ciertamente muy famosa. La referencia tradicional es el relato del siglo VIII a. C. atribuido al griego Homero, un aedo ciego, complementado tanto por el llamado «ciclo épico» (fragmentos de otros poemas épicos, hoy perdidos) como por los posteriores dramaturgos griegos. Paris, hijo del rey Príamo de Troya, navegó desde el noroeste de Anatolia hasta la Grecia continental, enviado a reunirse en misión diplomática con Menelao, el rey de Esparta. Estando allí, se enamoró de la bella esposa de Menelao, Helena. Cuando Paris regresó a su hogar, Helena lo acompañaba; voluntariamente, según los troyanos, o por la fuerza, según los griegos. Encolerizado, Menelao convenció a su hermano Agamenón, el rey de Micenas y líder de los griegos, de que enviase un ejército de un millar de naves y cincuenta mil hombres contra Troya, para recuperar a Helena. Al final, tras una guerra de diez años, los griegos vencieron: Troya fue saqueada, la mayoría de sus habitantes murieron asesinados y Helena regresó a Esparta con Menelao.

Quedan, por supuesto, una serie de preguntas por responder. ¿Se libró, en verdad, una guerra troyana? ¿Existió en realidad Troya? ¿Cuánto de verdad contiene la historia homérica? ¿Poseía Helena un rostro tan asombrosamente bello como para un millar de naves levaran anclas (según se preguntaba Marlowe en el *Fausto*)? ¿Se luchó en la guerra de Troya realmente por el amor de un hombre hacia una mujer... o fue esta la excusa para librar una guerra por otras razones: quizá por la tierra, el poder o la gloria? Ni siquiera los griegos de la Antigüedad tenían claro cuándo se suponía que se había producido la guerra de Troya: los antiguos escritores griegos propusieron, como mínimo, trece fechas distintas.[29]

Cuando Heinrich Schliemann empezó a buscar el yacimiento de Troya, a mediados del siglo XIX d. C., los estudiosos consideraban, en su mayoría, que la guerra de Troya no era más que una leyenda y que Troya, como tal, no había existido nunca. Schliemann demostró que se equivocaban. Para sorpresa de todo el mundo, consiguió su propósito. Es una historia que se ha contado ya muchas veces, por lo que no nos detendremos aquí con los detalles.[30] Baste decir que encontró nueve ciudades, una encima de otra, en el yacimiento de Hisarlik (*Hisarlık*, en turco),[*] que la mayoría de los expertos acepta hoy como localización de la antigua Troya; pero no pudo determinar cuál de las nueve ciudades había

sido la Troya de Príamo. Desde las excavaciones originales de Schliemann, se han realizado varias nuevas expediciones a Troya, entre ellas las que dirigió el arquitecto de Schliemann, Wilhelm Dörpfeld; las de Carl Blegen y la Universidad de Cincinnati, en la década de 1930; y por último, desde finales de los años ochenta hasta la actualidad, las de Manfred Korfmann y ahora Ernst Pernicka y la Universidad de Tubinga.

La destrucción de la sexta ciudad —Troya VI— sigue siendo objeto de debate. Fechada inicialmente hacia 1250 a. C., probablemente fue destruida un poco antes, hacia 1300 a. C.[31] Era una ciudad rica, con objetos importados de Mesopotamia, Egipto y Chipre, además de la Grecia micénica. Era también lo que podríamos denominar una «periferia en disputa» —es decir, estaba situada tanto en la periferia del mundo micénico como en la del imperio hitita— y por lo tanto caía entre dos de las grandes potencias del mundo de la Edad del Bronce en el Mediterráneo antiguo.

Dörpfeld creía que los micénicos habían tomado esta ciudad (Troya VI) y la redujeron a cenizas, y que este fue el suceso sobre el que se fundamentaron las historias épicas de Homero. Blegen, que excavó varias décadas más tarde, mostró su desacuerdo y publicó lo que a su juicio era la prueba indiscutible de una destrucción provocada, no por humanos, sino por un terremoto. Entre sus argumentos había pruebas positivas, como los muros desplazados y las torres hundidas, y pruebas negativas como la ausencia de flechas, espadas u otros restos de material bélico.[32] De hecho, ahora está claro que los daños que Blegen descubrió eran parecidos a los que se observaban en numerosos yacimientos del Egeo y el Mediterráneo oriental, incluidas Micenas y Tirinto, en la Grecia continental. También está claro que, como veremos más adelante, estos terremotos no se produjeron todos en el mismo momento de la Edad del Bronce tardía.

Blegen también creía que la siguiente ciudad, Troya VIIa, era una candidata más probable para ocupar el puesto de la Troya de Príamo. Parece ser que esta ciudad fue destruida hacia 1180 a. C., y quizá la arrasaran los Pueblos del Mar, en vez de los micénicos, aunque no hay certeza al respecto. Por el momento, dejaremos aquí la historia y la retomaremos más adelante, en el próximo capítulo, cuando nos ocuparemos de los sucesos del siglo XII a. C.

LA GRECIA CONTINENTAL Y EL CONTACTO CON EL EXTRANJERO EN EL SIGLO XIII A. C.

Debemos señalar que en esta misma época, hacia 1250 a. C., se erigieron las grandes murallas defensivas de Micenas, en la Grecia continental, aún visibles hoy en día. Se construyeron hacia las mismas fechas en que se emprendían otros

proyectos —quizá medidas defensivas—, incluido un túnel subterráneo que iba hasta una fuente de agua a la que los habitantes podían acceder sin abandonar la protección de la ciudad.

En este período se construyó la famosa Puerta de los Leones, a la entrada de la ciudadela de Micenas, como parte del nuevo perímetro de murallas defensivas. ¿Se trataba tan solo de otra de las medidas de protección de la ciudad, o fueron erigidas más bien como demostración de poder y riqueza? Las murallas fortificadas y la Puerta de los Leones se edificaron con piedras enormes; piedras tan colosales que se habla de «murallas ciclópeas», porque los griegos posteriores creían que únicamente los legendarios cíclopes de un solo ojo, con su fuerza descomunal, habrían sido capaces de colocar aquellos bloques en su sitio.

No deja de ser curioso que nos encontremos con una arquitectura parecida, con galerías de falsos arcos y túneles secretos de acceso al agua, no solo en varios yacimientos palaciegos de la cultura micénica —incluidos Micenas y Tirinto—, sino también en algunas estructuras hititas que se remontan aproximadamente al mismo período.[33] Los expertos no se ponen de acuerdo sobre la dirección de la influencia, pero las semejanzas arquitectónicas hacen pensar que ambas zonas estaban en contacto y se influían mutuamente.

Sabemos, gracias a la cerámica micénica hallada en el Mediterráneo oriental y fechada en el siglo XIII a. C., además de por otras importaciones egipcias, chipriotas y cananeas descubiertas en el Egeo durante el mismo período, que los micénicos mantenían en estos años un comercio activo con Egipto, Chipre y otras potencias del antiguo Oriente Próximo. Se habían apoderado de las rutas comerciales que los minoicos habían dominado hasta entonces y, según se ha mencionado más arriba, el comercio se intensificó en este período.

De hecho, los arqueólogos que excavaron en el yacimiento de Tirinto, situado en la región del Peloponeso, en la Grecia continental, han documentado recientemente pruebas que indican que pudo haber un grupo concreto de chipriotas afincados en Tirinto durante los últimos años del siglo XIII a. C., lo cual concuerda con las sugerencias formuladas antes por otros investigadores con respecto a la existencia, en aquella época, de una relación comercial especial entre Tirinto y la isla de Chipre. En particular, parece que los chipriotas de Tirinto trabajaron en alguna clase de metalistería y quizá también en la alfarería o la fayenza (cerámica vidriada). En esta misma época, las vasijas micénicas de arcilla —empleadas por lo general para transportar vino, aceite de oliva y otras mercancías— se marcaron con signos ciprio-minoicos antes la cocción. Aunque la lengua ciprio-minoica aún no ha sido traducida en su totalidad, parece claro que estas vasijas se fabricaban para un mercado específico, en Chipre.[34]

Es sorprendente que las tablillas en lineal B recuperadas en Pilos y varios otros yacimientos micénicos continentales no hagan mención específica del

comercio o el contacto con el mundo exterior. Lo más parecido es incluir lo que parecen ser préstamos de palabras del Oriente Próximo: al parecer, el artículo llegaba acompañado de su nombre extranjero. Entre estos préstamos cabe destacar las palabras usadas para designar el sésamo, el oro, el marfil y el comino. Por ejemplo, «sésamo» en lineal B es *sa-sa-ma*, que deriva del término ugarítico šš*mn*, el acadio š*amma*šš*ammu* y el hurrita *sumisumi*.[35] En estas tablillas también se constatan términos como *ku-pi-ri-yo*,[*] que se ha interpretado como «chipriota». Aparece al menos dieciséis veces en las tablillas de Cnossos, donde se usa para describir especias, pero también se utiliza para calificar directamente lana, aceite, miel, vasijas e ingredientes para los ungüentos. También se empleó en Pilos como adjetivo étnico, para describir a personas relacionadas con el pastoreo, el trabajo del bronce y artículos diversos como lana, telas y alumbre. Esto podría significar que, a finales del siglo XIII a. C., vivían en Pilos personas de etnia chipriota.[36] Otro término, *a-ra-si-yo*, podría ser también una referencia a Chipre, según se lo conocía en el Mediterráneo oriental, es decir, Alashiya: en acadio, *a-la-*š*i-ia*, en egipcio *'irs*3, en hitita *a-la-*š*i-ia*, y en ugarítico, *altyy*.[37]

También hay una serie de nombres étnicos que han sido interpretados como formas de anatolio occidental, referidos sobre todo a trabajadoras, en los textos en lineal B de Pilos. Todos se refieren a zonas situadas en la costa occidental de Anatolia, como Mileto, Cnido, Halicarnaso y Lidia (Asia). Más de un estudioso ha sugerido que en estas tablillas de Pilos también podría mencionarse a algunas mujeres troyanas. Se ha planteado la hipótesis de que todas estas mujeres hubieran sido apresadas en las incursiones armadas de los micénicos por la costa occidental de Anatolia o las islas vecinas del Dodecaneso.[38]

También hay unas pocas palabras controvertidas en los textos en lineal B, tanto en los de Pilos como los de Cnossos; se ha dicho que algunas podrían ser gentilicios cananeos. Por ejemplo, *Pe-ri-ta* = «el hombre de Beirut»; *Tu-ri-yo* = «el tirio (hombre de Tiro)»; y *po-ni-ki-yo* = «fenicio (hombre o especia)». Además tenemos *A-ra-da-yo* = «el hombre de Arad (Arvad)», que solo se encuentra en las tablillas de Cnossos.[39] Algunos nombres parecen de origen egipcio, pero podrían haber llegado por la vía de Canaán, por ejemplo, *mi-sa-ra-yo* = «egipcio» y *a*3*-ku-pi-ti-yo* = «menfita» o «egipcio». El mencionado *mi-sa-ra-yo* proviene, aparentemente, de la palabra semita para Egipto, *Mi*ṣ*raim*, hallada con especial frecuencia en documentos acadios y ugaríticos de Mesopotamia y Canaán. En cuanto a *a*3 *-ku-pi-ti-jo*, tambén podría derivar de una referencia del Oriente Próximo a Egipto, puesto que en ugarítico Ḥ*ikupta* servía para referirse tanto a Egipto como a la ciudad de Menfis. Curiosamente, la palabra se encuentra en una tablilla de lineal B en Cnossos, como nombre de una persona que estaba al cargo de un rebaño de ochenta ovejas en un lugar de Creta; ¿podría darse el caso de que lo

llamasen «el egipcio»?[40]

Todos estos préstamos y nombres en las tablillas en lineal B demuestran sin rastro de duda que, durante la Edad del Bronce tardía, el mundo egeo estuvo en contacto con Egipto y el Oriente Próximo. El hecho de que no dispongamos de textos que documenten intercambios y datos concretos puede sorprendernos, o tal vez no, ya que solo poseemos el último año de los archivos, en todos los casos: las tablillas que vivieron una destrucción y se cocieron por accidente, ya que la costumbre era borrarlas (frotando con agua la superficie de arcilla) y reutilizarlas cada año o según las necesidades. Además, sabemos que los micénicos solo usaron aquellas tablillas para tomar nota de algunas de las actividades económicas de los palacios. Cabe pensar que el «Archivo de Asuntos Exteriores» estuviera albergado en otra parte de los diversos yacimientos micénicos, como sucedía con los archivos semejantes de Amarna en Egipto y Hattusa en Anatolia.

EL ÉXODO Y LA CONQUISTA ISRAELITA

Para la guerra de Troya, y la ciudad de Troya hacia 1250 a. C., disponemos de abundantes datos, aunque no sean del todo concluyentes. Sin embargo, para el resto de sucesos que se cuenta que tuvieron lugar hacia esta misma época, contamos con muchas menos pruebas y las que tenemos son aún menos concluyentes. Así ocurre con el Éxodo de los hebreos de Egipto, según nos narra la Biblia hebrea.

Según el relato de las Escrituras, durante el reinado de un faraón egipcio sin identificar, Moisés guió a los israelitas hasta librarlos de la esclavitud en Egipto. Se dice que los habían esclavizado después varios siglos de vivir en Egipto como un pueblo libre. El libro del Éxodo afirma que llegaron a Egipto en época de Jacob —uno de los patriarcas bíblicos, probablemente hacia el siglo XVII a. C.— y se establecieron en el país durante cuatrocientos años. De ser cierto, habrían llegado a Egipto en época de los hicsos y habrían seguido allí durante el apogeo de la Edad del Bronce tardía, incluido el período de Amarna. En 1987, el egiptólogo francés Alain Zivie descubrió la tumba de un hombre llamado Aper-El —se trata de un nombre semítico— que ocupó el cargo de visir (el cargo oficial más importante) con los faraones Amenofis III y Ajenatón, durante el siglo XIV a. C.[41]

En cualquier caso —según el relato bíblico— los hebreos guiados por Moisés abandonaron Egipto a toda prisa, después de que las diez plagas que el dios hebreo enviara a los egipcios convencieran al faraón de que no valía la pena mantener cautiva a aquella población minoritaria. Se nos dice que los israelitas se embarcaron entonces en un viaje que duró cuarenta años y los condujo, finalmente, a la tierra de Canaán y a la libertad. Se dice también que, durante el camino, de día

seguían una columna de nube, y de noche, una columna de fuego, y que en ocasiones comían el maná que caía del cielo. Mientras viajaban hacia Canaán, recibieron los Diez Mandamientos en el monte Sinaí y construyeron el Arca de la Alianza, para transportarlos.

La historia del Éxodo se ha convertido en una de las más famosas y duraderas de la Biblia hebrea, celebrada aún hoy durante la fiesta de la Pascua judía. Pero es también una de las más difíciles de corroborar, ya sea con los textos antiguos o las pruebas arqueológicas.[42]

Las pistas de las historias bíblicas hacen pensar que *si* en realidad el Éxodo tuvo lugar, se produjo a mediados del siglo XIII a. C., porque se nos cuenta que, en aquella época, los hebreos estaban atareados construyendo para el faraón las «ciudades de abastecimiento» de Pitón y Rameses (Éxodo, I, 11-14). Las excavaciones arqueológicas en los yacimientos de estas ciudades antiguas indican que su construcción fue iniciada por Seti I hacia 1290 a. C. (este podría ser el «rey que no conocía a José») y las terminó, hacia 1250 a. C., Rameses II (que entonces podría ser el faraón del Éxodo). Rameses II es famoso entre los turistas que visitan Egipto hoy, pero también entre los aficionados a la literatura del siglo XIX, porque su estatua caída en el Rameseo —el templo funerario de Rameses, próximo al Valle de los Reyes— impulsó a Percy Bysshe Shelley a escribir el famoso poema «Ozymandias»:

Encontré a un viajero de comarcas remotas,
que me dijo: «Dos piernas de granito, sin tronco,
yacen en el desierto. Cerca, en la arena, rotas,
las facciones de un rostro duermen... El ceño bronco,
el labio contraído por el desdén, el gesto
imperativo y tenso, del escultor conservan
la penetrante fuerza que al esculpir ha puesto
en su mano la burla del alma que preservan.
Estas palabras solas el pedestal conmina:
"Me llamo Ozymandias, rey de reyes. ¡Aprende
en mi obra, oh poderoso, y al verla desespera!".
Nada más permanece. Y en torno a la ruina
del colosal naufragio, sin límites, se extiende
la arena lisa y sola que en el principio era».[*]

El poema se publicó en 1818, cinco años antes de que Jean-François Champollion consiguiera descifrar con éxito los jeroglíficos egipcios. Shelley tuvo que recurrir a la incorrecta traducción que el historiador de la Grecia antigua Diodoro Sículo hiciera del nombre real de Rameses II como *Ozymandias*, en lugar

del correcto *User-maat-re Setep-en-re*.[43]

Por desgracia, la identificación de Rameses II como el faraón del Éxodo —la más frecuente tanto en los libros académicos como en los populares— no funciona si también pretendemos respetar la cronología que aparece en la Biblia. El relato bíblico sitúa el Éxodo hacia 1450 a. C., porque en 1 Reyes (VI, 1) se dice que ocurrió unos cuatrocientos ochenta años antes de que Salomón construyera el Templo de Jerusalén (lo que se produjo hacia 970 a. C.). Pese a todo, la fecha de 1450 a. C. cae cerca del final del reinado del faraón Tutmosis III, en una época en que Egipto era una fuerza extremadamente poderosa en el Oriente Próximo. Tal como hemos visto, Tutmosis III controlaba con firmeza la tierra de Canaán, tras haber librado una gran batalla en Megido en 1479 a. C. Es muy poco probable que hubiera permitido a los israelitas huir de Egipto a esta región, o que sus sucesores les hubieran permitido vagar durante cuarenta años sin asentarse en ningún lado, sobre todo teniendo en cuenta que Egipto seguía controlando firmemente la región aun después del reinado de Tutmosis III. Además, no se han hallado pruebas de que en las tierras de Canaán hubiera hebreos/israelitas en los siglos XV o XIV a. C., pero debería haberlas, si el Éxodo se produjo hacia 1450 a. C.

Por todo ello, en su mayoría, los arqueólogos laicos están a favor de una fecha alternativa, que situaría el éxodo hacia 1250 a. C., con lo cual no nos atenemos a la cronología bíblica pero alcanzamos mayor coherencia desde un punto de vista histórico y arqueológico. Es más coherente porque las fechas se sitúan en el reinado de Rameses II, el faraón que completó las ciudades bíblicas de Pitón y Rameses. Se corresponde también con las fechas aproximadas de la destrucción de una serie de ciudades en Canaán, por obra de una mano desconocida; y permite que los israelitas deambularan por el desierto durante cuarenta años antes de entrar en Canaán y conquistarla, según la descripción bíblica, y aun así llegasen a tiempo para que el faraón Mineptah los mencione en su «Estela de Israel», una inscripción que data de 1207 a. C. y que figura como primera mención, fuera de la Biblia, de una entidad conocida como Israel.[44]

Esta inscripción, que he mencionado de paso más arriba, está fechada en el quinto año del reinado del faraón Mineptah. Sir William Matthew Flinders Petrie la descubrió en febrero de 1896, en el templo funerario de Mineptah, situado cerca del Valle de los Reyes, al otro lado del río Nilo, visto desde la moderna ciudad de Luxor. En la estela, la inscripción de Mineptah afirma que él conquistó a un pueblo conocido como «Israel», situado en la región de Canaán. Dice así:

> Los reyes están postrados, diciendo: «¡Piedad!».
> Ninguno levanta la cabeza entre los Nueve Arcos.
> Tehenu está desolado; Hatti está pacificado;
> Canaán está saqueado con todos los males;

Ascalón está deportado; Gezer está apresado;
Yanoam parece no haber existido nunca;
Israel está asolado, su semilla no existe;
¡Hurru se ha convertido en viuda para Egipto!
Todas las tierras, juntas, están pacificadas;
los que no descansaban, han sido atados.[45]

Aunque se han estudiado muchos yacimientos que cabría relacionar con el Éxodo, incluidas excavaciones recientes y algunas en curso en Hazor (o Jasor, en Israel) y Tell el-Borg (norte del Sinaí),[46] por ahora no disponemos de prácticamente nada que arroje una luz específica sobre la historicidad del Éxodo. Por ahora, todo son deducciones.

Por otra parte, ¿qué podríamos confiar en encontrar? ¿Qué clase de artefactos de unos israelitas acampados hace más de tres mil años en el desierto durante un período de cuatro décadas? Si anduvieron vagando, sin residir en estructuras fijas, probablemente utilizaron tiendas de postes clavados en el suelo, a la manera de los beduinos actuales. En consecuencia, el arqueólogo que busque restos visibles del Éxodo posiblemente no encontrará vestigios de estructuras permanentes, y los agujeros usados para plantar las tiendas habrán desaparecido hace ya mucho tiempo.

De un modo parecido, los múltiples esfuerzos realizados para identificar las diez plagas bíblicas que atormentaron a los egipcios, incluidas las ranas, las langostas, las úlceras, las moscas, el granizo y la muerte de los primogénitos egipcios, han sido infructuosas o han dado resultados poco convincentes, aunque sin duda no ha sido por falta de esfuerzo.[47] Tampoco disponemos de pruebas que sostengan el relato bíblico de la separación de las aguas del mar Rojo (el mar de los Juncos). Además, pese a los numerosos intentos (a menudo, difundidos por canales de televisión por cable) de formular hipótesis que expliquen los fenómenos descritos en la Biblia, por ejemplo relacionándolos con la erupción del volcán de Santorini en el Egeo, seguimos sin dar con ninguna prueba definitiva, ya sea de naturaleza arqueológica, geológica o de otro tipo.

En cualquier caso, podríamos preguntarnos qué prueba de la separación de las aguas confiaría en hallar un arqueólogo: ¿los restos anegados de los cocheros del faraón, que se ahogaron con sus caballos, sus carros y sus armas? Hasta la fecha, nada de todo esto ha salido a la luz, aunque en algún caso se haya dicho lo contrario.[48] Tampoco podemos considerar la hipótesis de que las aguas se dividieron a consecuencia de un tsunami (un maremoto) provocado por la erupción del Santorini en el Egeo, puesto que recientemente se ha retrasado la fecha de la erupción hasta 1550 a. C., como mínimo, y es más probable que haya que remontarse hasta 1628 a. C., según los datos del radiocarbono y los núcleos de

hielo; en cambio, es razonable fechar el Éxodo hacia 1250 a. C. (o 1450 a. C., como muy pronto).[49] De este modo, ambos acontecimientos quedan separados por un siglo al menos (de 1550 a 1450 a. C.), y más bien serían cerca de cuatro (de 1628 a. C. a 1250 a. C.), lo cual significa que el empeño por explicar la división de las aguas del mar Rojo y las plagas bíblicas como fenómenos emparentados a la erupción, sencillamente, carecen de base.

El libro de Josué, en la Biblia hebrea, describe con detalle la conquista de las ciudades cananeas por parte de los invasores israelitas. Basándonos en este relato, se podría esperar dar con pruebas de una destrucción total en los yacimientos cananeos donde se han realizado excavaciones, como sucede en Megido, Hazor, Betel (o Bethel), Ai, etcétera. Sin embargo, no debemos perder de vista el relato, en parte contradictorio, del libro de los Jueces, donde se dibuja un panorama ligeramente distinto de la conquista (más prolongada en el tiempo y menos sangrienta), en el que israelitas y cananeos convivieron en las distintas ciudades. El problema radica, como ya se ha señalado en otro lugar,[50] en que apenas disponemos de pruebas arqueológicas que corroboren las historias bíblicas de la destrucción de las ciudades cananeas de la época. En la actualidad se considera que los emplazamientos de Megido y Laquis (o Lachish) fueron destruidos más de un siglo después, hacia 1130 a. C., como veremos más adelante; y en otros lugares —como Jericó— no se han hallado pruebas de sufrieran ninguna destrucción a lo largo de los siglos XIII o XII a. C.

La única posibilidad que aún se mantiene es la de Hazor, porque no hay duda de que el palacio (o templo) de la acrópolis de la Edad del Bronce tardía fue incendiado, y la ciudad fue destruida al menos en parte, según demuestran las vigas de madera caídas de los tejados y las vasijas llenas de trigo quemado. Estos edificios —construidos en la época de esplendor de Hazor, durante el siglo XIV a. C., cuando se menciona la ciudad en las cartas egipcias de Amarna— sufrieron tremendamente durante la destrucción, igual que las puertas de la ciudad, destrozadas «por un "incendio feroz y devastador", representado por montones de cenizas y ladrillos caídos, que alcanzaban el metro y medio de altura».[51] Las excavaciones más recientes en la colina superior de la ciudad han sacado a la luz más de lo mismo: «gruesas capas de cenizas, vigas de madera quemadas, losas de basalto agrietadas, ladrillos de adobe vitrificados, muros caídos y estatuas de basalto mutiladas».[52] En concreto, los restos de estructuras públicas y religiosas del Estrato 1A, en el recinto ceremonial y otras zonas de Hazor, estaban «totalmente cubiertos y sellados por la gruesa capa de escombros de la destrucción».[53]

No obstante, la fecha de esta destrucción sigue siendo objeto de debate. El excavador original, Yigael Yadin, al igual que Amnon Ben-Tor, uno de los actuales codirectores de las excavaciones en el yacimiento, están a favor de situarla hacia

1230 a. C. Sin embargo, es posible que se produjera más tarde, llegando incluso a los primeros años del siglo XII a. C. Para disponer de una respuesta científica definitiva, tendremos que esperar los resultados de la prueba de radiocarbono practicada a las vasijas llenas de trigo recuperadas en el verano de 2012.

La identificación de los responsables también es incierta. Las excavaciones recientes invitan a pensar que no fueron ni los egipcios ni los cananeos, porque se han encontrado estatuas de estas dos culturas desfiguradas durante la destrucción, cosa que los soldados de sus ejércitos no habrían hecho. También se ha exculpado a los Pueblos del Mar, por la ausencia de su alfarería característica y por la distancia desde el mar, aunque estos parecen argumentos menos contundentes. Por lo general, Ben-Tor está de acuerdo con el anterior excavador Yigael Yadin en que los agentes de destrucción más probables, y lógicos, fueron los israelitas, mientras que la otro codirectora, Sharon Zuckerman, contempla un período de declive inmediatamente anterior a la destrucción y sugiere que la devastación se debió, tal vez, a una rebelión interna de los propios habitantes de la ciudad, tras lo cual la ciudad quedó abandonada hasta algún momento del siglo XI a. C.[54]

En resumen, aunque está claro que Hazor fue asolada en el siglo XIII o XII a. C., y luego fue abandonada al menos durante un siglo, desconocemos cuándo sufrió exactamente esta destrucción o quién la perpetró. En una línea parecida, la pregunta de si el Éxodo hebreo de Egipto fue un suceso real o es tan una parte del mito y la leyenda —objeto, desde luego, del interés de mucha gente en todo el mundo— sigue sin poderse responder. El mero refrito de las pruebas disponibles no nos conducirá a una respuesta concluyente. Quizá el interrogante se resuelva gracias a un descubrimiento futuro, ya sea tras una ardua investigación científica o por un hallazgo casual. También podría suceder que una de las explicaciones alternativas de la historia del Éxodo sea la correcta. Entre ellas figura la posibilidad de que los israelitas se beneficiaran del caos provocado por los Pueblos del Mar en Canaán trasladándose a la zona y haciéndose con el control de la región; que los israelitas fuesen, realmente, una parte del grupo mayor de cananeos que ya vivían en aquellas tierras; o que los israelitas hubieran emigrado pacíficamente a la región a lo largo de los siglos. Si una de estas hipótesis es la explicación acertada sobre cómo terminaron los hebreos en la tierra de Canaán, entonces es probable que la historia del Éxodo fuera inventada unos siglos más tarde, tal como han sugerido algunos investigadores. Mientras tanto, será mejor tener presente la posibilidad del engaño, porque se han realizado muchas afirmaciones insinceras sobre sucesos, gentes y lugares vinculados al Éxodo. No cabe duda de que el futuro nos traerá aún más información falsa, intencionadamente o no.[55]

Por el momento, cuanto podemos dar por seguro es que las pruebas arqueológicas (en alfarería, arquitectura y otros aspectos de la cultura material) indican que los israelitas, en tanto que grupo identificable, estuvieron sin duda en

Canaán hacia finales del siglo XIII a. C.; y que es su cultura, junto con la de los filisteos y los fenicios, la que emergió de las cenizas de la destrucción de la civilización cananea en algún momento a lo largo del siglo XII a. C. Esto explica en parte por qué nos interesa aquí la cuestión del Éxodo: porque los israelitas se encuentran entre los pueblos que erigirán un nuevo orden mundial al emerger del caos que representó el final de la Edad del Bronce tardía.

HITITAS, ASIRIOS, AMURRU Y AHHIYAWA

Los últimos reyes de los hititas —en especial Tudhaliya IV (1237-1209 a. C.) y Suppiluliuma II (1207-? a. C.)— desarrollaron una gran actividad durante el último tercio del siglo XIII a. C., desde 1237 a. C. aproximadamente, aunque su mundo y su civilización ya daban muestras de estar tocando a su fin. Tudhaliya ordenó que, en un afloramiento calizo de Yazilikaya («roca inscrita»), aproximadamente a un kilómetro de la capital hitita, Hattusa, se esculpiera todo un panteón de dioses y diosas, junto con una representación de sí mismo.

En aquella época, los hititas estaban en guerra con los asirios, en Mesopotamia. Ya nos hemos encontrado con los asirios en un capítulo anterior, al hablar de Assur-uballit I, que gobernó Asiria en la época de los faraones de Amarna y había saqueado Babilonia después de que se diera al traste con una alianza matrimonial entre las dos potencias.[56] Los asirios, tras un breve período de relativa inactividad después del reinado de Assur-uballit, prosperaron de nuevo con el monarca Adad-nirari I (1307-1275 a. C.). Liderados por él y por sus sucesores, a principios del siglo XIII a. C. los asirios volvieron a situarse entre las grandes potencias del Oriente Próximo.

Entre sus diversos éxitos, Adad-nirari I luchó contra Mitanni y tomó Washukanni y algunas otras ciudades. Ocupó el trono mitanio con un rey cliente y extendió el imperio asirio en dirección oeste hasta hacerlo fronterizo con las tierras hititas y llegar casi a las aguas del Mediterráneo. Aunque tan vez no resultara tan difícil como podría parecer, porque los hititas, en época de Suppiluliuma I, unas décadas atrás, ya habían derrotado de forma aplastante al reino de Mitanni.[57]

Después del reinado de Shalmaneser I (1275-1245 a. C.), que continuó con muchas de las iniciativas de Adad-nirari y quizá llevó al reino de Mitanni a su fin,[58] salió al escenario internacional Tukulti-Ninurta I, uno de los grandes «reyes guerreros» de Asiria, que gobernó hacia 1244-1208 a. C. Siguió los pasos de Adad-nirari, pero quizá emulaba también a su antecesor de hacía un siglo, Assur-uballit, cuando decidió atacar Babilonia. De hecho, Tukulti-Ninurta I superó los triunfos de Assur-uballit: no solo derrotó en la batalla al rey kasita de Babilonia, Kashtiliashu IV, y lo llevó encadenado hasta Assur; hacia 1225 a. C. se apoderó

también de su reino, donde ejerció personalmente como monarca antes de colocar a un rey títere para que gobernase en su nombre. Sin embargo, esta no fue una decisión especialmente exitosa, porque casi de inmediato, el rey títere, Enlil-nadin-shumi, fue atacado y derrocado por un ejército elamita que vino desde sus territorios orientales en la meseta iraní, en lo que hoy es el sur de Irán. No fue la única vez que sucedió algo parecido, porque pronto volveremos a encontrarnos con los elamitas.[59]

Además de estas victorias, Tukulti-Ninurta I, el rey guerrero asirio, también derrotó a los hititas de Tudhaliya IV, con lo cual modificó radicalmente el equilibrio de poderes en el antiguo Oriente Próximo. Se ha sugerido incluso que acumuló tanto poder que envió una *mina* (una unidad de peso del Oriente Próximo, que probablemente equivalía a un poco más que una libra estadounidense actual, es decir, algo más de 454 gramos) de lapislázuli como regalo para el rey micénico de la Tebas beocia, en la Grecia continental, al otro lado del Egeo.[60]

En consecuencia, en 1207 a. C., cuando los primeros Pueblos del Mar atacaron el Mediterráneo oriental, tan solo un año después de que Tukulti-Ninurta fuera asesinado a manos de uno de sus propios hijos, Asiria llevaba casi dos siglos siendo uno de los principales actores del escenario internacional del antiguo Oriente Próximo. Fue un reino ligado durante siglos —a través del matrimonio, la política, la guerra y el comercio— con los egipcios, los babilonios, los hititas y los mitanios. Asiria fue, sin duda, una de las grandes potencias de la Edad del Bronce tardía.

Durante el reinado del rey asirio Tukulti-Ninurta, el imperio hitita se hallaba bajo una obvia y grave amenaza, y se esforzó por cerrar el paso a cualquiera que pretendiese avanzar tierra adentro desde la costa a las tierras asirias del este. Una de sus estrategias consistió en firmar un tratado, hacia 1225 a. C., que unió a Tudhaliya IV, rey hitita, y Shaushgamuwa, su cuñado por matrimonio. Shaushgamuwa, como rey de Amurru, controlaba las regiones costeras del norte de Siria, por las cuales se podía acceder a territorio asirio. En el tratado se invoca el homenaje con el que ya estamos familiarizados: el enemigo de mi amigo es también mi enemigo; el amigo de mi amigo es también mi amigo. De este modo, Tudhaliya IV (que habla de sí mismo en tercera persona, utilizando la fórmula «mi majestad»), le dijo a Shaushgamuwa:

Si el rey de Egipto es amigo de mi majestad, él será tu amigo. Pero si es enemigo de mi majestad, él será tu enemigo. Y si el rey de Babilonia es amigo de mi majestad, él será mi amigo. Pero si él es enemigo de mi majestad, él será tu enemigo. Puesto que el rey de Asiria es enemigo de mi majestad, del mismo modo será también tu enemigo. Tus comerciantes no visitarán Asiria y tú no permitirás la

visita de los suyos en tus tierras. Él no cruzará por tus territorios. Pero si lo hiciera, lo apresarás y lo enviarás a mi majestad. [Que] esto [quede] bajo (tu) [juramento].[61]

En nuestro estudio del mundo antiguo, hay dos cuestiones que suscitan un interés especial en este tratado de aprecio mutuo. La primera es que Tudhaliya IV le dice a Shaushgamuwa: «[No permitirás (?) que] ningún barco [de] Ahhiyawa le visite (esto es, visite al rey de Asiria)».[62] Muchos investigadores creen ver aquí la referencia a un embargo, el mismo que mencionamos al final del capítulo anterior. De ser así, aunque el de embargo suele considerarse un concepto relativamente moderno, en este caso parece ser que los hititas lo habrían practicado contra los asirios hace más de tres mil años.[63]

La segunda cuestión es que, unas pocas líneas más arriba, Tudhaliya IV había escrito: «Y los reyes que son iguales a mí por rango son el rey de Egipto, el rey de Babilonia, el rey de Asiria y el rey de Ahhiyawa».[64] Que las palabras «y el rey de Ahhiyawa» aparezcan tachadas no es un error de impresión de este libro; es un rayado que figura en la tablilla de Tudhaliya IV. Es decir, lo que tenemos aquí es un borrador del tratado, en el que todavía se pueden tachar cosas, añadirlas o modificarlas. Pero aún más importante es que poseemos un objeto que nos indica que al rey de Ahhiyawa ya no se le consideraba de igual condición a los de las otras grandes potencias de la Edad del Bronce tardía: los reyes de Egipto, Babilonia, Asiria y el rey de los hititas.

Es razonable preguntarnos qué sucedió en la costa oeste de Anatolia o en el Egeo que diera lugar a esta situación. Tuvo que ser algo bastante reciente, porque recordemos que durante el reinado de Hattusili III, el padre de Tudhaliya IV, el soberano hitita denomina al rey de Ahhiyawa como «Gran Rey» y «hermano». Quizá la clave se encuentre en uno de los textos de Ahhiyawa, la que se conoce como «carta de Milawata». La carta —fechada, muy probablemente, en época de Tudhaliya IV— deja claro que la ciudad de Milawata (Mileto) y sus alrededores, en la costa oeste de Anatolia, que habían sido el principal bastión micénico de la zona, ya no pertenecían al rey de Ahhiyawa, sino que estaban bajo control hitita.[65] Esto podría significar que, a juicio del monarca hitita, el rey de Ahhiyawa ya no era un Gran Rey. Pese a todo, debemos considerar la posibilidad de que la «degradación» hitita del monarca micénico pudiera deberse a un suceso de magnitud aún mayor, quizá algo que había tenido lugar en el Egeo —es decir, en la Grecia continental—, como veremos en el próximo capítulo.

LA INVASIÓN HITITA DE CHIPRE

Al mismo tiempo que sucedían todas estas cosas, Tudhaliya IV decidió atacar la isla de Chipre. A lo largo del segundo milenio a. C., la isla había sido una gran fuente de cobre, y cabe la posibilidad de que los hititas decidieran intentar hacerse con el control de este metal tan preciado, esencial para la fabricación del bronce. Sin embargo, no tenemos la seguridad de que fuera este el motivo para atacar Chipre. Quizá tuvo que ver con la posible aparición de los Pueblos del Mar en la zona o con la sequía que se cree que sufrió el Mediterráneo oriental en aquella época, según indican tanto algunos nuevos descubrimientos científicos, como textos conocidos desde hace tiempo, en los que se habla de un cargamento de cereales enviado con urgencia desde Ugarit, al norte de Siria, a la ciudad portuaria de Ura, en Cilicia (en el sureste de Turquía).[66]

Una inscripción, escrita originalmente en una estatua de Tudhaliya IV pero copiada más adelante en una tablilla de época de Suppiluliuma II, el hijo de Tudhaliya, afirma: «Apresé al rey de Alashiya con sus esposas, sus hijos ... Todos los bienes, incluido el oro y la plata, y a todos los cautivos, los cogí y me los llevé a mi hogar, a Hattusa. Esclavicé el país de Alashiya y acto seguido lo convertí en un estado tributario».[67] Suppiluliuma II no solo volvió a copiar la inscripción de Tudhaliya IV sino que, por si acaso, también conquistó Chipre. La inscripción relativa a su propia ocupación militar de Chipre dice: «Yo, Suppiluliuma, Gran Rey, [me hice] a la mar con celeridad. Los barcos de Alashiya se enfrentaron conmigo, en combate naval, por tres veces. Los eliminé. Apresé sus naves y les prendí fuego en el mar. Cuando llegué de nuevo a tierra firme, el enemigo de las tierras de Alashiya se lanzó contra mí en bandadas [para luchar]. Yo [batallé contra] ellos».[68]

No cabe duda de que Suppiluliuma venció en aquellos enfrentamientos navales, y quizá también en la invasión de Chipre, pero no sabemos con certeza por qué tuvo que luchar e invadir de nuevo la isla, después de que Tudhaliya ya la hubiera conquistado. Quizá solo pretendía adquirir (o recuperar) el control de las fuentes de cobre o de las rutas comerciales internacionales en unos tiempos cada vez más tumultuosos. Tal vez no lleguemos a saberlo nunca. Tampoco se ha podido precisar la ubicación de la última batalla terrestre; los expertos han propuesto tanto Chipre como la costa de Anatolia.

Al subir al trono, a la muerte de su padre, Suppiluliuma II adoptó el nombre de su famoso antecesor del siglo XIV a. C., Suppiluliuma I (aunque el nombre del nuevo rey se escribía ligeramente distinto: Suppiluliama en lugar de Suppiluliuma). Quizá esperaba emular algunos de los éxitos de su antecesor. Por el contrario, acabó encabezando el derrumbamiento del imperio hitita. En el transcurso de estos acontecimientos, además de invadir Chipre, retomó las

campañas militares en la Anatolia occidental.[69] Un estudioso ha señalado, en un artículo reciente, que muchos de los documentos fechados en la época de Suppiluliuma II «apuntan a una creciente inestabilidad dentro de la capital hitita, y una creciente sensación de desconfianza», aunque tal vez «inquietud» sería un término más acertado, dado lo que estaba por venir.[70]

LOS NAUFRAGIOS DE PUNTA IRIA Y CABO GELIDONYA

En 1993 y 1994, un equipo de arqueólogos marinos estudió en aguas de la Argólide —en la Grecia continental, no lejos de Micenas— otro naufragio de un navío antiguo, en esta ocasión venido de Chipre, a juzgar por la alfarería que transportaba. Conocido como el pecio de Punta Iria, está fechado aproximadamente en 1200 a. C. y podría constituir la prueba de que, para entonces, seguía existiendo un comercio activo entre Chipre y la Grecia Micénica, pese a las incursiones hititas en Chipre.[71]

Hacia esta misma época, otro barco se hundió en aguas del litoral anatolio, cerca de donde se fuera a pique el barco de Uluburun casi un siglo atrás: el pecio de cabo Gelidonya, así denominado por el emplazamiento de su tumba submarina, en la costa suroeste de lo que hoy es Turquía. Como hemos señalado más arriba, este es el naufragio con el que George Bass estrenó su carrera y la disciplina de la arqueología submarina, en la década de 1960. Bass llegó a la conclusión de que se trataba de una nave cananea en ruta hacia el Egeo, que se hundió hacia 1200 a. C.[72]

A lo largo de los años, Bass ha regresado al yacimiento en distintas ocasiones, para explorar los restos con los nuevos equipos de exploración subacuática desarrollados gracias a las extraordinarias mejoras tecnológicas de la segunda mitad del siglo pasado. Ha recuperado algunos objetos más, que afianzan la idea original de que el barco procedía del Oriente Próximo. Sin embargo, curiosamente, los nuevos descubrimientos indican que sería de origen chipriota, en lugar de cananeo, según los análisis realizados en el ancla del barco y parte de la cerámica a bordo.[73]

Independientemente de su origen exacto en el Mediterráneo oriental, el barco y el cargamento del cabo Gelidonya son bastante importantes, aunque sin duda disten de ser tan impresionantes como el pecio de Uluburun. Se ha tendido a considerar que el barco menor hacía «cabotaje» de puerto en puerto, comerciando con artículos a pequeña escala, en lugar de emprender travesías con una misión diplomática o comercial definida.[74] Pese a todo, el pecio constituye una prueba más de la existencia un comercio internacional activo a finales del siglo XIII a. C., incluso cuando la situación ya estaba empezando a desmoronarse en las regiones del Egeo y del Mediterráneo oriental.

Capítulo 4

Acto IV. El fin de una era: el siglo XII a. C.

Este es el momento que estábamos esperando: el clímax de la historia y el dramático principio del fin de los más de trescientos años de existencia de la economía globalizada que caracterizó la Edad del Bronce tardía en el Egeo y el Mediterráneo oriental. El siglo XII a. C., como veremos en este último acto, se distingue más por los relatos de tragedia y destrucción que por las relaciones y el comercio internacionales, aunque todavía podamos empezar con el broche de oro de este último aspecto.

EL DESCUBRIMIENTO DE UGARIT Y MINET EL-BEIDA

Se dice que la casualidad favorece a quien sale a buscarla, pero en algunos casos recibe su favor aun quien no la pretendía. Pues fue, en efecto, el descubrimiento accidental de un campesino —es de creer que no instruido en las artes de la arqueología— lo que ha permitido examinar y documentar la ciudad y el reino de Ugarit, situados en la costa oeste de Siria. En 1929, arqueólogos franceses viajaron hasta la zona ante la noticia del posible hallazgo de una tumba en la bahía de Minet el-Beida. Las excavaciones revelaron enseguida las ruinas de una ciudad portuaria, que hoy se conoce asimismo como Minet el-Beida. Al poco tiempo, del interior de un montículo moderno denominado Ras Shamra, situado a ochocientos metros tierra adentro, se sacó a la luz la capital de Ugarit.[1]

Desde entonces, tanto Ugarit como Minet el-Beida han sido yacimientos excavados de forma casi continua por los franceses, primero por Claude Schaeffer desde 1929, y, más recientemente, de 1978 a 1998, por Marguerite Yon. A partir de 1999, las tareas de recuperación han estado al cargo de un equipo franco-sirio.[2] La suma de todos estos trabajos ha revelado los restos de una ciudad y un puerto comerciales, prósperos, activos y ajetreados, que resultaron destruidos y fueron abandonados repentinamente en los primeros años del siglo XII a. C. Entre las ruinas se han encontrado productos de todo el Mediterráneo oriental y del Egeo; un almacén de Minet el-Beida, por ejemplo, aún conservaba ochenta recipientes cananeos. Por desgracia, se recuperaron en la década de 1930, cuando aún no se realizaban análisis científicos rigurosos de los contenidos.[3]

Desde la década de 1950, se ha recuperado cierto volumen de archivos

importantes procedentes de casas particulares así como del palacio real de Ugarit, en los que se documentan las actividades económicas de diversos comerciantes, así como de la familia real de Ugarit. Las cartas y otros objetos de esos archivos se escribieron sobre tablillas de arcilla, como era habitual en la Edad del Bronce, pero con la particularidad de que usaron diversas lenguas: a veces las tablillas estaban escritas en acadio, otras en hitita, en egipcio e incluso en otras lenguas menos extendidas como el hurrita.

Se usaba también otra lengua que los investigadores no habían visto nunca. Fue descifrada con bastante rapidez y hoy la llamamos ugarítico. Usaba uno de los sistemas de escritura alfabética más antiguos conocidos; aunque en realidad, en los textos había dos sistemas de escritura alfabética, uno con veintidós signos, como el alfabeto fenicio, y el otro con ocho signos adicionales.[4]

Dentro del corpus de los textos de Ugarit —tan nutrido que ha generado toda una rama específica de la investigación moderna, conocida como «estudios ugaríticos»— no se incluyen solamente los archivos y la correspondencia de los comerciantes y el rey, sino también textos literarios, mitológicos, históricos, religiosos y otros, que pertenecieron a una civilización próspera consciente de su propio legado. El resultado es que podemos reconstruir la ciudad de Ugarit a partir de las ruinas y, a partir de sus textos, podemos recomponer también la vida cotidiana y los sistemas de creencias de sus habitantes. Por ejemplo, sabemos con certeza que rendían culto a un panteón de divinidades en el que El y Baal ocupaban un lugar destacado. Y conocemos los nombres de sus reyes, desde Ammistamru I y Niqmaddu II, cuyas cartas a Amenofis III y Ajenatón se encuentran en el archivo egipcio de Amarna, hasta el último de sus reyes, Ammurapi, que gobernó en la primera década del siglo XII a. C. También sabemos que los reyes de Ugarit se casaron con princesas de la vecina entidad política de Amurru y, probablemente, también del reino hitita, más extenso, celebrando matrimonios dinásticos con dotes realmente propias de un rey (aunque al menos una de aquellas uniones terminó en un divorcio agrio que se fue arrastrando por los tribunales durante varios años).[5]

RELACIONES COMERCIALES Y ECONÓMICAS DE UGARIT Y SUS MERCADERES

Los ciudadanos y reyes de Ugarit mantuvieron relaciones comerciales intensas en todo el período de existencia de la ciudad. Se trataba, sin duda, de un centro de distribución internacional, a cuyo puerto, Minet el-Beida, arribaban navíos de múltiples naciones. Podría haber debido lealtad a Egipto durante la primera mitad del siglo XIV a. C., pero no cabe duda de que fue vasallo de los

hititas a partir de la segunda mitad del siglo, después de que Suppiluliuma conquistase la zona, hacia 1350-1340 a. C. Los textos hallados en los distintos archivos del yacimiento, fechados en su mayoría en los últimos cincuenta años de existencia de la ciudad, dan testimonio de contactos entre Ugarit y numerosas entidades políticas, grandes o pequeñas, como por ejemplo Egipto, Chipre, Asiria, los hititas, Karkemish, Tiro, Beirut, Amurru y Mari. Recientemente, también el Egeo se ha añadido a la lista.[6]

Las tablillas también hacen mención específica de la exportación desde Ugarit de bienes perecederos, como lana teñida, prendas de lino, aceite, u objetos de plomo, cobre y bronce, en especial a los asirios, situados en el extremo este, en Mesopotamia; y también aluden a los abundantes contactos comerciales con Beirut, Tiro y Sidón, en la costa fenicia.[7] En la propia Ugarit se han recuperado objetos importados del Egeo, Egipto, Chipre y Mesopotamia, incluidas vasijas micénicas, una espada de bronce con la inscripción del nombre del faraón egipcio Mineptah, cientos de fragmentos de jarros de alabastro y otros productos de lujo.[8] Estos bienes, y otros más mundanos, como el vino, el aceite de oliva y el trigo, llegaban a Ugarit gracias al empeño de comerciantes como Sinaranu, a quien ya hemos conocido en estas páginas, dueño de un barco que navegó a Creta y regresó de la isla en algún momento de mediados del siglo XIV a. C. Sabemos que los habitantes de Ugarit disponían de riqueza suficiente para mandar a los hititas un tributo anual formado por quinientos siclos de oro, lana teñida y prendas de vestir, además de copas de oro y plata para el rey, la reina y los altos funcionarios hititas.[9]

En las últimas décadas se han recuperado otras tablillas, muchas en el interior de las casas; y algunas nos han obligado a cambiar la idea que nos habíamos hecho del fin de la ciudad; así, gracias a ellas, tenemos noticia de otros comerciantes ugaríticos que estuvieron en activo más adelante, en la época de la destrucción de Ugarit, a principios del siglo XII a. C.[10] Una de estas casas, conocida como la «Casa de Yabninu», está situada cerca de la parte sur del palacio real. La casa en sí aún no ha sido excavada por completo, pero ya sabemos que ocupó al menos un millar de metros cuadrados, de modo que Yabninu tuvo que ser, por fuerza, un comerciante próspero. Creemos que las sesenta tablillas, o más, descubiertas en las ruinas de esta casa se habían guardado originalmente en la segunda planta. Entre ellas hay documentos escritos en acadio y ugarítico, y también en la lengua ciprio-minoica —aún por descifrar—, utilizada principalmente en la isla de Chipre, pero documentada también en vajillas de Tirinto, en la Grecia continental. Los textos de las tablillas, así como objetos importados hallados en la casa, demuestran que Yabninu estableció tratos comerciales con Chipre, la costa levantina (más hacia el sur), Egipto y el Egeo.[11]

Otro juego de tablillas se encontró en la «Casa de Rapanu», excavada en

1956 y 1958. Las tablillas —más de doscientas, en total— fueron estudiadas prontamente y publicadas al cabo de una década, en 1968. Nos indican que Rapanu fue escriba y gran consejero del rey de Ugarit, muy probablemente de Ammistamru II (hacia 1260-1235 a. C.). Al parecer, según el contenido del archivo, Rapanu participó en algunas negociaciones delicadas al más alto nivel. Los textos incluyen cierta cantidad de cartas intercambiadas entre el rey de Ugarit y el rey de Chipre (Alashiya), escritas en la época en que los Pueblos del Mar los amenazaban a ambos. También hay cartas destinadas al rey de la cercana Karkemish y, a más distancia, al faraón egipcio; este último juego se ocupa de cierto incidente que implicaba a cananeos de la costa levantina.[12]

Una de las cartas trata del comercio de aceite entre Ugarit y Chipre. La mandó Niqmaddu III, el penúltimo rey de Ugarit, e iba dirigida al rey de Alashiya, a quien él llama «padre», y se refiere a sí mismo como «tu hijo».[13] A menos que el rey de Ugarit se hubiera casado con una princesa chipriota, lo cual no es imposible, parece que el uso de la palabra «padre» se ajusta a la terminología habitual en la época, que pretendía trabar una relación familiar al mismo tiempo que se reconocía la precedencia (por ser más poderoso o de mayor edad) del rey de Chipre sobre el de Ugarit. Otra de las cartas de esta casa ya ha sido mencionada aquí: la que describía la llegada de naves enemigas a Ugarit, que a juicio de Schaeffer se descubrió en el horno donde se cocía antes de mandarla al rey de Chipre. Más adelante nos ocuparemos de este texto.

Algunas de las tablillas recuperadas más recientemente son las de la «Casa de Urtenu». Esta residencia se descubrió accidentalmente, en la zona sur del yacimiento, durantes las obras de construcción de un búnker militar en 1973. Los arqueólogos tuvieron permiso para inspeccionar el montón de escombros acumulado por las excavadoras, que sin saberlo destruyeron el centro de la casa, y encontraron varias tablillas, todas ya publicadas hoy en día. Las tablillas más nuevas provienen de las meticulosas excavaciones realizadas entre 1986 y 1992, también publicadas, y de los trabajos llevados a cabo entre 1994 y 2002, cuyos frutos son aún objeto de estudio. En total, en este archivo hay más de quinientas tablillas —de las que 134 se encontraron en 1994— con una mayoría de textos escritos en acadio, y una pequeña minoría en ugarítico. La correspondencia incluye cartas de los reyes de Egipto, Chipre, Hatti, Asiria, Karkemish, Sidón, Beirut y, posiblemente, Tiro.[14] Al parecer, una de las más antiguas fue enviada por un rey de Asiria, probablemente Tukulti-Ninurta I, a un rey de Ugarit, quizá Ammistamru II o Ibirana, y trata de la batalla en que Tukulti-Ninurta y los asirios derrotaron a Tudhaliya IV y los hititas.[15]

Tal como ha señalado uno de los arqueólogos, las tablillas indican que Urtenu estuvo en activo a principios del siglo XII a. C., y que gozaba de un elevado estatus social. Según parece, fue agente de una gran compañía comercial dirigida

por el yerno de la reina, que mantenía tratos comerciales con la ciudad de Emar, en la Siria interior, además con la vecina Karkemish. También participó en negociaciones y convenios con la isla de Chipre, entre otras operaciones comerciales de larga distancia.[16] De hecho, las cinco cartas descubiertas en la casa que provenían de Chipre son de una importancia extrema, puesto que incluyen —por primera vez en la historia— el nombre de un rey del Chipre de la Edad del Bronce: un hombre al que llamaban Kushmeshusha. Tenemos dos cartas de este rey, además de dos misivas de grandes gobernadores de la isla; y una carta bastante enigmática, de un escriba ugarítico que por alguna razón residía en Chipre. Estas cinco cartas se unen ahora a las otras cuatro de Alashiya que ya se habían descubierto en la Casa de Rapanu.[17]

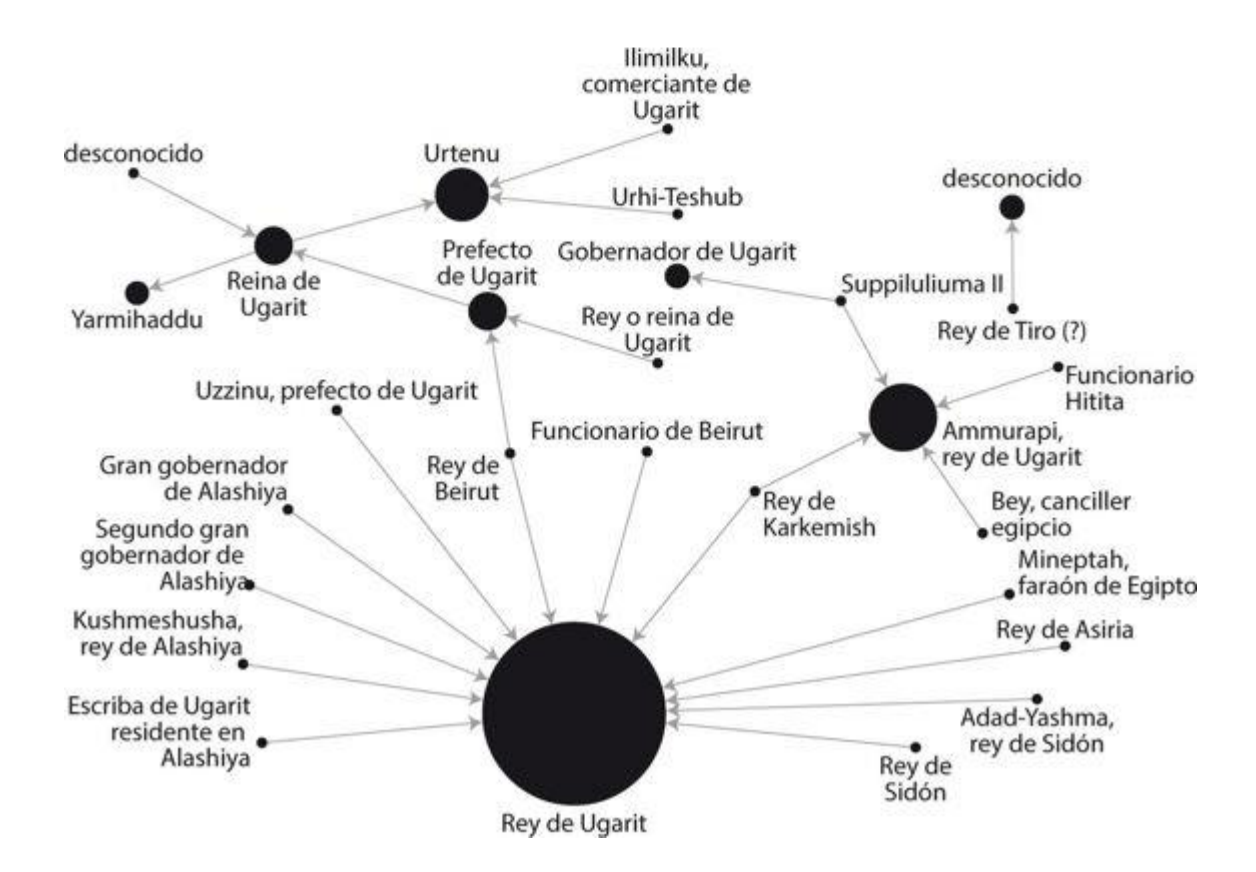


Fig. 9. Cartas reales del archivo de Urtenu en Ugarit (muestra ejemplificadora, no exhaustiva; nodos = sujetos que reciben o envían cartas; líneas = pares que mantienen correspondencia; tamaño de los círculos = cantidad de cartas; creación de D. H. Cline).

En la casa también hay otras dos cartas que contienen referencias a dos «hombres de Hiyawa», de quienes se dice que aguardan en la tierra de Lukka (conocida más tarde como Licia), al suroeste de Anatolia, a que llegue un barco de Ugarit. Las cartas fueron enviadas a Ammurapi, el último rey de Ugarit, por un rey hitita (que probablemente podamos identificar con Suppiluliuma II) y uno de sus funcionarios principales. Estas son las dos primeras referencias conocidas, dentro de los archivos ugaríticos, a personas del Egeo, porque sin duda alguna «Hiyawa» guarda relación con la palabra hitita «Ahhiyawa», que, como hemos visto, muchos investigadores asocian con los micénicos y el Egeo de la Edad del Bronce.[18]

También hay una carta del faraón Mineptah de Egipto, en respuesta a una petición del rey de Ugarit —o Niqmaddu III o Ammurapi—, que solicitaba el envío de un escultor para labrar y erigir una estatua del faraón y colocarla en la ciudad, concretamente frente a un templo dedicado a Baal. Al mismo tiempo que el faraón transmite su negativa en la carta, enumera una larga lista de productos de lujo que se mandaban de Egipto a Ugarit. La mercancía se estaba cargando en un barco con rumbo a Ugarit, decía el faraón, e incluía más de cien telas y piezas de ropa, además de un surtido de otros artículos como madera de ébano y planchas de piedra roja, blanca y azul.[19] De nuevo, debemos señalar que casi todos estos productos son perecederos y no habrán sobrevivido en el registro arqueológico. Es una suerte, por tanto, que este texto los mencione; de otro modo, tal vez jamás habríamos sabido que existieron y se comerció con ellos entre Egipto y Ugarit.

Otra carta de este archivo es de un mensajero/representante llamado Zu-Aštarti, que habla sobre el barco en el que ha navegado desde Ugarit. Afirma que sufrió una demora en el camino. Algunos investigadores se han preguntado si tal vez fue secuestrado, pero él solo escribe: «En el sexto día, me hallaba en el mar. Un viento me arrastró y llegué al territorio de Sidón. Me llevó desde de Sidón a la tierra de Ušnatu, y en Ušnatu estoy retenido. Que mi hermano lo sepa ... Di al rey: “Si han recibido los caballos que el rey entregó al mensajero de la tierra de Alashiya, entonces un compañero del enviado acudirá a ti. Que le entreguen esos caballos en su mano”».[20] No queda del todo claro por qué estuvo «retenido» en Ušnatu, y ni siquiera sabemos por qué la carta está en los archivos de Urtenu; pero es posible que, en aquella época, en Ugarit el comercio de caballos fuese una actividad protegida por el estado. Una carta de la misma época, encontrada en la Casa de Rapanu y enviada por el rey hitita Tudhaliya IV a Ammistamru II, afirma que el rey de Ugarit no debe permitir la exportación de caballos a Egipto por parte de mensajeros/comerciantes egipcios o hititas.[21]

DESTRUCCIONES EN EL NORTE DE SIRIA

Las pruebas textuales de los distintos archivos y casas de Ugarit transmiten que el comercio y los contactos internacionales seguían con intensidad hasta el último momento. De hecho, uno de los responsables de la publicación de las cartas de la Casa de Urtenu señaló, hace ya casi veinte años, que apenas había indicios de problemas, salvo la mención de los barcos enemigos en una de las misiva, y que, al parecer, las rutas comerciales estuvieron abiertas hasta el final.[22] Lo mismo puede afirmarse de Emar, en el río Éufrates, a bastante distancia en el interior de Siria, donde se ha señalado que «los escribas estaban realizando su trabajo con normalidad hasta el final».[23]

Pese a todo, Ugarit quedó destruido, y al parecer con mucha violencia, durante el reinado de Ammurapi, muy probablemente entre 1190 y 1185 a. C. La ciudad no volvió a ser ocupada hasta el período persa, aproximadamente 650 años más tarde.[24] Los excavadores hablan de «pruebas de destrucción y fuego por toda la ciudad», e incluyen «muros derrumbados, tapiales quemados y montones de cenizas», con un nivel de destrucción que, en algunos lugares, alcanzaba los dos metros de altura. Marguerite Yon, la última directora de las excavaciones, dice que los techos y las terrazas en los barrios residenciales se hallaron derruidos y que en todas partes los muros «habían quedado reducidos a un montón informe de escombros». Ella cree que la destrucción se debió a un ataque enemigo, más que a un terremoto, como Schaeffer había sugerido anteriormente, y que en la ciudad hubo luchas violentas con combate en las propias calles. Según Yon, así lo demuestra «la presencia de numerosas puntas de flecha desperdigadas entre las ruinas abandonadas o destruidas», así como el hecho de que los habitantes —unos ocho mil— huyeran apresuradamente y no regresaran ni siquiera para recoger las pertenencias más valiosas, que algunos enterraron antes de irse.[25]

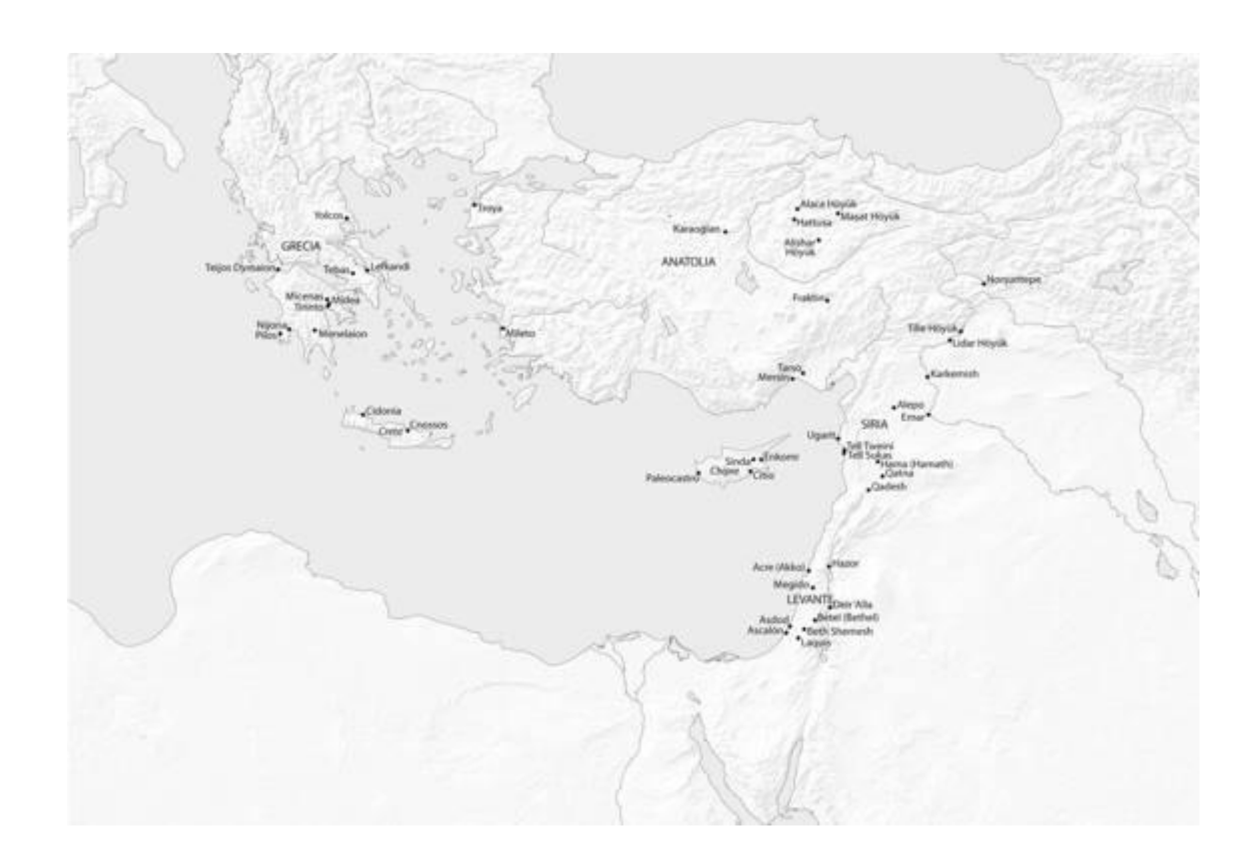


Fig. 10. Sitios destruidos hacia 1200 a. C.

La fecha exacta en que sucedió todo esto ha sido objeto de debate en los últimos años. La prueba más concluyente es una carta hallada en 1986, en la Casa de Urtenu. La misiva iba dirigida a Ammurapi, el rey de Ugarit, y la mandaba un canciller egipcio llamado Bey, que sabemos —gracias a fuentes egipcias— que fue ejecutado en el quinto año de reinado del faraón Siptah. Siptah fue el penúltimo faraón de la Dinastía XIX en Egipto, que gobernó hacia 1195-1189 a. C., es decir, unos pocos años antes que Rameses III de la Dinastía XX. Así, la carta puede fecharse con cierta seguridad antes de 1191 a. C., cuando se produjo la ejecución de Bey, y esto significa también que la destrucción de la ciudad no puede haber sucedido antes de esta fecha. Por ello, la destrucción de la ciudad suele fecharse entre 1190 y 1185 a. C., aunque técnicamente podría haber sido aún más tarde.[26] Un artículo reciente ha señalado que esta fecha puede corroborarse ahora atendiendo a una observación astronómica descubierta en otra tablilla de Ugarit. Allí se registra un eclipse de sol que cabe situar el 21 de enero de 1192 a. C., lo cual significa también que la ciudad no pudo haber sido destruida antes de esa fecha.[27]

En contra de anteriores versiones populares sobre el fin de Ugarit,[28] probablemente no podemos usar la famosa carta del Archivo del Sur, encontrada

en el patio V del palacio de Ugarit, ni para fechar la destrucción ni para identificar a los destructores. Esta era la carta que, según Schaeffer, fue descubierta en el horno donde se cocía antes de mandarla al rey de Chipre. Comienza así: «Mi padre, ahora han llegado las naves del enemigo. Han estado prendiendo fuego a mis ciudades y destrozando las tierras». Según el informe original, fue hallada en un horno, entre más de setecientas tablillas, a punto para ser cocidas. Los excavadores y otros estudiosos conjeturaron, al principio, que los barcos enemigos habían regresado y saqueado la ciudad antes de que se pudiera enviar la petición de ayuda urgente; y esta es la versión que, en las últimas décadas, se ha ido repitiendo una y otra vez en las historias tanto de ámbito académico como popular. Sin embargo, la reciente revisión del lugar del hallazgo por parte de otros investigadores indica ahora que, en realidad, no se encontró en un horno, sino que probablemente estaba almacenada en un cesto que cayó desde la segunda planta una vez abandonado el edificio.[29]

Como resultado, aunque la carta se puede usar para debatir sobre la presencia de barcos enemigos y, probablemente, invasores, no está claro que corresponda a los últimos días de Ugarit o a un período ligeramente anterior. Y aun si hiciera referencia a las naves de los Pueblos del Mar, es posible que se remonte a la primera oleada de invasores, los que atacaron Egipto en 1207 a. C., en lugar de pertenecer a la segunda, que luchó contra Rameses III en 1177 a. C.

El yacimiento de Emar, en el interior de Siria, con el que Ugarit estaba en contacto, también fue destruido aproximadamente en la misma época, en 1185 a. C., como sabemos por la fecha que aparece en un documento legal hallado allí mismo. Pese a todo, no está claro quién provocó la destrucción en Emar. Las tablillas recuperadas allí se hablan de «hordas» sin nombre, pero no señalan directamente a los Pueblos del Mar, según han observado algunos estudiosos.[30]

El yacimiento de Ras Bassit, situado en la frontera norte de Ugarit, también quedó destruido hacia la misma época. Los arqueólogos creen que se trataba de un puesto avanzado de Ugarit y afirman que, hacia 1200 a. C., fue «evacuado en parte y en parte abandonado, y luego se le prendió fuego, como al resto de lugares de la región». Atribuyen la destrucción a los Pueblos del Mar, pero no es una conclusión definitiva.[31]

Se ha descrito una situación parecida en Ras Ibn Hani, en la costa, al sur de la misma Ugarit, en lo que se considera fue una residencia secundaria de los reyes ugaríticos durante el siglo XIII a. C. Los responsables de la excavación, y otros expertos, entienden que este lugar fue evacuado poco antes de la destrucción de Ugarit, y luego arrasado por los Pueblos del Mar. Fue reocupado de inmediato, al menos en parte, igual que Ras Bassit; y, sobre la base de la alfarería descubierta en estos niveles de reocupación, se ha identificado a los destructores y los nuevos ocupantes, en uno y otro lugar, como Pueblos del Mar. Más adelante nos

ocuparemos de esta cuestión.[32]

Tal vez la mejor prueba, y sin duda la más reciente, de la extensa destrucción vivida en esta época se ha encontrado en Tell Tweini, un yacimiento de Gibala, ciudad portuaria de la Edad del Bronce tardía, situada en el reino de Ugarit, unos treinta kilómetros al sur de la ciudad moderna de Latakia. Aquí, el lugar fue abandonado tras una «intensa destrucción» ocurrida hacia el final de la Edad del Bronce tardía. Según los responsables de la excavación, «los estratos de destrucción contienen vestigios de conflictos (puntas de lanza de bronce diseminadas por la ciudad, muros derruidos, casas quemadas), cenizas del incendio de las casas, y colecciones de cerámica de cronología muy delimitada, fragmentadas por el colapso de la ciudad».[33]

Al fechar esta capa de destrucción a partir de la «arqueología estratificada según el radiocarbono» y «puntos de anclaje en fuentes antiguas epigráfico-literarias, reyes hititas, levantinos y egipcios, y observaciones astronómicas», los excavadores afirman que por fin han sido capaces de «fechar con precisión la invasión de los Pueblos del Mar en [el] Levante septentrional» y «ofrecer la primera cronología sólida para este período clave en la sociedad humana».[34] Los resultados que el laboratorio ha dado para los análisis del radiocarbono del estrato general de cenizas (Nivel 7A) señalan un intervalo concreto entre 1192 y 1190 a. C.[35] Sin embargo, aunque hayan podido fechar adecuadamente la destrucción de este yacimiento de la Edad del Bronce tardía, los arqueólogos solo han ofrecido pruebas circunstanciales de que los causantes de la destrucción fueran los Pueblos del Mar; lo veremos más adelante.

También es importante señalar que esta fecha (1192-1190 a. C.) es entre trece y quince años anterior a 1177 a. C., año de la batalla de Rameses III contra los Pueblos del Mar. Incluso las destrucciones de otros lugares, fechadas en 1185 a. C., siguen antecediendo en ocho años al conflicto definitivo. Quizá deberíamos preguntarnos cuánto tiempo habría tardado un grupo migratorio como el propuesto en abrirse camino a través del Mediterráneo, o tan solo bajando por la costa levantina hasta Egipto. Esto, sin embargo, dependería claramente de su capacidad de organización, los medios de transporte y los objetivos finales, entre otros factores, y no se puede ofrecer una respuesta fácil.

Por último, deberíamos pensar también en un yacimiento situado más al sur, Tell Kazel, en la región de Amurru, que podría haber sido el emplazamiento de la antigua Ṣumur, la capital del reino. El lugar fue asolado a finales de la Edad del Bronce tardía y los responsables de la excavación han conjeturado, de forma verosímil, que los Pueblos del Mar fueron los agentes de la destrucción, más aún, cuando Rameses III lo menciona específicamente (esto es, menciona Amurru) en sus inscripciones sobre los Pueblos del Mar. Sin embargo, en el estrato de ocupación inmediatamente anterior a la destrucción, los arqueólogos han

identificado lo que parece ser alfarería micénica de producción local y otros elementos que sugieren la presencia de nuevos habitantes del Egeo y el Mediterráneo occidental.[36] Así, Reinhard Jung de la Universidad de Viena, que ha estudiado esta cerámica, plantea la hipótesis de que «antes que la gran destrucción de los Pueblos del Mar, grupos menos numerosos llegaron en barco a Tell Kazel y se integraron con la población local». Para él, se trata de un modelo de inmigración propio del Egeo, a pequeña escala, pero con señales de que parte de la gente implicada tenía raíces más antiguas en el sur de la Italia continental.[37] Si está en lo cierto, esto nos da una idea de la complejidad del período y los pueblos potencialmente afectados, llegando incluso al extremo de que las destrucciones provocadas por la segunda oleada de los Pueblos del Mar, hacia 1177 a. C., podrían haber caído sobre anteriores inmigrantes de idéntico origen que ya se habían instalado en el Mediterráneo oriental, tal vez durante las incursiones de los primeros Pueblos del Mar (en el quinto año del reinado de Mineptah, en 1207 a. C.), tal vez algo después.

DESTRUCCIONES EN EL SUR DE SIRIA/CANAÁN

Durante este mismo período, en el siglo XII a. C., varias ciudades y poblaciones del sur de Siria y Canaán resultaron destruidas. Al igual que en el norte de Siria, no sabemos con certeza quién las destruyó o en qué fecha exacta, aunque en el estrato de la destrucción del pequeño yacimiento de Deir ’Alla, en Jordania, se recuperó una vasija con un cartucho de la reina egipcia Tausert (o Twosret). Era la viuda del faraón Seti II y sabemos que gobernó entre 1187 y 1185 a. C. Por lo tanto, probablemente podríamos fechar la destrucción poco después de este momento. Lo mismo vale para el yacimiento de Acre (Akko), en la actual Israel, donde se recuperó de los escombros un escarabeo similar de Tausert.[38] En Beth Shan, las excavaciones de Yigael Yadin revelaron pruebas de que la presencia egipcia en el lugar acabó con un final violento.[39]

Quizá los lugares más famosos de la zona con pruebas de destrucción sean Megido y Laquis. Pese a todo, la naturaleza y cronología del derrumbamiento de esta región siguen siendo objeto de polémica. Según parece, ambas ciudades fueron destruidas varias décadas más tarde de lo que cabría esperar según la cronología de los yacimientos mencionados arriba, porque tanto en el caso de Megido como en el de Laquis, parece ser que la destrucción se produjo hacia 1130 a. C., y no en 1177 a. C.[40]

Megido

En Megido —el emplazamiento del Apocalipsis bíblico, sito en el valle de Jezreel del Israel moderno—, se han descubierto cerca de veinte ciudades, en estratos, una encima de otra. De estas, la séptima ciudad tuvo dos fases, denominadas VIIB y VIIA, que fueron destruidas de forma violenta o bien en los siglos XIII y XII a. C., respectivamente, o tal vez en un solo asalto en el siglo XII a. C.

Tradicionalmente, desde que los arqueólogos de la Universidad de Chicago publicaron los descubrimientos de sus excavaciones de los yacimientos, realizadas entre 1925 y 1939, se ha aceptado que el Estrato VIIB se acabó en algún momento entre 1250 y 1200 a. C., pero la próspera ciudad posterior, la del Estrato VIIA, vio su fin hacia 1130 a. C. En estos estratos se hallaron vestigios de un palacio cananeo, o quizá los restos de dos palacios, uno edificado sobre las ruinas del otro.

Según los arqueólogos de Chicago, el palacio del Estrato VIIB «sufrió una destrucción violenta tan extensa que los constructores del Estrato VIIA consideraron más oportuno arrasar los escombros antiguos y construir encima, en lugar de retirarlo todo, como se acostumbraba a hacer en las tareas de reconstrucción previas». Las habitaciones «estaban llenas de piedras caídas que se amontonaban hasta alcanzar una altura de cerca de metro y medio ... Las líneas horizontales carbonizadas, halladas aquí y allá en las paredes de las salas situadas al norte del patio ... son indicadoras del nivel general de la planta a lo largo de todo el palacio».[41] Entonces se entendía que el palacio del Estrato VIIA, construido directamente encima, había estado en pie hasta 1130 a. C. aproximadamente.

Sin embargo, hace poco David Ussishkin, arqueólogo de la Universidad de Tel Aviv y codirector (recientemente retirado) de la Expedición de Megido, ha sugerido de forma convincente que los excavadores de Chicago interpretaron mal los estratos. En lugar de dos palacios, uno encima del otro, Ussishkin cree que deberíamos interpretar esta estructura como un único palacio de dos plantas, renovado ligeramente durante la transición de VIIB a VIIA, hacia 1200 a. C. Defiende que hubo una única destrucción, un gran incendio que acabó con el palacio al final del Estrato VIIA. Según Ussishkin, lo que a juicio de los arqueólogos de Chicago era el «palacio VIIB» no era sino la planta baja del palacio, mientras que el «palacio VIIA» era la planta superior. El templo principal de la ciudad (llamado Templo de la Torre) también fue destruido en aquella época, pero las excavaciones más recientes en el yacimiento indican que buena parte del resto de la ciudad sobrevivió; al parecer, en esas fechas solo se prendió fuego a los barrios de élite.[42]

Este estrato de destrucción VIIA suele fecharse hacia 1130 a. C., tomando como base dos objetos inscritos con cartuchos egipcios, que se recuperaron entre

los escombros. El primero es un estuche para plumas, de marfil, con la inscripción del nombre de Rameses III, que se halló junto a otros tesoros ebúrneos en una de las habitaciones del palacio, en un contexto que, al quedar sellado por los propios escombros, se libró de la destrucción.[43] Esto implicaría que el desastre tuvo lugar en algún momento del reinado de Rameses III, o algo después (en 1177 a. C. o más tarde).

Las piezas de marfil descubiertas en esta habitación del interior del palacio se cuentan entre los objetos más famosos del yacimiento de Megido. Hay también, entre otros muchos artículos, fragmentos de cajas y boles, placas, cucharas, discos, juegos de mesa con sus fichas, tapas de botes, y peines. Ahora están expuestos en el Oriental Institute de la Universidad de Chicago y el Museo Rockefeller de Jerusalén. No está claro por qué alguien reunió todas esas piezas de marfil ni por qué estaban en este lugar en concreto del palacio. Pese a todo, llevan años siendo objeto de estudio, porque los marfiles en sí, al igual que las escenas grabadas en ellos, son testimonio de un estilo indudablemente globalizado, que hoy se suele denominar «estilo internacional», y del que se han hallado otras muestras en yacimientos de Ugarit y Micenas. Este estilo característico combina elementos de las culturas egipcia, cananea y micénica, lo que produjo objetos híbridos exclusivos —y representativos— de esta época de cosmopolitismo.[44]





Fig. 11. Estuche para plumas, de marfil, del faraón Rameses III, procedente de Megido (según Loud, 1939, lám. 62; por cortesía del Oriental Institute de la Universidad de Chicago).

El segundo objeto de importancia recuperado en Megido es el pedestal de una estatua de bronce con la inscripción del nombre del faraón Rameses VI, que gobernó algunas décadas después, entre 1147 y 1133 a. C. aproximadamente. Ahora bien, este artículo no se encontró en un contexto arqueológico seguro, sino bajo una pared del el Estrato VIIB, en la zona residencial del yacimiento. Como ha señalado Ussishkin, no se trata de un contexto fiable, porque el Estrato VIIB era muy anterior en el tiempo a Rameses VI. Esto significa que la base de la estatua tuvo que ser enterrada deliberadamente en un agujero cavado por un habitante posterior, ya fuera en el período VIIA o incluso en la época de la ciudad VIB-A, ya en la Edad del Hierro. Los arqueólogos suelen adscribir la base al Estrato VIIA, pero no es más que una conjetura.[45]

Estos dos objetos, de Rameses III y VI, siempre se han estudiado juntos en las publicaciones relevantes y, por ello, la destrucción de Megido VIIA se fecha después del reinado de Rameses VI, o hacia 1130 a. C. Pese a todo, como el pedestal de la estatua de bronce de Rameses VI no se halló en un buen contexto, no debería utilizarse para determinar el final de Megido VIIA. En cambio, el estuche para plumas de Rameses III quedó sellado dentro del estrato de la destrucción de VIIA y, por lo tanto, puede usarse con confianza para presentar una fecha límite (en concreto, el reinado de este faraón) antes de la cual la ciudad no podía haber sido destruida. Esto encajaría bien con las pruebas de destrucción halladas en varios otros yacimientos del Oriente Próximo, según hemos visto en estas páginas.

Ahora bien, la arqueología es un campo en constante evolución, con datos nuevos y nuevos análisis que requieren una continua reevaluación de los antiguos conceptos. A este respecto, los estudios en marcha que fechan restos hallados en el estrato de destrucción de VIIA por medio del radiocarbono indican hoy que, después de todo, probablemente la fecha acertada sea la de 1130 a. C., o quizá más tarde incluso. Si se demuestra que es un cálculo preciso, entonces Megido habría caído más de cuarenta años después de que los Pueblos del Mar llegaran a la región, en 1177 a. C.[46] En cualquier caso, como ha señalado Ussishkin, «la falta de fuentes escritas deja [sin responder] la pregunta de quiénes fueron los responsables de la destrucción del Estrato VIIA ... Tal vez la ciudad fue asaltada con éxito por grupos invasores de los Pueblos del Mar, por grupos cananeos del Levante, por los israelitas o por una fuerza conjunta de distintos grupos».[47] Dicho de otro modo, en Megido nos encontramos con la misma situación que la que hemos visto en el estrato relevante de Hazor, descrito más arriba, donde se destruyeron las zonas más exclusivas la ciudad, pero no podemos identificar a los responsables del desastre.

Laquis

Laquis (Lachish), otro yacimiento del moderno Israel, también padeció dos destrucciones durante este mismo período, aproximadamente, si está en lo cierto David Ussishkin, el arqueólogo que excavó en la zona de 1973 a 1994.[48] Aquí, en este yacimiento de estratos múltiples situado al sur de Jerusalén, las ciudades séptima y sexta (Estratos VII y VI) están identificadas como las últimas ciudades cananeas, tomando como base los restos materiales hallados durante las excavaciones. Este período, contemporáneo al control egipcio de la región, fue de gran prosperidad para Laquis. Se trataba de una de las mayores ciudades del Canaán de la época, con una población de cerca de seis mil habitantes, así como grandes templos y edificios públicos en el interior de la propia ciudad.[49]

Se cree que la ciudad del Estrato VII quedó arrasada por el fuego hacia 1200 a. C., pero los responsables de la excavación no han formulado conjeturas sobre la naturaleza de la destrucción o su posible agente. En parte ha sido así porque no se sabe con certeza cuánta parte de la ciudad se destruyó efectivamente. Por ahora, solo hay pruebas de una destrucción feroz en los restos de uno de los templos (bautizado como «tercer Templo del Foso») y una zona de uso doméstico en el Área S.[50] Podríamos pensar que la destrucción fue el resultado de la primera oleada de invasiones de los Pueblos del Mar, que llegaron a la región hacia 1207 a. C., pero no disponemos de pruebas para tal atribución.

La ciudad del Estrato VI ha recibido el grueso de la atención de los investigadores, hasta la fecha. Según parece, los supervivientes de la conflagración del Estrato VII se limitaron a reconstruir la ciudad, en su totalidad o en partes, y continuaron con la misma cultura material que ya tenían. Se cree que la ciudad del Estrato VI fue aún más rica y próspera que la que acababa de ser destruida, con un colosal edificio público (el Edificio Columnado) construido en el Área S, donde antes se alzaban las estructuras domésticas. También se erigió un templo nuevo, en el Área P, del que apenas quedan vestigios por la destrucción que padeció luego. En este estrato, se han hallado por toda la ciudad objetos importados de Egipto, Chipre y el Egeo, principalmente vasijas de cerámica, lo cual testimonia sus contactos internacionales.[51]

Se cree que, en la ciudad del Estrato VI, se produjo una afluencia de refugiados pobres justo antes de que grandes sectores de la población quedaran asolados.[52] Una estructura en concreto, el Edificio Columnado del Área S, «fue destruido de forma repentina y violenta; capas de cenizas y ladrillos de adobe caídos cubrían toda la estructura, y debajo de la pared derruida se encontraron atrapados varios esqueletos de adultos, niños y bebés».[53] Otros edificios de

Laquis también quedaron arrasados en la misma época, a la que siguió un período de abandono de hasta tres siglos.[54] Según Ussishkin: «La ciudad del Estrato VI quedó asolada con una destrucción violenta y feroz, de la que se detectan vestigios en todos los puntos donde han salido a la luz restos del Estrato VI ... La destrucción fue total y la población fue eliminada o expulsada».[55]

Arqueólogos anteriores pensaron que la ciudad había caído a finales del siglo XIII a. C., hacia 1230 a. C. (y la ciudad del Estrato VII habría sido devastada incluso antes),[56] pero ahora Ussishkin ha modificado bastante la fecha de la destrucción del Estrato VI, basándose ante todo en el descubrimiento de una placa de bronce (posiblemente, parte del cerrojo de una puerta) con el cartucho de Rameses III. Esta placa se halló entre un tesoro de objetos de bronce defectuosos o rotos, sepultado y sellado bajo los escombros de la destrucción de la ciudad del Estrato VI.[57]

Igual que sucedía con el estuche para plumas de Rameses III en Megido, el contexto en que se descubrió este objeto en Laquis indica que la destrucción de la ciudad no pudo producirse antes de la época de Rameses III. En consecuencia, Ussishkin empezó fechando la destrucción hacia 1150 a. C., basándose en el hecho de que la placa de bronce no podía haberse realizado antes del acceso al trono de Rameses III, en 1184 a. C., y en su convicción personal de que hay que conceder un tiempo «para que [la placa] se use, se rompa y acabe descartada y abandonada en ese tesoro de objetos de bronce defectuosos o rotos».[58]

Posteriormente adelantó la fecha hasta 1130 a. C., tras saber que los arqueólogos británicos que habían estudiado antes el yacimiento habían encontrado un escarabeo de Rameses IV, probablemente en ese mismo estrato. También apeló a una comparación con Megido VII: Ussishkin argumentaba que, si Megido había durado tanto tiempo, era probable que lo mismo sucediera con Laquis.[59] Otro estudioso ha señalado recientemente que podría haber otro escarabeo de Rameses IV en la Tumba 570 de Laquis, pero también ha llamado la atención sobre el hecho de que la lectura del nombre del faraón, en ambos escarabeos, no es del todo segura, y que la estratigrafía del contexto del primero no está del todo clara.[60]

De este modo, volvemos a encontrarnos una vez más como en los otros yacimientos que hemos analizado: no se sabe con certeza quién o qué provocó la destrucción de Laquis, ni tan solo cuándo tuvo lugar; lo único que podemos afirmar con seguridad es que se produjo durante el reinado de Rameses III o con posterioridad a este. Como afirma Ussishkin, «las pruebas apuntan a la devastación del Estrato VI por parte de un enemigo fuerte y resuelto, pero los datos arqueológicos no nos dan ninguna clave directa sobre la naturaleza e identidad de ese enemigo o de las circunstancias inmediatas que rodearon la caída de la ciudad».[61] El arqueólogo recuerda que los investigadores anteriores han

propuesto tres candidatos: el ejército egipcio, las tribus israelitas y la invasión de los Pueblos del Mar, pero también llama la atención sobre el hecho de que «no se han hallado vestigios de combates, más allá de una única punta de lanza, de bronce, ... que se descubrió en el Edificio Columnado del Área S».[62]

Es poco probable que los egipcios fueran los causantes de la destrucción, porque, cuando estaba sometido a ellos, Laquis era un lugar próspero con el que mantenía un comercio activo, según demuestran los distintos artículos inscritos con cartuchos reales hallados entre las ruinas. Sigue siendo posible que la destrucción se debiera a los israelitas, al mando de Josué, tal como defiende William F. Albright, de la Universidad Johns Hopkins, aunque eso era cuando se creía que la destrucción se situaba hacia 1230 a. C.[63]

Ussishkin opta por identificar a los Pueblos del Mar como los agentes más probables de la desolación de la ciudad del Estrato VI. Aquí sigue a Olga Tufnell, que excavó en Laquis antes que él.[64] Sin embargo, no ofrece pruebas de que los responsables fueran realmente los Pueblos del Mar; solamente vemos el resultado final de la destrucción, sin señales de quién la provocó. A esto se suma que la fecha de 1130 a. C. podría parecer demasiado tardía (unas cuatro décadas) para los Pueblos del Mar, como en la destrucción de Megido. Tenemos que señalar, en cualquier caso, que Ussishkin podría haber cometido un error al vincular la destrucción de Laquis con la de Megido y situarla tan tarde; no hay razones sólidas para conectarlas, de modo que tal vez debiéramos decantarnos por su primera datación de hacia 1150 a. C. (o quizá incluso antes, si el cerrojo de bronce de Rameses III no se usó durante mucho tiempo).

También cabe la posibilidad de que un terremoto colosal provocase la destrucción de la ciudad del Estrato VI. Los cuerpos de las cuatro personas fallecidas en el Edificio Columnado se encontraron «aparentemente atrapados y aplastados bajo los escombros mientras intentaban huir». Un niño de entre dos y tres años «o bien se precipitó contra el suelo boca abajo o murió mientras se arrastraba por el suelo», mientras que un bebé «se cayó o fue lanzado contra el suelo».[65] Estas observaciones, junto con el hecho de que nadie encontró armas entre los escombros, señalan a la Madre Naturaleza, antes que a un agente humano, como también podría haber sucedido en otros lugares hacia finales de la Edad del Bronce tardía.[66] En contra de esta hipótesis destaca que los responsables de la excavación no encontraron otras pruebas de un seísmo, como muros inclinados o agrietados. Además, parece ser que el nuevo templo cananeo edificado en el Área P fue objeto de saqueo y pillaje antes de ser asolado por el fuego, lo cual indicaría una presencia humana.[67]

En resumen, como en el caso de Hazor y Megido, no hay certidumbre sobre quién destruyó Laquis VI o la ciudad anterior de Laquis VII. Las dos, o ninguna de ellas, podrían haber sido asoladas por los Pueblos del Mar, por otros pueblos o por

otros elementos. Tal como ha señalado James Weinstein, de la Universidad de Cornell: «aunque los Pueblos del Mar quizá acabaran con los destacamentos de Egipto en la Palestina del sur y del oeste, debemos contemplar también la posibilidad de que otros grupos que no fueran de los Pueblos del Mar llevaran la ruina a otras zonas del país».[68]

La pentápolis filistea

Los yacimientos del sur de Canaán revisten especial interés, incluidos los que se identifican en la Biblia y otros lugares como integrantes de la llamada «pentápolis filistea», las cinco grandes ciudades de los filisteos: Ascalón, Asdod, Ecrón, Gat y Gaza.

A finales de la Edad del Bronce tardía, las antiguas ciudades cananeas de Ecrón y Asdod fueron asoladas con violencia y sustituidas por nuevos asentamientos en los que hubo un cambio casi completo de la cultura material, incluida la alfarería, los fogones u hogares, las bañeras, los artículos de cocina y la arquitectura. Esto parece indicar un cambio en la población, o bien una afluencia demográfica muy importante —al parecer, de filisteos— tras el hundimiento de Canaán y la retirada de las fuerzas egipcias de la zona.[69]

Trude Dothan, profesora emérita en la Universidad Hebrea de Jerusalén y antigua codirectora de las excavaciones de Ecrón, situadas en la actual Tel Miqne, ha descrito el fin de la ciudad de la Edad del Bronce tardía en Ecrón de este modo: «En el Campo I, la ciudad alta o acrópolis, se puede comprobar la destrucción total de la última ciudad cananea de la Edad del Bronce tardía por efecto del fuego. Aquí la destrucción es evidente: bajo los ladrillos de adobe de las paredes derrumbadas, permanecen enterrados los restos de un gran edificio de almacenamiento de ladrillos de adobe, recipientes con vestigios de higos y lentejas, y un silo grande y bien conservado ... La nueva ciudad filistea queda al nivel de la destrucción del asentamiento de la Edad del Bronce tardía en la ciudad alta, y al nivel del campo abierto de la ciudad baja de la Edad del Bronce intermedia».[70]

Una situación similar parece haberse dado en Ascalón, donde recientes excavaciones han documentado la conversión del lugar, que en algún momento de la primera mitad del siglo XII a. C. —probablemente, justo después del reinado de Rameses III, a juzgar por los diversos escarabeos hallados con su cartucho—, pasó de ser un acuartelamiento egipcio a un puerto marítimo filisteo. En Ascalón, sin embargo, la transición parece haber sido pacífica, al menos a juzgar por la zona limitada que por ahora ha salido a la luz. Los responsables de la excavación han descrito la «repentina aparición de nuevos modelos culturales, manifiestos en la arquitectura, la cerámica, la alimentación y la artesanía, y sobre todo en los

tejidos». Establecen una conexión entre estos cambios y los Pueblos del Mar, en especial con los filisteos, y los describen como el resultado de migraciones procedentes del mundo micénico.[71]

Ahora bien, nuestra interpretación de estas circunstancias en Canaán, a finales de la Edad del Bronce, podría estar a punto de modificarse. Aunque el artículo clásico que Larry Stager, profesor de la Universidad de Harvard, publicó en 1995 a propósito de la llegada de los filisteos a Canaán, afirma que estos «destruyeron las ciudades indígenas e instalaron sus propios elementos en cada palmo del territorio que conquistaron»,[72] Assaf Yasur-Landau, de la Universidad de Haifa, ha discrepado de esta imagen tradicional, como veremos más adelante.

DESTRUCCIONES EN MESOPOTAMIA

En Mesopotamia, aun estando bastante más al este, también podemos encontrar muestras de destrucción en múltiples yacimientos, como en la propia Babilonia; pero en estos casos, no cabe duda de que la provocaron fuerzas distintas a los Pueblos del Mar. Más en concreto, sabemos que al menos parte de la devastación la causó el ejército elamita, que marchó de nuevo desde el suroeste de Irán, en esta ocasión al mando de su rey Shutruk-Nahhunte.

Shutruk-Nahhunte subió al trono elamita en 1190 a. C. y gobernó hasta 1155 a. C. Aunque Elam (como los otros reinos de la región) parece haber sido un actor secundario en la escena mundial durante la mayor parte de la Edad del Bronce tardía, estaba relacionado con otros grandes reinos por vía matrimonial. Shutruk-Nahhunte estaba casado con la hija de un rey kasita de Babilonia, como tantos otros antecesores suyos. Uno se desposó con la hija de Kurigalzu I, ya en el siglo XIV a. C.; otro se había casado con la hermana de Kurigalzu; y unos años más tarde, en aquel mismo siglo, otro se unió en matrimonio a la hija de Burna-Buriash. La propia madre de Shutruk-Nahhunte era una princesa kasita, según él mismo nos cuenta en una carta que escribió a la corte kasita y que unos arqueólogos alemanes encontraron en Babilonia.[73]

En esta misiva, se queja de que le han descartado para el trono babilonio pese a estar plenamente cualificado para el puesto, incluso por nacimiento. Su indignación es palpable cuando afirma: «¿Por qué yo, que soy rey, hijo de rey, progenie de rey, descendiente de rey, que soy rey de las tierras, de las tierras de Babilonia y de las tierras de E[lam], descendiente de la hija mayor del poderoso rey Kurigalzu, [por qué] no me siento en el trono de la tierra de Babilonia?». Entonces amenaza con vengarse, afirmando que «destruiré vuestras ciudades, demoleré vuestras fortalezas, atascaré vuestras acequias, segaré vuestros huertos», y aún declara: «Podréis subir a los cielos, [pero yo os haré bajar tirando] de vuestra falda,

podréis bajar a los infiernos, [pero yo os haré subir tirando] de vuestro pelo!».[74]

En 1158 a. C. hizo realidad sus amenazas: invadió Babilonia, tomó la ciudad, derrocó al rey kasita y colocó en el trono a su propio hijo. Shutruk-Nahhunte es famoso, sobre todo, por haberse llevado a la ciudad elamita de Susa un ingente botín de Babilonia, incluida una estela de diorita, de unos 2,40 metros de altura, en la que se había grabado el código legal de Hammurabi, así como un monumento a la victoria de Naram-Sin, un rey acadio aún más antiguo, y numerosos objetos más. Estos artículos fueron encontrados en Susa durante las excavaciones francesas de 1901, y se enviaron a París, en cuyo Museo del Louvre se exponen hoy.[75]

Al parecer, la campaña de Shutruk-Nahhunte se debió a sus ansias de hacerse con el reino de la ciudad de Babilonia y sus territorios dependientes, quizá con la intención de sacar provecho de la confusión imperante en el Mediterráneo oriental en aquella época. Parece probable que él supiera que el rey kasita no podía recurrir prácticamente a nadie, en busca de auxilio. En las campañas que el hijo y el nieto de Shutruk-Nahhunte emprendieron más tarde en Mesopotamia, probablemente también influyó el hecho de que las grandes potencias de los siglos anteriores ya no existían o habían quedado muy debilitadas. Pese a todo, está claro que la destrucción vinculada a estas actividades militares no puede atribuirse, en ningún caso, a los Pueblos del Mar.

DESTRUCCIONES EN ANATOLIA

En la Anatolia de la época, también hubo varias ciudades destruidas. Una vez más, sin embargo, es difícil distinguir cuál fue la razón en cada caso; y una vez más, se ha tendido a atribuir la devastación a los Pueblos del Mar, pero sin pruebas o con muy poca base. En algunos casos, las excavaciones adicionales más recientes han invalidado atribuciones y supuestos de mucho tiempo. Por ejemplo, en el yacimiento de Tell Atchana, la antigua Alalaj, situada cerca de la moderna frontera turco-siria, sir Leonard Woolley consideró que la ciudad del Estrato I había sido destruida por los Pueblos del Mar en 1190 a. C. Sin embargo, las excavaciones más recientes, dirigidas por Aslihan Yener de la Universidad de Chicago, han vuelto a fechar este estrato en el siglo XIV a. C. e indican que la mayoría de la ciudad estaba abandonada hacia 1300 a. C., mucho antes de las posibles incursiones de los Pueblos del Mar.[76]

De los emplazamientos anatolios que resultaron asolados poco después de 1200 a. C., hay dos particularmente famosos: Hattusa, la capital hitita de la meseta interior, y Troya, en la costa occidental. En ningún caso, sin embargo, es evidente que las destrucciones fueran causadas por los Pueblos del Mar.

Hattusa

No cabe duda de que la ciudad de Hattusa, capital hitita, fue destruida y abandonada poco después de que se iniciara el siglo XII a. C. Los excavadores encontraron «cenizas, madera carbonizada, ladrillos de adobe quemados y la escoria que queda después de la combustión de esos ladrillos».[77] Ahora bien, no está nada claro quién destruyó la ciudad. Aunque los estudiosos y autores de divulgación suelen culpar a los Pueblos del Mar, basándose sobre todo en la afirmación de Rameses III según la cual «ninguna tierra fue capaz de resistir frente a sus armas, desde Jatte ...», en realidad no tenemos ni idea de si «Jatte», en este caso, era una referencia a los hititas en general o a Hattusa en concreto.[78]

Tampoco sabemos con exactitud cuándo cayó Hattusa, especialmente porque ahora se tiende a creer que fue atacada en algún momento del reinado de Tudhaliya IV, quizá por fuerzas leales a su primo Kurunta, que podría haber intentado usurpar el trono.[79] Según ha señalado el eminente hititólogo Harry Hoffner (hijo), de la Universidad de Chicago, el *terminus ante quem* habitual para la destrucción definitiva (esto es, la fecha antes de la cual tuvo que suceder) se basa en la afirmación realizada por Rameses III en 1177 a. C., lo cual probablemente situaría la destrucción algo antes, quizá entre 1190 y 1180 a. C. Sin embargo, no tenemos una idea real del grado de veracidad de las palabras de Rameses.[80]

En la década de 1980, los hititólogos y otros estudiosos proponían, seriamente, que un enemigo más antiguo y conocido —los kashka, instalados al noreste de las tierras hititas— había sido el causante de la destrucción de la ciudad. Se cree que este grupo también había saqueado la ciudad en una fecha previa, inmediatamente antes de la batalla de Qadesh, a principios del siglo XIII a. C., cuando los hititas abandonaron temporalmente Hattusa y, durante varios años, trasladaron toda la capital al sur, a una región conocida como Tarhuntassa.[81] Esto tiene mucho más sentido porque, como escribió James Muhly, de la Universidad de Pensilvania: «siempre ha sido difícil explicar cómo los Asaltantes del Mar [esto es, los Pueblos del Mar] destruyeron las colosales fortificaciones ... de Hattusa, situada a centenares de kilómetros del mar Mediterráneo, en lo que hoy parecer ser una zona bastante aislada del altiplano de la Anatolia central».[82]

Las pruebas arqueológicas indican que algunas partes de Hattusa fueron destruidas por un incendio poderoso, que consumió zonas de las dos ciudades, la alta y la baja, además de la acrópolis real y de las fortificaciones. Pese a todo, ahora ha quedado claro que solo cayeron los edificios públicos, incluido el palacio y algunos de los templos, y unas pocas puertas de la ciudad. Esos edificios habían sido vaciados, más que saqueados, antes de prenderles fuego, mientras que las zonas domésticas de las dos ciudades, alta y baja, no presentan signos de

destrucción en absoluto.[83] Jürgen Seeher, que ha dirigido la excavación en fechas recientes, sugirió que la ciudad fue asaltada cuando ya llevaba cierto tiempo abandonada, y que la familia real se había llevado todas sus posesiones y se había trasladado a otro sitio bastante antes de la destrucción definitiva. De ser así, es más probable que los kashka —enemigos de los hititas desde hacía tiempo— fueran responsables de la verdadera destrucción, en vez de los Pueblos del Mar; aunque quizá solo fue posible después de que el imperio hitita quedase ya seriamente debilitado por otros motivos, como una sequía, hambruna y la interrupción de las rutas de comercio internacional.[84]

También cabría plantear estas mismas explicaciones posibles para dar cuenta de la devastación constatable en otros tres yacimientos famosos de la Anatolia central, a una distancia razonablemente próxima a Hattusa: Alaca Höyük, Alishar Höyük y Maṣat Höyük. Todos estos lugares cayeron ante las llamas aproximadamente en este mismo período, aunque no sabemos con seguridad si los responsables fueron los kashka, los Pueblos del Mar o cualquier otro grupo. Mersin y Tarso, en la Anatolia suroriental, también fueron devastadas, aunque más adelante las dos se recuperaron y volvieron a estar habitadas.[85] El yacimiento de Karaoğlan, que no está muy lejos, al oeste de Hattusa, en la Anatolia central, también sufrió una destrucción en esta época; en el estrato arrasado se encontraron cuerpos, pero, una vez más, no sabemos quién fue el responsable.[86]

Más al oeste, en Anatolia, la destrucción es relativamente escasa. De hecho, el estudioso australiano Trevor Bryce ha señalado que «los emplazamientos consumidos por el fuego [en Anatolia] parecen limitarse a las regiones situadas al este del río Marassantiya ... no disponemos de pruebas de una catástrofe de estas características más al oeste. Las excavaciones arqueológicas indican que solo unos pocos lugares del mundo hitita fueron realmente destruidos; la mayoría quedaron, sencillamente, abandonados».[87]

Troya

El único lugar del oeste que fue pasto de las llamas a principios del siglo XII a. C. fue Troya, en concreto Troya VIIA, situada en la costa occidental de Anatolia.[88] Aunque Carl Blegen, el arqueólogo de la Universidad de Cincinnati, fechó la destrucción hacia 1250 a. C., Penelope Mountjoy —destacada especialista en cerámica micénica— ha situado la devastación hacia 1190-1180 a. C.[89] Los habitantes de esta ciudad se limitaron a coger los restos de Troya VIh, que probablemente destruyó un terremoto hacia 1300 a. C., como se ha apuntado más arriba, y reconstruyeron la ciudad. De este modo, las grandes casas construidas originalmente en la época de Troya VI tuvieron luego tabiques de división, y allí

donde antes había una sola familia, ahora se instalaban varias. Para Blegen, estas viviendas eran pruebas de que la ciudad vivía un asedio; pero Mountjoy sugiere en su lugar que los habitantes trataban de recuperarse del terremoto con chabolas provisionales levantadas entre las ruinas.[90] Sea como fuere, la ciudad sí acabó bajo sitio, como demuestran las pruebas halladas tanto por Blegen como por el siguiente responsable de una excavación en Troya, Manfred Korfmann, de la Universidad de Tubinga, que estudió el yacimiento de 1988 a 2005.

Ambos estudiosos encontraron cadáveres en las calles de Troya VIIA, y puntas de flecha clavadas en las paredes, y ambos estaban convencidos de que la destrucción se había producido en un contexto de guerra.[91] Korfmann, que también localizó la ciudad inferior, perdida en Troya durante mucho tiempo —había pasado por alto en todas las excavaciones anteriores—, dijo en cierta ocasión: «Lo prueban los incendios y desastres por el fuego. Y luego están los esqueletos; encontramos, por ejemplo, una chica, creo que de dieciséis o diecisiete años, medio enterrada, con los pies quemados ... Fue una ciudad asediada. Fue una ciudad defendida, que se protegió. Perdieron la guerra y, obviamente, fueron derrotados».[92]

Pese a todo, la fecha de esta destrucción podría dificultar la teoría de que los responsables fueron los micénicos, como en la *Ilíada*, la narración homérica de la guerra de Troya, a menos que los palacios micénicos de la Grecia continental estuvieran siendo asaltados y destruidos precisamente porque tenían a todos sus guerreros combatiendo en Troya. De hecho, Mountjoy sugiere que fueron los Pueblos del Mar, no los micénicos, quienes destruyeron Troya VIIA. Esto encajaría bien con la mención de Rameses III justo tres años después, pero como la autora no ofrece pruebas sólidas que respalden su teoría, esta no deja de ser una conjetura.[93]

DESTRUCCIONES EN LA GRECIA CONTINENTAL

Si los micénicos no estuvieron implicados en la destrucción de Troya VIIA, podría haber sido porque en realidad estaban siendo atacados, más o menos en las mismas fechas. Está comúnmente aceptado por los expertos que Micenas, Tirinto, Midea, Pilos, Tebas y muchos otros emplazamientos micénicos de la Grecia continental sufrieron destrucción hacia esta época, a finales del siglo XIII y principios del XII a. C.[94] De hecho, un estudio reciente del arqueólogo británico Guy Middelton, publicado en 2010, presenta un crudo panorama de la devastación de la Grecia continental entre los años de 1225 a 1190 a. C.: «En la Argólide y Corintia hubo devastación en Micenas, Tirinto, Katsingri, Korakou e Iria ... en Laconia, la hubo en el Menelaion; en Mesenia, en Pilos; en la Acaya, en Teijos

Dymaion; en Beocia y la Fócide, en Tebas, Orcómeno, Gla ... y Krisa, mientras que los siguientes emplazamientos parecen haber sido abandonados sin sufrir destrucciones: en la Argólide y Corintia: Berbati, Prosymna, Zygouries, Gonia, Tsoungiza; en Laconia: Hagios Stéfanos; en Mesenia: Nijoria; en Ática: Braurón; en Beocia y la Fócide: Eutresis».[95] Como señala Middleton más adelante, se produjeron más destrucciones durante el período entre 1190 y 1130 a. C. en Micenas, Tirinto, Lefkandi y Cino.

En 1960, Carl Blegen y Mabel Lang, del Bryn Mawr College, ya escribieron que, al parecer, este fue «un período tempestuoso de la historia micénica. Las llamas provocaron mucha destrucción en Micenas, tanto en el interior como en el exterior de la acrópolis. Tirinto también se vio sometida a una catástrofe del mismo tipo. Probablemente, el palacio de Tebas fue saqueado e incendiado de un modo parecido, en este mismo período general. Muchos otros asentamientos fueron asolados y abandonados para siempre: entre los ejemplos más famosos podemos mencionar el caso de Berbati ... Prosymna ... Zygouries ... y otros lugares menores».[96] Sin duda, la situación fue turbulenta, aunque algunos estudiosos lo ven tan solo como los episodios finales de una disolución o un hundimiento que ya había empezado hacia 1250 a. C. Jeremy Rutter, del Dartmouth College, por ejemplo, cree que «la destrucción de los palacios no fue una catástrofe imprevista que desencadenó un siglo de crisis en el Egeo, sino la culminación de un largo período de intranquilidad que afectó al mundo micénico desde mediados del siglo XIII».[97]

Pilos

En Pilos, la destrucción del palacio, que el responsable de la excavación fechó inicialmente hacia 1200 a. C., suele datarse hoy hacia en 1180 a. C., por las mismas razones que la destrucción de Troya VIIA se ha fechado más tarde, es decir, tomando como base una nueva datación de la cerámica hallada entre los restos.[98] Suele aceptarse que la destrucción fue consecuencia de acciones violentas, en parte porque hay muchos incendios asociados con los últimos estratos del yacimiento, tras lo cual parece que fue abandonado. En 1939, durante la primera temporada de excavaciones en el palacio, Blegen señaló: «Tuvo que ser una conflagración de gran intensidad, porque las paredes interiores se han fundido en muchos sitios, originando una masa informe; las piedras se convirtieron en cal y, sobre los negruzcos escombros carbonizados y la ceniza que cubren los suelos, hay una gruesa capa de una tierra fina y seca, de color rojo tostado, que suponemos son los restos desintegrados de los ladrillos rudimentarios que habían formado el material de la superestructura».[99]

Las excavaciones posteriores confirmaron sus impresiones iniciales; como más adelante señaló Jack Davis, profesor de la Universidad de Cincinnati y antiguo director de la American School of Classical Studies en Atenas, «el Edificio Principal ardió con tal intensidad que las tablillas de Lineal B en el archivo se quemaron y los recipientes de algunas despensas llegaron incluso a fundirse».[100] El propio Blegen escribió en 1955 que «por todas partes ... se han desenterrado pruebas obvias de una devastación provocada por las llamas. El uso abundante, por no decir desmesurado, de colosales planchas de madera en la construcción de los muros de piedra supuso una fuente de combustible casi inagotable, y toda la estructura quedó reducida a un montón de escombros desmoronados, por un incendio que alcanzó tal temperatura que calcinó piedras e incluso fundió adornos de oro».[101]

Investigadores anteriores habían señalado, ocasionalmente, referencias de algunas tablillas de Lineal B recuperadas en el yacimiento, que sugieren que en la zona hubo «observadores del mar» durante los últimos años de ocupación del lugar, y han conjeturado que estaban vigilantes, a la espera de los Pueblos del Mar. Pese a todo, no está claro qué documentan estas tablillas y, aunque los habitantes de Pilos estuvieran observando el mar, no sabemos qué esperaban o por qué razones.[102]

En resumen, el palacio de Pilos quedó destruido tras un incendio catastrófico hacia 1180 a. C., pero no está claro quién (o qué) provocó el fuego. Como en los otros yacimientos arrasados en esa época, no sabemos si los agentes fueron humanos o se debió a un acto de la naturaleza.

Micenas

Micenas sufrió una gran destrucción a mediados del siglo XIII a. C., hacia 1250 a. C., que probablemente se debió a un terremoto. Luego hubo una segunda destrucción, hacia 1190 a. C. o poco después, de causa desconocida, pero que significó el fin de la ciudad como gran potencia.

Esta última destrucción se caracterizó por el fuego. Uno de los principales directores de las excavaciones de Micenas, el ya fallecido Spyros Iakovidis, de la Universidad de Pensilvania, señaló que «estallaron incendios de alcance local y no necesariamente simultáneos en el centro de culto, en la casa de Tsountas, en una parte del edificio suroeste, en la segunda casa de Panagia ... y quizá en el palacio».[103] En el centro de culto, por ejemplo, «la intensidad del fuego ha servido para conservar las paredes en su estado original, aunque desplazadas de su eje».[104]

En un depósito vecino, hallado en el paso elevado del interior de la

ciudadela, los excavadores encontraron un montón de escombros entre los que había «piedra calcinada, ladrillos de adobe quemados, extensiones de ceniza, y vigas carbonizadas», que «bloqueaban las puertas de entrada de las habitaciones del sureste y, por el noreste, contra el muro de la terraza, alcanzaban casi los dos metros de altura». El muro de la terraza propiamente dicho «se contrajo por efecto del intenso calor generado por el fuego destructor y, en muchos lugares, alcanzó la consistencia del cemento». Los excavadores llegaron a la conclusión de que los escombros provenían de los muros de adobe pertenecientes a los edificios de la terraza superior, que se desmoronó «como una masa abrasadora».[105] Pese a todo, no hay huellas de las causas de todo esto. Pudieron ser invasores, una rebelión interna o un accidente.

Una destacada investigadora y excavadora de Micenas, Elizabeth French, de la Universidad de Cambridge, ha señalado: «Inmediatamente después de la "Destrucción de 1200", independientemente de sus causas, que se desconocen, la ciudadela de Micenas era un caos. Según parece, casi todas las estructuras quedaron inservibles. Los incendios y los derrumbamientos eran generales y tenemos pruebas de la existencia de una capa de barro sobre extensas zonas de la pendiente occidental, que, a nuestro juicio, fue consecuencia de una fuerte lluvia caída sobre los escombros».[106] Sin embargo, tanto French como Iakovidis señalan que esto no supuso el fin de Micenas, porque la ciudad fue reocupada de inmediato, aunque a menor escala. Como dijo Iakovidis, este «fue un período de reducción y regresión acelerada, pero no de peligro ni penurias».[107]

Curiosamente, Iakovidis comentó más adelante que «durante los siglos XII y XI a. C., el contexto arqueológico ... no ofrece pruebas de migraciones o invasiones, a ninguna escala, ni de disturbios locales. Micenas no tuvo un final violento. La zona no quedó ... abandonada nunca, pero para entonces, debido a causas externas y remotas, la ciudadela había perdido su relevancia política y económica. El complejo sistema centralizado que albergaba y representaba se había desmoronado, la autoridad que la creó ya no podía sostenerlo por más tiempo y se inició un declive generalizado, durante el cual el lugar fue cayendo en ruinas, de forma lenta y progresiva».[108] Dicho de otro modo, para Iakovidis no está claro qué provocó los incendios que destruyeron amplias zonas de Micenas justo después de 1200 a. C.; pero el autor esquiva la idea de las invasiones u otros sucesos trágicos y prefiere atribuir el declive gradual de la zona, en las décadas siguientes, al derrumbamiento del sistema palaciego y del comercio a larga distancia. Investigaciones recientes de otros arqueólogos podrían demostrar que su tesis es correcta.[109]

Tirinto

A unos pocos kilómetros de Micenas, se ha estado excavando en Tirinto, en la región de la Argólide (Grecia continental) desde la época de Heinrich Schliemann, a finales de la primera década del siglo XIX. La mayoría de los arqueólogos han hallado pruebas de la destrucción vivida en aquel emplazamiento, pero la constatación más reciente es la de Joseph Maran, de la Universidad de Heidelberg.

En 2002 y 2003, Maran continuó la excavación de dos estructuras de la Ciudadela Baja, conocidas como Edificios XI y XV, que ya habían sido estudiadas parcialmente por su predecesor, Klaus Kilian. Se cree que, antes de su destrucción, solo estuvieron en uso durante un tiempo muy breve. Entre los escombros, fechados hacia 1200 a. C. o muy poco después, Maran encontró una serie de artefactos realmente interesantes, como un bastoncillo de marfil con una inscripción cuneiforme, que sería importado o bien fabricado/usado por un extranjero que viviera en Tirinto durante esa época tempestuosa.[110]

Maran cuenta que la destrucción fue el resultado de una «catástrofe que cayó sobre Tirinto ... [y] destruyó el palacio y el asentamiento de la Ciudadela Baja». Señala, además, como también había sugerido Kilian, que a juzgar por los «muros ondulantes» que se aprecian en algunos edificios, es probable que el desastre se debiera a un fuerte terremoto, y añade que «recientes excavaciones en la vecina Midea respaldan esta interpretación».[111]

Kilian llevaba tiempo sosteniendo que Tirinto fue destruida por un terremoto que afectó asimismo a otros lugares de la Argólide, como por ejemplo Micenas; en la actualidad se trata de una hipótesis aceptada también por otros arqueólogos.[112] Kilian escribió: «La prueba la forman los restos de edificios con muros y cimientos inclinados y curvos, además de los esqueletos de gente que murió y fue sepultada por el hundimiento de los muros de las casas».[113]

Ya hemos señalado más arriba que Micenas quedó muy destruida hacia 1250 a. C., probablemente a consecuencia de un terremoto. Como luego describiremos con más detalle, hay pruebas sólidas para hablar de uno o más movimientos sísmicos que en aquellos años afectaron de gravedad a numerosos lugares de Grecia, y no solo a Micenas y Tirinto, en la Argólide.

Pese a todo, las pruebas arqueológicas de las excavaciones en curso han demostrado de forma concluyente que Tirinto no quedó destruida por completo. La ciudad siguió en uso durante otra serie de ocupaciones, a lo largo de varias décadas durante las cuales hubo un notable trabajo de reconstrucción de algunas zonas, en especial en la ciudad baja.[114]

DESTRUCCIONES EN CHIPRE

En el Mediterráneo oriental también se han atribuido a los Pueblos del Mar las dificultades que vivió Chipre en la Edad del Bronce, hacia 1200 a. C. Solía creerse que era un caso muy claro. Hace treinta años, Vassos Karageorghis, a la sazón director de antigüedades de la isla, escribió: «Las condiciones de paz ... estaban a punto de cambiar a finales del Chipriota Tardío II [esto es, hacia 1225 a. C.]. Aunque quizá no admitamos como totalmente exacta la jactanciosa afirmación hitita de que ellos controlaban Chipre ... no podemos omitir el hecho de que, durante el reinado de Suppiluliuma II, las condiciones en el Mediterráneo oriental no debieron de ser de calma».[115]

Karageorghis sugirió que «un gran número de refugiados» abandonó la Grecia continental cuando se derrumbó el «imperio micénico» (según la denominación del autor), y que estos grupos se hicieron saqueadores y aventureros, y acabaron por llegar a Chipre hacia 1225 a. C., acompañados por otros grupos. Karageorghis les atribuyó la responsabilidad de las destrucciones de Chipre en aquella época, incluidos los grandes yacimientos de Citio y Enkomi, en la costa oriental, además de actividades en otros sitios como Maa-*Palaeokastro* (o Paleocastro), Kalavasos-*Hagios Dhimitrios*, Sinda y Maroni.[116]

El pequeño emplazamiento de Maa-*Palaeokastro* reviste particular interés porque se construyó específicamente durante este período problemático, es decir, hacia finales del siglo XIII a. C. Karageorghis, que excavó el yacimiento, lo describió como «un puesto avanzado [militar], fortificado en un cabo de la costa oeste». Gozaba de la fortificación natural que le brindaban tanto las agrestes laderas del cabo como el hecho de estar rodeada de mar por tres costados, de modo que solamente había que reforzar el punto de contacto con tierra firme. A juicio de Karageorghis, el puesto lo erigieron los invasores del Egeo, que luego asaltaron Enkomi y Citio desde este enclave, que acabaría igualmente destruido probablemente hacia 1190 a. C., durante la segunda oleada de colonos del Egeo, que acabarían por fijar su residencia en la isla, de manera permanente.[117]

Karageorghis creía que otros puestos avanzados o enclaves extranjeros similares se habían establecido en lugares chipriotas como Sinda y Pyla-*Kokkinokremos*. Por ejemplo, el autor indicó que el asentamiento fortificado de Sinda, situado un poco tierra adentro y al oeste de Enkomi, fue violentamente destruido hacia 1225 a. C. Se revistió la tierra con nuevos suelos y se erigieron nuevos edificios, levantados directamente sobre este estrato de incendio y destrucción, que él achacaba a los invasores del Egeo.[118]

Estas destrucciones y construcciones, sin embargo, son probablemente demasiado tempranas para encajar con las fechas de las incursiones de los Pueblos del Mar; al menos, las que describen Mineptah en 1207 a. C. o Rameses III en 1177

a. C. En consecuencia, Karageorghis sugirió que una oleada previa de pueblos belicosos venidos del Egeo, llegó a Chipre antes que los Pueblos del Mar, hacia 1225 a. C., a lo sumo. La llegada posterior de los Pueblos del Mar podía observarse en las excavaciones de Enkomi, en la costa de Chipre, que «revelaba una segunda catástrofe ... asociada por parte de algunos estudiosos con los asaltos de los Pueblos del Mar». Este segundo estrato de destrucción, afirmaba Karageorghis, se remontaba a 1190 a. C., aproximadamente.[119]

En ninguno de los yacimientos chipriotas se han encontrado, sin embargo, pruebas reales que identifiquen a los agentes responsables de cualquiera de las destrucciones de 1225-1190 a. C. Es bastante probable que Tudhaliya y los hititas —quienes, a fin de cuentas, afirmaron efectivamente haber atacado y conquistado Chipre hacia esta época— provocasen al menos parte de las destrucciones hacia 1225 a. C. Además, ya hemos visto que, según se dice, la isla sufrió una nueva acometida de los hititas durante el reinado de Suppiluliuma II (que subió al trono hitita hacia 1207 a. C.), según afirma el rey en sus archivos. Por lo tanto, es posible que los responsables de la mayoría de las destrucciones de Chipre, en este período de turbulencias, fuesen los hititas en lugar de los Pueblos del Mar. Disponemos incluso de un texto, enviado por el gobernador de Chipre (Alashiya), que parece indicar que parte de los destrozos pudieron provocarlos barcos de Ugarit, y apuntaría a su vez la posibilidad de que al menos parte de la devastación pudiera haber sido causada por un terremoto (o varios). En Enkomi, los excavadores descubrieron los cuerpos de niños que habían muerto por el derrumbamiento de los muros de la superestructura del edificio, lo que parecería apuntar más a la obra de la madre naturaleza que a la del ser humano.[120]

El panorama que presentó Karageorghis se ha corregido ahora para construir una visión más compleja de los sucesos acaecidos en Chipre durante este período, a finales de la Edad del Bronce tardía. Incluso Karageorghis se convenció rápidamente de que, en todos los yacimientos en cuestión, solamente se apreciaba una serie de destrucciones, y no dos; y que tuvieron lugar en un lapso temporal comprendido entre 1190 a. C. (como pronto) y 1174 a. C. (como tarde), en vez de a partir de 1225 a. C.[121] Una historia más reciente del período, escrita por la estudiosa británica Louise Steel, indica que «tradicionalmente, el período ... se interpreta como una colonización micénica de Chipre (y del Levante sur) posterior al desmoronamiento de los palacios micénicos. Sin embargo ... en la isla no hubo simplemente una imposición cultural micénica. Al contrario, los materiales ... manifiestan un sincretismo de influencias que refleja la naturaleza cosmopolita de la identidad cultural [del período Chipriota Tardío]. La cultura micénica (o egea) no se traspone sin más del Egeo a Chipre, sino que se funde con la cultura chipriota indígena».[122]

Steel también pone en duda las conclusiones de Karageorghis y la

concepción tradicional de la colonización egea de Chipre. Por ejemplo, en lugar de considerar que yacimientos como los de Maa-*Palaeokastro* y Pyla-*Kokkinokremos* funcionarían como «puestos defensivos» extranjeros o del Egeo, la autora sostiene que las pruebas parecen respaldar más bien la identificación de estos emplazamientos con bastiones locales de los chipriotas; el de Pyla-*Kokkinokremos*, por ejemplo, se habría erigido «para garantizar el tránsito de bienes —metales, en particular— entre las ciudades portuarias ... y el interior de Chipre».[123] También afirma que «la interpretación convencional de Maa-*Palaeokastro* como uno de los primeros bastiones del Egeo aún no se ha demostrado con rigor» y sugiere que tanto Maa-*Palaeokastro* como Pyla-*Kokkinokremos* podrían ser en realidad ejemplos de bastiones indígenas, chipriotas, análogos a los asentamientos defensivos construidos por esta misma época en la isla de Creta.[124]

Otros estudiosos, como Bernard Knapp, de la Universidad de Edimburgo, han propuesto ahora que la que se conoció como «colonización micénica», tan presente en la bibliografía académica anterior, ni fue micénica ni fue una colonización. Le parece más probable que se tratase de un período de hibridación, durante el cual se produjo un apropiamiento de algunos aspectos de la cultura material chipriota, egea y levantina, reutilizados para conformar una nueva identidad social de élite.[125] Dicho de otro modo, volvemos a encontrarnos, a finales de la Edad del Bronce, justo antes de su derrumbe, ante una cultura globalizada, reflejo de una multitud de influencias.

Por otra parte, seguimos teniendo los comentarios de Paul Åström a propósito de su excavación en el yacimiento de Hala Sultan Tekke, en la costa de Chipre, cerca de la actual ciudad de Lárnaca, que él describió como «una población destruida en parte por el fuego y abandonada apresuradamente». Aquí, en algún momento hacia 1200 a. C. (o quizá después), «se dejaron objetos sueltos abandonados en los patios y se escondió bajo tierra los objetos de valor. Las puntas de flecha de bronce —una de ellas se encontró clavada en el muro de un edificio— y los abundantes proyectiles de las hondas, de plomo, diseminados por el lugar son elocuentes pruebas de guerra».[126] Este es uno de los pocos ejemplos claros de atacantes enemigos, y aun así no dejaron la tarjeta de visita, ni aquí ni en ninguna otra parte, a este respecto. Hoy disponemos también de pruebas científicas recientes, obtenidas en la laguna de Hala Sultan Tekke, relativas a una más que probable sequía grave en la región, en ese mismo período, como veremos más adelante.[127]

Por tanto, ahora nos vemos en una situación en la que los paradigmas históricos convencionales han caído, o al menos se han puesto en tela de juicio, y debemos revisar nuestros conocimientos. Así, aunque no cabe duda de que en Chipre, hacia 1200 a. C. (o poco antes o después), por el momento no tenemos nada claro quiénes fueron los responsables de los daños; entre los posibles culpables

figuran los hititas, invasores del Egeo, los Pueblos del Mar e incluso los terremotos. También cabe pensar que lo que encontramos en el registro arqueológico es tan solo la cultura material de los que se beneficiaron de la destrucción y se instalaron en ciudades abandonadas (completamente o en parte), y no la cultura material de los verdaderos responsables de la destrucción.

Sea como fuere, en lo esencial parece ser que Chipre sobrevivió bien a los destrozos. Ahora todo parece indicar que la isla vivió con prosperidad durante el resto del siglo XII y los primeros años del XI a. C.; entre las pruebas se cuentan textos egipcios como la «Historia de Unamón», sobre un sacerdote y emisario de Egipto que naufragó y llegó a la isla hacia 1075 a. C.[128] Pese a todo, la recuperación de Chipre solo llegó después de una reestructuración radical de su organización política y económica, gracias a la cual la isla y sus entidades políticas lograron mantenerse hasta que llegó el final último, hacia 1050 a. C.[129]

LUCHAS EN EGIPTO Y LA CONSPIRACIÓN DEL HARÉN

Si volvemos a Egipto por un momento, nos encontramos con un panorama parecido al que caracteriza el resto de lugares del Mediterráneo oriental y el Egeo; parecido, pero al mismo tiempo distinto. La situación de los egipcios a finales del siglo XIII a. C. era bastante buena, tras derrotar a la primera oleada de Pueblos del Mar durante el reinado de Mineptah, en 1207 a. C. El siglo XII a. C. empezó tranquilo, bajo el mandato de Seti II y la reina Tausert, pero cuando Rameses III subió al trono, en 1184 a. C., las circunstancias empezaron a tomar un cariz más tempestuoso. En el quinto año de su reinado, y de nuevo en el undécimo, libró grandes guerras contra sus vecinos libios.[130] En el intervalo, en el octavo año, luchó contra los Pueblos del Mar, según hemos tenido ocasión de ver antes. Y luego, en 1155, tras un reinado de treinta y dos años, parece ser que Rameses III murió asesinado.

Son varios los documentos que narran la historia del asesinato, y el más extenso es el Papiro Jurídico de Turín. Se cree que algunos de estos documentos podrían estar ligados a otros y que, en origen, podrían haber formado parte de un único rollo de papiro de quince pies (unos 4,5 m) de longitud. Todos tratan del juicio de los acusados del asesinato, en lo que los egiptólogos conocen como la Conspiración del Harén.

Al parecer, la conspiración no estaba relacionada con ninguna otra acción del momento en el Mediterráneo oriental y constituyó, simplemente, una trama urdida por una reina secundaria del harén del faraón para que su hijo sucediera a Rameses III. Se formularon hasta cuarenta acusaciones de conspiración, tanto contra miembros del harén como contra funcionarios de la corte, organizados en

cuatro grupos. A varios se los declaró culpables y fueron condenados a muerte; otros tuvieron que suicidarse allí mismo, en el tribunal. La reina secundaria y su hijo estaban entre los sentenciados a muerte.[131]

Aunque se sabe que Rameses III murió antes de que se dictase el veredicto del caso, los documentos no nos permiten saber con certeza si la conjuración tuvo éxito o no. Parece ser que sí, aunque el hecho solo ha salido a la luz recientemente.

Hace mucho tiempo que conocemos la momia de Rameses III. En origen, fue enterrado en el Valle de los Reyes, en una tumba propia (la KV 11), pero luego fue trasladado por los sacerdotes, para conservarlo en lugar seguro junto con otra serie de momias reales. Todas ellas fueron recuperadas en 1881, en el depósito de Deir el-Bahari, cerca del templo funerario de Hatshepsut.[132]

En 2012, egiptólogos y científicos forenses practicaron una autopsia al cuerpo de Rameses III e informaron a través del *British Medical Journal* de que le habían cortado el cuello. El afilado cuchillo que provocó la herida se hundió en el cuello directamente por debajo de la laringe, hasta alcanzar las vértebras cervicales, sesgándole la tráquea y todo el tejido blando de la zona. Fue una muerte instantánea. En consecuencia, durante el proceso de embalsamamiento, se colocó en la herida un amuleto protector, el ojo de Horus, ya fuera con intención de proteger al rey o de sanarlo (aunque sin duda llegó tarde para ayudar al faraón en vida). Se añadió también un grueso collarín de lino alrededor del cuello, para ocultar la puñalada (de 70 mm de anchura). Solo gracias al análisis de rayos X, los científicos pudieron ver a través de la gruesa tela e identificar así la herida que mató al rey.[133]

Junto a Rameses III se encontró también un segundo cuerpo, de un varón de entre dieciocho y veinte años, al que se conoce con la escueta referencia de «Hombre E». Envuelto en una piel de cabra ritualmente impura, y sin una momificación adecuada, podría tratarse del cuerpo del príncipe culpable, porque las pruebas de ADN indican que, probablemente, se trataba del hijo de Rameses III. Las pruebas forenses, incluidas las muecas faciales y las heridas del cuello, hacen pensar que probablemente muriera estrangulado.[134]

Con la muerte de Rameses III se acabó también el verdadero esplendor del Imperio Nuevo egipcio. Aún reinarían ocho faraones más en la Dinastía XX, que se extinguió en 1070 a. C., pero ninguno de ellos logró hazañas de mérito. Por descontado, habría sido realmente extraordinario que lo consiguieran, dadas las circunstancias existentes en el Mediterráneo oriental. Aunque el último rey, Rameses XI, mandó a su emisario Unamón a Biblos para que comprase cedros del Líbano, este acabó naufragando en aguas de Chipre en el viaje de regreso, hacia 1075 a. C.

CONCLUSIÓN

Aunque está claro que las regiones del Egeo y el Mediterráneo oriental sufrieron grandes devastaciones a finales del siglo XIII y principios del XII a. C., en cambio no está nada claro quién —o qué— fue el responsable de todo ello. Entre las incógnitas no resueltas queda la de la identidad de los productores de la cerámica denominada «micénica IIIC1b», que aparece en muchos de estos yacimientos del Mediterráneo oriental después de las destrucciones de hacia 1200 a. C., incluidos los yacimientos de Ras Ibn Hani y Ras Bassit, en las proximidades de Ugarit.[135] Esta alfarería, antes considerada el producto de los micénicos huidos al este tras la destrucción de sus pueblos y ciudades natales en la Grecia continental, hoy se explica más bien como un artículo fabricado en Chipre y el Mediterráneo oriental, muy probablemente después de que se interrumpieran las importaciones de la auténtica cerámica egea.

Como ha afirmado Annie Caubet, del Museo del Louvre, en lo tocante a la reocupación de Ras Ibn Hani, cerca de Ugarit: «Es innegable que en el yacimiento hubo un nuevo asentamiento demográfico, estable y continuado. Lo que aún hay que demostrar es que los habitantes formaran parte de los Pueblos del Mar, y no de la población local, que habría regresado una vez concluidos los problemas».[136] Otras innovaciones que podemos observar en Chipre y el Levante de la época —como el uso de la sillería en las técnicas de construcción de edificios, nuevos rituales funerarios o tipos de vasijas—[137] pueden indicar contacto con el Egeo o incluso la presencia misma de individuos desplazados del Egeo; pero los estilos egeos no implican necesariamente pueblos egeos, de modo que podría tratarse sencillamente de una manifestación de la globalización que se estaba produciendo incluso en los tempestuosos años que caracterizaron el fin de la Edad del Bronce tardía.

En cuando al final propiamente dicho, quizá requirió mucho más que los simples expolios de los bandidos itinerantes de los que hablaron los egipcios (los «Pueblos del Mar», en la denominación moderna). Señalados tantas veces por los primeros estudiosos como los únicos culpables a quienes responsabilizar del fin de la civilización en esta extensa zona, en realidad podrían haber sido tanto opresores como víctimas, según tendremos ocasión de ver en el próximo capítulo.

Capítulo 5

¿Una «tormenta perfecta» de calamidades?

Llegados a este punto, por fin estamos en situación de intentar resolver nuestro misterio, reuniendo todas las pruebas y los indicios disponibles con el ánimo de determinar por qué un sistema internacional estable, el de la Edad del Bronce tardía, se hundió de pronto después de varios siglos de vida. Sin embargo, debemos emprender la tarea con la mente abierta y recurrir al «uso científico de la imaginación», según dijo en cierta ocasión el inmortal Sherlock Holmes, pues «debemos sopesar posibilidades y elegir la más probable».[1]

Para empezar, habrá quedado claro que los Pueblos del Mar, como lo que se ha dado en llamar el «Hundimiento» o la «Catástrofe» del final de la Edad del Bronce tardía, son temas sobre los que los estudiosos han debatido mucho a lo largo del siglo pasado; y, a su vez, temas que en esos debates suelen aparecer relacionados entre sí. Así ocurrió, en particular, en las dos últimas décadas del siglo XX, después de que, en 1985, Nancy Sandars publicara la edición revisada de su libro (titulado simplemente *The Sea Peoples*) y, en 1993, viera la luz *The End of the Bronze Age*, de Robert Drews. También hubo al menos dos congresos o seminarios académicos específicamente dedicados a estos temas, celebrados en 1992 y 1997, y hubo muchos otros libros, tesis doctorales y congresos relacionados más o menos indirectamente.[2] No obstante, según se ha indicado ya al principio de este libro, en las décadas más recientes hemos pasado a disponer de abundantes datos nuevos que es preciso sopesar en nuestra interpretación cambiante tanto de los Pueblos del Mar como de las fuerzas complejas que pusieron fin a esta era de civilizaciones magníficas, de la que nos hemos estado ocupando aquí.[3]

En primer lugar, y ante todo, es preciso reconocer —como ya se ha hecho constar a menudo en las páginas precedentes— que no siempre está claro quién, o qué, causó la destrucción de las ciudades, reinos e imperios de la Edad del Bronce tardía en el Egeo y el Mediterráneo oriental. La destrucción del Palacio de Néstor en Pilos, hacia 1180 a. C., es un ejemplo perfecto, según recientemente ha puesto de relieve un estudioso: «Algunos autores han sugerido que la calamidad se debió a una invasión venida del exterior del reino; según otros, el propio pueblo de Pilos se rebeló contra su rey. Las causas exactas no se han podido establecer».[4]

En segundo lugar, hay que admitir que, en la actualidad, no existe un consenso académico sobre la causa o las causas del hundimiento de todas estas

sociedades interconectadas entre sí, hace poco más de tres mil años; entre los culpables mencionados en fecha reciente podemos incluir «ataques de enemigos extranjeros, disturbios sociales, catástrofes naturales, colapso de los sistemas y nuevas formas de guerra».[5] En consecuencia, vale la pena volver a sopesar —como los historiadores llevan haciendo durante los últimos ochenta años, aproximadamente— las posibles causas. Al hacerlo así, no obstante, deberíamos considerar con objetividad las pruebas disponibles que apoyan o contradicen cada una de las posibilidades hipotéticas.

TERREMOTOS

Por ejemplo, la idea de que la destrucción de algunas de las ciudades de la Edad del Bronce tardía se debió (al menos en parte) a los terremotos ha estado en circulación desde los días de Claude Schaeffer, primer responsable de la excavación de Ugarit. Schaeffer pensaba que un seísmo causó la destrucción última de la ciudad porque halló indicios claros de que un terremoto había sacudido la ciudad en el pasado remoto. En algunas fotografías de las excavaciones de Schaeffer, por ejemplo, se ven grandes paredes de piedra dañadas según el modelo de daños típico de un seísmo.[6]

Sin embargo, actualmente suele fecharse este terremoto de Ugarit hacia 1250 a. C., o algo después. Además, hay signos de actividades de restauración intermedias entre el seísmo y la caída definitiva de la ciudad. En consecuencia, hoy se entiende que el terremoto solo dañó la ciudad, sin destruirla del todo.[7]

Ciertamente, a menudo resulta difícil distinguir entre una ciudad destruida por un seísmo y una arrasada por la guerra y el ser humano. Sin embargo, un terremoto destructor deja diversas huellas que los arqueólogos pueden observar en las excavaciones. Nos referimos por ejemplo a paredes que se han venido abajo y muros resanados o reforzados; esqueletos machacados o cuerpos hallados debajo de escombros caídos; columnas tumbadas halladas en paralelo unas con otras; dovelas desplazadas en arcos y portales; y paredes inclinadas en ángulos imposibles o alejadas de su posición original.[8] En cambio, en una ciudad destruida por la guerra tenderemos a hallar armas de varias clases mezcladas con los escombros. Por ejemplo, en el yacimiento de Afek (Aphek), en Israel, el equipo de excavación encontró puntas de flecha clavadas en las paredes de los edificios, al igual que en Troya VIIA.[9]

Gracias a estudios recientes de la arqueosismología, ha quedado claro que Grecia, al igual que, en buena medida, el resto del Egeo y el Mediterráneo oriental, fue sacudida por una serie de terremotos que se inició hacia 1225 a. C. y duró al menos medio siglo, hasta cerca de 1175 a. C. El seísmo de Ugarit, identificado y

descrito por Schaeffer, no fue un hecho aislado; fue tan solo una de las numerosas convulsiones ocurridas durante este período temporal. Esta serie de terremotos de la Antigüedad se conoce hoy como «tormenta sísmica», un proceso en el que una falla sísmica se va «descomprimiendo», liberando a lo largo de años o incluso décadas toda la presión de la línea de falla mediante una serie de terremotos.[10]

En el Egeo, es probable que en esta época se dieran terremotos en Micenas, Tirinto, Midea, Tebas, Pilos, Cino, Lefkandi, el Menelaion, Kastanas (en Tesalia), Korakou, Profeta Elías y Gla. En el Mediterráneo oriental, se han constatado daños sísmicos en numerosos yacimientos tales como Troya, Karaoğlan y Hattusa, en Anatolia; Ugarit, Megido, Asdod y Acre, en el Oriente Próximo; y en Chipre, Enkomi.[11]

Además, como ocurre en la actualidad cuando un terremoto golpea una zona poblada y hay personas que perecen por el hundimiento de los edificios y quedan sepultadas entre los escombros, en las excavaciones de las ciudades devastadas de la Edad del Bronce tardía se han encontrado los restos de al menos diecinueve personas fallecidas de este modo. En Micenas, por ejemplo, se hallaron los esqueletos de tres adultos y un niño en el sótano de una casa situada al norte de la ciudadela, a doscientos metros; habían quedado aplastados por las piedras caídas durante un seísmo. Paralelamente, en una casa construida en la ladera occidental de la sierra que se alza al norte del Tesoro de Atreo, se encontró el esqueleto de una mujer de mediana edad cuyo cráneo reventó una piedra caída; se hallaba en el umbral de paso de la primera estancia a la sala principal. En Tirinto, se encontraron los esqueletos de una mujer y un niño, enterrados bajo los muros derrumbados del Edificio X, en el interior de la Acrópolis; otros dos esqueletos humanos se descubrieron cerca de los muros defensivos, donde habían muerto y quedaron sepultados por los escombros caídos de las paredes. También se encontraron esqueletos en Midea, una zona vecina; entre los restos había el de una niña pequeña, en el interior de una habitación cercana a la Puerta Este, con el cráneo y la columna vertebral aplastados bajo las piedras.[12]

Pese a todo, debemos reconocer que, si bien es cierto que estos terremotos provocaron daños de una gravedad incuestionable, también es poco probable que bastasen por sí solos para desencadenar el derrumbe absoluto de una sociedad, sobre todo teniendo en cuenta que algunos lugares fueron reocupados y reconstruidos, al menos en parte. Así sucedió, por ejemplo, en Micenas y Tirinto, aunque jamás volviesen a funcionar al mismo nivel que antes de la destrucción.[13] Por lo tanto, para encontrar otra explicación —o una alternativa complementaria— del fin de la Edad del Bronce tardía en el Egeo y el Mediterráneo oriental, tendremos que buscar en otra parte.

CAMBIO CLIMÁTICO, SEQUÍA Y HAMBRUNA

Una de las propuestas preferidas por los estudiosos, sobre todo por los que no solo tratan de explicar el fin de la Edad del Bronce tardía sino también por qué los Pueblos del Mar emprendieron sus primeras migraciones, es la del cambio climático, concretamente en forma de sequía, una sequía que provocó hambrunas. Aunque las teorías formuladas por los arqueólogos suelen ser reflejo de la época, el decenio o incluso el año en que publicaron, las hipótesis relativas a los efectos de un posible cambio climático a finales del segundo milenio a. C. se anticipan en varias décadas a nuestra actual preocupación por el cambio climático.

Por ejemplo, durante mucho tiempo, los investigadores anteriores recurrieron a la sequía para explicar que los Pueblos del Mar salieran de las regiones del Mediterráneo occidental con rumbo al este. Conjeturaban que la población del norte de Europa se vio presionada a emigrar, por una sequía, hacia la zona mediterránea, y que aquí desplazaron a los habitantes de Sicilia, Cerdeña e Italia, y tal vez incluso a los del Egeo. Si en efecto fue así, podría haber iniciado una reacción en cadena que culminase con movimientos demográficos muy distantes, ya en zonas del Mediterráneo oriental. Para dar con ejemplos de sequías que inician migraciones humanas a gran escala, solo tenemos que remontarnos a la década de 1930, en Estados Unidos, donde la sequía provocó la funesta «gran bola de polvo» («Dust Bowl») que desencadenó una gran migración de familias de Oklahoma y Texas a California.

Este tipo de movimiento migratorio suele denominarse de «expulsión-atracción»: las condiciones negativas en la zona natal expulsan a los habitantes y las positivas en la región de destino atraen a los nuevos emigrantes en esa dirección. A estas categorías, tal como ha señalado el arqueólogo británico Guy Middleton, podrían añadirse la de «permanencia» y «capacidad»: los factores que contribuyen al deseo de permanecer en casa, pese a todo, y los factores relativos a la capacidad de emigrar de hecho, entre ellos el conocimiento de las técnicas de navegación, de las rutas transitables, etc.[14]

Quizá el argumento más famoso a favor de la sequía como factor crucial para el ocaso de la Edad del Bronce tardía en el Egeo fue el que apuntó hace cincuenta años, a mediados de la década de 1960, Rhys Carpenter, profesor de arqueología en el Bryn Mawr College. Publicó un libro muy breve pero muy influyente en el que sostenía que la civilización micénica se había desmoronado a consecuencia de una prolongada sequía que afectó gravemente las regiones del Egeo y del Mediterráneo. Basó sus argumentos en lo que parecía ser un descenso importante en la población de la Grecia continental después de que acabara la Edad del Bronce.[15]

Sin embargo, las posteriores investigaciones y excavaciones arqueológicas

han demostrado que el descenso demográfico no fue tan intenso como creía Carpenter. Lo que se produjo durante la Edad del Hierro fue un desplazamiento de la población a otras zonas de Grecia, que habría guardado poca relación con una posible sequía. De este modo, la ingeniosa teoría de Carpenter se quedado aparcada, aunque tal vez podría recuperarse, a la luz de algunos datos nuevos (véase más adelante).[16]

Si por el momento dejamos la sequía de lado, y nos centramos en la hambruna, veremos que los investigadores llevan tiempo señalando textos escritos que hablan claramente de hambrunas y falta de cereales en el imperio hitita y otras regiones del Mediterráneo oriental a finales de la Edad del Bronce.[17] También han indicado, con acierto, que la incidencia del hambre en esta región no fue exclusiva de los últimos años de la Edad del Bronce tardía.

Por ejemplo, unas décadas antes, mediado el siglo XIII a. C., una reina hitita escribía al faraón egipcio Rameses II y afirmaba: «No tengo cereales en mis tierras». Al poco, probablemente en un movimiento relacionado, los hititas mandaron a Egipto una embajada comercial para adquirir cebada y trigo que enviar de vuelta a Anatolia.[18] Una inscripción del faraón egipcio Mineptah, en la que sostiene que había «ordenado traer grano en los barcos, para mantener con vida esta tierra de Hatti», ratifica que, hacia finales del siglo XIII a. C., hubo una hambruna en tierras hititas.[19] Otras cartas enviadas desde la capital hitita atestiguan la crisis en curso durante las siguientes décadas, incluida una misiva cuyo remitente se pregunta, retóricamente: «¿Acaso no sabes que en mitad de mis tierras hubo una hambruna?».[20]

Algunas de las cartas descubiertas en Ugarit tratan del embarco inmediato de grandes cantidades de cereales para los hititas. Una misiva enviada por el rey hitita al rey de Ugarit habla en concreto de un cargamento de dos mil unidades de cebada (o cereales, en general). El rey hitita termina la carta de un modo un tanto teatral: «¡Es cuestión de vida o muerte!».[21] Otra de las cartas también habla de la importación de cereales, pero pide además que le sean enviados muchos botes. Esto hizo pensar a los primeros estudiosos que se trataría de una reacción a las incursiones de los Pueblos del Mar, cosa que podría ser o no ser.[22] Incluso el último rey de Ugarit, Ammurapi, recibió varias cartas del rey hitita Suppiluliuma II, a principios del siglo XII a. C.; entre ellas, una en la que, poco antes de las destrucciones finales, se le recriminaba haberse retrasado en el envío a tierras hititas de alimentos de los que había gran necesidad.[23]

Itamar Singer, de la Universidad de Tel Aviv, estaba convencido de que la hambruna de los últimos años del siglo XIII a. C. y las primeras décadas del XII no tuvo precedentes, y que habría afectado a bastantes más zonas que Anatolia. A su entender, las pruebas, tanto textuales como arqueológicas, indicaban que «hacia finales del segundo milenio a. C., toda la región del Mediterráneo oriental se vio

afectada por cataclismos climáticos».[24] Quizá estuviera en lo cierto, porque una de las cartas halladas en la Casa de Urtenu, en Ugarit (norte de Siria), hace referencia a una hambruna que asolaba la ciudad de Emar (en el interior de Siria) cuando esta fue destruida, en 1185 a. C. La parte más importante de esta carta, que al parecer mandó alguien de una empresa comercial de Urtenu establecida en aquella ciudad, decía: «Hay hambruna en tu [entiéndase "nuestra"] casa; todos moriremos de hambre. Si no llegas aquí con rapidez, nosotros mismos moriremos de hambre. No verás un alma viva de tu tierra».[25]

Ni siquiera Ugarit parece haber quedado inmune, pues una carta de Mineptah, hallada en la Casa de Urtenu, habla concretamente de «remesas de cereales enviadas desde Egipto para aliviar la hambruna de Ugarit»;[26] y un rey de Ugarit escribió a un corresponsal desconocido, pero probablemente real y de alto rango, diciendo: «(Aquí) conmigo, la abundancia (ha dejado paso a) la hambruna».[27] Hay también un texto del rey de Tiro, en la zona costera de lo que hoy es el Líbano, dirigido al rey de Ugarit. Informa al rey de Ugarit de que su barco, que regresaba de Egipto cargado de grano, había sido sorprendido por una tormenta: «El barco que enviaste a Egipto, pereció [se hundió] en una fuerte tormenta cerca de Tiro. Fue recuperado y el jefe del salvamento [o el capitán] vació de grano todas las vasijas. Pero yo le he quitado al jefe del salvamento [o capitán] todo su grano, toda su gente y todas sus pertenencias y se lo he devuelto (todo) a ellos. Y (ahora) de vuestro barco, vacío, se hacen cargo en Acre». Dicho de otro modo, o el barco había buscado refugio, o fue rescatado con éxito. En cualquier caso, la tripulación y el grano que llevaba estaban a salvo y a la espera de las órdenes del rey de Ugarit.[28] Según parece, el propio barco quedó atracado en la ciudad portuaria de Acre, donde hoy puede uno sentarse frente al mar, en un agradable restaurante, e imaginar el trajín de actividades que se desarrollaba allí hace más de tres mil años.

Pero seguimos sin saber con seguridad qué factor, o combinación de factores, desencadenó la(s) hambruna(s) en el Mediterráneo oriental durante estas décadas. Entre los elementos que podríamos considerar están las guerras y las plagas de insectos, pero es más probable que el cambio climático, acompañado de la sequía, hubiera convertido una tierra antes fértil en un semidesierto árido. Sin embargo, hasta hace poco, los documentos de Ugarit y otras fuentes del Mediterráneo oriental que informaron de la hambruna representaban la única prueba posible de cambio climático o sequía, y aun así, no dejaban de ser vías indirectas. En consecuencia, los investigadores y especialistas llevan décadas debatiendo la cuestión.[29]

Pese a todo, en los últimos tiempos el tema se ha retomado con impulso, a consecuencia de los descubrimientos publicados por un equipo internacional de investigadores, en el que figuran David Kaniewski y Elise Van Campo, de la

Universidad de Toulouse (Francia), y Harvey Weiss, de la Universidad de Yale. Según sus estudios, quizá haya pruebas científicas directas de un cambio climático y sequías en la zona del Mediterráneo a finales del siglo XIII y comienzos del XII a. C. Su investigación, que primero sugería que el fin de la Edad del Bronce antigua en Mesopotamia, hacia finales del tercer milenio a. C., podría haber sido provocado por un cambio climático, se ha ampliado ahora para proponer que lo mismo podría haber sucedido también a finales de la Edad del Bronce tardía.[30]

Utilizando datos del yacimiento de Tell Tweini (la antigua Gibala, en el norte de Siria), el equipo concluyó que en la región, a finales del segundo milenio a. C., podría haber habido «inestabilidad climática y un episodio de sequía intensa».[31] En concreto, estudiaron el polen recuperado de los depósitos aluviales próximos al yacimiento, que sugiere que «desde finales del siglo XIII o principios del XII a. C. hasta el siglo IX a. C., en la franja mediterránea de Siria, se dieron condiciones climáticas de más sequedad».[32]

Ahora, el equipo de Kaniewski ha publicado pruebas adicionales de una probable sequía en Chipre, hacia la misma época, usando los análisis del polen del sistema de lagunas conocido como el Complejo del Lago Salado de Lárnaca, situado junto al yacimiento de Hala Sultan Tekke.[33] Sus datos sugieren que en esta zona se produjeron «grandes cambios ambientales» a finales de la Edad del Bronce tardía y principios de la Edad del Hierro, es decir, entre 1200 y 850 a. C. En esa época, la zona de los alrededores de Hala Sultan Tekke, que había sido un gran puerto chipriota en una etapa anterior de la Edad del Bronce tardía, «se tornó un paisaje más seco [y] las precipitaciones y aguas subterráneas se volvieron insuficientes, probablemente, para mantener una agricultura sostenible en el lugar».[34]

Si Kaniewski y sus colegas están en lo cierto, entonces han encontrado las pruebas científicas directas que los estudiosos buscaban para demostrar la existencia de una sequía que podría haber contribuido al fin de la Edad del Bronce tardía. De hecho, los autores concluyen que los datos de ambos litorales, el sirio y el chipriota, sugieren claramente «que la crisis de la Edad del Bronce tardía coincidió con la aparición de una sequía que duró unos tres siglos, hace tres mil doscientos años. Este cambio en el clima provocó la pérdida de cosechas, carestías y hambrunas, que precipitaron o aceleraron las crisis socioeconómicas y forzaron desplazamientos migratorios regionales a finales de la Edad del Bronce tardía, en el Mediterráneo oriental y el suroeste de Asia».[35]

En un trabajo independiente, Brandon Drake, de la Universidad de Nuevo México, ha presentado más datos científicos que añadir a los de Kaniewski y su equipo. En una publicación del *Journal of Archaeological Science*, cita otros tres tipos de pruebas que respaldan la teoría de que la Edad del Hierro antigua fue más árida que la anterior Edad del Bronce. En primer lugar, los datos de los isótopos de

oxígeno de los depósitos minerales (espeleotemas) de la cueva de Soreq, en el norte de Israel, indican que el nivel anual de precipitaciones, durante la transición de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro, fue bajo. En segundo lugar, los datos de los isótopos estables del carbono en los testigos de polen del Lago Voulkaria, en la Grecia occidental, muestran que, en esa época, las plantas se estaban adaptando a entornos áridos. En tercer lugar, los testigos de sedimentos del Mediterráneo revelan que hubo un descenso en la temperatura de la superficie del mar, que habría provocado, a su vez, una reducción de las precipitaciones en tierra (al reducir el diferencial de temperatura entre la tierra y el mar).[36] Drake señala que, si bien «es difícil identificar directamente un punto temporal en el que el clima se arideció», lo más probable es que el cambio ocurriera antes de 1250-1197 a. C.,[37] que es precisamente el período temporal del que nos ocupamos aquí.También señala que, inmediatamente antes del hundimiento de los centros palaciegos micénicos, se produjo un marcado ascenso de las temperaturas en el hemisferio norte, causado probablemente por la sequía; y no solo esto, sino que, en el proceso de abandono de estos centros, se produjo un fuerte descenso de la temperatura. Es decir, primero hacía más calor y luego, de repente, más frío, lo que dio como resultado «unas condiciones más frescas y áridas durante la Edad Oscura de Grecia». Según Drake, estos cambios climáticos, incluido el descenso de la temperatura superficial del Mediterráneo antes de 1190 a. C. —que hizo que se redujeran las lluvias (o las nevadas)—, podrían haber afectado claramente a los centros palaciegos, sobre todo los que dependían de una producción agrícola cuantiosa, como el caso de Micenas, en Grecia.[38]

Israel Finkelstein y Dafna Langgut, de la Universidad de Tel Aviv, en colaboración con Thomas Litt, de la Universidad de Bonn (Alemania), han añadido nuevos datos al panorama. Han señalado que las partículas de polen fósil de un testigo de veinte metros de longitud extraído de los sedimentos del fondo del mar de Galilea también indican un período de fuerte sequía que comenzó hacia 1250 a. C. en el sur del Oriente Próximo. Un segundo testigo extraído en la costa oeste del mar Muerto dio resultados parecidos, pero los dos testigos indican asimismo que la sequía en la región podría haber terminado ya hacia 1100 a. C., con lo cual la vida habría podido recuperarse localmente, aunque quizá con el asentamiento de nuevos pueblos.[39] Pese a todo, aunque estos hallazgos son de lo más emocionantes, en este punto debemos recordar también que las sequías han sido frecuentes en esta región, a lo largo de la historia, y que no siempre han provocado el hundimiento de las civilizaciones. De nuevo, parece que, por sí solos, el cambio climático, la sequía y las hambrunas, aunque en efecto «influyeran en las tensiones sociales y acabaran provocando una competencia por recursos limitados», no bastan para haber desencadenado el fin de la Edad del Bronce tardía sin la intervención de otros factores, tal como tiene buen cuidado de señalar Drake.[40]

REBELIÓN INTERNA

Algunos estudiosos han considerado que las rebeliones internas podrían haber contribuido a la agitación de finales de la Edad del Bronce tardía. Se trataría de revueltas provocadas ya fuera por el hambre (a consecuencia de la sequía o de otros motivos), por los terremotos (u otros desastres naturales) o incluso por una interrupción de las rutas comerciales internacionales. En cualquier caso, todas y cada una de ellas podrían haber castigado fuertemente la economía de las zonas afectadas y haber llevado a los insatisfechos —campesinos o gentes de las clases más bajas— a rebelarse contra la clase dirigente, en una revolución muy similar a la de 1917, en la Rusia zarista.[41]

Un escenario como este podría explicar la destrucción observada, por ejemplo, en Hazor (Canaán), donde no hay huellas de terremotos ni tampoco testimonios específicos de guerra o invasiones. Aunque tanto Yadin como Ben-Tor, dos de los principales responsables de la excavación del yacimiento, han sugerido que la destrucción se debió a la guerra (probablemente, de la mano de los israelitas), la otra codirectora de las excavaciones en curso —Sharon Zuckerman, de la Universidad Hebrea de Jerusalén— ha propuesto recientemente que la destrucción del Estrato IA de Hazor, fechada entre 1230 y las primeras décadas del siglo XII a. C., la provocó una rebelión interna de los habitantes de la ciudad, más que una invasión de pueblos extranjeros. En sus palabras: «no disponemos de pruebas arqueológicas de una guerra, tales como víctimas humanas o armas, en ninguna parte del yacimiento ... Considerar que la destrucción final de la ciudad de Hazor en la Edad del Bronce tardía se debe a un asalto inesperado sobre un imperio fuerte y próspero no concuerda con las pruebas arqueológicas».[42] Por su parte, la autora sugiere que «los crecientes conflictos internos y el declive progresivo, que culminaron en el asalto final contra los principales focos políticos y religiosos de la élite de la ciudad, ofrecen el marco alternativo más plausible para explicar la destrucción y el abandono de Hazor».[43]

Aunque las destrucciones que podemos observar en diversos centros palaciegos micénicos y distintas ciudades cananeas no dejan lugar a dudas, en realidad, para ser sinceros, no tenemos forma de determinar si las causaron rebeliones de campesinos. Por el momento sigue siendo una hipótesis plausible, pero no demostrada. Y, de nuevo, muchas civilizaciones han logrado sobrevivir a rebeliones internas y, con frecuencia, incluso consiguieron prosperar bajo un nuevo régimen. Por lo tanto, la hipótesis de la rebelión interna no basta, en sí misma, para explicar el derrumbe de las civilizaciones de la Edad del Bronce tardía en el Egeo y el Mediterráneo oriental.

(POSIBLES) INVASORES Y EL HUNDIMIENTO DEL COMERCIO INTERNACIONAL

Entre los sucesos que podrían haber llevado a una rebelión interna, acabamos de ver uno, como de pasada: el espectro de invasores extranjeros que interrumpieron las rutas de comercio internacional y alteraron economías frágiles que podrían haber adolecido de una dependencia excesiva de las materias primas extranjeras. En esta situación hipotética, resulta especialmente oportuna la comparación que Carol Bell ha hecho entre la importancia estratégica del estaño en la Edad del Bronce y la del petróleo en nuestro mundo contemporáneo.[44]

Sin embargo, aun cuando el resultado no fuera una rebelión interna, la interrupción de las rutas comerciales podría haber tenido un impacto grave —e inmediato— sobre reinos micénicos como Pilos, Tirinto y Micenas, que necesitaban importar cobre y estaño para producir bronce, y que también parecen haber importado cantidades considerables de otras materias primas, como por ejemplo oro, marfil, vidrio, madera de ébano y la resina de terebinto empleada en la producción de perfumes. Si bien es posible que desastres naturales como un terremoto pudieran causar un trastorno temporal en el comercio, que a su vez provocaría un ascenso de precios (y quizá lo que hoy llamaríamos «inflación»), sería más probable que los trastornos más permanentes fuesen el resultado de invasiones extranjeras de las zonas afectadas. Pero ¿quiénes habrían sido estos invasores? ¿Es aquí donde invocamos a los Pueblos del Mar?

Antes que los Pueblos del Mar, los antiguos griegos —desde historiadores como Heródoto y Tucídides, en la Atenas del siglo V a. C., hasta el viajero Pausanias, muy posterior— creían que el grupo de los que dieron en llamar «dorios» había invadido desde el norte, a finales de la Edad del Bronce, iniciando de ese modo la Edad del Hierro.[45] Se trata de un concepto que arqueólogos e historiadores de la Antigüedad especializados en el Egeo de la Edad del Bronce debatieron largamente; entre los factores que tuvieron en cuenta figura un nuevo tipo de alfarería llamada «cerámica bárbara» (bruñida y hecha a mano). Pese a todo, en las últimas décadas ha quedado claro que no se produjo tal invasión desde el norte, en aquella época, y que no hay razones para admitir la idea de una «invasión doria» que llevase a la civilización micénica a su fin. Así, pese a las tradiciones posteriores de los griegos de época clásica, está claro que los dorios no tuvieron nada que ver con el hundimiento final de la Edad del Bronce tardía y no entraron en Grecia hasta mucho después de estos sucesos.[46]

Además, estudios recientes indican ahora que incluso durante el declive del mundo micénico y los primeros años de la posterior Edad del Hierro, la Grecia continental podría haber conservado sus contactos comerciales con el

Mediterráneo oriental. Estos lazos, sin embargo, probablemente ya no estuvieron bajo el control de las clases de élite que habían habitado en los palacios de la Edad del Bronce.[47]

Por otra parte, en el norte de Siria tenemos numerosos documentos que atestiguan el hecho de que Ugarit fue atacada por invasores marítimos durante este período. Aunque disponemos de pocas pruebas sólidas sobre los orígenes de estos merodeadores, no podemos descartar la posibilidad de que entre ellos se encontrasen los Pueblos del Mar. Por añadidura, algunos investigadores han señalado recientemente que muchas de las ciudades-estado del Mediterráneo oriental —y en particular, Ugarit— podrían haberse visto gravemente afectadas por la interrupción de las rutas de comercio internacional, lo que las dejaría en situación de vulnerabilidad frente a los saqueadores marítimos.

Itamar Singer, por ejemplo, ha sugerido que la caída de Ugarit podría haberse debido al «repentino desmoronamiento de las estructuras tradicionales del comercio internacional, que era el núcleo esencial de la pujante economía de Ugarit en la Edad del Bronce». Christopher Monroe, de la Universidad de Cornell, ha situado esta posibilidad en un contexto más amplio, al señalar que las ciudades-estado más ricas del Mediterráneo oriental padecieron especialmente por los sucesos del siglo XII a. C., puesto que no solo representaban los blancos más atractivos para los invasores, sino que dependían más que otros lugares de las redes de comercio internacional. Monroe sugiere que la dependencia (o quizá una dependencia excesiva) de la empresa capitalista, en especial en el comercio a larga distancia, podría haber contribuido a la inestabilidad económica que observamos a finales de la Edad del Bronce tardía.[48]

Pese a todo, no deberíamos olvidar el hecho de que Ugarit habría representado un blanco tentador tanto para los invasores externos como para los piratas locales, además de otros posibles grupos. A este respecto, deberíamos reconsiderar la carta del Archivo Sur, hallada en el Patio V del palacio de Ugarit (pero no dentro de un horno), en la que se mencionan «siete barcos enemigos» que habían estado sembrando el caos en las tierras ugaríticas. Tuvieran o no alguna relación estos barcos en particular con la destrucción final de Ugarit, sin duda tal clase de naves enemigas habría alterado el comercio internacional del que tanta dependencia tenía Ugarit.

Cuando hoy día se vive una situación similar, parece que todo el mundo tiene algún consejo que dar. Las cosas no eran tan distintas entonces, durante la Edad del Bronce tardía. Una carta encontrada en Ugarit, posiblemente enviada por el virrey hitita de Karkemish, aconseja al rey de Ugarit sobre el modo en que debe tratar con los barcos enemigos. Comienza diciendo: «Me has escrito: "¡Se han visto en el mar naves enemigas!"», y luego le recomienda: «Bien, debes mantenerte firme. De hecho, por tu parte, ¿dónde tienes las tropas, dónde has destacado los

carros? ¿No los has dispuesto cerca de ti? ... Rodea tus ciudades con murallas. Traslada (tu) infantería y tus carros al interior. ¡Permanece atento al enemigo y coge fuerza!».[49]

Esta misiva guarda relación, sin duda, con otra carta hallada en la Casa de Rapanu y remitida por un hombre llamado Eshuwara, que era el gran gobernador de Chipre. En ella, el gobernador niega toda culpa en cualquier daño que las naves causaran en Ugarit o en su territorio, sobre todo porque eran —dice el gobernador— los propios barcos y hombres de Ugarit los que estaban cometiendo aquellas atrocidades; y Ugarit debería aprestarse a la defensa: «En cuanto al asunto relativo a esos enemigos: ¡(han sido) el pueblo de tu país (y) tus propias naves (los que) han hecho esto! Y ha sido la gente de tu país (la que) ha cometido estas transgresion(es) ... Te escribo para informarte y protegerte. ¡Permanece alerta!». Luego añade que había veinte barcos enemigos, pero que se habían marchado en dirección desconocida.[50]

Por último, una carta del archivo de Urtenu, remitida por un funcionario de Karkemish (interior del norte de Siria), afirma que el rey de Karkemish había abandonado el territorio hitita en dirección a Ugarit, con refuerzos, y que varias personas a las que nombraba en la carta, incluidos Urtenu y los principales de la ciudad, deberían intentar resistir hasta que llegasen los refuerzos.[51] Pero no parece probable que llegasen a tiempo. De hacerlo, sirvieron de poco, porque otra carta, privada, que solía considerarse una de las últimas comunicaciones enviadas desde Ugarit, describe una situación alarmante: «Cuando llegó tu mensajero, el ejército estaba humillado, y la ciudad, saqueada. La comida estaba incinerada en las eras y los viñedos también estaban asolados. Nuestra ciudad ha sido saqueada. ¡Debes saberlo! ¡Debes saberlo!».[52]

Según se ha recogido arriba, los responsables de la excavación de Ugarit informan de que la ciudad fue incendiada, que el nivel de destrucción alcanzó en algunos lugares los dos metros de altura y que se hallaron numerosas puntas de flecha dispersas entre las ruinas.[53] Se encontraron también bastantes tesoros enterrados en la ciudad; algunos tenían artículos preciosos, de oro y bronce, como por ejemplo estatuillas, armas y herramientas, algunas con inscripciones. Todos parecen ser objetos escondidos justo antes de que se produjera la destrucción; sus dueños jamás regresaron para recuperarlos.[54] Sin embargo, ni siquiera una grave y completa destrucción de la ciudad puede explicar por qué los supervivientes no la reconstruyeron; de no ser, claro, que no hubiera supervivientes.

Tal vez la explicación más lógica y completa de que Ugarit no se reconstruyera no sea la aniquilación absoluta, sino la interrupción de las rutas comerciales y el colapso del sistema de comercio internacional en su conjunto. Según afirma uno de los investigadores: «El hecho de que Ugarit jamás resurgiera de sus cenizas, como sí hicieron otras ciudades levantinas que sufrieron un destino

semejante en la Edad del Bronce tardía, debe contar con motivos más sólidos que la destrucción infligida a la ciudad».[55]

Pese a todo, existe un argumento contrario a esta hipótesis. Según parece, los contactos internacionales de Ugarit se mantuvieron en activo hasta el repentino final de la ciudad, porque disponemos de una carta que el rey de Beirut envió a un funcionario de Ugarit (el prefecto) y que llegó ya después de que el monarca hubiera huido de la ciudad.[56] Dicho de otro modo, Ugarit quedó destruida por invasores y nunca fue reconstruida a pesar de que las conexiones comerciales internacionales seguían intactas, al menos en parte, en el momento de la destrucción.

De hecho, lo que destaca entre los materiales de los archivos de Rapanu y Urtenu es la existencia de una ingente cantidad de interconexiones internacionales que, aparentemente, aún tenían vigencia en el Mediterráneo oriental incluso a finales de la Edad del Bronce tardía. Además, los pocos textos publicados del archivo de Urtenu evidencian que estas conexiones internacionales se mantuvieron hasta casi el último momento antes de la destrucción de Ugarit. Esto parece ser un indicio claro de que el final fue, probablemente, repentino, sin que se produjera un declive gradual tras la interrupción de las rutas comerciales o a consecuencia de sequías o hambrunas; e indica que Ugarit en concreto fue destruida por invasores, independientemente de si estas fuerzas también interrumpieron las rutas comerciales internacionales.

LA DESCENTRALIZACIÓN Y EL ASCENSO DEL COMERCIO PRIVADO

Existe otra cuestión que debemos considerar. Se ha propuesto hace relativamente poco y podría ser reflejo del pensamiento actual sobre el papel de la descentralización en nuestro propio mundo.

En un artículo publicado en 1998, Susan Sherratt, que ahora enseña en la Universidad de Sheffield, llegaba a la conclusión de que los Pueblos del Mar representaron el paso final en la sustitución de los viejos sistemas político-económicos centralizados propios de la Edad del Bronce, por los nuevos sistemas económicos descentralizados característicos de la Edad del Hierro. Es decir: se pasó de reinos e imperios que controlaban el comercio internacional, a ciudades-estado menores y empresarios privados que negociaban por su propio beneficio. Sherratt sugirió que resultaba «provechoso considerar» a los Pueblos del Mar «como un fenómeno estructural, un producto de la evolución natural y de la expansión del comercio internacional en el tercer milenio y principio del segundo, portador del germen de la subversión contra las economías dirigidas, de base palaciega, que fueron las iniciadoras de este comercio».[57]

De este modo, aunque Sherratt admite que las rutas comerciales internacionales podrían haberse hundido, y que al menos en parte los Pueblos del Mar podrían haber sido invasores migratorios, acaba concluyendo que lo que realmente importa no es de dónde provenían los Pueblos del Mar, o ni tan solo quiénes fueron o qué hicieron. Es mucho más importante el cambio sociopolítico y económico que representan, al pasar de una economía controlada ante todo desde palacio, a otra en la que los comerciantes particulares y las entidades menores gozaron de una libertad económica considerablemente superior.[58]

Pese a que la argumentación de Sherratt destaca por su elegancia, otros investigadores ya habían propuesto antes teorías similares. Por ejemplo, Klaus Kilian, responsable de la excavación de Tirinto, escribió en una ocasión: «Tras la caída de los palacios micénicos, una vez instalada en Grecia la economía "privada", los contactos con los países extranjeros se mantuvieron. Al sistema palaciego, bien organizado, sucedieron reinos locales menores, sin duda menos potentes en su expansión económica».[59]

Michal Artzy, de la Universidad de Haifa, había llegado a bautizar a algunos de los comerciantes privados que Sherratt concebía, a los que apodó «Nómadas del Mar». La autora sugería que habían actuado como intermediarios que desarrollaron buena parte del comercio marítimo durante los siglos XIV y XIII a. C.[60]

No obstante, estudios más recientes han discrepado del concepto de mundo en transición que proponía Sherratt. Carol Bell, por ejemplo, muestra un respetuoso desacuerdo al decir: «Es simplista ... considerar que el paso de la Edad del Bronce tardía a la Edad del Hierro consistió en la sustitución del intercambio administrado desde palacio por el comercio empresarial. Una sustitución completa de un paradigma por otro no explica bien este cambio y reestructuración».[61]

Si bien no cabe duda de que la privatización podría haber comenzado como un fruto derivado del comercio palaciego, no está nada claro que esta privatización terminase por socavar la propia economía de la que había surgido.[62] En Ugarit, por ejemplo, los estudiosos han señalado que, pese a los innegables incendios y posterior abandono de la ciudad, no tenemos pruebas —ni en los textos recuperados en el yacimiento ni en los propios restos— de que la destrucción y el hundimiento fuesen provocados por empresarios descentralizados que socavaron el estado y su control del comercio internacional.[63]

De hecho, si combinamos las observaciones textuales con el hecho de que es obvio que Ugarit fue destruido por el fuego y que entre las ruinas había armas, podemos reiterar con relativa seguridad que, aun cuando en Ugarit estuviera naciendo cierta descentralización, los elementos que causaron la destrucción última fueron la guerra y los combates, y los invasores del exterior figuran como primeros en la lista de posibles responsables. Se trata de un panorama muy

distinto al imaginado por Sherratt y otros colegas del mismo parecer. Ciertamente, no tenemos la seguridad de que estos invasores fueran los Pueblos del Mar. Sin embargo, es llamativo que uno de los textos de Ugarit mencione específicamente a los shikila/shekelesh, conocidos a partir de las inscripciones de los Pueblos del Mar de Mineptah y Rameses III.

En cualquier caso, aunque la descentralización y el comercio particular hubieran tenido peso específico, parece improbable que desencadenasen —al menos, por sí solos— el hundimiento de la Edad del Bronce tardía. En vez de aceptar la idea de que los comerciantes privados y sus empresas socavaban la economía de la Edad del Bronce, quizá deberíamos considerar la propuesta alternativa de que, sencillamente, emergieron del caos del desplome, como sugirió James Muhly, de la Universidad de Pensilvania, hace ya veinte años. A su juicio, el mundo del siglo XII a. C. no estuvo dominado por «asaltantes marinos, filibusteros o mercenarios piráticos», sino que fue más bien un mundo de «comerciantes y mercaderes emprendedores, que aprovechaban nuevas oportunidades económicas, nuevos mercados y nuevas fuentes de materia prima».[64] A río revuelto, ganancia de pescadores, al menos para una minoría afortunada, como de costumbre.

¿FUERON LOS PUEBLOS DEL MAR, Y QUÉ SE HIZO DE ELLOS?

Ha llegado el momento, por fin, de tomar en consideración a los Pueblos del Mar, que siguen siendo tan enigmáticos y esquivos como siempre. Tanto si los consideremos asaltantes marinos como una población emigrante, tanto las pruebas arqueológicas como las textuales indican que lo más probable es que los Pueblos del Mar —a pesar del nombre— viajaron por mar, pero también por tierra; esto es, por cualquier medio disponible.

Los que avanzaban por el mar, muy probablemente, navegaban sin perder de vista la costa, quizá incluso recalando cada noche en algún puerto seguro. Sin embargo, se mantiene la incógnita de si los barcos enemigos mencionados en los textos de Ugarit pertenecían a los Pueblos del Mar o eran miembros renegados de su propio reino, como se deduce de la carta remitida por Eshuwara, el gobernador de Alashiya.[65] A este respecto, debemos tener en cuenta la carta que acabamos de mencionar, de la Casa de Urtenu en Ugarit, en la que se hace mención del «pueblo shikila», que es bastante plausible que pueda identificarse con los shekelesh de los testimonios egipcios. La carta fue remitida por el rey hitita (probablemente, Suppiluliuma II) al gobernador de Ugarit y hace referencia a un joven rey de Ugarit, que «no sabe nada». Singer, entre otros académicos, ve aquí una referencia probable a Ammurapi, que era por entonces el nuevo rey de Ugarit. En la carta, el rey hitita dice que desea conversar con un hombre llamado

Ibnadushu, que había sido apresado por el pueblo shikila «que vive en barcos», para averiguar más cosas sobre estos shikila/shekelesh.[66] Pese a todo, no sabemos si la conversación tuvo lugar o qué otra información se podría haber obtenido de Ibnadushu.

Por lo general, se acepta que este documento contiene la única referencia específica a los Pueblos del Mar, mencionados por su nombre, fuera de los registros egipcios. No obstante, se ha sugerido que pudiera haber otros ejemplos. El «enemigo [que viene] de la tierra de Alashiya» —que atacó por tierra al último rey hitita, Suppiluliuma II, después de que este hubiera librado tres batallas navales contra las fuerzas de Alashiya (esto es, chipriotas)— podría ser una referencia a los Pueblos del Mar. Lo mismo sucede con una inscripción hallada en Hattusa en 1988, que podría contener un indicio de que Suppiluliuma II ya estaba combatiendo contra los Pueblos del Mar, que habrían desembarcado en la costa sur de Anatolia y avanzarían hacia el norte.[67] Sin embargo, la mayoría de documentos e inscripciones, fuera de los registros egipcios, solo contienen la expresión más genérica de «barcos enemigos» y no mencionan específicamente a los Pueblos del Mar.

Es posible —y tal vez probable— que los grupos de los Pueblos del Mar que llegaron por tierra avanzasen siguiendo una ruta fundamentalmente costera, en la que la destrucción de ciudades concretas les habría dado acceso a áreas completamente nuevas, de un modo bastante parecido a como las batallas de Alejandro Magno en el río Gránico, en Iso y en Gaugamela abrirían a su ejército partes concretas del antiguo Oriente Próximo casi mil años después. Assaf Yasur-Landau, de la Universidad de Haifa, ha sugerido que algunos de los Pueblos del Mar podrían haber comenzado su andadura en Grecia y haber cruzado los Dardanelos hacia la Turquía/Anatolia occidentales. Otros —tal vez la mayoría, dice Yasur-Landau— sencillamente habrían iniciado aquí su camino, uniéndose tal vez a los que venían desde el Egeo, en una ruta que continuaba por la costa sur de Turquía hasta Cilicia, en su extremo oriental, y luego descendía hacia el sur del Oriente Próximo por una vía litoral. Si este fue el trazado de su avance, se habrían encontrado con la ciudad de Troya, los reinos de Arzawa y Tarhuntassa en Anatolia, y las ciudades de Tarso y Ugarit (sureste de Anatolia y norte de Siria, respectivamente). Algunos de estos lugares presentan señales de destrucción o posterior abandono, más o menos en la misma época en que se supone que los Pueblos del Mar estuvieron en activo, pero no está claro si fueron ellos los auténticos responsables.[68]

De hecho, las pruebas arqueológicas disponibles en la actualidad parecen sugerir que, por entonces, la mayoría de los emplazamientos en Anatolia fueron abandonados sin más, por entero o en gran parte, en lugar de haber sido incendiados por los Pueblos del Mar. Podemos conjeturar que si las rutas

internacionales de comercio, transporte y comunicación quedaron interrumpidas por las guerras, las hambrunas u otras fuerzas, las ciudades que dependían de estas rutas podrían haber entrado en decadencia y haber muerto; sus poblaciones se habrían marchado de forma progresiva o apresuradamente, según la velocidad del declive comercial y cultural. Tal como ha señalado recientemente un estudioso: «aunque es razonable suponer que Cilicia y la costa siria se vieron afectadas por las acciones de los Pueblos del Mar, hasta la fecha no disponemos de pruebas históricas o arqueológicas de ningún tipo de actividad de los Pueblos del Mar en las tierras hititas ... las auténticas causas del desmoronamiento del estado hitita parecen de naturaleza interna, antes que externa».[69]

Un ejemplo claro de atribución de culpa sin las debidas pruebas es una afirmación reciente, relacionada con la datación mediante radiocarbono de Tell Tweini, el yacimiento del Bronce Tardío de la ciudad de Gibala, en el reino de Ugarit. En este caso, los resultados del laboratorio llevaron a los responsables de la excavación y a sus colegas a concluir que habían hallado pruebas de la destrucción sembrada por los Pueblos del Mar, y a fecharla específicamente entre 1192 y 1190 a. C.[70] Afirman sin salvedades: «Los Pueblos del Mar eran enemigos navales de orígenes distintos. Lanzaron una invasión combinada, por tierra y por mar, que desestabilizó la base del poder (ya debilitado) de imperios y reinos del mundo antiguo, y trataron de entrar en el territorio egipcio o hacerse con su control. Los Pueblos del Mar simbolizan el último estadio de una larga y compleja espira de declive en el mundo antiguo mediterráneo».[71]

Aunque apenas cabe dudar de que la ciudad fuese destruida hacia la época indicada por los excavadores (y confirmada por los estudios de radiocarbono), señalar a los Pueblos del Mar como agentes de la destrucción constituye solo una conjetura, aunque resulte bastante plausible. Los arqueólogos no han presentado ninguna prueba definitiva con respecto al papel de los Pueblos del Mar; simplemente, señalan que en la cultura material del asentamiento que se estableció en el *tell* después de la destrucción «aparece una arquitectura de tipo egeo, cerámica de fabricación local del Micénico IIIC Temprano, cerámica a mano bruñida y pesos de tierra franca (*loam*) de tipo egeo».[72] En sus palabras, «estos materiales, conocidos también a partir de asentamientos filisteos, son marcadores culturales de colonos extranjeros; muy probablemente, los Pueblos del Mar».[73] Aunque Tweini podría ser el mejor ejemplo de un yacimiento destruido y repoblado luego por los Pueblos del Mar, no lo podemos afirmar con total seguridad. Además, como había señalado Annie Caubet con respecto a Ras Ibn Hani (arriba), no siempre podemos asegurar que los repobladores de una zona asolada fueran los mismos agentes de la destrucción.

Podemos seguir conjeturando que, al menos en algunos casos, grupos designados como «Pueblos del Mar» podrían haber entrado en el vacío generado

por la destrucción o el abandono de las ciudades (independientemente de si se derivaban de su propia acción o la de otros), y haberse instalado en la zona, deteniendo el viaje y, con el tiempo, dejando sus artefactos tras de sí, como podría haber sucedido en Tweini. En tales circunstancias, es probable que estos Pueblos del Mar hubieran ocupado sobre todo, pero no de forma exclusiva, las ciudades costeras, incluidos lugares como Tarso y Mersin en la costa del sureste de Anatolia. Lo mismo podría haber sucedido con la región que hoy se encuentra en la frontera entre el suroeste de Turquía y el norte de Siria, en la zona de Tell Ta'yinat, que, según un estudio reciente, habría pasado a llamarse «país de Palistín» durante la Edad del Hierro.[74]

De hecho, existen tradiciones, sobre todo literarias, donde se afirma específicamente que los Pueblos del Mar se instalaron en Tel Dor, en el norte del actual Israel. Por ejemplo, el relato egipcio conocido con el nombre de «Historia de Unamón», fechado en la primera mitad del siglo XI a. C., alude a Dor como una ciudad de los tjekker o sikils (shekelesh). Otro texto egipcio, el «Onomasticón de Amenemope», de hacia 1100 a. C., enumera a los shardana, los tjekker y los peleset, además de mencionar los lugares de Ascalón, Asdod y Gaza (tres de las cinco ciudades que se consideraban parte de la «pentápolis» filistea). También se han propuesto otros lugares de la zona costera del monte Carmelo y el valle de Acre, además de quizá Tel Dan, como posibles asentamientos de Pueblos del Mar como por ejemplo los shardana y los danuna. En muchos de estos lugares, incluidos aquellos con niveles de ocupación designados como «filisteos», como en Asdod, Ascalón, Gaza, Ecrón y otros, se han encontrado objetos de cerámica de estilo egeo degenerado, y otros marcadores culturales similares.[75] Tal vez sean estos los únicos vestigios materiales de los esquivos Pueblos del Mar, pero los restos arqueológicos de muchos de estos yacimientos, e incluso de zonas más septentrionales, parecen guardar una relación más directa con Chipre que con el Egeo. Pese a todo, en el siglo XII a. C. existen lazos claros con pueblos no cananeos.[76]

Es curioso señalar que no parece haber vestigios de este tipo, ni de una destrucción de esta naturaleza, en la zona que más tarde se conocería como Fenicia, en el Líbano actual. No han faltado estudios académicos al respecto, pero aun así seguimos sin haber aclarado por qué razón ocurrió así, o si simplemente se trata de una ilusión provocada por la relativa falta de excavaciones en la zona, comparada con otras regiones costeras del Oriente Próximo.[77]

Entre los muchos escenarios propuestos para explicar los últimos días de la Edad del Bronce tardía en el Egeo y el Mediterráneo oriental, la hipótesis presentada hace una década por Israel Finkelstein, de la Universidad de Tel Aviv, sigue pareciendo muy plausible. Finkelstein sostiene que la migración de los Pueblos del Mar no fue un acontecimiento aislado, sino que formó parte de un

largo proceso con diversas fases; la fase inicial empezó en los primeros años de Rameses III, hacia 1177 a. C., y la última terminó en la época de Rameses VI, hacia 1130 a. C. En concreto, el autor afirma que,

pese a que en los textos egipcios se describe como un suceso único, la migración de los Pueblos del Mar fue un proceso en diversas etapas, que duró como mínimo medio siglo ... Podría haberse iniciado con grupos que sembraron la destrucción en la costa levantina, incluido el norte de Filistea, a comienzos del siglo XII, y fueron derrotados por Rameses III en su octavo año. En consecuencia, algunos de ellos fueron instalados en los destacamentos egipcios del delta. Más tarde, en la segunda mitad del siglo XII, algunos grupos de los Pueblos del Mar consiguieron acabar con el gobierno egipcio en el sur de Canaán. Tras destruir los bastiones egipcios ... se asentaron en Filistea y establecieron sus centros principales en Asdod, Ascalón, Tel Miqne y otros lugares. Estos pueblos —los filisteos del posterior texto bíblico— son fácilmente identificables por varios rasgos de origen egeo apreciables en su cultura material.[78]

En su mayoría, los expertos coinciden con Finkelstein en que las pruebas arqueológicas parecen indicar que, sobre el origen de muchos de los Pueblos del Mar, debemos dirigir la mirada ante todo hacia la región del Egeo (quizá a través del filtro de la Anatolia occidental y Chipre, como escalas intermedias en el camino de varios, o quizá la mayoría),[79] antes que pensar en Sicilia, Cerdeña y el Mediterráneo occidental. Pese a todo, Yasur-Landau sugiere que, si eran micénicos, no fueron los que huyeron de las ruinas de sus palacios, en Micenas y varios otros lugares, al poco de que aquellos centros fueran destruidos. El autor destaca que, en estos emplazamientos anatolios y cananeos, no hay testimonios de la escritura Lineal B o de otros rasgos propios del próspero período palaciego en la Grecia continental del siglo XIII a. C. Al contrario, la cultura material de estos colonos indica que provenían de «la cultura [inmediatamente] posterior», de los primeros años del siglo XII a. C., que era «bastante más humilde». Yasur-Landau señala igualmente que algunos incluso podrían haber sido agricultores, y no guerreros al asalto, que trataban de mejorar sus vidas trasladándose a otras zonas. Fuera como fuese, se trataba de «una población entera de familias en busca de un nuevo hogar».[80] En cualquier caso, el autor cree que estos emigrantes no causaron el fin de las civilizaciones de la Edad del Bronce tardía en esta zona, sino que fueron unos «oportunistas» que se aprovecharon del colapso para encontrar nuevos hogares.[81]

Yasur-Landau pone ahora en duda la imagen tradicional según la cual los filisteos se apoderaron de Canaán mediante un golpe militar. Afirma: «Las circunstancias del asentamiento no reflejan una incursión violenta. [De hecho],

descubrimientos recientes en Ascalón muestran que los inmigrantes se instalaron en un lugar abandonado, sobre los restos sin terminar de un acuartelamiento egipcio ... En Asdod no hay indicios claros de ninguna destrucción violenta ... Las huellas de destrucción que han descrito los responsables de la excavación [de la zona] podrían significar tan solo que se había cocinado ... Ecrón, la pequeña población cananea ... sí fue destruida por el fuego, pero ... la sustituyó otra aldea cananea ... antes de la llegada de los inmigrantes».[82]

En vez de por un golpe hostil de corte militar, Yasur-Landau se decanta por matrimonios y familias interculturales, en las que se mantenían las tradiciones cananeas y egeas, sobre todo en el terreno doméstico. En palabras del autor:

los vestigios materiales de la Filistea de principios de la Edad de Hierro manifiestan unas interacciones complejas y mayoritariamente pacíficas entre inmigrantes y lugareños ... Me atrevería, por lo tanto, a sugerir que la ausencia general de violencia relacionada con la fundación de las ciudades filisteas ..., así como la coexistencia de tradiciones culturales tanto egeas como locales, indican que aquellas fundaciones no fueron empresas coloniales, sino fundaciones conjuntas en las que participaron los inmigrantes egeos y la población local.[83]

Otros investigadores están de acuerdo y señalan que, en el peor de los casos, los filisteos asolaron solo las zonas de élite de algunos emplazamientos —el palacio y sus alrededores, por ejemplo— y que los elementos que hoy identificamos con los filisteos eran «de una naturaleza mixta, incluían rasgos del Egeo, Chipre, Anatolia, el sureste de Europa y más allá».[84] No parece que elementos totalmente extraños vinieran a sustituir sin más la anterior cultura material cananea, con una sustitución completa (en lo tocante a cerámica, prácticas arquitectónicas, etc.); al contrario, lo que hoy identificamos como cultura filistea puede ser el resultado de una hibridación y fusión de culturas diversas, que englobó antiguos elementos locales (cananeos) y otros más novedosos, de origen extranjero.[85]

Dicho de otro modo, aunque no cabe duda de que, en aquella época, hubo nuevos pobladores que llegaron a Canaán y se establecieron en sus tierras, en esta reconstrucción se sustituye el temible espectro de los invasores filisteos/Pueblos del Mar por un retrato más pacífico de un grupo heterogéneo de inmigrantes en busca de un nuevo comienzo en otra tierra. Es más probable que, en lugar de hallarnos ante unos invasores combativos, movidos tan solo por las ansias de destrucción, se tratara de refugiados que no necesariamente atacaban y conquistaban siempre los pueblos locales sino que, con frecuencia, se limitaban a instalarse entre ellos. Sea como fuere, es poco probable que ellos, por sí solos, hubieran terminado con la civilización en el Egeo y el Mediterráneo oriental.[86]

RAZONES PARA EL DERRUMBE DE UN SISTEMA

En 1985, cuando Nancy Sandars publicó una edición revisada de su libro clásico sobre los Pueblos del Mar, escribió: «En las tierras que rodean el Mediterráneo, *siempre* ha habido terremotos, hambrunas, sequías e inundaciones y, de hecho, se dan eras oscuras de forma recurrente». Y añadió: «La historia humana está salpicada de catástrofes, pero suelen superarse sin demasiadas pérdidas. Muchas veces van seguidas de un esfuerzo mucho mayor, del que a su vez nace un éxito mayor».[87] Así pues, ¿qué marcó la diferencia en este período, el fin de la Edad del Bronce tardía? ¿Por qué las civilizaciones no se recuperaron, simplemente, y siguieron su camino?

Según reflexionaba Sandars: «Se han propuesto muchas explicaciones y muy pocas han aguantado. Series de terremotos sin paralelo, malas cosechas y hambrunas generalizadas, invasiones masivas desde las estepas, el Danubio, el desierto... Todo puede haber ayudado, pero no es suficiente».[88] Sandars estaba en lo cierto. Estudiemos pues la idea de un hundimiento del sistema, de un fallo sistémico con dos efectos, al mismo tiempo dominó y multiplicador, del que ni siquiera una red internacional globalizada, tan vibrante e intersocial como la de la Edad del Bronce tardía, alcanzó a recuperarse.

Colin Renfrew, de la Universidad de Cambridge —uno de los estudiosos más respetados entre los que se han dedicado al estudio de la región egea en época prehistórica— ya había propuesto en 1979 la posibilidad de un derrumbe del sistema. En aquella época, lo enmarcó en la teoría de la catástrofe, en virtud de la cual «el fallo de un elemento menor iniciaba una reacción en cadena que reverberaba creando efectos cada vez más intensos, hasta que, al final, se desmoronaba la estructura completa».[89] Viene a la mente, como metáfora útil, la del llamado «efecto mariposa», según el cual el aleteo inicial de una mariposa podría acabar convirtiéndose en un tornado o un huracán, unas semanas después, en el otro lado del mundo.[90] Por ejemplo, podríamos citar el ataque del rey asirio Tukulti-Ninurta I contra las prestigiosas tropas hititas. La derrota de este ejército, a finales del siglo XIII a. C., durante el reinado de Tudhaliya IV, a su vez podría haber envalentonado a la vecina región de Kashka, que posteriormente atacó e incendió la capital hitita de Hattusa.

Renfrew resumió como sigue los rasgos generales del derrumbe de un sistema: (1) colapso de la organización administrativa central; (2) desaparición de la clase de la élite tradicional; (3) derrumbe de la economía centralizada; y (4) mudanza de asentamientos y declive poblacional. Esta clase de hundimiento —que no responde a una causa única y evidente— es un proceso que podría tardar hasta un siglo entero. Después del colapso, además, habría una transición hacia un nivel

inferior de integración sociopolítica y surgirían mitos sobre el período anterior, mitos «románticos» de tiempos oscuros. Estas características no solo concuerdan con la región del Egeo y del Mediterráneo oriental hacia 1200 a. C., sino que, según el autor, describen igualmente la caída de los mayas, del Imperio Antiguo egipcio y de la civilización del Valle del Indo, en distintos momentos de la historia.[91] Como se ha adelantado arriba, el tema y el debate de los «colapsos» a lo largo de la historia, y sobre los períodos de grandeza y caída de los imperios, y la posibilidad de que sean cíclicos, han sido retomados por otros investigadores; entre los últimos y más populares destaca el trabajo de Jared Diamond.[92]

Ahora bien, como era de esperar, no todos los investigadores están de acuerdo con la idea de un desmoronamiento del sistema a finales de la Edad del Bronce tardía. Robert Drews, de la Universidad de Vanderbilt, por ejemplo, la descarta porque no cree que explique por qué fueron destruidos e incendiados los palacios y las ciudades.[93]

Pese a todo, como hemos visto, poco después de 1200 a. C. se hundieron las civilizaciones de la Edad del Bronce en el Egeo, el Mediterráneo oriental y el Oriente Próximo, y en el proceso se vieron todas las características clásicas apuntadas por Renfrew, desde la desaparición de la clase de la élite tradicional, y el desmoronamiento de las administraciones centrales y las economías centralizadas, hasta los cambios de asentamiento, el declive demográfico y la transición a un nivel inferior de integración sociopolítica, por no hablar de la creación de historias como la de la guerra de Troya, cuya forma actual fijó Homero en el siglo VIII a. C. Más que la llegada de los Pueblos del Mar en 1207 y 1117 a. C., más que la serie de terremotos que sacudieron Grecia y el Mediterráneo oriental durante un lapso de cincuenta años entre 1225 y 1175 a. C., más que las sequías y el cambio climático que podrían haber asolado estas zonas durante este período, lo que vemos es el resultado de una «tormenta perfecta» que acabó con las florecientes culturas y pueblos de la Edad del Bronce, desde los micénicos y minoicos hasta los hititas, asirios, kasitas, chipriotas, mitanios, cananeos e incluso los egipcios.[94]

En mi opinión —y en la de Sandars, antes que yo—, ninguno de estos factores por separado habría supuesto un cataclismo suficiente para terminar siquiera con una de aquellas civilizaciones, ya no digamos con todas. Sin embargo, podrían haberse combinado para generar un panorama en el que se magnificasen las repercusiones de cada uno de los factores, con lo que algunos expertos han dado en llamar un «efecto multiplicador».[95] El fallo de una parte del sistema también podría haber tenido un efecto dominó, que provocaría fallos en muchas otras partes. El consiguiente «colapso del sistema» podría haber causado la desintegración de una sociedad tras otra, en parte debido a la fragmentación de la economía global y a la interrupción de las interconexiones de las que todas

aquellas civilizaciones dependían.

En 1987, Mario Liverani, de la Universidad de Roma, echó la culpa a la concentración de poder y control en los palacios, de modo que, cuando se desmoronaron, la magnitud del desastre se multiplicó. En sus palabras: «la especial concentración de todos los elementos de organización, transformación, intercambio, etc., en los palacios —una concentración que parece haber alcanzado su punto máximo en la Edad del Bronce tardía— tuvo el efecto de transformar el derrumbamiento material del palacio en un desastre generalizado para el reino entero».[96] Por decirlo de otro modo, con los términos modernos de la inversión económica: los gobernantes de la Edad del Bronce en el Egeo y el Oriente Próximo deberían haber diversificado las carteras, pero no lo hicieron.

Dos décadas más tarde, Christopher Monroe citó la obra de Liverani y propuso que la economía de la Edad del Bronce tardía se volvió inestable por su creciente dependencia del bronce y otros productos de prestigio. En concreto, Monroe consideraba que «la empresa capitalista» —en la que incluía el comercio a larga distancia, y que dominaba el sistema palaciego activo en la Edad del Bronce tardía— había transformado los modos de intercambio, producción y consumo tradicionales de la Edad del Bronce en tal grado que, cuando las invasiones extranjeras y las catástrofes naturales se combinaron con un «efecto multiplicador», el sistema fue incapaz de sobrevivir.[97]

Al escribir sobre la situación de finales del Bronce Tardío en su libro *Scales of Fate*, Monroe describe las interacciones de las distintas potencias del Egeo y el Mediterráneo oriental como «una red entre sociedades», lo cual concuerda con la imagen que aquí presento. Él señala, igual que yo, que este período es «excepcional por los tratados, las leyes, la diplomacia y el intercambio comercial, que dieron lugar a la primera gran era internacional de la historia del mundo».[98]

Sin embargo, es aún más interesante cuando Monroe observa que esa clase de redes tienen formas de posponer el derrumbe inevitable, que acaba por llegar a todas las sociedades, más tarde o más temprano. Según el autor, «se sofocan las revueltas, se encuentran materias primas, se abren nuevos mercados, se impone el control de los precios, se confiscan las propiedades de los comerciantes, se ejecutan embargos y se libran guerras».[99] También afirma, no obstante, que «por lo general, los gobernantes de la potencia o potencias nucleares tratan los síntomas en lugar de las causas de la inestabilidad», y concluye diciendo que la «destrucción violenta de la civilización palaciega de la Edad del Bronce tardía, según la atestiguan los registros arqueológico y textual, fue, como tantos otros derrumbes, el resultado inevitable de una previsión limitada».[100]

Por mi parte, estoy de acuerdo con Monroe hasta llegar a este último punto, porque no creo justificado culpar del colapso tan solo a una «previsión limitada», si tenemos en cuenta los múltiples factores probables que hemos visto antes, que

en modo alguno habrían podido anticipar por completo los líderes antiguos. Parece mucho más plausible que se diera un hundimiento imprevisto del sistema, muy posiblemente, desencadenado por el cambio climático, según han conjeturado hace poco Brandon Drake y el equipo dirigido por David Kaniewski,[101] o precipitado por terremotos e invasiones. Ahora bien, las palabras de Monroe podrían servir en parte como advertencia para nuestros propios días, porque su descripción de la Edad del Bronce tardía, especialmente en cuanto a la economía y las interacciones se refiere, bien podría aplicarse a nuestra sociedad globalizada, que también está sintiendo los efectos del cambio climático.

RESUMEN DE LAS POSIBILIDADES Y TEORÍA DE LA COMPLEJIDAD

Según señalábamos al principio de este capítulo, el llamado Colapso o Catástrofe de finales de la Edad del Bronce tardía ha sido objeto de un prolijo debate entre los estudiosos. Robert Drews trató de abordar la cuestión de un modo sistemático y, en su libro de 1993, dedicó un capítulo a cada una de las diversas causas posibles. Sin embargo, podría haber subestimado o malinterpretado algunas; por ejemplo, descarta de antemano la idea de un hundimiento del sistema, a favor de su propia teoría, que responsabiliza a los cambios experimentados en la guerra, una hipótesis con la cual no coinciden todos los investigadores.[102]

Ahora, transcurridos veinte años desde la publicación de la obra de Drew, e incluso después de un debate ininterrumpido y un flujo constante de publicaciones especializadas sobre el tema, seguimos sin haber alcanzado un consenso general sobre quién o qué provocó la destrucción o el abandono de cada uno de los grandes centros de las civilizaciones que desaparecieron con el crepúsculo de la Edad del Bronce. El problema puede resumirse, de un modo conciso, en el siguiente esquema:

Observaciones principales

1. Tenemos una serie de civilizaciones distintas que florecieron entre los siglos XV y XIII a. C., en el Egeo y el Mediterráneo oriental, desde los micénicos y minoicos hasta los hititas, egipcios, babilonios, asirios, cananeos y chipriotas. Eran grupos independientes, pero interactuaban de forma sistemática unos con otros, sobre todo a través de las rutas comerciales internacionales.
2. Está claro que muchas ciudades quedaron destruidas y que las civilizaciones y la vida de la Edad del Bronce tardía, según sus habitantes la conocieron en el Egeo, el Mediterráneo oriental, Egipto y el Oriente Próximo, se

terminaron hacia 1177 a. C. o poco después.

3. No se han presentado pruebas rotundas sobre quién o qué provocó este desastre, que terminó con el desmoronamiento de estas civilizaciones y el fin de la Edad del Bronce tardía.

Análisis de las posibilidades

Son varias las causas posibles que podrían haber desencadenado el desmoronamiento de finales de la Edad del Bronce tardía (o haber contribuido a él), pero ninguna parece capaz de haber provocado tal desastre por sí sola.

A. Sin duda alguna, hubo terremotos en este período, pero lo habitual es que las sociedades se puedan recuperar de ellos.

B. Disponemos de pruebas textuales de la hambruna, y ahora también de pruebas científicas de las sequías y el cambio climático, tanto en el Egeo como en el Mediterráneo oriental, pero, de nuevo, las sociedades se han recuperado de estas situaciones una vez tras otra.

C. Podría haber pruebas circunstanciales de rebeliones internas en Grecia y otros lugares, incluido el Levante, pero no es seguro. Otra vez más, es frecuente que las sociedades sobrevivan a estas revueltas. Además, sería inusual (pese a la reciente experiencia contraria en el mundo árabe) que las rebeliones se dieran en una zona tan extensa y durante un intervalo de tiempo tan prolongado.

D. En la región del Oriente Próximo, desde Ugarit en el norte hasta Laquis en el sur, se han hallado pruebas arqueológicas de la presencia de invasores, o al menos de inmigrantes, llegados probablemente de la región del Egeo, de la Anatolia occidental, de Chipre o de todas estas zonas. Algunas de las ciudades fueron destruidas y luego abandonadas; otras fueron reocupadas, y otras, por último, no se vieron afectadas.

E. Está claro que las rutas comerciales internacionales se vieron perturbadas, si no completamente interrumpidas, durante un período de tiempo, pero no está tan claro hasta qué punto esto afectó a cada una de las distintas civilizaciones por separado; ni siquiera sabemos con certeza si algunas tenían una dependencia extrema de productos extranjeros, como se ha propuesto en el caso de Micenas.

Es cierto que, en ocasiones, una civilización no logra recuperarse de una invasión o un terremoto, o sobrevivir a una sequía o una rebelión, pero por el momento, a falta de una explicación mejor, parece que la mejor solución pasa por sugerir que todos estos factores, en conjunto, contribuyeron al hundimiento de los

que habían sido los imperios y las sociedades dominantes de la Edad del Bronce tardía en estas regiones. Basándonos en las pruebas disponibles en la actualidad, por lo tanto, podríamos hallarnos ante el resultado de un colapso del sistema, provocada por una serie de sucesos relacionados entre sí por el «efecto multiplicador», en el que un factor afecta a los demás y, de este modo, los efectos de cada uno de ellos se van intensificando. Tal vez los habitantes podrían haber sobrevivido a un desastre, como por ejemplo un terremoto o una sequía, pero no pudieron hacerlo a los efectos conjuntos de un terremoto, una sequía e invasiones, todos en una rápida sucesión de acontecimientos. Luego se produjo un «efecto dominó», por el que la desintegración de una civilización llevó a la caída de las otras. En un mundo de naturaleza globalizada, como aquel, el efecto que el derrumbe de una sola sociedad habría tenido sobre las economías y las rutas de comercio internacionales habría sido suficientemente devastador como para provocar la desaparición de las restantes. Si fue así como sucedió, no eran «demasiado grandes para caer».

No obstante, aun a pesar de mis observaciones anteriores, la caída del sistema podría resultar una explicación demasiado simplista para aceptarla como razón específica del final de la Edad del Bronce tardía en el Egeo, el Mediterráneo oriental y el Oriente Próximo.[103] Es posible que, para comprender qué pudo provocar el derrumbe de aquellas civilizaciones, tengamos que recurrir a lo que se denomina *ciencia de la complejidad* o, para ser más precisos, *teoría de la complejidad*.

La ciencia o la teoría de la complejidad es el estudio de un sistema complejo (o varios sistemas complejos) con la intención de explicar «los fenómenos que surgen a partir de una serie de objetos en interacción». Se ha recurrido a ella para intentar explicar, y en ocasiones resolver, problemas tan distintos como embotellamientos de tráfico, desplomes del mercado de valores, enfermedades como el cáncer, cambios medioambientales e incluso guerras, tal como ha escrito recientemente Neil Johnson de la Universidad de Oxford.[104] En las últimas décadas, se ha abierto camino desde los campos de la matemática y la ciencia computacional para emplearse en las relaciones internacionales, los negocios y otros campos diversos; sin embargo, en el campo de la arqueología apenas hemos recurrido a ella. Curiosamente, y quizá proféticamente, Carol Bell abordó brevemente la cuestión en su libro de 2006 sobre la evolución de las relaciones comerciales de larga distancia en el Levante, y los cambios que experimentaron, desde la Edad del Bronce tardía hasta la Edad del Hierro. Bell comentó que se trataba de un enfoque teórico prometedor, que podría ser útil como modelo explicativo para las causas del colapso y la reestructuración posterior.[105]

Según Johnson, para que resulte útil abordar un problema por medio de la teoría de la complejidad, este debe referirse a un sistema que «contenga una serie numerosa de objetos o "agentes" en interacción».[106] En nuestro caso, estos

objetos serían las distintas civilizaciones activas durante la Edad del Bronce tardía: los micénicos, minoicos, hititas, egipcios, cananeos, chipriotas, etcétera. En uno de los aspectos de la teoría de la complejidad, el comportamiento de los objetos se ve afectado por los recuerdos y la «retroalimentación» a partir de lo que ha sucedido en el pasado. Pueden adaptar sus estrategias, en parte sobre la base del conocimiento que tienen de la historia previa. El conductor de un coche, por ejemplo, suele estar familiarizado con los modelos típicos del tráfico de su zona y es capaz de predecir la ruta más rápida para ir al trabajo o regresar a casa. Si el tráfico se atasca, puede evitar el problema tomando una ruta alternativa.[107] De un modo parecido, hacia finales de la Edad del Bronce tardía, los comerciantes marinos de Ugarit (o cualquier otro lugar) podrían haber tomado medidas para evitar los barcos enemigos o las zonas en las que solían apostarse aquella clase de naves y asaltantes, como las costas de las tierras de Lukka (es decir, la región que luego se conocería como Licia, en la parte suroeste de Anatolia).

Johnson también afirma que, normalmente, el sistema está «vivo», lo que significa que evoluciona de un modo no trivial y a menudo complicado, y que también está «abierto», en el sentido de que puede recibir influencias de su entorno. Esto significa por ejemplo que los mercados de valores actuales, que son complejos —los analistas hablan de ellos como si fueran seres vivos capaces de respirar— pueden verse influidos o impulsados por noticias del exterior, sobre los beneficios de una empresa en concreto o sobre un suceso ocurrido en la otra punta del mundo. De este mismo modo, Sherratt —en la analogía que publicó hace una década y se ha citado en el prefacio— describía las similitudes entre el mundo de la Edad del Bronce tardía y nuestra propia «economía y cultura global, cada vez más homogénea pero incontrolable, en la que ... las incertidumbres políticas de una zona del mundo pueden afectar de forma extrema a las economías de regiones situadas a miles de kilómetros de distancia».[108] Esta clase de influencias o agentes de presión sobre el «sistema» del Egeo y el Mediterráneo oriental de finales de la Edad del Bronce tardía bien pudieron ser los probables, posibles e imaginables terremotos, hambrunas, sequías, cambios climáticos, rebeliones internas, invasiones externas e interrupciones de las rutas comerciales que ya hemos mencionado antes.

Cabría decir que la premisa más importante es la siguiente: Johnson afirma que un sistema de esta naturaleza exhibe fenómenos que «por lo general, son sorprendentes y podrían ser extremos». En sus palabras, esto «significa, fundamentalmente, que puede pasar cualquier cosa; y, por lo general, si uno espera el tiempo suficiente, pasará». Por ejemplo —continúa Johnson— todos los mercados de valores sufrirán en algún momento algún tipo de desplome, y todos los sistemas de tráfico acabarán sufriendo algún atasco. Por lo general, son cosas inesperadas en el momento en que suceden, y no se podrían haber previsto de

forma concreta, aun teniendo plena conciencia de que podrían ocurrir y acabarían ocurriendo.[109]

En nuestro caso, como en la historia del mundo nunca ha habido una civilización que no terminara por caer, y como las razones para ello tienden a ser las mismas, según han señalado Jared Diamond y toda una serie de autores, el hundimiento final de las civilizaciones de la Edad del Bronce tardía era predecible. Ahora bien, es improbable que hubiéramos sido capaces de predecir cuándo ocurriría, o que todas se desmoronarían al mismo tiempo, ni siquiera con un conocimiento pleno de cada civilización. Como ha escrito Johnson, «incluso un conocimiento detallado de las especificaciones del motor de un coche, y de su color y su forma, resulta inútil a la hora de intentar predecir cuándo y dónde se producirán atascos de tráfico en un nuevo sistema de carreteras. Igualmente, comprender el carácter de todas las personas que llenan un bar apenas nos daría indicios de qué peleas numerosas se podrían desarrollar».[110]

Entonces, ¿qué utilidad puede tener la teoría de la complejidad en el intento de explicar el hundimiento de finales de la Edad del Bronce tardía, si no puede ayudarnos a predecir cuándo o por qué se produciría? Carol Bell señaló que las redes comerciales del Egeo y el Mediterráneo oriental son ejemplos de sistemas complejos. En este contexto, citó la obra de Ken Dark, de la Universidad de Reading, que afirmaba que «cuando tales sistemas se vuelven más complejos, y aumenta el grado de interdependencia entre sus partes constituyentes, mantener estable el sistema general se torna más dificultoso».[111] Este proceso, denominado «hipercoherencia», ocurre, en palabras de Dark, «cuando todas las partes del sistema se vuelven tan dependientes unas de otras que cualquier cambio en una parte genera inestabilidad en el sistema en su conjunto».[112] Es decir, si las civilizaciones de la Edad del Bronce tardía estaban verdaderamente globalizadas y dependían unas de otras para los bienes y servicios (aunque fuera solo hasta cierto punto), entonces un cambio en cualquiera de los reinos relevantes, como por ejemplo el micénico o el hitita, podría afectar y desestabilizarlos a todos.

Además, resulta especialmente relevante que cada uno de los reinos, imperios y sociedades de la Edad del Bronce tardía en el Egeo y el Mediterráneo oriental se pueda ver como un sistema sociopolítico individual. Según Dark, esta clase de «sistemas sociopolíticos complejos exhibirán una dinámica interna que les lleva a aumentar la complejidad ... [C]uanto más complejo es un sistema, más fácil es que se desmorone».[113]

Así pues, en el Egeo y el Mediterráneo oriental, durante la Edad del Bronce tardía, tenemos sistemas sociopolíticos individuales, las diversas civilizaciones, que se tornaban cada vez más complejas y, en consecuencia, eran más vulnerables a un colapso. Al mismo tiempo, tenemos sistemas complejos, las redes comerciales, que eran a la vez interdependientes y complicadas en sus relaciones, y, por ello,

podían caer en la inestabilidad en cuanto se produjera un cambio en una de sus partes integrantes. Aquí es donde un solo engranaje que funcionara mal en una máquina por lo demás bien engrasada, puede convertir el aparato entero en un montón de chatarra, igual que un solo engranaje roto puede estropear el motor de un coche moderno.

Por lo tanto, antes que concebir un final general apocalíptico —sin olvidar que algunas ciudades y reinos, como Ugarit, sí parecen haber sucumbido entre llamas y violencia—, sería mejor imaginar que el fin de la Edad del Bronce tardía se produjo por una desintegración caótica, pero progresiva, de áreas y lugares que habían sido importantes y habían estado en contacto mutuo, pero ahora estaban debilitados y aislados, como Micenas, por los cambios internos o externos que afectaron a una o más de las partes integrantes del sistema complejo. Es evidente que estos daños habrían causado un trastorno grave en la red. Podemos imaginar una red eléctrica moderna que haya quedado afectada, quizá por una tormenta o un terremoto, de forma que la compañía todavía puede generar electricidad, pero le resulta imposible llevarla a los consumidores individuales; son sucesos que vemos anualmente en Estados Unidos, por toda clase de causas, desde los tornados en Oklahoma a las ventiscas en Massachusetts. Si la perturbación fuera permanente (como podría ocurrir en una catástrofe, como por ejemplo, hoy en día, una explosión nuclear), la producción de electricidad acabará deteniéndose del todo. La analogía, aunque sea en otro nivel tecnológico, puede extenderse a la Edad del Bronce tardía.

Además, como ha apuntado Bell, la consecuencia de una tal inestabilidad es que, cuando el sistema complejo acaba desmoronándose de hecho, «se descompone en entidades menores», como vemos exactamente que ocurrió en la Edad del Hierro, después de que las civilizaciones de la Edad del Bronce se extinguieran.[114] Así, se diría que emplear la teoría de la complejidad, que nos permite llevar un paso más allá tanto la teoría de las catástrofes como el hundimiento de sistemas, puede ser la mejor manera de explicar el final de la Edad del Bronce tardía en el Egeo y el Mediterráneo oriental, en los años posteriores a 1200 a. C. Las auténticas preguntas no son tanto: «¿Quién lo hizo?» o «¿Qué hecho lo provocó?» —pues, al parecer, fueron diversos los elementos y grupos humanos implicados—, como: «¿Por qué sucedió?» y «¿Cómo sucedió?». Si se podía haber evitado es una pregunta completamente distinta.

Ahora bien, al sugerir que la teoría de la complejidad puede ser útil para analizar las causas del colapso de la Edad del Bronce tardía, quizá estemos aplicando un término científico (o tal vez pseudocientífico) a una situación que no conocemos lo bastante a fondo para extraer conclusiones en firme. Suena bien, pero ¿nos hace avanzar de verdad? ¿Va más allá de ser una forma moderna de expresar un hecho bastante obvio, como es el hecho de que las cosas complicadas

se pueden ir a pique de varias formas?

Hay pocas dudas de que el hundimiento de las civilizaciones de la Edad del Bronce tardía fue complejo, en sus orígenes. Sabemos que son muchas las variables que pueden haberse sumado para provocar el colapso, pero ni siquiera está claro que conozcamos todas las variables y, desde luego, no sabemos cuáles fueron críticas y cuáles no; o si algunas fueron importantes desde el punto de vista local pero su efecto sistémico fue escaso. Por seguir con nuestra analogía de un atasco de tráfico moderno: sabemos cuáles son las variables de un atasco (o la mayoría de ellas). Sabemos algo sobre el número de coches y las carreteras que recorrían (si eran de uno o de varios carriles) y, desde luego, seríamos capaces de predecir, en buena medida, el efecto de algunas variables externas (por ejemplo, una ventisca en una autopista). Pero en el caso de la Edad del Bronce tardía sospechamos (porque no lo sabemos con certeza) que habría varios cientos de variables más que en un sistema de tráfico moderno.

Además, el argumento de que las civilizaciones de la Edad del Bronce eran cada vez más complejas y, en consecuencia, vulnerables al hundimiento, no tiene tanto sentido, en realidad, sobre todo si tenemos en cuenta su «complejidad» en comparación con la de las civilizaciones de la Europa occidental en los últimos tres siglos. Así pues, aunque la teoría de la complejidad pudiera resultar útil para analizar el colapso de la Edad del Bronce tardía cuando ya dispongamos de más detalles sobre todas las civilizaciones relevantes, no parece que vaya a ser tan útil en este estadio; solamente lo sería como forma interesante de situar en un nuevo marco de referencia la clara conciencia de que, a finales de la Edad del Bronce tardía, hubo una multitud de factores que podrían haber ayudado a desestabilizar (y, al final, provocar el hundimiento de) el sistema internacional que había estado vigente, y que funcionó muy bien en varios niveles, desde hacía varios siglos.

Sin embargo, las publicaciones eruditas continúan sugiriendo una progresión lineal para explicar el hundimiento de la Edad del Bronce tardía, pese al hecho de que no es exacto afirmar sin más que una sequía causó una hambruna que, a su vez, hizo que los Pueblos del Mar emigraran, lo que, a su vez, causó el Colapso.[115] La progresión no fue así de lineal; la realidad fue mucho más heterogénea. Probablemente, no existió una única fuerza impulsora, sino toda una serie de catalizadores diversos que añadieron presión al sistema y obligaron a la gente a reaccionar de formas distintas para acomodarse a situaciones cambiantes. La teoría de la complejidad, sobre todo por la claridad con la que concibe una progresión no lineal y una serie de catalizadores, en vez de una causa única, resulta por lo tanto ventajosa tanto para explicar el hundimiento del final de la Edad del Bronce tardía como para aportar una nueva vía de estudio de esta catástrofe.

Epílogo

Repercusiones

Hemos visto que, en la Edad del Bronce tardía, durante más de trescientos años —más o menos desde el reinado de Hatshepsut, que comenzó hacia 1500 a. C., hasta que todo se vino abajo, después de 1200 a. C.—, la región del Mediterráneo acogió un mundo internacional complejo en cuyo seno interactuaron entre sí minoicos, micénicos, hititas, asirios, babilonios, mitanios, cananeos, chipriotas y egipcios. Ello dio origen a un sistema mundial globalizado y cosmopolita que solo raramente se ha podido ver antes de nuestro presente. Quizá este mismo carácter internacional contribuyó al desastre apocalíptico que puso fin a la Edad del Bronce. En 1177 a. C., al parecer, las culturas de Oriente Próximo, Egipto y Grecia eran tan interrelacionadas e interdependientes que la caída de una, a la postre, suponía la caída de las otras; y así, una tras otra, aquellas civilizaciones florecientes fueron siendo destruidas por actos del hombre, de la naturaleza, o una combinación letal de unos y otros.

Sin embargo, incluso después de todo lo que se ha dicho, es necesario reconocer que no podemos determinar con certeza la causa precisa (o la suma precisa de causas) por las que esas civilizaciones se hundieron y, en el Egeo y el Mediterráneo oriental, se inició la transición de la Edad del Bronce tardía a la Edad del Hierro. De hecho, ni siquiera podemos identificar de forma clara los orígenes y motivos de los Pueblos del Mar. Pese a todo, si atamos los diversos cabos de las pruebas que se han presentado a lo largo de este análisis, sí cabe realizar, con relativa confianza, algunas afirmaciones al respecto de este período fundamental.

Por ejemplo, tenemos pruebas razonablemente fidedignas de que continuaron dándose, al menos, algunos contactos internacionales, y quizá cierto comercio, hasta el mismo final abrupto de la era y posiblemente incluso más allá (si cabe fiarse de los estudios más recientes).[1] Así lo ponen de manifiesto, por ejemplo, las últimas cartas de los archivos de Ugarit, que documentan contactos con Chipre, Egipto, los hititas y el Egeo, así como los regalos enviados por el faraón Mineptah al rey de Ugarit tan solo unas décadas antes (a lo sumo) de la destrucción de la ciudad. Como mínimo, hasta que empezaron los problemas no hay pruebas de una disminución perceptible de los contactos y el comercio —con la salvedad, quizá, de momentáneas fluctuaciones de intensidad— en el Egeo y el Mediterráneo oriental.

Pero entonces, el mundo según lo habían conocido durante más de tres

siglos se vino abajo y, en lo esencial, desapareció. Como hemos visto, el final de la Edad del Bronce tardía en las regiones del Egeo y el Mediterráneo oriental —un área que se extendía de Italia y Grecia a Egipto y Mesopotamia— tuvo un desarrollo fluido, se fue produciendo a lo largo de diversos decenios y quizá incluso todo un siglo; no fue un hecho ligado a un año específico. Ahora bien, el octavo año de reinado del faraón egipcio Rameses III —para ser precisos, el 1177 a. C., según la cronología que usan hoy los egiptólogos más modernos— destaca como el año más representativo de todo el colapso. Fue en efecto en ese año, según los anales egipcios, cuando los Pueblos del Mar barrieron la región y sembraron el caos por segunda vez. En aquel año, se libraron grandes batallas terrestres y navales en el delta del Nilo; Egipto tuvo que luchar por su propia supervivencia; algunas de las civilizaciones de mayor vuelo de la Edad del Bronce ya se habían topado con un final repentino.

De hecho, cabría defender que 1177 a. C. es, para el fin de la Edad del Bronce tardía, lo que el año 476 d. C. fue para el fin de Roma y el imperio romano occidental. En uno y otro caso, se trata de fechas a las que los estudiosos modernos pueden referirse, con comodidad, para marcar el final de una gran era. Italia fue invadida y Roma fue saqueada en varias ocasiones durante el siglo V, por ejemplo en 410, por Alarico y los visigodos, y en 455, por Geiserico y los vándalos. Hubo otras muchas razones que contribuyeron a la caída de Roma, además de estos ataques, y el relato es mucho más complejo, según atestiguará con prontitud cualquier historiador romano. Pese a todo, resulta útil, y se considera un recurso académico aceptable, relacionar la invasión de Odoacro y los ostrogodos, en 476 d. C., con el final de los días de gloria de Roma.

El final de la Edad del Bronce tardía y la transición a la Edad del Hierro es un caso similar, en la medida en que el hundimiento y la transición fueron un cambio escalonado, que se desarrolló aproximadamente entre 1225 y 1175 a. C. (o, en algunos lugares, incluso hasta 1130 a. C.). Sin embargo, la segunda invasión de los Pueblos del Mar —que terminó en la batalla catastrófica de estos pueblos contra los egipcios, durante el octavo año de reinado de Rameses III, en 1177 a. C.— es un hito razonable que nos permite elegir una fecha definida para un momento fundamental y un fin de época muy huidizos. Podemos decir con certeza que las civilizaciones de amplio alcance que aún florecían en el Egeo y el antiguo Oriente Próximo en 1225 a. C. habían empezado a desaparecer en 1177 a. C. y se habían desvanecido casi del todo en 1130 a. C. Durante la primera Edad del Hierro, los poderosos reinos e imperios de la Edad del Bronce fueron siendo sustituidos, progresivamente, por ciudades-estado de menor tamaño. En consecuencia, nuestra imagen del mundo del Mediterráneo y el Oriente Próximo, en 1200 a. C., es bastante distinta de la propia de 1100 a. C., y del todo diferente a la imagen de 100 a. C.

Tenemos pruebas claras de que el proceso por el que los habitantes de esas regiones reconstruyeron y rescataron sus sociedades, y forjaron nuevas vidas que les permitieron salir de nuevo de la oscuridad en la que habían caído, se prolongó durante varias décadas (incluso siglos, en algunas zonas). Jack Davis, de la Universidad de Cincinnati, ha señalado por ejemplo que «la destrucción del palacio de Néstor, hacia 1180 a. C., fue tan devastadora que ni el palacio ni la comunidad lograron recuperarse ... La zona del reino micénico de Pilos, como un todo, de hecho, quedó seriamente despoblada durante casi un milenio».[2] Joseph Maran, de la Universidad de Heidelberg, ha comentado asimismo que, aunque no sabemos cuán contemporáneas fueron las destrucciones últimas en Grecia, es evidente que, una vez que concluyeron las catástrofes, «no quedaron palacios, llegó a su fin el uso de la escritura, así como de las estructuras administrativas, y el concepto del gobernante supremo, el *wánax*, desapareció del espectro de las instituciones políticas de la antigua Grecia».[3] En cuanto a la alfabetización y la escritura, lo mismo cabe afirmar de Ugarit y las otras entidades que habían florecido en el Mediterráneo oriental durante la Edad del Bronce tardía, pues con su fin se acabó también la escritura cuneiforme en el Levante, que fue sustituida por otros sistemas de escritura, quizá más útiles o convenientes.[4]

Además de los artefactos, es la escritura la que nos proporciona pruebas concretas y tangibles del carácter interconectado y globalizado de esas regiones durante esos años; en particular, en lo que respecta a las relaciones explícitas entre las distintas personas nombradas en las cartas. Revisten especial importancia el archivo de las cartas de Amarna, en Egipto, de la época de los faraones Amenofis III y Ajenatón, mediado el siglo XIV a. C.; los archivos de Ugarit, en el norte de Siria, de finales del siglo XIII y principios del XII; y los de Hattusa, en Anatolia, entre los siglos XIV y XII. Las cartas de estos diversos archivos documentan el hecho de que, durante la Edad del Bronce tardía, existieron de forma simultánea en las regiones del Egeo y el Mediterráneo oriental numerosos tipos de redes, tales como redes diplomáticas, comerciales, de transportes y de comunicación; y todas eran necesarias para sostener la economía globalizada que, en aquella época, funcionaba y fluía sin sobresaltos. La reducción, o incluso el desmantelamiento parcial, de esas redes relacionadas habría tenido un efecto desastroso en su momento, igual que ocurriría, en tal caso, en nuestro mundo actual.

Sin embargo, como ocurrió con la caída del imperio romano occidental, el final de los imperios de la Edad del Bronce en el Mediterráneo oriental no fue resultado de una sola invasión o una sola causa, sino que se produjo por toda una serie de razones y múltiples incursiones. Muchos de los invasores que sembraron la destrucción en 1177 a. C. ya estaban en activo durante el reinado del faraón Mineptah en 1207 a. C., treinta años antes. El Egeo y el Mediterráneo oriental también sufrieron terremotos, sequías y otros desastres naturales durante varios

decenios. Por ello, no cabe imaginar que hubo ningún incidente aislado capaz de producir por sí solo el fin de la Edad del Bronce; más bien, ese final tuvo que llegar a consecuencia de una compleja serie de acontecimientos que reverberaron por los reinos e imperios interconectados del Egeo y el Mediterráneo oriental, y que a la postre, como hemos visto, provocó el colapso del sistema entero.

Además de la reducción demográfica y el hundimiento por igual de los palacios y los edificios corrientes, parece probable que hubiera una mengua (o al menos, un declive perceptible) en las relaciones entre los varios reinos de la región. Aunque no todos los lugares vivieran la catástrofe y el colapso exactamente al mismo tiempo, a mediados del siglo XII a. C. habían perdido la interconexión y globalización que había existido en especial durante los siglos XIV y XIII a. C. Como ha afirmado Marc Van De Mieroop, de la Universidad de Columbia, las élites perdieron el marco internacional y los contactos diplomáticos que les habían servido de base, al mismo tiempo que dejaron de llegar las ideas y los productos del extranjero.[5] Ahora debían empezar de cero.

Cuando el mundo emergió del hundimiento de la Edad del Bronce, se trataba de hecho de una nueva era que incluía nuevas oportunidades de crecimiento; en particular, con la desaparición de los hititas y el declive de los egipcios, que, entre ambos, además de gobernar sobre sus propias regiones, durante buena parte de la Edad del Bronce tardía habían controlado la mayoría de Siria y el Canaán.[6]

Aunque hubo cierta continuidad en algunas zonas —en particular, con los neoasirios en Mesopotamia—, en su conjunto fue un tiempo para una serie nueva de potencias, un nuevo comienzo con nuevas civilizaciones, como los neohititas en la Anatolia suroriental, el norte de Siria y algunas zonas de más al este; los fenicios, filisteos e israelitas, en lo que había sido Canaán; y los griegos en la Grecia geométrica, arcaica y, por fin, clásica. De las cenizas del viejo mundo surgió el alfabeto y otros inventos, por no mencionar un incremento muy intenso en el uso del hierro, que dio nombre a la nueva era: Edad del Hierro. Es un ciclo que el mundo ha visto una y otra vez, hasta el punto de que muchos han llegado a creer que es un proceso inexorable: el ascenso y la caída de los imperios, seguida por el ascenso de nuevos imperios que, con el tiempo, caerán y serán sustituidos igualmente por imperios aún más nuevos, con una estructura repetida de nacimiento, crecimiento y desarrollo, decadencia o destrucción y, por último, renacimiento en una nueva forma.

Uno de los campos más interesantes y fértiles de la investigación actual sobre el mundo antiguo es el estudio de qué sucede después de que las civilizaciones se hundan —«después del colapso»—, pero este es tema de otro libro.[7] Como ejemplo de esta investigación puede citarse la obra de William Dever, profesor emérito en la Universidad de Arizona y «catedrático distinguido»

de Arqueología del Oriente Próximo en el Lycoming College, quien ha afirmado, sobre el período posterior en la región de Canaán: «Quizá la conclusión más importante que cabe extraer sobre la "Edad Oscura" ... es que no fue nada parecido. Según la luz que van arrojando la investigación y los descubrimientos de la arqueología, [este período] demuestra ser más bien el catalizador de una nueva era: una edad erigida sobre las ruinas de la civilización cananea que legaría todo un patrimonio cultural al moderno mundo de Occidente, en especial por medio de los fenicios y los israelitas, del que aún nos beneficiamos».[8]

Además, según ha afirmado Christopher Monroe, «todas las civilizaciones acaban por experimentar una reestructuración violenta (por ejemplo, destrucción o recreación) de las realidades materiales e ideológicas».[9] Lo podemos ver en el ascenso y la caída constantes de los imperios a lo largo del tiempo, como los de los acadios, asirios, babilonios, hititas, neoasirios, neobabilonios, persas, macedonios, romanos, mongoles, otomanos y otros, y no deberíamos pensar que nuestro mundo actual es invulnerable, porque, de hecho, somos más débiles de lo que nos gusta creer. Si el hundimiento de Wall Street, en Estados Unidos, en 2008, palidece en comparación con el colapso de todo el mundo mediterráneo de la Edad del Bronce tardía, hubo quienes advirtieron que, si no se les ofrecía ayuda de inmediato, podría ocurrir algo parecido en las instituciones bancarias de ámbito mundial. Por ejemplo, el *Washington Post* citaba a Robert B. Zoellick, a la sazón presidente del Banco Mundial, diciendo que «el sistema financiero mundial quizá haya llegado a un "punto límite"», que él definía como «el momento en que una crisis crece hasta transformarse en una debacle total que a los gobiernos les resulta extremadamente difícil contener».[10] En un sistema complejo, como el de nuestro mundo actual, quizá no haría falta más para que el sistema en su conjunto sufriera una desestabilización que derivara en el colapso.

¿Y SI...?

El período de la Edad del Bronce tardía ha sido ensalzado, con toda razón, como una de las edades de oro de la historia del mundo, y un período en el que floreció con éxito una primera economía global. En consecuencia, podríamos preguntarnos si la historia del mundo habría adquirido un desarrollo distinto, si habría seguido otro camino, si las civilizaciones de esas regiones no se hubieran extinguido. ¿Y si no se hubiera producido la serie de terremotos en Grecia y el Mediterráneo oriental? ¿Y si no hubiera habido sequía, hambruna, emigrantes o invasores? La Edad del Bronce tardía, ¿habría acabado llegando a su fin igualmente porque todas las civilizaciones parecen ascender y caer? Las transformaciones que se vivieron luego ¿se habrían producido igual, pasara lo que

pasase? ¿Los cambios habrían continuado? Los avances adicionales en la tecnología, la literatura y la política, ¿habrían ocurrido varios siglos antes de cuando ocurrieron en realidad?

Por descontado, se trata de preguntas retóricas a las que no podemos dar respuesta, porque las civilizaciones de la Edad del Bronce *sí* llegaron a su fin y el proceso *sí* tuvo que empezar de nuevo, a partir de cero, en zonas que iban de Grecia al Oriente Próximo y más allá. Por eso se pudieron asentar nuevos pueblos o nuevas ciudades-estado como los israelitas, arameos y fenicios, en el Mediterráneo oriental, y más adelante los atenienses y espartanos, en Grecia. Ellos nos dieron nuevos cambios e ideas innovadoras, como el alfabeto, la religión monoteísta y, con el tiempo, la democracia. A veces hace falta un incendio descontrolado en gran escala que ayude a renovar el ecosistema de un bosque ya añoso y le permita prosperar con nuevas fuerzas.

Dramatis personæ

(figuras presentadas en orden alfabético)

La cronología de los reyes de Egipto sigue el esquema más comúnmente aceptado, para lo cual véase, por ejemplo, Kitchen, 1982, y Clayton, 1994. La lista siguiente no incluye todos los nombres mencionados en el texto, sino solamente los de los principales gobernantes y otras personas relacionadas con ellos.

Adad-nirari I: rey de Asiria, que gobernó de 1307 a 1275 a. C. Conquistó el reino de Mitanni.

Ahmose: reina egipcia de la Dinastía XVIII; hacia 1520 a. C. Esposa de Tutmosis I y madre de Hatshepsut.

Ajenatón (Akhenaten): faraón hereje de la Dinastía XVIII; gobernó de 1353 a 1334 a. C. Prohibió todos los dioses y diosas, salvo Atón; posiblemente fue monoteísta. Fue esposo de Nefertiti y padre de Tutankhamón.

Amenofis III (Amenhotep III): faraón de la Dinastía XVIII; gobernó de 1391 a 1353 a. C. Mantuvo una extensa correspondencia con otros reyes, hallada en el yacimiento de Amarna; estableció lazos comerciales con zonas tan distantes como Mesopotamia y el Egeo.

Ammistamru I: rey de Ugarit; gobernó hacia 1360 a. C. Mantuvo correspondencia con los faraones egipcios.

Ammistamru II: rey de Ugarit; gobernó de 1260 a 1235 a. C. Era rey cuando Sinaranu envió su barco de Ugarit a Creta.

Ammurapi: último rey de Ugarit; gobernó hacia 1215-1190/1185 a. C.

Amosis I (Ahmose I): faraón y fundador de la Dinastía XVIII; gobernó de 1570 a 1546 a. C. Responsable, junto su hermano Kamose, de expulsar de Egipto a los extranjeros hicsos.

Anjesenamón (Ankhsenamen): reina de Egipto, de la Dinastía XVIII; hacia 1330 a. C. Hija de Ajenatón y esposa de Tutankhamón.

Apofis (Apophis): rey hicso; gobernó en Egipto hacia 1574 a. C., como parte de la Dinastía XV. Se peleó con Seqenenra, el faraón egipcio que gobernó simultáneamente en el resto del país.

Assur-uballit I: rey de Asiria; gobernó de 1363 a 1328 a. C. Mantuvo correspondencia con los faraones de Amarna; interpretó un papel principal en el mundo de la *Realpolitik*.

Ay: faraón de la Dinastía XVIII; gobernó de 1325 a 1321 a. C. Era un militar

que llegó a faraón al casarse con Anjesenamón tras la muerte de Tutankhamón.

Burna-Buriash II: rey kasita de Babilonia; gobernó de 1359 a 1333 a. C. Mantuvo correspondencia con los faraones de Amarna.

Hammurabi: rey de Babilonia; gobernó de 1792 a 1750 a. C. Es famoso por su código legal.

Hatshepsut: reina/faraón de Egipto, de la Dinastía XVIII; gobernó de 1504 a 1480 a. C. Llegó al trono como regente de su hijastro Tutmosis III; gobernó como faraón durante unos veinte años.

Hattusili I: rey hitita; gobernó de 1650 a 1620 a. C. Probablemente fue el responsable de trasladar la capital hitita a Hattusa.

Hattusili III: rey hitita; gobernó de 1267 a 1237 a. C. Firmó el tratado de paz con el faraón egipcio Rameses II.

Idadda: rey de Qatna; es verosímil que fuera derrotado por Hanutti, comandante en jefe del ejército hitita en tiempos de Suppiluliuma I, hacia 1340 a. C.

Jyan (Khyan): rey hicso, Dinastía XV; gobernó hacia 1600 a. C. Es uno de los reyes hicsos mejor conocidos; se han hallado objetos con la inscripción de su nombre en Anatolia, Mesopotamia y la región del Egeo.

Kadashman-Enlil I: rey kasita de Babilonia; gobernó hacia 1374-1360 a. C. Mantuvo correspondencia con los faraones de Amarna; su hija se casó con el faraón egipcio Amenofis III.

Kamose: faraón; último rey de la Dinastía XVII; gobernó de 1573 a 1570 a. C. Fue el responsable, junto con su hermano Amosis, de expulsar de Egipto a los extranjeros hicsos.

Kashtiliashu IV: rey kasita de Babilonia; gobernó hacia 1232-1225 a. C. Fue derrotado por Tukulti-Ninurta I de Asiria.

Kukkuli: Rey de Assuwa, en la Anatolia noroccidental; gobernó hacia 1430 a. C. Inició la rebelión de Assuwa contra los hititas.

Kurigalzu I: rey kasita de Babilonia; gobernó hacia 1400-1375 a. C. Mantuvo correspondencia con los faraones de Amarna; su hija se casó con el faraón egipcio Amenofis III.

Kurigalzu II: rey kasita de Babilonia; gobernó hacia 1332-1308 a. C. Fue un rey títere, colocado en el trono por Assur-uballit I de Asiria.

Kushmeshusha: rey de Chipre; gobernó en los primeros años del siglo XII a. C.; se ha encontrado una carta de este rey en la Casa de Urtenu en Ugarit.

Manetón (Manetho): sacerdote egipcio que vivió y escribió durante el período helenístico, en el siglo III a. C.

Mineptah (o Merneptah): faraón de la Dinastía XIX; gobernó de 1212 a 1202 a. C. Se lo conoce sobre todo por una estela suya, en la que menciona Israel, y por haber combatido contra la primera oleada de los Pueblos del Mar.

Mursili I: rey hitita; gobernó de 1620 a 1590 a. C. Destruyó Babilonia en 1595 a. C., con lo que puso fin a la dinastía de Hammurabi.

Mursili II: rey hitita; gobernó de 1321 a 1295 a. C. Hijo de Suppiluliuma I; escribió las *Oraciones en tiempo de la peste* y otros documentos de importancia histórica.

Muwattalli II: rey hitita; gobernó de 1295 a 1272 a. C. Luchó contra el faraón egipcio Rameses II en la batalla de Qadesh.

Nefertiti: reina egipcia, Dinastía XVIII; gobernó hacia 1350 a. C. Se casó con Ajenatón, el faraón hereje; quizá fuera un poder por detrás del trono.

Niqmaddu II: rey de Ugarit; gobernó hacia 1350-1315 a. C. Mantuvo correspondencia con los faraones de Egipto durante el período de Amarna.

Niqmaddu III: Penúltimo rey de Ugarit; gobernó hacia 1225-1215 a. C.

Niqmepa: rey de Ugarit; gobernó hacia 1313-1260 a. C. Hijo de Niqmaddu II y padre de Ammistamru II.

Rameses II: faraón, Dinastía XIX; gobernó de 1279 a 1212 a. C. Se enfrentó al rey hitita Muwattalli II en la batalla de Qadesh y luego estuvo entre los firmantes del tratado de paz con Hattusili III.

Rameses III: faraón, Dinastía XX; gobernó de 1184 a 1153 a. C. Combatió contra la segunda oleada de los Pueblos del Mar; murió asesinado en una conspiración de harén.

Saushtatar: rey de Mitanni; gobernó hacia 1430 a. C. Amplió el reino de Mitanni atacando a los asirios; quizá luchó contra los hititas.

Sekenenre (Seknenre): faraón, Dinastía XVII; gobernó hacia 1574 a. C. Probablemente murió en combate, con al menos una herida mortal visible.

Shattiwaza: rey de Mitanni; gobernó hacia 1340 a. C. Hijo de Tushratta.

Shaushgamuwa: rey de Amurru, en la costa septentrional de Siria; gobernó hacia 1225 a. C. Firmó un tratado con los hititas, a finales del siglo XIII a. C., que menciona Ahhiyawa.

Shutruk-Nahhunte: rey de Elam, en el sudoeste de Irán; gobernó de 1190 a 1155 a. C. Relacionado con la dinastía kasita, que regía Babilonia, atacó la ciudad y derrocó a su rey en 1158 a. C.

Shuttarna II: rey de Mitanni; gobernó hacia 1380 a. C. Mantuvo correspondencia con los faraones de Amarna; su hija se casó con el faraón egipcio Amenofis III.

Sinaranu: comerciante de Ugarit, hacia 1260 a. C. Envió un barco (o varios) a la Creta minoica; estaba exento de impuestos.

Suppiluliuma I: rey hitita; gobernó hacia 1350-1322 a. C. Fue un rey poderoso, que expandió el dominio hitita a buena parte de Anatolia y, por el sur, hasta el norte de Siria. Mantuvo correspondencia con una reina egipcia que solicitó a uno de sus hijos como esposo.

Suppiluliuma II: último rey hitita; gobernó desde aproximadamente 1207 a. C. Durante su reinado, combatió en varias batallas navales e invadió Chipre.

Tarjundaradu: rey de Arzawa, en el suroeste de Anatolia; gobernó hacia 1360 a. C. Mantuvo correspondencia con los faraones de Amarna; su hija se casó con el faraón egipcio Amenofis III.

Tausert (Twosret): reina egipcia, última soberana de la Dinastía XIX; viuda del faraón Seti II; se sabe que reinaba en 1187-1185 a. C.

Tiy (Tiyi): reina egipcia, Dinastía XVIII; gobernó hacia 1375 a. C. Esposa de Amenofis III; madre de Ajenatón.

Tudhaliya I/II: rey hitita; gobernó hacia 1430 a. C. Sofocó la rebelión de Assuwa y luego dedicó una o varias espadas micénicas en Hattusa.

Tudhaliya IV: rey hitita; gobernó de 1237 a 1209 a. C. Fue responsable del santuario de Yazlikaya, cerca de Hattusa.

Tukulti-Ninurta I: rey de Asiria; gobernó de 1243 a 1207 a. C.

Tushratta: rey de Mitanni; gobernó hacia 1360 a. C. Hijo de Shuttarna II; mantuvo correspondencia con los faraones de Amarna; una hija se casó con el faraón egipcio Amenofis III.

Tutankhamón (Tutankhamen): faraón, Dinastía XVIII; gobernó de 1336 a 1327 a. C. Famoso rey niño, que murió joven y fue enterrado en una tumba con riquezas fabulosas.

Tutmosis I (Thutmose I): faraón, dinastía XVIII; gobernó de 1524 a 1518 a. C. Padre de Hatshepsut y Tutmosis II.

Tutmosis II (Thutmose II): faraón, dinastía XVIII; gobernó de 1518 a 1504 a. C. Fue hermanastro y esposo de Hatshepshut, y padre de Tutmosis III.

Tutmosis III (Thutmose III): faraón, dinastía XVIII; gobernó de 1479 a 1450 a. C. Fue uno de los faraones egipcios más poderosos; durante el primer año de su reinado combatió en la batalla de Megido.

Zannanza: príncipe hitita, hijo de Suppiluliuma I; vivió hacia 1324 a. C.; prometido en matrimonio con una reina egipcia viuda, fue asesinado en el camino de Egipto.

Zimri-Lim: rey de Mari, en lo que hoy es la Siria moderna; gobernó de 1776 a 1758 a. C. Fue contemporáneo de Hammurabi de Babilonia y autor de algunas de las «Cartas de Mari», que nos han permitido conocer más detalles sobre la vida en Mesopotamia durante el siglo XVIII a. C.

Notas

[1] A este respecto, estoy de acuerdo con Jennings, 2011, que ha escrito en fecha reciente sobre las globalizaciones y el mundo antiguo. Anteriormente, véase Sherratt, 2003, en un artículo publicado una década antes de que las correlaciones resultaran aún más evidentes; y ahora, la tesis doctoral escrita, bajo mi dirección, por Katie Paul, 2011.

[2] Diamond, 2005; anteriormente, véanse el volumen de Tainter, 1988, y el editado por Yoffee y Cowgill, 1988; también los análisis de Killebrew, 2005, pp. 33-34; Liverani, 2009; Middleton 2010, pp. 18-19, 24 y 53; y ahora, Middleton, 2012; Butzer, 2012; Butzer y Endfield, 2012. Sobre el ascenso y la caída de los imperios, en particular desde el punto de vista de los sistemas mundiales, lo cual ha sido origen de mucha polémica, véanse Frank, 1993; Frank y Gillis, 1993; Frank y Thompson, 2005. Hace poco (en diciembre de 2012) se celebró en Jerusalén un congreso titulado «Análisis del hundimiento: destrucción, abandono y memoria» (http://www.collapse.huji.ac.il/the-sche dule), pero aún no se han publicado las actas.

[3] Bell, 2012, p. 180.

[4] Bell, 2012, pp. 180-181.

[5] Sherratt, 2003, pp. 53-54. Ahora véase también Singer, 2012.

[6] Braudel, 2001, p. 114.

[7] Véanse Mallowan, 1976; McCall, 2001; Trumpler, 2001.

[1] Roberts (2008, p. 5) observa que el primero en acuñar este término, «peuples de la mer», fue Emmanuel de Rougé, en una publicación de 1867; véanse también Dothan y Dothan, 1992, pp. 23-24; Roberts, 2009; Killebrew y Lehmann, 2013, p. 1.

[2] Véanse, por ejemplo, los análisis recientes de Killebrew, 2005; Yasur-Landau, 2010*a*, y Singer, 2012.

[3] Kitchen, 1982, pp. 238-239; *cf*. Monroe, 2009, pp. 33-34 y n. 28. Algunos egiptólogos sitúan el octavo año de Rameses III un poco antes (1186 a. C.) o un poco después (1175 a. C.), porque en las fechas de los faraones del antiguo Egipto y sus años de reinado no hay una certeza absoluta, y suelen ajustarse según los caprichos y deseos de cada historiador y arqueólogo. Aquí entendemos que el gobierno de Rameses se extendió de 1184 a 1153 a. C.

[4] Raban y Stieglitz, 1991; Cifola, 1994; Wachsmann, 1998, pp. 163-197; Barako, 2001, 2003*a*, 2003*b*; Yasur-Landau, 2003*a*; Yasur-Landau, 2010*a*, pp. 102-121, 171-186, 336-342; Demand, 2011, pp. 201-203.

[5] Según Edgerton y Wilson, 1936, lám. 46; trad. revisada en Wilson, 1969, pp. 262-263; véase también T. Dothan, 1982, pp. 5-13, con ilustraciones.

[6] Véase ahora la compilación de todas las fuentes primarias, egipcias o de otra índole, que hacen mención de los diversos Pueblos del Mar, desde los tiempos de Amenofis III, en la Dinastía XVIII, hasta el período de Rameses IX, en la Dinastía XX, y más allá, realizada por Adams y Cohen, 2013 (en Killebrew y Lehmann, eds., 2013, pp. 645-664 y tablas 1-2).

[7] Roberts, 2008, pp. 1-8; Sandars, 1985, pp. 117-137, 157-177; Vagnetti, 2000; Cline y O'Connor, 2003; Van De Mieroop, 2007, pp. 241-243; Halpern, 2006-2007; Middleton, 2010, p. 83; Killebrew y Lehmann, 2013, pp. 8-11; Emanuel, 2013, pp. 14-27. Véanse también, más adelante, referencias adicionales sobre la cerámica y otros vestigios de la cultura material.

[8] Véase un análisis en Cline y O'Connor, 2003; también en Sandars, 1985, pp. 50 y 133, y ahora en Emanuel, 2013, pp. 14-27. Killebrew y Lehmann (2013, pp. 7-8) señalan que los lukka y danuna también se mencionan en inscripciones egipcias anteriores, de tiempos de Amenofis III y Ajenatón; véanse las tablas 1-2 y el apéndice de Adams y Cohen, 2013, así como Artzy, 2013, pp. 329-332, en el volumen editado por Killebrew y Lehmann.

[9] Véanse Amós IX, 7 y Jeremías XLVII, 4, donde se menciona Creta con uno de sus nombres antiguos, Caftor. Ahora véase Hitchcock, en prensa.

[10] Roberts, 2008, pp. 1-3; Dothan y Dothan, 1992, pp. 13-28. Véanse también Finkelstein, 2000, pp. 159-161, y Finkelstein, 2007, p. 517, para descripciones lúcidas de cómo los primeros arqueólogos bíblicos, como Albright, establecieron correlaciones entre los peleset y los filisteos. Véanse T. Dothan, 1982; Killebrew, 2005, pp. 206-234, y Yasur-Landau, 2010*a*, pp. 2-3 y 216-281, sobre los vestigios materiales que suelen identificarse con los filisteos; y ahora véase el análisis y definición más reciente y complejo de los filisteos en Maeir, Hitchcock y Horwitz, 2013, así como en Hitchcock y Maeir, 2013; véase también los análisis relacionados de Hitchcock, 2011, y Stockhammer, 2013.

[11] Véanse, p. ej., Cifola, 1991; Wachsmann, 1998; Drews, 2000; Yasur-Landau, 2010*b* y 2012*b*; Bouzek, 2011.

[12] Breasted, 1930, pp. X-XI. Ahora véase la biografía de Breasted compuesta por Abt, 2011. Según apunta Abt en la p. 230, Rockefeller autorizó en secreto el uso de otros cincuenta mil dólares, si Breasted los necesitaba, pero sin informarle de ello.

[13] Véase, p. ej., Raban y Stieglitz, 1991.

[14] Según Edgerton y Wilson, 1936, lám. 46; trad. revisada en Wilson, 1969, pp. 262-263.

[15] Según Breasted, 1906 (reimpresión de 2001), vol. 4, p. 201; Sandars, 1985, p. 133. Ahora véase Zwickel, 2012.

[16] Véase, Kahn, 2012, como referencia más reciente, con muchas referencias adicionales.

[17] Según Edel, 1961; véase Bakry, 1973.

[18] Breasted, 1906 (2001), vol. 3, p. 253.

[19] Según Breasted, 1906 (2001), vol. 3, pp. 241, 243, 249.

[20] Véanse análisis en Sandars, 1985, pp. 105-115; Cline y O'Connor, 2003; Halpern, 2006-2007.

[21] <www.livescience.com/22267-severed-hands-ancient-egypt-palace.html> y <www.livescience.com/22266-grisly-ancient-practice-gold-of-valor.html> (visitados por última vez el 15 de agosto de 2012).

[22] Según Edgerton y Wilson, 1936, láms. 37-39.

[23] Ben Dor Evian, 2011, pp. 11-22.

[24] RS 20.238 (*Ugaritica* 5, 24); traducción según Beckman 1996*a*, p. 27; publicación original en Nougayrol *et al.*, 1968, pp. 87-89. Véase también Sandars, 1985, pp. 142-143; Yon, 1992, pp. 116, 119; Lebrun, 1995, p. 86; Huehnergard, 1999, pp. 376-377; Singer, 1999, pp. 720-721; Bryce, 2005, p. 333 (con número incorrecto de tablilla RS). La interpretación precisa de esta carta es una cuestión de polémicas eruditas, pues no está claro si es en realidad una petición de ayuda; de hecho, no está claro cuál podría haber sido la intención principal de la carta.

[25] Schaeffer, 1962, pp. 31-37; también Nougayrol *et al.*, 1968, pp. 87-89; Sandars, 1985, pp. 142-143; Drews, 1993, pp. 13-14.

[26] Véanse, p. ej., las reflexiones de Sandars, 1985; Drews, 1993; Cifola, 1994; y los estudios de las actas de congresos editadas por Ward y Joukowsky (1992) y por Oren (1997). Pero véase igualmente una protesta en sentido contrario, en Raban y Stieglitz, 1991, y ahora los artículos de Killebrew y Lehmann, 2013.

[27] Véase, p. ej., Monroe, 2009; Yasur-Landau, 2010*a*; y los artículos de las actas recopiladas por Bachhuber y Roberts (2009), Galil *et al.* (2012), y Killebrew y Lehmann (2013); también el breve estado de la cuestión de Hitchcock y Maeir, 2013, y la sinopsis de Strobel, 2013.

[28] Bryce, 2012, p. 13.

[29] Roberts, 2008, pp. 1-19. Véase también el análisis de Roberts, 2009; Drews, 1992, pp. 21-24; Drews, 1993, pp. 48-72; Silberman, 1998; Killebrew y Lehmann, 2013, pp. 1-2.

[1] Cline 1995*b*, con referencias; como propuesta más reciente, Cline, Yasur-Landau y Goshen, 2011, también con referencias.
[2] Véase, p. ej., Bietak, 1996, 2005; ahora también Bietak, Marinatos y Palyvou, 2007.
[3] Como referencia más reciente, Kamrin, 2013.
[4] Oren, 1997.
[5] Wente, 2003*a*, pp. 69-71.
[6] Traducción según Pritchard, 1969, pp. 554-555; Habachi, 1972, pp. 37, 49; D. B. Redford, 1992, p. 120; D. B. Redford, 1997, p. 14. [Traducción española de José Miguel Serrano Delgado, *Textos para la historia antigua de Egipto*, Madrid: Cátedra, 1993.]
[7] P. ej. Bietak, 1996, p. 80.
[8] Heimpel, 2003, pp. 3-4.
[9] Dalley, 1984, pp. 89-93, esp. 91-92.
[10] Para tales peticiones, en Mari u otros lugares, véase Cline 1995*a*, p. 150; anteriormente, Zaccagnini, 1983, pp. 250-254; Liverani, 1990, pp. 227-229. Para contactos específicos entre Minos y Mesopotamia, véase Heltzer, 1989, y ahora también Sørensen, 2009; anteriormente también Cline, 1994, pp. 24-30, sobre la cuestión más general de los contactos entre el Egeo y Mesopotamia.
[11] Véase los elementos enumerados en Cline, 1994, pp. 126-128 (D.3-12).
(12] Traducción según Durard, 1983, pp. 454-455; véase también Cline, 1994, p. 127 (D.7).
[13] Véanse estudios en Cline 1994, 1995*a*, 1999*a*, 2007*a* y 2010, con más referencias.
[14] Véase Cline 1994, p. 126 (D.2), con referencias anteriores; también Heltzer, 1989.
[15] Evans, 1921-1935.
[16] Momigliano, 2009.
[17] Se han publicado numerosos libros sobre Minos, sus habitantes o diversos aspectos de su sociedad; véase, por ejemplo, Castleden, 1993 y Fitton, 2002; más recientemente, los artículos específicos de Cline (ed.), 2010.
[18] Sobre la tapa de Jyan, véase Cline, 1994, p. 210 (n.º 680) con referencias adicionales.
[19] Sobre el jarrón de Tutmosis III, véase Cline, 1994, p. 217 (n.º 742), con referencias adicionales.
[20] Cline, 1999*a*, pp. 129-130, con referencias anteriores.
[21] Pendlebury, 1930. Sobre el propio Pendlebury, véase ahora Grundon, 2007. El libro original de Pendlebury ha sido sustituido por un estudio reciente en dos volúmenes; véase Phillips, 2008.
[22] Según se indicó anteriormente en Cline y Cline, 1991.
[23] Panagiotopoulos, 2006, pp. 379, 392-393.

[24] Traducción según Strange, 1980, pp. 45-46. Véase también Wachsmann, 1987, pp. 35-37, 94; Cline, 1994, pp. 109-110 (A.12), con información y referencias adicionales; Rehak, 1998; Panagiotopoulos, 2006, pp. 382-383.
[25] Troy, 2006, pp. 146-150.
[26] Panagiotopoulos, 2006, pp. 379-380.
[27] Panagiotopoulos, 2006, pp. 380-387.
[28] Traducción según Strange, 1980, pp. 97-98. Véase también Wachsmann, 1987, pp. 120-121; Cline, 1994, p. 110 (A.13).
[29] Strange, 1980, p. 74; Wachsmann, 1987, pp. 119-121; Cline, 1994, p. 110 (A.14).
[30] Panagiotopoulos, 2006, pp. 380-383.
[31] Lo apunté por vez primera en un artículo enviado para el encuentro anual del Archaeological Institute of America; véase Cline, 1995*a*, p. 146. Véase también Cline, 1994, pp. 110-111 (A.16); Panagiotopoulos, 2006, pp. 381-382.
[32] Panagiotopoulos, 2006, pp. 372-373, 394; pero véanse las reservas de Liverani, 2001, pp. 176-182. Anteriormente véase Cline, 1995*a*, pp. 146-147; Cline, 1994, p. 110 (A.15).
[33] Clayton, 1994, pp. 101-102; Allen, 2005, p. 261; Dorman, 2005*a*, pp. 87-88; Keller, 2005, pp. 96-98.
[34] Tyldesley, 1998, p. 1; Dorman, 2005*a*, p. 88. Véase también http://www.drhawass.com/blog/press-release-identifying-hatshepsuts-mummy (última consulta: 29 de diciembre de 2010).
[35] Clayton, 1994, p. 105; Dorman, 2005*b*, pp. 107-109.
[36] Tyldesley, 1998, p. 144.
[37] Clayton, 1994, pp. 106-107; Tyldesley, 1998, pp. 145-153; Liverani, 2001, pp. 166-169; Keller, 2005, pp. 96-98; Roth, 2005, p. 149; Panagiotopoulos, 2006, pp. 379-380.
[38] Panagiotopoulos, 2006, p. 373.
[39] Traducción según Strange, 1980, pp. 16-20, n.º 1; véase Cline, 1997*a*, p. 193. [Traducción española de José Miguel Serrano Delgado, *Textos para la historia antigua de Egipto*, Madrid: Cátedra, 1993.]
[40] Cline, 1997*a*, pp. 194-196, con referencias anteriores.
[41] Ryan, 2010, p. 277, y véase también pp. 5-28, 260-281, para la exposición general de cómo el autor dirigió la nueva excavación de la tumba KV 60. Véanse también las noticias de prensa, como http://www.guardians.net/hawass/hatshepsut/search_for_hatshepsut.htm y http://www.drhawass.com/blog/press-release-identifying-hatshep suts-mummy (última consulta en ambos casos: 29 de diciembre de 2010).

[42] Sobre la campaña de Tutmosis III y la captura de Megido, véase Cline, 2000, cap. 1, con referencias adicionales; también, para un resumen muy breve, Allen, 2005, pp. 261-262.
[43] Cline, 2000, p. 28.
[44] Darnell y Manassa, 2007, pp. 139-142; Podany, 2010, pp. 131-134.
[45] Podany, 2010, p. 134.
[46] La traducción clásica y autorizada la publicó Kammenhuber en 1961, en alemán. Para un ejemplo moderno de un instructor ecuestre que intenta usar los métodos de Kikkuli, véase ahora Nyland, 2009.
[47] D. B. Redford, 2006, pp. 333-334; Darnell y Manassa, 2007, p. 141; Amanda Podany, nota personal, 23 de mayo de 2013.
[48] Bryce, 2005, p. 140.
[49] Lo he sugerido previamente en Cline, 1997*a*, p. 196. Asimismo, para mi estudio anterior de este material relacionado con la Rebelión de Assuwa y con Ahhiyawa, del que tomo palabras y detalles en los párrafos inmediatos y más adelante, véase Cline, 2013, pp. 54-68; también Cline, 1996, con referencias anteriores, y Cline, 1997*a*. Véanse también Bryce, 2005, pp. 124-127, con referencias anteriores, y las secciones relevantes de Beckman, Bryce y Cline, 2011.
[50] Traducción y transliteración según Unal, Ertekin y Ediz, 1991, p. 51; Ertekin y Ediz, 1993, p. 721; Cline, 1996, pp. 137-138; Cline, 1997*a*, pp. 189-190.
[51] Sobre los hititas y el material expuesto en los párrafos siguientes, véanse sobre todo las panorámicas de Bryce, 2002, 2005 y 2012 y Collins, 2007.
[52] Véase ahora el estudio sobre los hititas y la Biblia en Bryce, 2012, pp. 64-75.
[53] Véase ahora Bryce, 2012, pp. 47-49 y *passim* sobre los neohititas y su mundo.
[54] Ahora véase Bryce, 2012, p. 13-14; anteriormente Bryce, 2005.
[55] Ley Hitita número 13; traducción según Hoffner, 2007, p. 219.
[56] Según se ha mencionado más arriba, para mi estudio anterior de este material, incluidos los detalles de párrafos inmediatos y posteriores, véase ahora Cline, 2013, pp. 54-68; también Cline, 1996, con referencias anteriores, Cline, 1997*a*, y las secciones relevantes de Beckman, Bryce y Cline, 2011.
[57] Traducción y transliteración completas en Carruba, 1977, pp. 158-161; véase también Cline, 1996, p. 141, para reflexiones adicionales y más referencias relevantes.
[58] Traducción según Houwink ten Cate, 1970, p. 62 (*cf*. también pp. 72 n. 99, 81); véase también Cline, 1996, p. 143, para más referencias adicionales relevantes.
[59] Véase Cline, 1996, pp. 145-146; Cline, 1997*a*, p. 192.
[60] Véanse las referencias dadas en Cline, 2010, pp. 177-179.
[61] Véanse las referencias de Cline, 1994, 1996 y 1997*a*, para los debates sobre la ubicación precisa de Ahhiyawa; ahora véase también Beckman, Bryce y Cline, 2011, así como los puntos de vista alternativos expuestos en Kelder, 2010 y 2012.

[62] Para una breve introducción a Schliemann, con bibliografía adicional, véase ahora Rubalcaba y Cline, 2011.
[63] Véase Schliemann, 1878; Tsountas y Manatt, 1897.
[64] Blegen y Rawson, 1966, pp. 5-6; anteriormente, Blegen y Kourouniotis, 1939, pp. 563-564.
[65] Para la orientación más actual al respecto de los micénicos, véase la reciente recopilación de artículos de Cline (ed.), 2010.
[66] Sobre los productos micénicos hallados en Egipto y otros lugares del Oriente Próximo, véase Cline, 1994 (publicado de nuevo en 2009), con más referencias bibliográficas.
[67] Cline, 1996, p. 149; ahora véase Cline, 2013, pp. 54-68.
[68] Véase Cline, 1997*a*, pp. 197-198 y Cline, 2013, pp. 43-49, con referencias adicionales.
[69] Traducción según Fagles, 1990, p. 185. [Traducción castellana de Emilio Crespo Güemes, *Ilíada*, Madrid: Gredos, 2000.]
[70] Según se afirmaba en Cline, 1997*a*, pp. 202-203.
[71] Kantor, 1947, p. 73.
[72] Panagiotopoulos, 2006, p. 406, n. 1, dice: «No hay razón para creer que Hatshepsut fuera pacifista, pues hay pruebas fiables del al menos cuatro (y quizá incluso seis) campañas militares durante su reinado, una de las cuales encabezó ella misma en persona». Véase anteriormente D. B. Redford, 1967, pp. 57-62.

[1] Cline, 1998, pp. 236-237; Sourouzian, 2004. Mary Beard, profesora de Clásicas en Cambridge, reflexiona sobre estas estatuas en un documento que puede consultarse en la red: http://timesonline.type pad.com/dons_life/2011/01/the-colossi-of-memnon.html (última consulta: 16 enero de 2011).
[2] El trabajo sobre la Lista Egea se inició en 2000; la base completa se terminó de armar en la primavera de 2005, reconstruida a partir de ochocientos fragmentos distintos. Véase el estudio de Sourouzian *et al.*, 2006, pp. 405-406, 433-435, láms. XXIIa, c.
[3] Kitchen, 1965, pp. 5-6; véase también Kitchen, 1966.
[4] Para la publicación original de estas listas, véase Edel, 1966; Edel y Görg, 2005. Para las reflexiones, comentarios e hipótesis de otros eruditos, véanse por ejemplo Hankey, 1981, y Cline, 1987 y 1998, con citas de publicaciones anteriores.
[5] Cline y Stannish, 2011.
[6] Cline, 1987, 1990, 1994 y 1998; Phillips y Cline, 2005.
[7] Cline, 1987, p. 10; véase también Cline, 1990.

[8] Cline, 1994, pp. XVII-XVIII, 9-11, 35, 106; Cline, 1999*a*.

[9] Cline, 1998, p. 248; véase también anteriormente Cline, 1987, y ahora también Cline y Stannish, 2011, p. 11.

[10] Mynářová, 2007, pp. 11-39.

[11] Véanse las Cartas de Amarna, EA 41-44; Moran, 1992, pp. 114-117.

[12] Véase Cohen y Westbrook, 2000.

[13] Véase Moran, 1992, para una traducción inglesa de todas las cartas.

[14] Carta de Amarna EA 17; traducción según Moran, 1992, pp. 41-42. [Traducción española de José Miguel Serrano Delgado, *Textos para la historia antigua de Egipto*, Madrid: Cátedra, 1993. Entre paréntesis, las adiciones y aclaraciones incluidas por Cline; entre corchetes, las del traductor español. Los nombres se ajustan a los empleados a lo largo del libro (por ejemplo, Tusratta, no Tuisheratta).]

[15] Carta de Amarna EA 14; Moran, 1992, pp. 27-37.

[16] Por ejemplo, Cartas de Amarna EA 22, 24 y 25; Moran, 1992, pp. 51-61, 63-84.

[17] Liverani, 1990; Liverani, 2001, pp. 135-137. Ahora véase también Mynářová, 2007, pp. 125-131, específicamente sobre las Cartas de Amarna.

[18] Sobre tales estudios antropológicos, véase una exposición en Cline, 1995*a*, p. 143, con referencias y bibliografía adicionales en la nota al pie número 1.

[19] Carta de Ugarit RS 17.166, citada en Cline, 1995*a*, p. 144, según la traducción de Liverani, 1990, p. 200.

[20] Carta hitita KUB XXIII 102: I 10-19, citada en Cline, 1995*a*, p. 144, según la traducción de by Liverani, 1990, p. 200.

[21] Véase de nuevo Cline, 1995*a*, para un estudio anterior y más completo de esta cuestión.

[22] Carta de Amarna EA 24; traducción según Moran, 1992, p. 63. Véase ahora el análisis de las relaciones entre Tushratta y Amenofis III en Kahn 2011.

[23] Véase la Carta de Amarna EA 20, enviada a Amenofis III, en Moran, 1992, pp. 47-50, y luego las Cartas de Amarna EA 27-29, enviadas posteriormente a Ajenatón, en Moran, 1992, pp. 86-99.

[24] Carta de Amarna EA 22, líneas 43-49; traducción según Moran, 1992, pp. 51-61, esp. 57. Tales matrimonios regios no eran inhabituales en el Oriente Próximo de la antigüedad; véase Liverani, 1990.

[25] Cline, 1998, p. 248.

[26] Carta de Amarna EA 4; traducción según Moran, 1992, pp. 8-10.

[27] Carta de Amarna EA 1; traducción según Moran, 1992, pp. 1-5.

[28] Cartas de Amarna EA 2-3, 5; Moran, 1992, pp. 6-8, 10-11.

[29] P. ej., Carta de Amarna EA 19; traducción según Moran, 1992, p. 4.

[30] Carta de Amarna EA 3; traducción según Moran, 1992, p. 7.

[31] Cartas de Amarna EA 7 y 10; traducción según Moran, 1992, pp. 12-16, 19-20. Véase también Podany, 2010, pp. 249-252.

[32] Carta de Amarna EA 7; traducción según Moran, 1992, p. 14. [33] Carta de Amarna EA 7; Moran, 1992, p. 14. Véase también la Carta de Amarna 8, en la que Burna-Buriash se lamenta a Ajenatón porque sus mercaderes habían recibido otro ataque más, en el que dos perdieron la vida; Moran, 1992, pp. 16-17.

[34] Malinowski, 1922; véase también Uberoi, 1962; Leach y Leach, 1983; Mauss, 1990, pp. 27-29; y el análisis anterior de Cline, 1995*a*.

[35] Así se ha señalado previamente en Cline, 1995*a*, pp. 149-150, con cita de más referencias y bibliografía.

[36] De nuevo, esto ya se ha comentado previamente, en Cline, 1995*a*, p. 150. Entre las referencias y la bibliografía allí citadas figuran Zaccagnini, 1983, pp. 250-254; Liverani, 1990, pp. 227-229; Niemeier, 1991; Bietak, 1992, pp. 26-28. Ahora véase también Niemeier y Niemeier, 1998; Pfälzner, 2008*a*, 2008*b*; Hitchcock, 2005, 2008; Cline y Yasur-Landau, 2013.

[37] Cartas de Amarna EA 33-40. La identificación de Alashiya con Chipre cuenta con una historia erudita larga y complicada. Para un análisis breve e irreverente de esa identificación, véase ahora Cline, 2005.

[38] Carta de Amarna EA 35; Moran, 1992, pp. 107-109. La palabra «talentos» es reconstruida, pero parece sumamente lógica en ese contexto.

[39] Véase la breve nota de Moran, 1992, p. 39.

[40] Carta de Amarna EA 15; traducción según Moran, 1992, pp. 37-38.

[41] Carta de Amarna EA 16; traducción según Moran, 1992, pp. 38-41.

[42] Van De Mieroop, 2007, pp. 131, 138, 175; Bryce, 2012, pp. 182-83.

[43] La revista *Time* elaboró una lista de los 10 artefactos saqueados más famosos del mundo, en la que incluyó este busto: http://www.time.com/time/specials/packages/article/0,28804,1883142_1883129_1883119,00.html (última consulta: 18 de enero de 2011). Véase también este artículo del *New York Times*: http://www.nytimes.com/2009/10/19/world/europe/19iht-germany.html?_r=2 (última consulta: 18 de enero de 2011).

[44] La letra de la canción, cantada por el cómico Steve Martin en *Saturday Night Live* durante los días de la «Tut-manía» en Estados Unidos, a finales de la década de 1970. En internet pueden hallarse numerosas copias del vídeo buscando la secuencia «Steve Martin king Tut».

[45] Hawass, 2005, pp. 263-272.

[46] Hawass, 2010; Hawass *et al.*, 2010.

[47] Reeves, 1990, p. 44.

[48] Reeves, 1990, pp. 40-46.

[49] Reeves, 1990, pp. 48-51.

[50] Reeves, 1990, p. 10.

[51] Véanse fotografías en Reeves, 1990, pp. 52-53.

[52] Bryce, 2005, pp. 148-159; Podany, 2010, pp. 267-271.
[53] Cline, 1998, pp. 248-249. Sobre los matrimonios dinásticos de Amenofis III, véase también Schulman, 1979, pp. 183-185, 189-190; Schulman, 1988, pp. 59-60; Moran, 1992, pp. 101-103.
[54] Traducción según Singer, 2002, p. 62; citado y analizado por Bryce, 2005, pp. 154-155 (véase también 188).
[55] Véase Yener, 2013*a*, con referencias anteriores.
[56] Véase Bryce, 2005, pp. 155-159, 161-163, 175-180; Bryce, 2012, p. 14.
[57] Richter, 2005; Merola, 2007; Pfälzner, 2008*a*, 2008*b*. Véase ahora Richter y Lange, 2012, para la publicación completa del archivo, Ahrens, Dohmann-Pfälzner y Pfälzner, 2012, para el sello de arcilla de Ajenatón, y Morandi Bonacossi, 2013, sobre la crisis final, hacia 1340 a. C.
[58] Véase en análisis en Beckman, Bryce y Cline, 2011, pp. 158-161.
[59] Traducción según Bryce, 2005, p. 178. Lo que sigue debe mucho a la perspectiva de Bryce, 2005, pp. 178-183. Véase también, sin embargo, Cline, 2006, en una versión escrita para niños.
[60] Traducción según Bryce, 2005, pp. 180-181; la carta es KBo xxviii 51.
[61] Traducción según Bryce, 2005, p. 181.
[62] Traducción según Bryce, 2005, p. 182.
[63] Para ejemplos de las diferencias de opinión entre los expertos, Bryce, 2005, p. 179, afirma que la reina viuda era Anjesenamón, pero Reeves, 1990, p. 23, dice que la reina era Nefertiti. Véase también Podany, 2010, pp. 285-289, que cree que era Anjesenamón.
[64] Véase Bryce, 2005, p. 183 y n. 130, con referencias.
[65] Véanse los estudios de Cline, 1991*a*, pp. 133-143; Cline, 1991*b*, pp. 1-9; Cline, 1994, pp. 68-74.
[66] Cline, 1998, p. 249.
[67] Véase Bryce 1989*a*, pp. 1-21; Bryce 1989*b*, pp. 297-310.

[1] Las fuentes necesarias para esto, los detalles y el análisis que sigue son muchas y variadas, pero véase sobre todo Bass, 1986, 1987, 1997 y 1998; Pulak, 1988, 1998, 1999 y 2005; Bachhuber, 2006; Cline y Yasur-Landau, 2007. Ahora véase también Podany, 2010, pp. 256-258.
[2] Bass, 1967; Bass, 1973.
[3] Pulak, 1998, p. 188.
[4] Pulak, 1998, p. 213.

[5] Además de los artículos de Pulak, Bass y Bachhuber, véase la lista de Monroe, 2009, pp. 11-12, y su análisis adicional de las pp. 13-15 y 234-238; también Monroe, 2010. La información se ha actualizado ligeramente gracias a una charla de Cemal Pulak en un congreso académico celebrado en Friburgo, Alemania, en mayo de 2012.

6] Weinstein, 1989.

[7] Véase, como referencia más reciente, Manning *et al.*, 2009.

[8] Payton, 1991.

[9] RS 16.238+254; traducción según Heltzer, 1988, p. 12. Véase también, entre los muchos debates, Caubet y Matoian, 1995, p. 100; Monroe, 2009, pp. 165-166.

[10] RS 16.386; traducción según Monroe, 2009, pp. 164-165.

[11] Singer, 1999, pp. 634-635. Para una parte de la correspondencia que se enviaron los reyes de la época, véase Nougayrol, 1956.

[12] Bryce, 2005, p. 234.

[13] Bryce, 2005, p. 277.

[14] Bryce, 2005, p. 236, con referencias anteriores.

[15] Bryce, 2005, pp. 236-237.

[16] Traducción según Bryce, 2005, pp. 237-238, que sigue a Gardiner.

[17] Bryce, 2005, p. 235.

[18] Bryce, 2005, pp. 238-239.

[19] Bryce, 2005, pp. 277-278.

[20] Traducción según Bryce, 2005, p. 277, que sigue a Kitchen.

[21] Bryce, 2005, pp. 277, 282, 284-285.

[22] Traducción según Bryce, 2005, p. 283, que sigue a Kitchen.

[23] Para una versión más extensa del análisis de esta sección sobre Troya y la guerra de Troya, así como de la del capítulo siguiente, véase Cline, 2013, que se escribió al mismo tiempo que el presente libro e incluye una parte de sus mismos materiales y lenguaje, aunque en un orden distinto y con un examen más detallado, en algunos puntos. En ambos casos, los estudios suponen la versión revisada de un material que este autor publicó por vez primera, con su propio acompañamiento bibliográfico, en la *Guía de referencia* que acompañaba las catorce conferencias del audiolibro *Archaeology and the Iliad: The Trojan War in Homer and History* (Recorded Books/The Modern Scholar, 2006), y se reproduce aquí con permiso del editor.

[24] Véase el análisis de Beckman, Bryce y Cline, 2011, pp. 140-144.

[25] Beckman, Bryce y Cline, 2011, pp. 101-122.

[26] *Ibid*.

[27] *Ibid*.

[28] *Ibid*.

[29] Ahora véase el análisis, con referencias adicionales, en Cline, 2013. Véase también, en general, Strauss, 2006.

[30] Véase, p. ej., Wood, 1996; Allen, 1999; y ahora Cline, 2013.

[31] Mountjoy, 1999*a*, pp. 254-256, 258; véase también Mountjoy, 1999*b*, pp. 298-299; Mountjoy, 2006, pp. 244-245; Cline, 2013, p. 90.

[32] Véase ahora el análisis de Cline, 2013, pp. 87-90.

[33] Véase, p. ej., Loader, 1998; también Shelmerdine, 1998*b*, p. 87; Deger-Jalkotzy, 2008, p. 388; Maran, 2009, pp. 248-250; Kostoula y Maran, 2012, p. 217, donde citan a Maran, 2004.

[34] Hirschfeld, 1990, 1992, 1996, 1999 y 2010; Cline, 1994, pp. 54, 61; Cline, 1999*b*; Cline, 2007*a*, p. 195; Maran, 2004; Maran, 2009, pp. 246-247.

[35] Cline, 1994, pp. 50, 128-130. Ahora véase también las menciones recientes de Monroe, 2009, pp. 196-197, 226-227.

[36] Cline, 1994, pp. 60, 130 (Cat. nos. E13-14); Palaima, 1991, pp. 280-281, 291-295; Shelmerdine, 1998*b*.

[37] Cline, 1994, pp. 60, 130; véase también Palaima, 1991, pp. 280-281, 291-295; Knapp, 1991. Ahora véase Yasur-Landau, 2010*a*, 40, tabla 2.1, que enumera en una útil tabla única estos y los nombres siguientes, que luego ubica en un mapa, en su fig. 2.3.

[38] Cline, 1994, pp. 50, 68-69, 128-131 (Cat. nos. E3, E7, E15-18); véase como referencia más reciente Latacz, 2004, pp. 280-281, que cita a Niemeier, 1999, p. 154, para menciones adicionales en las tablillas de mujeres de Lemnos y Quíos, así como quizá Troya y la Tróade.

[39] Cline, 1994, pp. 50, 129 (Cat. nos. E8-11); anteriormente Astour 1964, p. 194, 1967, pp. 336-344; ahora también Bell, 2009, p. 32.

[40] Cline, 1994, pp. 35, 128 (Cat. nos. E1-2); Shelmerdine, 1998*a*.

[41] Zivie, 1987.

[42] El siguiente estudio del Éxodo es una versión revisada de material que el presente autor publicó primero, con referencias adicionales, en Cline, 2007*b*, y se reproduce aquí con permiso del editor.

[43] Diodoro Sículo, 1.47, traducido por Oldfather, 1961.

[44] Véase el análisis de Cline, 2007*b*, pp. 61-92, con referencias adicionales; también Miller y Hayes, 2006, pp. 39-41; Bryce, 2012, pp. 187-188.

[45] Traducción según Pritchard, 1969, p. 378.

[46] Véase el análisis de Cline, 2007*b*, pp. 83-85, con referencias adicionales; también Hoffmeier, 2005, así como Ben-Tor y Rubiato, 1999.

[47] Véase el análisis de Cline, 2007*b*, pp. 85-87, con referencias adicionales.

[48] Son afirmaciones que se hallan sobre todo, pero con facilidad, en la red. Véase porejemplo http://www.discoverynews.us/DISCOVERY%20MUSEUM/BibleLandsDisplay/Red_Sea_Chariot_Wheels/Red_Sea_Chariot_Wheels_1.html (última consulta: 27 de mayo de 2013).

[49] En cuanto a la fecha de la erupción, que en las últimas décadas ha generado mucha polémica entre los expertos, véase Manning, 1999, 2010, con referencias adicionales.

[50] Cline, 2007*b*, 2009*a*, 2009*b*, con referencias.

[51] Zuckerman, 2007*a*, p. 17, que cita publicaciones anteriores de Garstang, Yadin y Ben-Tor. Ahora véase también Ben-Tor, 2013.

[52] Zuckerman, 2007*a*, p 24.

[53] Ben-Tor y Zuckerman, 2008, pp. 3-4, 6.

[54] Ben-Tor, 1998, 2006, 2013; Ben-Tor y Rubiato, 1999; Zuckerman, 2006, 2007*a*, 2007*b*, 2009 y 2010; Ben-Tor y Zuckerman, 2008; ahora véase Ashkenazi, 2012; Zeiger, 2012; Marom y Zuckerman, 2012.

[55] Véase los análisis, con referencias adicionales, de Cline, 2007*b*, pp. 86-92; Cline, 2009*a*, pp. 76-78; y también Cline, 2009*b*.

[56] Bryce, 2009, p. 85.

[57] Kuhrt, 1995, pp. 353-354; Bryce, 2012, pp. 182-183.

[58] Bryce, 2005, p. 314.

[59] Porada, 1992, pp. 182-183; Kuhrt, 1995, pp. 355-358; Singer, 1999, pp. 688-690; Potts, 1999, p. 231; Bryce, 2005, pp. 314-319; Bryce, 2009, p. 86; Bryce, 2012, pp. 182-185. Nótese que Singer sitúa el principio del reinado de Tukulti-Ninurta en 1233 a. C., no en 1244 a. C.

[60] Sobre la batalla contra los hititas, en Nihriya (norte de Mesopotamia), véase Bryce, 2012, pp. 54, 183-184, entre otros. Sobre el posible regalo enviado a la Tebas beocia, véase el análisis inicial de Porada, 1981, examinado brevemente en Cline, 1994, pp. 25-26.

[61] Traducción según Beckman, Bryce y Cline, 2011, p. 61; anteriormente, Bryce, 2005, pp. 315-319.

[62] Traducción según Beckman, Bryce y Cline, 2011, p. 63.

[63] Lo he analizado en varias publicaciones precedentes; como referencia más reciente véase Cline, 2007*a*, p. 197, con bibliografía.

[64] Traducción según Beckman, Bryce y Cline, 2011, p. 61; anteriormente Bryce, 2005, pp. 309-310.

[65] Véase el análisis de Beckman, Bryce y Cline, 2011, pp. 101-122; antes Bryce, 1985, 2005, pp. 306-308.

[66] Bryce, 2005, pp. 321-322; Demand, 2011, p. 195. Ahora véase también Kaniewski *et al.*, 2013, sobre una posible sequía en la propia Chipre, en aquella época, tema sobre el que volveremos más adelante.
[67] Traducción según Bryce, 2005, p. 321, que sigue a Güterbock, y análisis en las pp. 321-322 y 333; véase también la traducción similar de Beckman, 1996*b*, p. 32, y las reflexiones de Hoffner, 1992, pp. 48-49.
[68] Traducción según Beckman, 1996*b*, p. 33; véase también Bryce, 2005, p. 332; Singer, 2000, p. 27; Singer, 1999, pp. 719, 721-722; Hoffner, 1992, pp. 48-49; Sandars, 1985, pp. 141-142.
[69] Bryce, 2005, pp. 323, 327-333; Singer, 2000, pp. 25-27; Hoffner, 1992, pp. 48-49.
[70] Singer, 2000, p. 27.
[71] Phelps, Lolos y Vichos, 1999; Lolos, 2003.
[72] Bass, 1967; Bass, 1973.
[73] Bass, 1988; Bass, 2013.
[74] Cline, 1994, pp. 100-101.

[1] Yon, 2006, p. 7. La bibliografía académica sobre estos yacimientos es inmensa, pero Yon, 2006, resulta bastante breve y muy accesible, igual que, anteriormente, Curtis, 1999. Sobre la historia política y económica de Ugarit, véase también el buen resumen y panorámica de Singer, 1999. Véase asimismo Podany, 2010, pp. 273-275.
[2] Caubet, 2000; Yon, 2003, 2006, pp. 7-8.
[3] Véase Yon, 2006, pp. 142-143, para una imagen de los recipientes cananeos *in situ*, con un breve análisis y más referencias.
[4] Dietrich y Loretz, 1999; Yon, 2006, pp. 7-8, 44, con referencias adicionales.
[5] Yon, 2006, pp. 7-8, 19, 24; Lackenbacher, 1995*a*, p. 72; Singer, 1999, pp. 623-627, 641-642, 680-681, 701-704. Las Cartas de Amarna enviadas por los reyes de Ugarit son EA 45 y 49, y otras podrían ser EA 46-48; véase Moran, 1992.
[6] Van Soldt, 1991; Lackenbacher, 1995*a*, pp. 69-70; Millard, 1995, p. 121; Huehnergard, 1999, p. 375; Singer, 1999, p. 704. Véase ahora, más recientemente, Singer, 2006, esp. pp. 256-258; Bell, 2006, p. 17; McGeough, 2007, pp. 325-32.
[7] Singer, 1999, pp. 657-660, 668-673; Pitard, 1999, pp. 48-51; Bell, 2006, pp. 2, 17; McGeough, 2007; Bell, 2012, p. 180.
[8] Yon, 2006, pp. 20-21, con ilustración y análisis de objetos específicos en pp. 129-172, incluidas pp. 168-169, para la espada; Singer, 1999, pp. 625, 676; McGeough, 2007, pp. 297-305.
[9] Documentado en la tablilla RS 17.382 + RS 17.380; véase Singer, 1999, p. 635;McGeough, 2007, p. 325.

[10] Lackenbacher, 1995*a*; Bordreuil y Malbran-Labat, 1995; Malbran-Labat, 1995. Entre los estudios previos del final de Ugarit se incluyen los de Astour, 1965, y Sandars, 1985.
[11] Yon, 2006, pp. 51, 54; McGeough, 2007, pp. 183-184, 254-255, 333-335; Bell, 2012, pp. 182-183. Sobre el ciprio-minoico, véase Hirschfeld, 2010, con referencias.
[12] Yon, 2006, pp. 73-77, con referencias; Van Soldt, 1999, pp. 33-34; Bell, 2006, p. 65; McGeough 2007, pp. 247-249; Bell, 2012, p. 182.
[13] Texto ugarítico RS 20.168; véase Singer, 1999, pp. 719-720; publicado originalmente en Nougayrol *et al*., 1968, pp. 80-83.
[14] Malbran-Labat, 1995; Bordreuil y Malbran-Labat, 1995; Singer, 1999, p. 605; Van Soldt, 1999, pp. 35-36; Yon, 2006, pp. 22, 87-88; Bell, 2006, p. 67; McGeough, 2007, pp. 257-259; Bell, 2012, pp. 183-184. Ahora véase también Bordreuil, Pardee y Hawley, 2012.
[15] RS 34.165. Lackenbacher, en Bordreuil, 1991, pp. 90-100; Hoffner, 1992, p. 48; Singer, 1999, pp. 689-690.
[16] Singer, 1999, pp. 658-659; ahora véase también Cohen y Singer, 2006; McGeough, 2007, pp. 184, 335.
[17] Singer, 1999, pp. 719-720, que resume informaciones previas; Bordreuil y Malbran-Labat, 1995, p. 445.
[18] Lackenbacher y Malbran-Labat, 2005, pp. 237-238 y nn. 69, 76; Singer, 2006, pp. 256-258; Cline y Yasur-Landau, 2007, p. 130; Bryce, 2010; Bell, 2012, p. 184. La carta del rey hitita (probablemente Suppiluliuma II) es RS 94.2530; la del destacado funcionario hitita, RS 94.2523.
[19] RS 88.2158. Lackenbacher, 1995*b*, pp. 77-83; Lackenbacher, en Yon y Arnaud, 2001, pp. 239-247; véase el análisis de Singer, 1999, pp. 708-712; Singer, 2000, p. 22.
[20] RS 34.153; Bordreuil, 1991, pp. 75-76; traducción según Monroe, 2009, pp. 188-189.
[21] RS 17.450A; véase el análisis de Monroe, 2009, pp. 180, 188-189.
[22] Malbran-Labat, 1995, p. 107.
[23] Millard, 1995, p. 121.
[24] Singer, 1999, pp. 729-730 y n. 427; Caubet, 1992, p. 123; Yon, 2006, p. 22; Kaniewski *et al*., 2011, pp. 4-5.
[25] Yon, 1992, pp. 111, 117, 120; Singer, 1999, p. 730; Bell, 2006, pp. 12, 101-102.
[26] Texto de Ugarit RS 86.2230. Véase Yon, 1992, p. 119; Hoffner, 1992, p. 49; Drews, 1993, p. 13; Singer, 1999, pp. 713-715; Arnaud, en Yon y Arnaud 2001, pp. 278-279; Yasur-Landau, 2003*d*, p. 236; Bell, 2006, p. 12; Yon, 2006, p. 127; Yasur-Landau, 2010*a*, p. 187; Kaniewski *et al*., 2010, p. 212; Kaniewski *et al*., 2011, p. 5.

[27] KTU 1.78 (RS 12.061); ahora véase Kaniewski *et al.*, 2010, p. 212, y Kaniewski *et al.*, 2011, p. 5, que citan a Dietrich y Loretz, 2002. Contra Demand, 2011, p. 199, que cita una publicación anterior de Lipinski, es improbable que la destrucción fuera tan tardía, en el 1160 a. C.
[28] Véase, p. ej., Sandars, 1985.
[29] Véase Millard, 1995, p. 119, y Singer, 1999, p. 705, con referencias anteriores; también Van Soldt, 1999, p. 32; Yon, 2006, p. 44; Van De Mieroop, 2007, p. 245; McGeough, 2007, pp. 236-237; McGeough, 2011, p. 225.
[30] Yon, 1992, p. 117; Caubet, 1992, p. 129; McClellan 1992, pp. 165-167; Drews, 1993, pp. 15, 17; Singer, 2000, p. 25.
[31] Courbin, 1990, citado en Caubet, 1992, p. 127; véase también Lagarce y Lagarce, 1978.
[32] Bounni, Lagarce y Saliby, 1976; Bounni, Lagarce y Saliby, 1978, citados por Caubet, 1992, p. 124; véase también Drews, 1993, p. 14; Singer, 2000, p. 24; Yasur-Landau, 2010*a*, pp. 165-166; Killebrew y Lehmann, 2013, p. 12.
[33] Kaniewski *et al.*, 2011, p. 1, y véase la fig. 2. Para estudios anteriores de los descubrimientos realizados en ese yacimiento, véase Maqdissi *et al.*, 2008; Bretschneider y Van Lerberghe, 2008, 2011; Vansteenhuyse, 2010; Bretschneider, Van Vyve y Jans, 2011.
[34] Kaniewski *et al.*, 2011, pp. 1-2.
[35] Kaniewski *et al.*, 2011, p. 1.
[36] Véase Badre, 2003, y el estudio posterior; también Badre *et al.*, 2005; Badre, 2006, 2011; Jung, 2009; Jung, 2010, pp. 177-178.
[37] Jung, 2012, pp. 115-116.
[38] Drews, 1993, p. 7 n. 11, pp. 15-16; *cf.* anteriormente Franken, 1961; T. Dothan, 1983, pp. 101, 104; Dever, 1992, p. 104. Ahora véase también Gilmour y Kitchen, 2012.
[39] Véase el breve análisis de Weinstein, 1992, p. 143, con referencias anteriores.
[40] Véase el breve panorama y análisis de Dever, 1992, pp. 101-102.
[41] Loud, 1948, p. 29 y figs. 70-71; *cf.* también Kempinski, 1989, pp. 10, 76-77, 160; Finkelstein, 1996, pp. 171-172; Nur y Ron, 1997, pp. 537-539; Nur y Cline, 2000, p. 59.
[42] Ussishkin, 1995; también nota personal de mayo de 2013.
[43] Weinstein, 1992, pp. 144-145; Ussishkin, 1995, p. 214; Finkelstein, 1996, p. 171; *cf.* Loud, 1939, lám. 62, n.º 377.
[44] Véanse, como referencias más recientes, Feldman, 2002, 2006 y 2009; Steel, 2013, pp. 162-169. Anteriormente, Loud, 1939; Kantor, 1947.
[45] Weinstein, 1992, pp. 144-145; Ussishkin, 1995, p. 214; Finkelstein, 1996, p. 171; Ahora véase también Yasur-Landau, 2003*d*, pp. 237-238; Zwickel, 2012, pp. 599-600.

[46] Información de Israel Finkelstein, Eran Arie y Michael Toffolo; les agradezco que me hayan permitido mencionar sus trabajos en marcha, inéditos por el momento.
[47] Ussishkin, 1995, p. 215.
[48] Ussishkin, 2004*b*, tablas 2.1 y 3.3.
[49] Ussishkin, 2004*b*, pp. 60-69.
[50] Ussishkin, 2004*b*, pp. 60-62.
[51] Ussishkin, 2004*b*, pp. 62, 65-68.
[52] Ussishkin, 2004*b*, p. 71; Barkay y Ussishkin, 2004, p. 357.
[53] Zuckerman, 2007*a*, p. 10, que cita a Barkay y Ussishkin, 2004, pp. 353, 358-361 y Smith, 2004, pp. 2.504-2.507.
[54] Barkay y Ussishkin, 2004, p. 361; Zuckerman, 2007*a*, p. 10.
[55] Ussishkin, 2004*b*, p. 70; también Ussishkin, 1987.
[56] Ussishkin, 2004*b*, pp. 69-70, con referencias a las publicaciones anteriores.
[57] Ussishkin, 1987; Ussishkin, 2004*b*, p. 64 y láminas en color en p. 136; véase también Weinstein, 1992, pp. 143-144; Giveon, Sweeney y Lalkin, 2004, pp. 1.626-1.628; Ussishkin, 2004*d*, con láminas. Ahora véase también Zwickel, 2012, pp. 597-598.
[58] Ussishkin, 1987.
[59] Carmi y Ussishkin, 2004, pp. 2.508-2.513, y tabla 35.1; Barkay y Ussishkin, 2004, p. 361; Ussishkin, 2004*b*, p. 70; Giveon, Sweeney y Lalkin, 2004, pp. 1.627-1.628, con referencias anteriores. Ussishkin, en nota personal del 14 de mayo de 2013, escribe: «En cuanto a fechar la destrucción de Laquis VI en 1130, lo sugerí no partiendo del C14, sino basándome en suponer que los egipcios debían controlar Laquis cuando ya controlaban Megido y Beth Shan, situadas más al norte, y según la estatua de Rameses VI en Megido, estas ciudades tuvieron que existir hasta aproximadamente 1130. Aún sostengo la idea».
[60] Zwickel, 2012, p. 598, con referencias anteriores.
[61] Ussishkin, 2004*b*, p. 70.
[62] *Ibid*.
[63] Ussishkin, 2004*b*, pp. 69-72, con referencias a publicaciones anteriores.
[64] Ussishkin, 1987; Ussishkin, 2004*b*, pp. 71-72; Zuckerman, 2007*a*, p. 10. Ahora véase también Zwickel, 2012, pp. 597-598.
[65] Ussishkin, 2004*b*, p. 71, y láminas a color en p. 127; véase también Barkay y Ussishkin, 2004, pp. 358, 363; Smith, 2004, pp. 2.504-2.507.
[66] Véase anteriormente Nur y Ron, 1997; Nur y Cline, 2000, 2001; Nur y Burgess, 2008; Cline, 2011.
[67] Ussishkin, 2004*c*, pp. 216, 267, 270-271.
[68] Weinstein, 1992, p. 147.

[69] Master, Stager y Yasur-Landau, 2011, p. 276; véase anteriormente M. Dothan, 1971, p. 25; T. Dothan, 1982, pp. 36-37; Dever, 1992, pp. 102-103; Dothan y Dothan, 1992, pp. 160-161; M. Dothan, 1993, p. 96; Dothan y Porath, 1993, p. 47; T. Dothan, 1990, 2000; Stager, 1995; Killebrew, 1998, pp. 381-382; Killebrew, 2000; Gitin, 2005; Barako, 2013, p. 41. Ahora véase también el breve análisis de Demand, 2011, pp. 208-210, y el detallado estudio y debate, con todas las referencias, a lo que constituye la cultura filistea y cómo podrían haberse relacionado los filisteos con la población cananea local en Killebrew, 2005, pp. 197-245; Killebrew, 2006-2007; Killebrew, 2013; Yasur-Landau, 2010*a*, esp. pp. 216-334; Faust y Lev-Tov, 2011; Yasur-Landau, 2012*a*; Killebrew y Lehmann, 2013, p. 16; Sherratt, 2013; y Maeir, Hitchcock y Horwitz, 2013.
[70] T. Dothan, 2000, p. 147, y véase una afirmación muy similar en T. Dothan, 1998, p. 151. Véase también Yasur-Landau, 2010*a*, pp. 223-224.
[71] Master, Stager y Yasur-Landau, 2011, pp. 261, 274-276 y *passim*; véase también, anteriormente, T. Dothan, 1982, p. 36.
[72] Stager, 1995, p. 348, citado específicamente por Yasur-Landau, 2012*a*, p. 192. Véase también Middleton, 2010, pp. 85, 87.
[73] Potts, 1999, pp. 206, 233 y tablas 7.5-7.6. Véase también el análisis de Zettler, 1992, pp. 174-176.
[74] Traducción según Potts, 1999, p. 233 y tabla 7.6.
[75] Potts, 1999, pp. 188, 233 y tabla 7.9; Bryce, 2012, pp. 185-187.
[76] Yener, 2013*a*; Yener, 2013*b*, p. 144.
[77] Drews, 1993, p. 9.
[78] Véanse los comentarios, precisamente sobre esta cuestión, de Güterbock, 1992, p. 55, con referencias a publicaciones anteriores de Kurt Bittel, Heinrich Otten y otros. Ahora véase también el análisis de Bryce, 2012, pp. 14-15.
[79] Neve, 1989, p. 9; Hoffner, 1992, p. 48; Güterbock, 1992, p. 53; Bryce, 2005, pp. 269-271, 319-321; Genz, 2013, pp. 469-472.
[80] Hoffner, 1992, pp. 49, 51.
[81] Hoffner, 1992, pp. 46-47, con referencias a publicaciones anteriores de Kurt Bittel, Heinrich Otten y otros; ahora véase también Singer, 2001; Middleton, 2010, p. 56.
[82] Muhly, 1984, pp. 40-41.
[83] Bryce, 2012, p. 12; Genz, 2013, p. 472.
[84] Seeher, 2001; Bryce, 2005, pp. 345-346; Van De Mieroop, 2007, pp. 240-241; Demand, 2011, p. 195; Bryce, 2012, p. 11; Genz, 2013, pp. 469-472.
[85] Drews, 1993, pp. 9, 11, con referencias; Yasur-Landau, 2010*a*, pp. 159-161, 186-187, con referencias. Sobre Tarso, véase ahora Yalçin, 2013.
[86] Drews, 1993, p. 9, con referencias.

[87] Bryce, 2005, pp. 347-348. Otros ya lo habían advertido antes que Bryce; véase, por ejemplo, Güterbock, 1992, p. 53, que cita a Bittel; ahora véase también Genz, 2013.
[88] Como en la sección del capítulo precedente sobre Troya y la guerra de Troya, este breve estudio de Troya VIIa y su destrucción repite material incluido en Cline, 2013, que se escribió al mismo tiempo que el presente libro. De nuevo, asimismo, el análisis representa la versión revisada de un material que este autor publicó por vez primera, con su propio acompañamiento bibliográfico, en la *Guía de referencia* que acompañaba las catorce conferencias del audiolibro *Archaeology and the Iliad: The Trojan War in Homer and History* (Recorded Books/The Modern Scholar, 2006), y se reproduce aquí con permiso del editor.
[89] Mountjoy, 1999*b*, pp. 300-301 y tabla 1 de p. 298; Mountjoy, 2006, pp. 245-248; ahora véase Cline, 2013, p. 91.
[90] Mountjoy, 1999*b*, pp. 296-297; ahora véase Cline, 2013, pp. 93-94.
[91] Véase, p. ej., Blegen *et al.*, 1958, pp. 11-12.
[92] Transcripción del documental de la BBC *The Truth of Troy*, en http://www.bbc.co.uk/science/horizon/2004/troytrans.shtml (última consulta: 17 de abril de 2012); ahora véase también el análisis de Cline, 2013, pp. 94-101.
[93] Véase Mountjoy, 1999*b*, pp. 333-334, y ahora Cline, 2013, p. 94.
[94] Véase, p. ej., Deger-Jalkotzy, 2008, pp. 387, 390, y la lista de yacimientos de Shelmerdine, 2001, p. 373, n. 275.
[95] Middleton, 2010, pp. 14-15. Ahora véase el análisis complementario de Middleton, 2012, pp. 283-285.
[96] Blegen y Lang, 1960, pp. 159-160.
[98] En origen véase Blegen y Rawson, 1966, pp. 421-422. Para la nueva fecha de la destrucción de Pilos, véase ahora Mountjoy, 1997; Shelmerdine, 2001, p. 381.
[99] Blegen y Kourouniotis, 1939, p. 561.
[100] Davis, 2010, p. 687. Véase también el análisis de Davis, 1998, pp. 88, 97.
[101] Blegen, 1955, p. 32, y véanse también las menciones constantes de Blegen y Rawson, 1966.
[102] Véase como referencia más reciente Deger-Jalkotzy, 2008, p. 389, con alusión a los pros y contras del debate, que incluyen a Hooker, 1982, Baumbach, 1983, y Palaima, 1995; véase también Shelmerdine, 1999, y Maran, 2009, p. 245, con referencias.
[103] Iakovidis, 1986, p. 259.
[104] Taylour, 1969, pp. 91-92, 95; Iakovidis, 1986, pp. 244-245, según se cita en Nur y Cline, 2000, p. 50.
[105] Wardle, Crouwely French, 1973, p. 302.
[106] French, 2009, p. 108; véase también French, 2010, pp. 676-677.

[107] Iakovidis, 1986, p. 259; véase también Middleton, 2010, p. 100.
[108] Iakovidis, 1986, p. 260.
[109] Véase Yasur-Landau, 2010*a*, pp. 69-71; ahora véase también la tesis de doctorado de Murray, 2013, y la tesis de maestría de Enverova, 2012.
[110] Maran, 2009, pp. 246-247; Cohen, Maran y Vetters, 2010; Kostoula y Maran, 2012.
[111] Maran, 2010, p. 729, que cita a Kilian, 1996.
[112] Véanse todas las referencias en Nur y Cline, 2000, pp. 51-52, donde se publicó inicialmente este material; véase también Nur y Cline, 2001.
[113] Kilian, 1996, p. 63, citado en Nur y Cline, 2000, p. 52.
[114] Véase Yasur-Landau, 2010*a*, pp. 58-59, 66-69, con referencias adicionales; Maran, 2010; Middleton, 2010, pp. 97-99; Middleton, 2012, p. 284.
[115] Karageorghis, 1982, p. 82.
[116] Karageorghis, 1982, pp. 82-87; actualizado luego en Karageorghis, 1992, pp. 79-86; ahora véase también Karageorghis, 2011. Véase asimismo Sandars, 1985, pp. 144-148; Drews, 1993, pp. 11-12; Bunimovitz, 1998; Yasur-Landau, 2010*a*, pp. 150-151; Middleton, 2010, p. 83; Jung, 2011.
[117] Karageorghis, 1982, pp. 86-88, 91.
[118] Karageorghis, 1982, p. 88; ahora véase el breve análisis de Demand, 2011, pp. 205-206.
[119] Karageorghis, 1982, p. 89.
[120] Sobre la destrucción de Enkomi, véase Steel, 2004, p. 188, que cita anteriores informes de excavaciones; ahora véase también Mountjoy, 2005. Sobre el texto de Ugarit —RS 20.18 (Ugaritica 5.22)—, véase Karageorghis, 1982, p. 83; se publicó originalmente en Nougayrol *et al.*, 1968, pp. 83-85, y se cita con una nueva traducción en Bryce, 2005, p. 334; véase también Sandars, 1985, p. 142.
[121] Drews, 1993, pp. 11-12; Muhly, 1984; Karageorghis, 1992.
[122] Steel, 2004, p. 187. Ahora véase también Iacovou, 2008 y Iacovou, 2013 (este último se escribió y presentó en 2001 y actualizó en 2008, pero no después, según la autora).
[123] Steel, 2004, p. 188.
[124] Steel, 2004, pp. 188-190; ahora véase también el análisis de la cerámica de esos yacimientos en Jung, 2011.
[125] Voskos y Knapp, 2008; Middleton, 2010, p. 84; Knapp, 2012; ahora véase también Karageorghis, 2011, por sus reflexiones sobre la cuestión.
[126] Åström, 1998, p. 83.
[127] Kaniewski *et al.*, 2013.
[128] Karageorghis, 1982, pp. 89-90. Para una traducción de la «Historia de Unamón», véase Wente, 2003*b*.
[129] Steel, 2004, pp. 186-187, 208-213; véase también el análisis de Iacovou, 2008.

[130] Kitchen, 2012, pp. 7-11.
[131] Snape, 2012, pp. 412-413; anteriormente Clayton, 1994, pp. 164-165. Para toda la historia, véase S. Redford, 2002.
[132] Clayton, 1994, p. 165; S. Redford, 2002, p. 131.
[133] Véase Zink *et al.,* 2012, y otros informes de los medios de comunicación, en *Los Angeles Times*, *USA Today* y otros, consultables en http://articles.latimes.com/2012/dec/18/science/la-sci-sn-egypt-mummy-pharoah-ramses-murder-throat-slit-20121218, http://www.usatoday.com/story/tech/sciencefair/2012/12/17/ramses-ramesses-murdered-bmj/1775159/, y http://www.pasthorizonspr.com/index.php/archives/12/2012/ramesses-iii-and-the-harem-conspiracy-murder (última consulta en todos los casos: 29 de mayo de 2013).
[134] Véase de nuevo Zink *et al.,* 2012, y las noticias citadas en la nota precedente.
[135] *Cf*. Singer, 2000, p. 24, y Caubet, 1992, p. 124, sobre los nuevos asentamientos en lugares como Ras Ibn Hani de personas que fabricaban y usaban la cerámica del Heládico Tardío IIIC1. Ahora véase también Sherratt 2013, pp. 627-628.
[136] Caubet, 1992, p. 127; ahora véase también Yasur-Landau, 2010*a*, p. 166; Killebrew y Lehmann, 2013, p. 12, con referencias adicionales.
[137] Steel, 2004, pp. 188-208, donde cita muchos estudios anteriores; véase también Yasur-Landau, 2010*a*, *passim*.

[1] Según decía sir Arthur Conan Doyle en «El sabueso de los Baskerville».
[2] Véase, p. ej., Sandars, 1985; Drews, 1993; y las actas de congresos editadas por Ward y Joukowsky, 1992 (en especial la panorámica de Muhly, 1992) y Oren, 1997.
[3] Véase de nuevo, p. ej., Monroe, 2009; Middleton, 2010; Yasur-Landau, 2010*a*; y las actas de congresos editadas por Bachhuber y Roberts, 2009, Galil *et al.,* 2012, y Killebrew y Lehmann, 2013; también los resúmenes breves y análisis más extensos de Killebrew, 2005, pp. 33-37; Bell, 2006, pp. 12-17; Dickinson, 2006, pp. 46-57; Friedman, 2008, pp. 163-202; Dickinson, 2010; Jung, 2010; Wallace, 2010, pp. 13, 49-51; Kaniewski *et al.,* 2011, p. 1; y Strobel, 2013.
[4] Davis, 2010, p. 687.
[5] Deger-Jalkotzy, 2008, pp. 390-391; Maran, 2009, p. 242. Véase también Shelmerdine, 2001, pp. 374-376, 381, y en especial el estudio detallado de las causas posibles en el Egeo de la Edad del Bronce en Middleton, 2010, así como en Middleton, 2012, y los análisis de Murray, 2013, y Enverova, 2012.

[6] Schaeffer, 1948, p. 2; Schaeffer, 1968, pp. 756, 761, 763-765, 766, 768; Drews, 1993, pp. 33-34; Nur y Cline, 2000, p. 58; Bryce, 2005, pp. 340-341; Bell, 2006, p. 12.

[7] Callot, 1994, p. 203; Callot y Yon, 1995, p. 167; Singer, 1999, p. 730.

[8] Véase Nur y Cline, 2001, con análisis completo y referencias en Nur y Cline, 2000.

[9] Kochavi, 1977, p. 8, mencionado y citado en Nur y Cline, 2001, p. 34; Nur y Cline, 2000, p. 60. Ahora véase también el análisis de Cline, 2011.

[10] Véase Nur y Cline, 2000; Nur y Cline, 2001; ahora también Nur y Burgess, 2008.

[11] Véase Nur y Cline, 2001, pp. 33-35, con análisis completo en Nur y Cline, 2000, que amplía y discuta la exposición de Drews, 1993, pp. 33-47; ahora véase también el análisis de Middleton, 2010, pp. 38-41; Middleton, 2012, pp. 283-284; Demand, 2011, p. 198. Para la incorporación de Enkomi, véase Steel, 2004, p. 188 y n. 13, con referencias anteriores.

[12] Para todos los ejemplos, véase Nur y Cline, 2000, pp. 50-53 y figs. 12-13, con la referencias que allí se citan.

[13] Stiros y Jones, 1996; véase de nuevo Nur y Cline, 2000; Nur y Cline, 2001; también Shelmerdine, 2001, pp. 374-377; Nur y Burgess, 2008. Sobre la ocupación continuada de Tirinto, véase Muhlenbruch, 2007, 2009; también los comentarios de Dickinson, 2010, pp. 486-487, y Jung, 2010, pp. 171-173, 175.

[14] Véase Anthony, 1990, 1997; Yakar, 2003, p. 13; Yasur-Landau, 2007, pp. 610-611; Yasur-Landau, 2010*a*, pp. 30-32; Middleton, 2010, p. 73.

[15] Véase Carpenter, 1968.

[16] Véase el análisis de Drews, 1992, pp. 14-16, y Drews, 1993, pp. 77-84; pero ahora véase también Drake, 2012, que quizá insufle nueva vida en la teoría de Carpenter, pero desde otro punto de vista. Para un análisis reciente y renovado sobre el impacto del fin de la Edad del Bronce en la población y el comercio de la Grecia de la Edad del Hierro, véase Murray, 2013, además de Enverova, 2012.

[17] Véase Singer, 1999, pp. 661-662; Demand, 2011, p. 195; Kahn, 2012, pp. 262-263.

[18] Texto hitita KUB 21.38; traducción según Singer, 1999, p. 715; véase también Demand, 2011, p. 195.

[19] Texto egipcio KRI VI 5, 3; traducción según Singer, 1999, pp. 707-708; véase también Hoffner, 1992, p. 49; Bryce, 2005, p. 331; ahora Kaniewski *et al.,* 2010, p. 213.

[20] Texto hitita KBo 2810; traducción según Singer, 1999, pp. 717-718.

[21] RS 20.212; traducción según Monroe, 2009, p. 83; McGeough, 2007, pp. 331-332; véase anteriormente Nougayrol *et al.,* 1968, pp. 105-107, 731; también Hoffner, 1992, p. 49; Singer, 1999, pp. 716-717, con referencias adicionales; Bryce, 2005, pp. 331-332; Kaniewski *et al.,* 2010, p. 213.

[22] RS 26.158; analizado por Nougayrol *et al.*, 1968, pp. 731-733; véase Lebrun, 1995, p. 86; Singer, 1999, p. 717 n. 381.
[23] La versión de la carta encontrada había sido traducida al ugarítico: KTU 2.39/RS 18.038; Singer, 1999, pp. 707-708, 717; Pardee, 2003, pp. 94-95. Sobre los comentarios iniciales, véase Nougayrol *et al*., 1968, p. 722. Véase, como referencia más reciente, Kaniewski *et al.*, 2010, p. 213.
[24] Singer, 1999, p. 717.
[25] Texto de Ugarit RS 34.152; Bordreuil, 1991, pp. 84-86; traducción según Cohen y Singer, 2006, p. 135. Véase Cohen y Singer, 2006, pp. 123, 134-135, con referencia a la publicación original de Lackenbacher, 1995*a*; véase también Singer, 1999, pp. 719, 727; Singer, 2000, p. 24; y, como referencia más reciente, Kaniewski *et al.*, 2010, p. 213.
[26] Sobre la carta de la Casa de Urtenu (RS 94.2002+2003), véase Singer, 1999, pp. 711-712; también Hoffner, 1992, p. 49.
[27] RS 18.147; traducción según Pardee, 2003, p. 97. La carta original, con su afirmación, no se ha encontrado, pero se cita literalmente en la carta enviada como respuesta.
[28] KTU 2.38/RS 18.031; traducción según Monroe, 2009, p. 98, y Pardee, 2003, pp. 93-94; see también Singer, 1999, pp. 672-673, 716, con referencias anteriores.
[29] Véase, p. ej., Carpenter, 1968; también Shrimpton, 1987; Drews, 1992; Drews, 1993, p. 58; más recientemente Dickinson, 2006, pp. 54-56; Middleton, 2010, pp. 36-38; Demand, 2011, pp. 197-198; Kahn, 2012, pp. 262-263; Drake 2012.
[30] Véase, p. ej., Weiss, 2012.
[31] Véase Kaniewski *et al.*, 2010, y ahora Kaniewski, Van Campo y Weiss, 2012; también Kaniewski *et al.*, 2013.
[32] Kaniewski *et al.*, 2010, p. 207. Otros estudios habían utilizado anteriormente testigos de hielo y de sedimentos; véase, p. ej., Rohling *et al.*, 2009, y también otros mencionados en Drake, 2012.
[33] Kaniewski *et al.*, 2013.
[34] Kaniewski *et al.*, 2013, p. 6.
[35] Kaniewski *et al.*, 2013, p. 9.
[36] Drake, 2012, pp. 1.862-1.865.
[37] Drake, 2012, p. 1.868. El autor dice en concreto: «El análisis bayesiano del momento de cambio sugiere que el cambio se produjo antes de 1250-1197 a. C., según las grandes probabilidades posteriores de registros de quistes dinoflagelados/foraminiferales».
[38] Drake, 2012, pp. 1.862, 1.866, 1.868.

[39] Véanse la nota de prensa en http://www.imra.org.il/story.php3?id=62135 y la publicación oficial de Langgut, Finkelstein y Litt, 2013. Quizá en Egipto, aproximadamente en esa época, hubiera un período seco similar; véase Bernhardt, Horton y Stanley, 2012.
[40] Drake, 2012, pp. 1.866, 1.868.
[41] Carpenter, 1968, p. 53; véase también, anteriormente, Andronikos, 1954, y ahora, Drake, 2012, p. 1.867.
[42] Zuckerman, 2007*a*, pp. 25-26.
[43] Zuckerman, 2007*a*, p. 26. Pero ahora véase Ben-Tor, 2013, que no está de acuerdo.
[44] Bell, 2012, p. 180.
[45] Véanse los análisis de Carpenter, 1968, pp. 40-53; Drews, 1993, pp. 62-65; Dickinson, 2006, pp. 44-45; Middleton, 2010, pp. 41-45.
[46] Carpenter, 1968, pp. 52-53; Sandars, 1985, pp. 184-186.
[47] Véase, como referencia más reciente, Murray, 2013.
[48] Singer, 1999, p. 733; Monroe, 2009, pp. 361-363; ambos mencionados y citados en Bell, 2006, p. 1.
[49] RS L 1 (Ugaritica 5.23); traducción según Singer, 1999, p. 728, y Bryce, 2005, p. 334; see también Sandars, 1985, pp. 142-143, y la publicación original en Nougayrol *et al.*, 1968, pp. 85-86; véase también Yon, 1992, p. 119. Téngase en cuenta que Van Soldt, 1999, p. 33 n. 40, afirma que este texto se compró de hecho en el mercado de antigüedades.
[50] RS 20.18 (Ugaritica 5.22), según la traducción citada en Bryce, 2005, p. 334, y el análisis de Singer, 1999, p. 721; véase también Sandars, 1985, p. 142, y la publicación original en Nougayrol *et al.*, 1968, pp. 83-85.
[51] RS 88.2009; publicado por Malbran-Labat en Yon y Arnaud, 2001, pp. 249-250; analizado asimismo en Singer, 1999, p. 729.
[52] RS 19.011; traducción según Singer, 1999, p. 726.
[53] Singer, 1999, p. 730.
[54] Véase la lista específica de puntos de hallazgo de tesoros en Singer, 1999, p. 731.
[55] Singer, 1999, p. 733.
[56] RS 34.137; véase Monroe, 2009, p. 147.
[57] Sherratt, 1998, p. 294.
[58] Sherratt, 1998, p. 307; véase también el análisis relacionado en Middleton, 2010, pp. 32-36.
[59] Kilian, 1990, p. 467.
[60] Artzy, 1998. Ahora véase también Killebrew y Lehmann, 2013, p. 12, y Artzy, 2013, en el volumen editado por Killebrew y Lehmann.
[61] Bell, 2006, p. 112.

[62] Routledge y McGeough, 2009, p. 22, que también citan a Artzy, 1998, y Liverani, 2003.
[63] Routledge y McGeough, 2009, pp. 22, 29.
[64] Muhly, 1992, pp. 10, 19.
[65] Liverani, 1995, pp. 114-115.
[66] RS 34.129; Bordreuil, 1991, pp. 38-39; véase Yon, 1992, p. 116; Singer, 1999, pp. 722, 728, con referencias anteriores; también Sandars, 1985, p. 142; Singer, 2000, p. 24; Strobel, 2013, p. 511.
[67] Véase Singer, 2000, p. 27, que cita a Hoffner, 1992, pp. 48-51.
[68] Yasur-Landau, 2003*a*; Yasur-Landau, 2010*a*, pp. 114-118; Yasur-Landau, 2012*b*. Ahora véase también Singer, 2012 y, en contra, Strobel, 2013, pp. 512-513.
[69] Genz, 2013, p. 477.
[70] Kaniewski *et al.*, 2011.
[71] Kaniewski *et al.*, 2011, p. 1.
[72] Kaniewski *et al.*, 2011, p. 4.
[73] *Ibid*.
[74] Harrison, 2009, 2010; Hawkins, 2009, 2011; Yasur-Landau, 2010*a*, pp. 162-163; Bryce, 2012, pp. 128-129; Singer, 2012; Killebrew y Lehmann, 2013, p. 11. Anteriormente véase también Janeway, 2006-2007, sobre Ta'yinat y el Egeo.
[75] Yasur-Landau, 2003*a*; véase también Yasur-Landau, 2003*b*, 2003*c* y 2010*a*, con referencias anteriores; Bauer, 1998; Barako, 2000, 2001; Gilboa, 2005; Ben-Shlomo *et al.*, 2008; Maeir, Hitchcock y Horwitz, 2013.
[76] Ahora véanse los análisis de Demand, 2011, pp. 210-212, Stern, 2012, Artzy, 2013, y Strobel, 2013, pp. 526-527. Véase también Gilboa, 1998, 2005 y 2006-2007, con bibliografía adicional; T. Dothan, 1982, pp. 3-4; Dever, 1992, pp. 102-103; Stern 1994, 1998, 2000; Cline y O'Connor, 2003, esp. pp. 112-116, 138; Killebrew, 2005, pp. 204-205; Killebrew y Lehmann, 2013, p. 13; Barakao, 2013; Sharon y Gilboa, 2013; Mountjoy, 2013; Killebrew, 2013; Lehmann, 2013; Sherratt, 2013. Si Zertal afirmaba haber encontrado un yacimiento relacionado con los shardana cerca de Megido, en Israel, Finkelstein lo refutó totalmente; véase Zertal, 2002, y Finkelstein, 2002. Para una traducción de la «Historia de Unamón», véase Wente, 2003*b*.
[77] Bell, 2006, pp. 110-111.
[78] Finkelstein, 2000, p. 165; se hallarán afirmaciones similares en Finkelstein, 1998, y véase ahora Finkelstein, 2007. Weinstein, 1992, p. 147, había propuesto anteriormente un escenario similar en el cual entendía que el hundimiento del imperio egipcio en Canaán se produjo en dos fases: la primera, durante el reinado de Rameses III; la segunda, durante el reinado de Rameses VI. Para conclusiones similares, ahora véase también Yasur-Landau, 2007, pp. 612-613, 616, y Yasur-Landau, 2010*a*, pp. 340-341.

[79] Véase Killebrew, 2005, pp. 230-231, para un resumen de los puntos de vista anteriores.
[80] Yasur-Landau, 2003*a*; ahora véase también el el análisis de Yasur-Landau, 2010*a*, pp. 335-345; Yasur-Landau, 2012*b*; Bryce, 2012, p. 33; Killebrew y Lehmann, 2013, p. 17.
[81] Yasur-Landau, en nota personal, julio de 2012.
[82] Yasur-Landau, 2012*a*, pp. 193-194; ahora véase también Yasur-Landau, 2012*b*, y antes Yasur-Landau, 2007, pp. 615-616.
[83] Yasur-Landau, 2012*a*, p. 195.
[84] Hitchcock y Maeir, 2013, pp. 51-56, esp. 53; también Maeir, Hitchcock y Horwitz, 2013.
[85] Véase de nuevo Hitchcock y Maeir, 2013, pp. 51-56, esp. 53, y Maeir, Hitchcock y Horwitz, 2013.
[86] Véase también las reflexiones relevantes de Strobel, 2013, pp. 525-526.
[87] Sandars, 1985, pp. 11, 19. Aparte de Sandars, al cual se consideraba el experto en este campo, pocos autores —Nibbi, 1975, o Robbins, 2003— han intentado dedicar libros específicos a los Pueblos del Mar y el hundimiento de la Edad del Bronce. Pero ahora véase la tesis de Roberts, 2008, que se titula igual que el libro anterior de Nibbi.
[88] Sandars, 1985, p. 11.
[89] Demand, 2011, p. 193, quien cita a Renfrew, 1979.
[90] Véase, p. ej., Lorenz, 1969, 1972. Ahora véase Yasur-Landau, 2010*a*, p. 334, quien (de forma independiente) también relaciona la metáfora de la mariposa con estos acontecimientos de finales de la Edad del Bronce tardía.
[91] Renfrew 1979, pp. 482-487.
[92] Diamond, 2005; ahora véase también Middleton, 2010 y 2012, así como, anteriormente, el volumen de Tainter, 1988, y el editado por Yoffee y Cowgill, 1988, además de las referencias adicionales recogidas en la nota 2 del prefacio del presente libro.
[93] Drews, 1993, pp. 85-90, esp. p. 88; véase también Deger-Jalkotzy, 2008, p. 391.
[94] Véase el breve el análisis de Dever, 1992, pp. 106-107, sobre el hundimiento de los sistemas que, a su juicio, está ocurriendo en Canaán en esta época. Véase también Middleton, 2010, pp. 118-121, para las muchas causas que se sumaron en el Egeo; y ahora véase Drake, 2012, pp. 1.866-1.868.
[95] Liverani, 1987, p. 69; también Drews, 1993, p. 86, y Monroe, 2009, p. 293 (los dos citan a Liverani).
[96] Liverani, 1987, p. 69; para una crítica del punto de vista de Liverani, véase ahora Monroe, 2009, pp. 292-296.
[97] Monroe, 2009, pp. 294-296.
[98] Monroe, 2009, p. 297.

[99] *Ibid*.
[100] *Ibid*.
[101] Drake, 2012, pp. 1.866-1.868; Kaniewski *et al.*, 2013.
[102] Drews, 1993; véase mi propia reseña del libro de Drews (Cline, 1997*b*).
[103] Ahora véase las reflexiones recientes sobre el hundimiento y sus causas posibles en Middleton, 2012.
[104] Johnson, 2007, pp. 3-5.
[105] Bell, 2006, pp. 14-15.
[106] Johnson, 2007, p. 13.
[107] Johnson, 2007, pp. 13-16.
[108] Johnson, 2007, pp. 14-15; Sherratt, 2003, pp. 53-54.
[109] Johnson, 2007, p. 15.
[110] Johnson, 2007, p. 17.
[111] Bell, 2006, p. 15, que cita a Dark, 1998, pp. 65, 106 y 120.
[112] Dark, 1998, p. 120.
[113] Dark, 1998, pp. 120-21.
[114] Bell, 2006, p. 15. Ahora véase también Killebrew y Lehmann, 2013, pp. 16-17.
[115] Véase, como referencia más reciente, Langgut, Finkelstein y Litt, 2013, p. 166.

[1] Véase la tesis de Murray, 2013.
[2] Davis, 2010, p. 687.
[3] Maran, 2009, p. 242.
[4] *Cf*. Millard, 1995, pp. 122-124; Bryce, 2012, pp. 56-57; Millard, 2012; Lemaire, 2012; Killebrew y Lehmann, 2013, pp. 5-6.
[5] Van De Mieroop, 2007, pp. 252-253.
[6] Sherratt, 2003, pp. 53-54; Bryce, 2012, p. 195.
[7] Véanse los volúmenes editados por Schwartz y Nichols, 2006, y por McAnany y Yoffee, 2010, al menos en parte como respuesta al libro de Diamond, 2005. Recientemente, en marzo de 2013, se celebró en la Southern Illinois University un congreso sobre este tema, titulado «Más allá del hundimiento: perspectivas arqueológicas sobre la resistencia, revitalización y reorganización en las sociedades complejas».
[8] Dever, 1992, p. 108.

9] Monroe, 2009, p. 292.
[10] Cho y Appelbaum, 2008, A1.
[*] Se cita por la traducción de Juan José Torres Esbarranch, Madrid: Gredos, 2000. En esta edición, la numeración del pasaje es I, 4. (*N. de los t.*)
[*] La ausencia de punto sobre la última *ı* de este topónimo turco se traduce en que suena más bien como una *u* sin redondeo. (*N. del t.*)
[*] En la transcripción inglesa de estas secuencias, la sílaba final es *–jo*. (*N. del t.*)
[*] Traducción de Leopoldo Panero en *Poetas románticos ingleses*, Barcelona, 1989. (*N. del t.*)

Bibliografía

Abt, J., *American Egyptologist: The Life of James Henry Breasted and the Creation of His Oriental Institute*, Chicago: University of Chicago Press, 2011.

Adams, M. J., y M. E. Cohen. «Appendix: The "Sea Peoples" in Primary Sources», en *The Philistines and Other «Sea Peoples» in Text and Archaeology*, ed. A. E. Killebrew y G. Lehmann, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2013, pp. 645-664.

Ahrens, A., H. Dohmann-Pfälzner y P. Pfälzner. «New Light on the Amarna Period from the Northern Levant. A Clay Sealing with the Throne Name of Amenhotep IV/Akhenaten from the Royal Palace at Tall Misrife/Qatna», en *Zeitschrift für Orient-Archäologie* 5 (2012), pp. 232-248.

Allen, J. P. «After Hatshepsut: The Military Campaigns of Thutmose III», en *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh*, ed. C. Roehrig, New Haven: Yale University Press, 2005, pp. 261-262.

Allen, S. H., *Finding the Walls of Troy: Frank Calvert and Heinrich Schliemann at Hisarlik*, Berkeley: University of California Press, 1999.

Andronikos, M., «E "dorike Eisvole" kai ta archaiologika Euremata», en *Hellenika* 13 (1954), pp. 221-240. (artículo en griego)

Anthony, D. W., «Migration in Archaeology: The Baby and the Bathwater», en *American Anthropologist* 92 (1990), pp. 895-914.

—, «Prehistoric Migrations as a Social Process», en *Migrations and Invasions in Archaeological Explanation*, ed. J. Chapman y H. Hamerow, Oxford: Tempus Reparatum, 1997, pp. 21-32.

Artzy, M., «Routes, Trade, Boats and "Nomads of the Sea", en *Mediterranean Peoples in Transition: Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE*, ed. S. Gitin, A. Mazar y E. Stern, Jerusalén: Israel Exploration Society, 1998, pp. 439-448.

—, «On the Other "Sea Peoples"», en *The Philistines and Other «Sea Peoples» in Text and Archaeology*, ed. A. E. Killebrew y G. Lehmann, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2013, pp. 329-344.

Aruz, J. (ed.), *Beyond Babylon: Art, Trade, and Diplomacy in the Second Millennium B.C.* (catálogo de una exposición en el Metropolitan de Nueva York), Nueva York: Metropolitan Museum of Art, 2008.

Ashkenazi, E., «A 3,400-Year-Old Mystery: Who Burned the Palace of Canaanite Hatzor? Archaeologists Take on the Bible during Tel Hatzor Excavations, When Disagreements Arise over the Destroyer of the City», en *Haaretz*, 23 de julio de 2012, según http://www.haaretz.com/news/national/a-3-400-

year-old-mystery-who-burned-the-palace-of-canaanite-hatzor.premium-1.453095 (última consulta: 6 de agosto de 2012).

Astour, M. C., «Greek Names in the Semitic World and Semitic Names in the Greek World», en *Journal of Near Eastern Studies* 23 (1964), pp. 193-201.

—, «New Evidence on the Last Days of Ugarit», en *American Journal of Archaeology* 69 (1965), pp. 253-258.

—, *HellenoSemitica*, Leiden: E. J. Brill, 1967, 2.ª edición.

Åström, P., «Continuity or Discontinuity: Indigenous and Foreign Elements in Cyprus around 1200 BCE», en *Mediterranean Peoples in Transition: Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE*, ed. S. Gitin, A. Mazar y E. Stern, Jerusalén: Israel Exploration Society, 1998, 80-86.

Bachhuber, C., «Aegean Interest on the Uluburun Ship», en *American Journal of Archaeology* 110 (2006), pp. 345-363.

—, y R. G. Roberts, *Forces of Transformation: The End of the Bronze Age in the Mediterranean*, Oxford: Oxbow Books, 2009.

Badre, L., «Handmade Burnished Ware and Contemporary Imported Pottery from Tell Kazel», en *Sea Routes ...: Interconnections in the Mediterranean 16th-6th c. BC. Proceedings of the International Symposium Held at Rethymnon, Crete in September 29th-October 2nd 2002*, ed. N. Chr. Stampolidis y V. Karageorghis, Atenas: Universidad de Creta y Fundación A. G. Leventis, 2003, pp. 83-99.

Badre, L., «Tell Kazel-Simyra: A Contribution to a Relative Chronological History in the Eastern Mediterranean during the Late Bronze Age», en *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 343 (2006), pp. 63-95.

—, «Cultural Interconnections in the Eastern Mediterranean: Evidence from Tell Kazel in the Late Bronze Age», en *Intercultural Contacts in the Ancient Mediterranean. Proceedings of the International Conference at the Netherlands-Flemish Institute in Cairo, 25th to 29th October 2008*, ed. K. Duistermaat e I. Regulski, Lovaina: Uitgeveru Peeters, 2011, pp. 205-223.

—, M.-C. Boileau, R. Jung y H. Mommsen, «The Provenance of Aegean and Syrian-type Pottery Found at Tell Kazel (Syria)», en *Egypt and the Levant* 15 (2005), pp. 15-47.

Bakry, H., «The Discovery of a Temple of Mernptah at On», en *Aegyptus* 53 (1973), pp. 3-21.

Barako, T. J., «The Philistine Settlement as Mercantile Phenomenon?», en *American Journal of Archaeology* 104/3 (2000), pp. 513-530.

—, *The Seaborne Migration of the Philistines*, tesis de doctorado, Harvard University, 2001.

—, [2003*a*], «One If by Sea ... Two If by Land: How Did the Philistines Get to Canaan? One: by Sea—A Hundred Penteconters Could Have Carried 5,000 People Per Trip», en *Biblical Archaeology Review* 29/2 (2003), pp. 26-33, 64-66.

—, [2003*b*], «The Changing Perception of the Sea Peoples Phenomenon: Migration, Invasion or Cultural Diffusion?», en *Sea Routes ...: Interconnections in the Mediterranean 16th-6th c. BC. Proceedings of the International Symposium Held at Rethymnon, Crete in September 29th-October 2nd 2002*, ed. N. Chr. Stampolidis y V. Karageorghis, Atenas: Universidad de Creta y Fundación A. G. Leventis, 2003, pp. 163-169.

—, «Philistines and Egyptians in Southern Coastal Canaan during the Early Iron Age», en *The Philistines and Other «Sea Peoples» in Text and Archaeology*, ed. A. E. Killebrew y G. Lehmann, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2013, pp. 37-51.

Barkay, G., y D. Ussishkin, «Area S: The Late Bronze Age Strata», en *The Renewed Archaeological Excavations at Lachish (1973-1994)*, ed. D. Ussishkin, Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv, 2004, pp. 316-407.

Bass, G. F., *Cape Gelidonya* (*Transactions of the American Philosophical Society*, vol. 57, pt. 8), Filadelfia: American Philosophical Society, 1967.

—, «Cape Gelidonya and Bronze Age Maritime Trade», en *Orient and Occident*, ed. H. A. Hoffner, Jr., Neukirchener-Vluyn: Neukirchener Verlag, 1973, pp. 29-38.

—, «A Bronze Age Shipwreck at Ulu Burun (Kas): 1984 Campaign», en *American Journal of Archaeology* 90/3 (1986), pp. 269-296.

—, «Oldest Known Shipwreck Reveals Splendors of the Bronze Age», en *National Geographic* 172/6 (1987), pp. 693-733.

—, «Return to Cape Gelidonya», en *INA Newsletter* 15/2 (1988), pp. 3-5.

—, «Prolegomena to a Study of Maritime Traffic in Raw Materials to the Aegean during the Fourteenth and Thirteenth Centuries B.C.», en *Techne: Craftsmen, Craftswomen and Craftsmanship in the Aegean Bronze Age. Proceedings of the 6th International Aegean Conference, Philadelphia, Temple University, 18-21 April 1996*, ed. R. Laffineur y P. P. Betancourt, Lieja: Université de Liège, 1997, pp. 153-170.

—, «Sailing between the Aegean and the Orient in the Second Millennium BC», en *The Aegean and the Orient in the Second Millennium. Proceedings of the 50th Anniversary Symposium, Cincinnati, 18-20 April 1997*, ed. E. H. Cline y D. H. Cline, Lieja: Université de Liège, 1998, pp. 183-191.

—, «Cape Gelidonya Redux», en *Cultures in Contact: From Mesopotamia to the Mediterranean in the Second Millennium B.C.*, ed. J. Aruz, S. B. Graff y Y. Rakic, Nueva York: Metropolitan Museum of Art, 2013, pp. 62-71.

Bauer, A. A., «Cities of the Sea: Maritime Trade and the Origin of Philistine Settlement in the Early Iron Age Southern Levant», en *Oxford Journal of Archaeology* 17/2 (1998), pp. 149-168.

Baumbach, L., «An Examination of the Evidence for a State of Emergency at Pylos *c*. 1200 BC from the Linear B Tablets», en *Res Mycenaeae*, ed. A. Heubeck y G. Neumann, Gotinga: Vandenhoeck and Ruprecht, 1983, pp. 28-40.

Beckman, G. [1996*a*.], «Akkadian Documents from Ugarit», en *Sources for the History of Cyprus*, vol. 2: *Near Eastern and Aegean Texts from the Third to the First Millennia BC*, ed. A. B. Knapp, Altamont (NY): Greece and Cyprus Research Center, 1996, pp. 26-28.

—, [1996*b*], «Hittite Documents from Hattusa», en *Sources for the History of Cyprus*, vol. 2, *Near Eastern and Aegean Texts from the Third to the First Millennia BC*, ed. A. B. Knapp, Altamont (NY): Greece and Cyprus Research Center, 1996, pp. 31-35.

—, T. Bryce, y E. H. Cline, *The Ahhiyawa Texts*, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2011. Reimpreso en Leiden: Brill, 2012.

Bell, C., *The Evolution of Long Distance Trading Relationships across the LBA/Iron Age Transition on the Northern Levantine Coast: Crisis, Continuity and Change* (*BAR International Series*, 1574), Oxford: Archaeopress, 2006.

—, «Continuity and Change: The Divergent Destinies of Late Bronze Age Ports in Syria and Lebanon across the LBA/Iron Age Transition», en *Forces of Transformation: The End of the Bronze Age in the Mediterranean*, ed. C. Bachhuber y R. G. Roberts, Oxford: Oxbow Books, 2009, pp. 30-38.

—, «The Merchants of Ugarit: Oligarchs of the Late Bronze Age Trade in Metals?», en *Eastern Mediterranean Metallurgy and Metalwork in the Second Millennium BC: A Conference in Honour of James D. Muhly; Nicosia, 10th-11th October 2009*, ed. V. Kassianidou y G. Papasavvas, Oxford: Oxbow Books, 2012, pp. 180-187.

Ben Dor Evian, S., «Shishak's Karnak Relief—More Than Just Name-Rings», en *Egypt, Canaan and Israel: History, Imperialism, Ideology and Literature: Proceedings of a Conference at the University of Haifa, 3-7 May 2009*, ed. S. Bar, D. Kahn y J. J. Shirley, Leiden: Brill, 2011, pp. 11-22.

Ben-Shlomo, D., I. Shai, A. Zukerman y A. M. Maeir, «Cooking Identities: Aegean-Style Cooking Jugs and Cultural Interaction in Iron Age Philistia and Neighboring Regions», en *American Journal of Archaeology* 112/2 (2008), pp. 225-246.

Ben-Tor, A., «The Fall of Canaanite Hazor—The "Who" and "When" Questions», en *Mediterranean Peoples in Transition: Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE*, ed. S. Gitin, A. Mazar y E. Stern, Jerusalén: Israel Exploration Society, 1998, pp. 456-468.

—, «The Sad Fate of Statues and the Mutilated Statues of Hazor», en *Confronting the Past: Archaeological and Historical Essays on Ancient Israel in Honor of William G. Dever*, ed. S. Gitin, J. E. Wright y J. P. Dessel, Winona Lake (IN): Eisenbrauns, 2006, pp. 3-16.

—, «Who Destroyed Canaanite Hazor?», en *Biblical Archaeology Review* 39/4 (2013), pp. 26-36, 58-60.

—, y M. T. Rubiato, «Excavating Hazor, Part Two: Did the Israelites Destroy

the Canaanite City?», en *Biblical Archaeology Review* 25/3 (1999), pp. 22-39.

—, y S. Zuckerman, «Hazor at the End of the Late Bronze Age: Back to Basics», en *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 350 (2008), pp. 1-6.

Bernhardt, C. E., B. P. Horton y J.-D. Stanley, «Nile Delta Vegetation Response to Holocene Climate Variability», en *Geology* 40/7 (2012), pp. 615-618.

Bietak, M., «Minoan Wall-Paintings Unearthed at Ancient Avaris», en *Egyptian Archaeology* 2 (1992), pp. 26-28.

—, *Avaris: The Capital of the Hyksos. Recent Excavations at Tell el-Dab'a*, Londres: British Museum Press, 1996.

—, «Egypt and the Aegean: Cultural Convergence in a Thutmoside Palace at Avaris», en *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh*, ed. C. Roehrig, New Haven: Yale University Press, 2005, pp. 75-81.

—, N. Marinatos y C. Palyvou, *Taureador Scenes in Tell El-Dab'a (Avaris) and Knossos*, Viena: Austrian Academy of Sciences, 2007.

Blegen, C. W., «The Palace of Nestor Excavations of 1954», en *American Journal of Archaeology* 59/1 (1955), pp. 31-37.

—, C. G. Boulter, J. L. Caskey y M. Rawson, *Troy IV: Settlements VIIa, VIIb and VIII*, Princeton (NJ): Princeton University Press, 1958.

—, y K. Kourouniotis, «Excavations at Pylos, 1939», en *American Journal of Archaeology* 43/4 (1939), pp. 557-576.

—, y M. Lang, «The Palace of Nestor Excavations of 1959», en *American Journal of Archaeology* 64/2 (1960), pp. 153-164.

—, y M. Rawson, *The Palace of Nestor at Pylos in Western Messenia*, vol. 1: *The Buildings and Their Contents. Pt. 1, Text*, Princeton (NJ): Princeton University Press, 1966.

Bordreuil, P. (ed.), *Une bibliothèque au sud de la ville: Les textes de la 34e campagne (1973). Ras Shamra-Ougarit VII*, París: Éditions Recherche sur les Civilisations, 1991.

—, y F. Malbran-Labat, «Les archives de la maison d'Ourtenou», en *Comptes-rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* 139/2 (1995), pp. 443-451.

—, D. Pardee y R. Hawley, *Une bibliothèque au sud de la ville***. Textes 1994-2002 en cunéiforme alphabétique de la maison d'Ourtenou Ras Shamra-Ougarit XVIII* (RSO 18), Lyon: Maison de l'Orient et de la Méditerranée-Jean Pouilloux, 2012.

Bounni, A., A. y J. Lagarce, y N. Saliby, «Rapport préliminaire sur la première campagne de fouilles (1975) à Ibn Hani (Syrie)», en *Syria* 55 (1976), pp. 233-279.

—, A. y J. Lagarce, y N. Saliby, «Rapport préliminaire sur la deuxième campagne de fouilles (1976) à Ibn Hani (Syrie)», en *Syria* 56 (1978), pp. 218-291.

Bouzek, J., «Bird-Shaped Prows of Boats, Sea Peoples and the Pelasgians»,

en *Exotica in the Prehistoric Mediterranean*, ed. A. Vianello, Oxford: Oxbow Books, 2011, pp. 188-193.

Braudel, F., *The Mediterranean in the Ancient World*, Londres: Allen Lane, Penguin Books, 2001. [Hay trad. cast. de Alicia Martorell: *Memorias del Mediterráneo: prehistoria y antigüedad*, Madrid: Cátedra, 1998.]

Breasted, J. H., *Ancient Records of Egypt*, 1906. Reimpr. Urbana: University of Illinois Press, 2001.

—, «Foreword», en *Medinet Habu*, vol. 1, *Earlier Historical Records of Ramses III*, ed. The Epigraphic Survey, IX-XI, Chicago: University of Chicago Press, 1930.

Bretschneider J., y K. Van Lerberghe (eds.), *In Search of Gibala: An Archaeological and Historical Study Based on Eight Seasons of Excavations at Tell Tweini (Syria) in the A and C Fields (1999-2007)* (*Aula Orientalis*, Supplementa 24), Sabadell: Ausa, 2008.

—, y K. Van Lerberghe, «The Jebleh Plain through History: Tell Tweini and Its Intercultural Contacts in the Bronze and Early Iron Age», en *Intercultural Contacts in the Ancient Mediterranean. Proceedings of the International Conference at the Netherlands-Flemish Institute in Cairo, 25th to 29th October 2008*, ed. K. Duistermaat e I. Regulski, Lovaina: Uitgeveru Peeters, 2011, pp. 183-203.

—, A.-S. Van Vyve y G. Jans, «Tell Tweini: A Multi-Period Harbour Town at the Syrian Coast», en *Egypt and the Near East—the Crossroads: Proceedings of an International Conference on the Relations of Egypt and the Near East in the Bronze Age, Prague, September 1-3, 2010*, ed. J. Mynárová, Praga: Universidad Carolina, 2011, pp. 73-87.

Bryce, T. R., «A Reinterpretation of the Milawata Letter in the Light of the New Join Piece», en *Anatolian Studies* 35 (1985), pp. 13-23.

—, [1989*a*], «The Nature of Mycenaean Involvement in Western Anatolia», en *Historia* 38 (1989), pp. 1-21.

—, [1989*b*], «Ahhiyawans and Mycenaeans—An Anatolian Viewpoint», en *Oxford Journal of Archaeology* 8 (1989), pp. 297-310.

—, *Life and Society in the Hittite World*, Oxford: Oxford University Press, 2002.

—, *The Kingdom of the Hittites*. Edición revisada. Oxford: Oxford University Press, 2005. [Hay trad. cast. de la edición de 1998, por José Luis Rozas López: *El reino de los hititas*, Madrid: Cátedra, 2001.]

—, *The Routledge Handbook of the Peoples and Places of Ancient Western Asia: From the Early Bronze Age to the Fall of the Persian Empire*, Londres: Routledge, 2009.

—, «The Hittite Deal with the Hiyawa-Men», en *Pax Hethitica: Studies on the Hittites and Their Neighbours in Honor of Itamar Singer*, ed. Y. Cohen, A. Gilan y J. L. Miller, Wiesbaden: Harrassowitz Verlag, 2010, pp. 47-53.

—, *The World of the Neo-Hittite Kingdoms*, Oxford: Oxford University Press,

2012.

Bunimovitz, S., «Sea Peoples in Cyprus and Israel: A Comparative Study of Immigration Processes», en *Mediterranean Peoples in Transition: Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE*, ed. S. Gitin, A. Mazar y E. Stern, Jerusalén: Israel Exploration Society, 1998, pp. 103-113.

Butzer, K. W., «Collapse, Environment, and Society», en *Proceedings of the National Academy of Sciences* 109/10 (2012), pp. 3.632-3.639.

—, y G. H. Endfield, «Critical Perspectives on Historical Collapse», en *Proceedings of the National Academy of Sciences* 109/10 (2012): pp. 3.628-3.631.

Callot, O., *Ras Shamra-Ougarit X: La tranchée «Ville sud». Études d'architecture domestique*, París: Éditions Recherche sur les Civilisations, 1994.

—, y M. Yon, «Urbanisme et architecture», en *Le Pays d'Ougarit autour de 1200 av. J.-C.: Historie et archéologie. Actes du Colloque International; Paris, 28 juin-1er juillet 1993*, ed. M. Yon, M. Sznycer y P. Bordreuil, París: Éditions Recherche sur les Civilisations, 1995, pp. 155-168.

Carmi, I., y D. Ussishkin, «14C Dates», en *The Renewed Archaeological Excavations at Lachish (1973-1994)*, ed. D. Ussishkin, Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv, 2004, pp. 2.508-2.513.

Carpenter, R., *Discontinuity in Greek Civilization*, Nueva York: W. W. Norton & Co., 1968.

Carruba, O., «Beiträge zur mittelhethitischen Geschichte, I: Die Tuthalijas und die Arnuwandas», en *Studi micenei ed egeo-anatolici* 18 (1977), pp. 137-174.

Castleden, R., *Minoan Life in Bronze Age Crete*, Londres: Routledge, 1993.

Caubet, A., «Reoccupation of the Syrian Coast after the Destruction of the "Crisis Years"», en *The Crisis Years: The 12th Century B.C.*, ed. W. A. Ward y M. S. Joukowsky, Dubuque (IA): Kendall/Hunt Publishing Co., 1992, pp. 123-130.

—, «Ras Shamra-Ugarit before the Sea Peoples», en *The Sea Peoples and Their World: A Reassessment*, ed. E. D. Oren, Filadelfia: University of Pennsylvania, 2000, pp. 35-49.

—, y V. Matoian, «Ougarit et l'Égée», en *Le Pays d'Ougarit autour de 1200 av. J.-C.: Historie et archéologie. Actes du Colloque International; Paris, 28 juin-1er juillet 1993*, ed. M. Yon, M. Sznycer y P. Bordreuil, París: Éditions Recherche sur les Civilisations, 1995, pp. 99-112.

Cho, D., y B. Appelbaum, «Unfolding Worldwide Turmoil Could Reverse Years of Prosperity», *Washington Post*, 7 de octubre de 2008, A1.

Cifola, B., «The Terminology of Ramses III's Historical Records with a Formal Analysis of the War Scenes», en *Orientalia* 60 (1991), pp. 9-57.

—, «The Role of the Sea Peoples at the End of the Late Bronze Age: A Reassessment of Textual and Archaeological Evidence», en *Oriens Antiqvi Miscellanea* 1 (1994), pp. 1-57.

Clayton, P. A., *Chronicle of the Pharaohs: The Reign-by-Reign Record of the Rulers and Dynasties of Ancient Egypt*, Londres: Thames and Hudson, 1994.

Cline, E. H., «Amenhotep III and the Aegean: A Reassessment of Egypto-Aegean Relations in the 14th Century BC», en *Orientalia* 56/1 (1987), pp. 1-36.

—, «An Unpublished Amenhotep III Faience Plaque from Mycenae», en *Journal of the American Oriental Society* 110/2 (1990), pp. 200-212.

—, [1991*a*], «Hittite Objects in the Bronze Age Aegean», en *Anatolian Studies* 41 (1991), pp. 133-143.

—, [1991*b*], «A Possible Hittite Embargo against the Mycenaeans», en *Historia* 40/1 (1991), 1-9.

—, *Sailing the Wine-Dark Sea: International Trade and the Late Bronze Age Aegean*, Oxford: Tempus Reparatum, 1994. Publicado de nuevo en 2009.

—, [1995*a*], «"My Brother, My Son": Rulership and Trade between the LBA Aegean, Egypt and the Near East», en *Aegaeum* 11: *The Role of the Ruler in the Prehistoric Aegean*, ed. P. Rehak, Lieja: Université de Liège, 1995, pp. 143-150.

—, [1995*b*], «Tinker, Tailor, Soldier, Sailor: Minoans and Mycenaeans Abroad», en *Aegaeum* 12: *Politeia: Society and State in the Aegean Bronze Age*, ed. W.-D. Niemeier y R. Laffineur, Lieja: Université de Liège, 1995, pp. 265-287.

—, «Aššuwa and the Achaeans: The "Mycenaean" Sword at Hattušas and Its Possible Implications», en *Annual of the British School at Athens* 91 (1996), pp. 137-151.

—, [1997*a*], «Achilles in Anatolia: Myth, History, and the Aššuwa Rebellion», en *Crossing Boundaries and Linking Horizons: Studies in Honor of Michael Astour on His 80th Birthday*, ed. G. D. Young, M. W. Chavalas y R. E. Averbeck, Bethesda (MD): CDL Press, 1997, pp. 189-210.

—, [1997*b*], reseña de R. Drews, *The End of the Bronze Age* (Princeton, 1993), en *Journal of Near Eastern Studies* 56/2 (1997), pp. 127-129.

—, «Amenhotep III, the Aegean and Anatolia», en *Amenhotep III: Perspectives on His Reign*, ed. D. O'Connor y E. H. Cline, Ann Arbor: University of Michigan Press, 1998, pp. 236-250.

—, [1999*a*], «The Nature of the Economic Relations of Crete with Egypt and the Near East during the Bronze Age», en *From Minoan Farmers to Roman Traders: Sidelights on the Economy of Ancient Crete*, ed. A. Chaniotis, Múnich: G. B. Steiner, 1999, pp. 115-143.

—, [1999*b*], «Coals to Newcastle, Wallbrackets to Tiryns: Irrationality, Gift Exchange, and Distance Value», en *Aegaeum* 20: *Meletemata: Studies in Aegean Archaeology Presented to Malcolm H. Wiener As He Enters His 65th Year*, ed. P. P. Betancourt, V. Karageorghis, R. Laffineur y W.-D. Niemeier, Lieja: Université de Liège, 1999, pp. 119-123.

—, *The Battles of Armageddon: Megiddo and the Jezreel Valley from the Bronze

Age to the Nuclear Age, Ann Arbor: University of Michigan Press, 2000.

—, «Cyprus and Alashiya: One and the Same!», en *Archaeology Odyssey* 8/5 (2005), pp. 41-44.

—, «A Widow's Plea and a Murder Mystery», en *Dig magazine*, enero de 2006, pp. 28-30.

—, [2007*a*], «Rethinking Mycenaean International Trade», en *Rethinking Mycenaean Palaces*, ed. W. Parkinson y M. Galaty, Los Angeles: Cotsen Institute of Archaeology, 2007, 2.ª ed., pp. 190-200.

—, [2007*b*], *From Eden to Exile: Unraveling Mysteries of the Bible*, Washington (DC): National Geographic Books, 2007.

—, [2009*a*], *Biblical Archaeology: A Very Short Introduction*, Nueva York: Oxford University Press, 2009.

—, [2009*b*], «The Sea Peoples' Possible Role in the Israelite Conquest of Canaan», en *Doron: Festschrift for Professor Spyros E. Iakovidis*, ed. D. Danielidou, Atenas: Athens Academy, 2009, pp. 191-198.

—, «Bronze Age Interactions between the Aegean and the Eastern Mediterranean Revisited: Mainstream, Margin, or Periphery?», en *Archaic State Interaction: The Eastern Mediterranean in the Bronze Age*, ed. W. Parkinson y M. Galaty, Santa Fe (NM): School for Advanced Research, 2010, pp. 161-180.

—, (ed.), *The Oxford Handbook of the Bronze Age Aegean*, Nueva York: Oxford University Press, 2010.

—, «Whole Lotta Shakin' Going On: The Possible Destruction by Earthquake of Megiddo Stratum VIA», en *The Fire Signals of Lachish: Studies in the Archaeology and History of Israel in the Late Bronze Age, Iron Age, and Persian Period in Honor of David Ussishkin*, ed. I. Finkelstein y N. Na'aman, Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv, 2011, pp. 55-70.

—, *The Trojan War: A Very Short Introduction*, Oxford: Oxford University Press, 2013. [Hay trad. cast. de Javier García López: *La Guerra de Troya*, Madrid: Alianza Editorial, 2014.]

—, y M. J. Cline, «Of Shoes and Ships and Sealing Wax: International Trade and the Late Bronze Age Aegean», en *Expedition* 33/3 (1991), pp. 46-54.

—, y D. Harris-Cline (eds.), *Aegaeum* 18: *The Aegean and the Orient in the Second Millennium. Proceedings of the 50th Anniversary Symposium, Cincinnati, 18-20 April 1997*, Lieja: Université de Liège, 1998.

—, y D. O'Connor, «The Mystery of the "Sea Peoples"», en *Mysterious Lands*, ed. D. O'Connor y S. Quirke, Londres: UCL Press, 2003, pp. 107-138.

—, y D. O'Connor (eds.), *Thutmose III: A New Biography*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 2006.

—, y D. O'Connor (eds.), *Ramesses III: The Life and Times of Egypt's Last Hero*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 2012.

—, y S. M. Stannish, «Sailing the Great Green Sea: Amenhotep III's "Aegean List" from Kom el-Hetan», en *Once More. Journal of Ancient Egyptian Interconnections* 3/2 (2011), pp. 6-16.

—, y A. Yasur-Landau, «Musings from a Distant Shore: The Nature and Destination of the Uluburun Ship and Its Cargo», en *Tel Aviv* 34/2 (2007), pp. 125-141.

—, y A. Yasur-Landau, «Aegeans in Israel: Minoan Frescoes at Tel Kabri», en *Biblical Archaeology Review* 39/4 (julio/agosto de 2013), pp. 37-44, 64, 66.

—, A. Yasur-Landau y N. Goshen, «New Fragments of Aegean-Style Painted Plaster from Tel Kabri, Israel», en *American Journal of Archaeology* 115/2 (2011), pp. 245-261.

Cohen, C., J. Maran y M. Vetters, «An Ivory Rod with a Cuneiform Inscription, Most Probably Ugaritic, from a Final Palatial Workshop in the Lower Citadel of Tiryns», en *Archäologischer Anzeiger* 2010/2 (2010), pp. 1-22.

—, y R. Westbrook (eds.), *Amarna Diplomacy: The Beginnings of International Relations*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2000.

Cohen, Y., e I. Singer, «A Late Synchronism between Ugarit and Emar», en *Essays on Ancient Israel in Its Near Eastern Context: A Tribute to Nadav Na'aman*, ed. Y. Amit, E. Ben Zvi, I. Finkelstein y O. Lipschits, Winona Lake (IN): Eisenbrauns, 2006, pp. 123-139.

Collins, B. J., *The Hittites and Their World*, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2007.

Courbin, P., «Bassit Poidaeion in the Early Iron Age», en *Greek Colonists and Native Populations. First Australian Congress of Classical Archaeology in Honour of A. D. Trendall*, ed. J.-P. Descoeudres, Oxford: Clarendon Press, 1990, pp. 504-509.

Curtis, A. H. W., «Ras Shamra, Minet el-Beida and Ras Ibn Hani: The Material Sources», en *Handbook of Ugaritic Studies*, ed. W. G. E. Watson y N. Wyatt, Leiden: Brill, 1999, pp. 5-27.

Dalley, S., *Mari and Karana: Two Old Babylonian Cities*, Londres: Longman, 1984.

Dark, K. R., *Waves of Time: Long Term Change and International Relations*, Nueva York: Continuum, 1998.

Darnell, J. C., y C. Manassa, *Tutankhamun's Armies: Battle and Conquest during Ancient Egypt's Late Eighteenth Dynasty*, Hoboken (NJ): John Wiley & Sons, 2007.

Davies, N. de G., *The Tombs of Rekh-mi-Re' at Thebes* (*PMMA*, 11), Nueva York: Metropolitan Museum of Art, 1943.

Davis, J. L. (ed.), *Sandy Pylos. An Archaeological History from Nestor to Navarino*, Austin: University of Texas Press, 1998.

—, «Pylos», en *The Oxford Handbook of the Bronze Age Aegean*, ed. E. H. Cline,

Nueva York: Oxford University Press, 2010, pp. 680-689.

Deger-Jalkotzy, S., «Decline, Destruction, Aftermath», en *The Cambridge Companion to the Aegean Bronze Age*, ed. C. W. Shelmerdine, Cambridge: Cambridge University Press, 2008, pp. 387-415.

Demand, N. H., *The Mediterranean Context of Early Greek History*, Oxford: Wiley-Blackwell, 2011.

Dever, W. G., «The Late Bronze-Early Iron I Horizon in Syria-Palestine: Egyptians, Canaanites, "Sea Peoples", and Proto-Israelites», en *The Crisis Years: The 12th Century B.C.*, ed. W. A. Ward y M. S. Joukowsky, Dubuque (IA): Kendall/Hunt Publishing Co., 1992, pp. 99-110.

Diamond, J., *Collapse: How Societies Choose to Fail or Succeed*, Nueva York: Viking, 2005. [Hay trad. cast. de de Ricardo García Pérez: *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Barcelona: Debate, 2005, 2012²; DeBolsillo, 2013.]

Dickinson, O., *The Aegean from Bronze Age to Iron Age. Continuity and Change between the Twelfth and Eighth Centuries BC*, Nueva York: Routledge, 2006. [Hay trad. cast. de M.ª José Aubet, *El Egeo: de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro*, Barcelona: Bellaterra, 2010.]

—, «The Collapse at the End of the Bronze Age», en *The Oxford Handbook of the Bronze Age Aegean*, ed. E. H. Cline, Nueva York: Oxford University Press, 2010, pp. 483-490.

Dietrich, M., y O. Loretz, «Ugarit, Home of the Oldest Alphabets», en *Handbook of Ugaritic Studies*, ed. W. G. E. Watson y N. Wyatt, Leiden: Brill, 1999, pp. 81-90.

—, y O. Loretz, «Der Untergang von Ugarit am 21. Januar 1192 v. Chr.? Der astronomisch-hepatoskopische Bericht KTU 1.78 (RS 12.061)», en *Ugarit-Forschungen* 34 (2002), pp. 53-74.

Dorman, P. F. [2005*a*], «Hatshepsut: Princess to Queen to Co.-Ruler», en *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh*, ed. C. Roehrig, New Haven: Yale University Press, 2005, pp. 87-89.

—, [2005*b*], «The Career of Senenmut», en *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh*, ed. C. Roehrig, New Haven: Yale University Press, 2005, pp. 107-109.

Dothan, M., *Ashdod II-III. The Second and Third Season of Excavations 1963, 1965, Sounding in 1967. Text and Plates* (*'Atiqot* 9-10), Jerusalén: Israel Antiquities Authority, 1971.

—, «Ashdod», en *The New Encyclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, ed. E. Stern, Jerusalén: Carta, 1993, pp. 93-102.

—, e Y. Porath, *Ashdod V. Excavations of Area G. The Fourth-Sixth Season of Excavations 1968-1970* (*'Atiqot* 23), Jerusalén: Israel Antiquities Authority, 1993.

Dothan, T., *The Philistines and Their Material Culture*, New Haven: Yale

University Press, 1982.

—, «Some Aspects of the Appearance of the Sea Peoples and Philistines in Canaan», en *Griechenland, die Ägäis und die Levante während der «Dark Ages»*, ed. S. Deger-Jalkotzy, Viena: Österreichische Akademie der Wissenschaft, 1983, pp. 99-117.

—, «Ekron of the Philistines, Part 1: Where They Came From, How They Settled Down and the Place They Worshiped In», en *Biblical Archaeology Review* 18/1 (1990), pp. 28-38.

—, «Initial Philistine Settlement: From Migration to Coexistence», en *Mediterranean Peoples in Transition: Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE*, ed. S. Gitin, A. Mazar y E. Stern, Jerusalén: Israel Exploration Society, 1998, pp. 148-161.

—, «Reflections on the Initial Phase of Philistine Settlement», en *The Sea Peoples and Their World: A Reassessment*, ed. E. D. Oren, Filadelfia: University of Pennsylvania, 2000, pp. 146-158.

—, y M. Dothan, *People of the Sea: The Search for the Philistines*, Nueva York: Macmillan Publishing Company, 1992. [Hay trad. cast. de María José Aubet, *Los pueblos del mar: tras las huellas de los filisteos*, Barcelona: Bellaterra, 2002.]

Drake, B. L., «The Influence of Climatic Change on the Late Bronze Age Collapse and the Greek Dark Ages», en *Journal of Archaeological Science* 39 (2012), pp. 1.862-1.870.

Drews, R., «Herodotus 1.94, the Drought ca. 1200 B.C., and the Origin of the Etruscans», en *Historia* 41 (1992), pp. 14-39.

—, *The End of the Bronze Age: Changes in Warfare and the Catastrophe ca. 1200 B.C.*, Princeton (NJ): Princeton University Press, 1993.

—, «Medinet Habu: Oxcarts, Ships, and Migration Theories», en *Journal of Near Eastern Studies* 59 (2000), pp. 161-190.

Durard, J.-M., *Textes administratifs des salles 134 et 160 du Palais de Mari* (ARMT XX), París: Librairie Orientaliste Paul Geuthner, 1983.

Edel, E., «Ein Kairener Fragment mit einem Bericht über den Libyerkrieg Merneptahs», en *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 86 (1961), pp. 101-103.

—, *Die Ortsnamenlisten aus dem Totentempel Amenophis III*, Bonn: Peter Hanstein Verlag, 1966.

—, y M. Görg, *Die Ortsnamenlisten im nördlichen Säulenhof des Totentempels Amenophis' III*, Wiesbaden: Harrassowitz Verlag, 2005.

Edgerton, W. F., y J. A. Wilson, *Historical Records of Ramses III: The Texts in Medinet Habu*, vols. 1 y 2, Chicago: University of Chicago Press, 1936.

Emanuel, J. P., «" RDN from the Sea": The Arrival, Integration, and Acculturation of a "Sea People"», en *Journal of Ancient Egyptian Interconnections* 5/1 (2013), pp. 14-27.

Enverova, D. A., *The Transition from Bronze Age to Iron Age in the Aegean: An Heterarchical Approach*, tesis de maestría, Bilkent University, 2012. Disponible en http://www.thesis.bilkent.edu.tr/0006047.pdf (última consulta: 11 de septiembre de 2013).

Ertekin, A., e I. Ediz, «The Unique Sword from Bogazkoy/Hattusa», en *Aspects of Art and Iconography: Anatolia and Its Neighbors. Studies in Honor of Nimet Ozguc*, ed. M. J. Mellink, E. Porada y T. Ozguc, Ankara: Türk Tarih Kurumu Basimevi, 1993, pp. 719-725.

Evans, A. J., *The Palace of Minos at Knossos*, vols. 1-4, Londres: Macmillan and Co., 1921-1935.

Fagles, R., *Homer: The Iliad*, Nueva York: Penguin, 1990.

Faust, A., y J. Lev-Tov, «The Constitution of Philistine Identity: Ethnic Dynamics in Twelfth to Tenth Century Philistia», en *Oxford Journal of Archaeology* 30 (2011), pp. 13-31.

Feldman, M., «Luxurious Forms: Redefining a Mediterranean "International Style", 1400-1200 B.C.E.», en *Art Bulletin* 84/1 (2002), pp. 6-29.

—, *Diplomacy by Design: Luxury Arts and an "International Style" in the Ancient Near East, 1400-1200 BCE*, Chicago: University of Chicago Press, 2006.

—, «Hoarded Treasures: The Megiddo Ivories and the End of the Bronze Age», en *Levant* 41/2 (2009), pp. 175-194.

Finkelstein, I., «The Stratigraphy and Chronology of Megiddo and Beth-Shean in the 12th-11th Centuries BCE», en *Tel Aviv* 23 (1996), pp. 170-184.

—, «Philistine Chronology: High, Middle or Low?», en *Mediterranean Peoples in Transition: Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE*, ed. S. Gitin, A. Mazar y E. Stern, Jerusalén: Israel Exploration Society, 1998, pp. 140-147.

—, «The Philistine Settlements: When, Where and How Many?», en *The Sea Peoples and Their World: A Reassessment*, ed. E. D. Oren, Filadelfia: University of Pennsylvania, 2000, pp. 159-180.

—, «El-Aḥwat: A Fortified Sea People City?», en *Israel Exploration Journal* 52/2 (2002), pp. 187-199.

—, «Is the Philistine Paradigm Still Viable?», en *The Synchronisation of Civilisations in the Eastern Mediterranean in the Second Millennium B.C. III, Proceedings of the SCIEM 2000—2nd EuroConference, Vienna, 28th of May-1st of June 2003*, ed. M. Bietak y E. Czerny, Viena: Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 2007, pp. 517-523.

Fitton, J. L., *Minoans*, Londres: British Museum Press, 2002.

Frank, A. G., «Bronze Age World System and Its Cycles», en *Current Anthropology* 34 (1993), pp. 383-429.

—, y B. K. Gillis, *The World System: Five Hundred Years or Five Thousand?*, Londres: Routledge, 1993.

—, y W. R. Thompson, «Afro-Eurasian Bronze Age Economic Expansion and Contraction Revisited», en *Journal of World History* 16 (2005), pp. 115-172.

Franken, H. J., «The Excavations at Deir ʻAlla, Jordan», en *Vetus Testamentum* 11 (1961), pp. 361-372.

French, E., «The Significance of Changes in Spatial Usage at Mycenae», en *Forces of Transformation: The End of the Bronze Age in the Mediterranean*, ed. C. Bachhuber y R. G. Roberts, Oxford: Oxbow Books, 2009, pp. 108-110.

—, «Mycenae», en *The Oxford Handbook of the Bronze Age Aegean*, ed. E. H. Cline, Nueva York: Oxford University Press, 2010, pp. 671-679.

Friedman, K. E., «Structure, Dynamics, and the Final Collapse of Bronze Age Civilizations in the Second Millennium», en *Historical Transformations: The Anthropology of Global Systems*, ed. K. E. Friedman y J. Friedman, Lanham (MD): Altamira Press, 2008, pp. 163-202.

Galil, G., A. Gilboa, A. M. Maeir y D. Kahn (eds.), *The Ancient Near East in the 12th-10th Centuries BCE: Culture and History. Proceedings of the International Conference Held at the University of Haifa, 2-5 May, 2010* (*AOAT* 392), Münster: Ugarit-Verlag, 2012.

Genz, H., «"No Land Could Stand before Their Arms, from Hatti ... On ..."? New Light on the End of the Hittite Empire and the Early Iron Age in Central Anatolia», en *The Philistines and Other «Sea Peoples» in Text and Archaeology*, ed. A. E. Killebrew y G. Lehmann, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2013, pp. 469-477.

Gilboa, A., «Iron I-IIA Pottery Evolution at Dor—Regional Contexts and the Cypriot Connection», *en Mediterranean Peoples in Transition: Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE*, ed. S. Gitin, A. Mazar y E. Stern, Jerusalén: Israel Exploration Society, 1998, pp. 413-425.

—, «Sea Peoples and Phoenicians along the Southern Phoenician Coast—A Reconciliation: An Interpretation of ikila (SKL) Material Culture», en *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 337 (2005), pp. 47-78.

—, «Fragmenting the Sea Peoples, with an Emphasis on Cyprus, Syria and Egypt: A Tel Dor Perspective», en *Scripta Mediterranea* 27-28 (2006-2007), pp. 209-244.

Gillis, C., «Trade in the Late Bronze Age», en *Trade and Production in Premonetary Greece: Aspects of Trade*, ed. C. Gillis, C. Risberg y B. Sjöberg, Jonsered: Paul Åström Förlag, 1995, pp. 61-86.

Gilmour, G., y K. A. Kitchen, «Pharaoh Sety II and Egyptian Political Relations with Canaan at the End of the Late Bronze Age», en *Israel Exploration Journal* 62/1 (2012), pp. 1-21.

Gitin, S., «Excavating Ekron. Major Philistine City Survived by Absorbing Other Cultures», en *Biblical Archaeology Review* 31/6 (2005), pp. 40-56, 66-67.

Giveon, R., D. Sweeney y N. Lalkin, «The Inscription of Ramesses III», en *The Renewed Archaeological Excavations at Lachish (1973-1994)*, ed. D. Ussishkin, Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv, 2004, pp. 1.626-1.628.

Grundon, I., *The Rash Adventurer: A Life of John Pendlebury*, Londres: Libri Publications, 2007.

Güterbock, H. G., «Survival of the Hittite Dynasty», en *The Crisis Years: The 12th Century B.C.*, ed. W. A. Ward y M. S. Joukowsky, Dubuque (IA): Kendall/Hunt Publishing Co., 1992, pp. 53-55.

Habachi, L., *The Second Stele of Kamose*, Gluckstadt: J. J. Augustin, 1972.

Halpern, B., «The Sea-Peoples and Identity», en *Scripta Mediterranea* 27-28 (2006-2007), pp. 15-32.

Hankey, V., «The Aegean Interest in El Amarna», en *Journal of Mediterranean Anthropology and Archaeology* 1 (1981), pp. 38-49.

Harrison, T. P., «Neo-Hittites in the "Land of Palistin". Renewed Investigations at Tell Ta'yinat on the Plain of Antioch», en *Near Eastern Archaeology* 72/4 (2009), pp. 174-189.

—, «The Late Bronze/Early Iron Age Transition in the North Orontes Valley», en *Societies in Transition: Evolutionary Processes in the Northern Levant between Late Bronze Age II and Early Iron Age. Papers Presented on the Occasion of the 20th Anniversary of the New Excavations in Tell Afis. Bologna, 15th November 2007*, ed. F. Venturi, Bolonia: Clueb, 2010, pp. 83-102.

Hawass, Z., *Tutankhamun and the Golden Age of the Pharaohs*, Washington (DC): National Geographic Society, 2005.

—, «King Tut's Family Secrets», en *National Geographic*, septiembre de 2010, pp. 34-59.

—, *et al.*, «Ancestry and Pathology in King Tutankhamun's Family», en *Journal of the American Medical Association* 303/7 (2010), pp. 638-647.

Hawkins, J. D., «Cilicia, the Amuq and Aleppo: New Light in a Dark Age», en *Near Eastern Archaeology* 72/4 (2009), pp. 164-173.

—, «The Inscriptions of the Aleppo Temple», en *Anatolian Studies* 61 (2011), pp. 35-54.

Heimpel, W., *Letters to the King of Mari: A New Translation, with Historical Introduction, Notes, and Commentary*, Winona Lake (IN): Eisenbrauns, 2003.

Heltzer, M., «Sinaranu, Son of Siginu, and the Trade Relations between Ugarit and Crete», en *Minos* 23 (1988), pp. 7-13.

—, «The Trade of Crete and Cyprus with Syria and Mesopotamia and Their Eastern Tin-Sources in the XVIII-XVII Centuries B.C.», en *Minos* 24 (1989), pp. 7-28.

Hirschfeld, N., *Incised Marks on LH/LM III Pottery*, tesis de maestría, Institute of Nautical Archaeology, Texas A&M University, 1990.

—, «Cypriot Marks on Mycenaean Pottery», en *Mykenaïka: Actes du IXe*

Colloque international sur les textes mycéniens et égéens, Athènes, 2-6 octobre 1990, ed. J.-P. Olivier, París: Diffusion de Bocard, 1992, pp. 315-319.

—, «Cypriots in the Mycenaean Aegean», en *Atti e Memorie del Secondo Congresso Internazionale di Micenologia, Roma-Napoli, 14-20 Ottobre 1991*, ed. E. De Miro, L. Godart y A. Sacconi, Roma/Nápoles: Gruppo Editoriale Internazionale, 1996, vol. 1, pp. 289-297.

—, *Potmarks of the Late Bronze Age Eastern Mediterranean*, tesis de doctorado, University of Texas at Austin, 1999.

—, «Cypro-Minoan», en *The Oxford Handbook of the Bronze Age Aegean*, ed. E. H. Cline, 373-384, Nueva York: Oxford University Press, 2010.

Hitchcock, L. A., «"Who will personally invite a foreigner, unless he is a craftsman?": Exploring Interconnections in Aegean and Levantine Architecture», en *Aegaeum* 25: *Emporia. Aegeans in the Central and Eastern Mediterranean. Proceedings of the 10th International Aegean Conference. Athens, Italian School of Archaeology, 14-18 April 2004*, ed. R. Laffineur y E. Greco, Lieja: Université de Liège, 2005, pp. 691-699.

—, «"Do you see a man skillful in his work? He will stand before kings": Interpreting Architectural Influences in the Bronze Age Mediterranean», en *Ancient West and East* 7 (2008), pp. 17-49.

—, «"Transculturalism" as a Model for Examining Migration to Cyprus and Philistia at the End of the Bronze Age», en *Ancient West and East* 10 (2011), pp. 267-280.

—, «"All the Cherethites, and all the Pelethites, and all the Gittites": A Current Assessment of the Evidence for the Minoan Connection with the Philistines», publicado próximamente en *Proceedings of the 11th International Congress of Cretan Studies, 21-27 October 2011, Rethymnon (Crete)*, en prensa.

—, y A. M. Maeir, «Beyond Creolization and Hybridity: Entangled and Transcultural Identities in Philistia», en *Archaeological Review from Cambridge* 28/1 (2013), pp. 51-74.

Hoffmeier, J. K., *Ancient Israel in Sinai: The Evidence for the Authenticity of the Wilderness Tradition*, Oxford: Oxford University Press, 2005.

Hoffner, H. A., Jr., «The Last Days of Khattusha», en *The Crisis Years: The 12th Century B.C.*, ed. W. A. Ward y M. S. Joukowsky, Dubuque (IA): Kendall/Hunt Publishing Co., 1992, pp. 46-52.

—, «Hittite Laws», en *Law Collections from Mesopotamia and Asia Minor*, ed. M. T. Roth, Atlanta: Scholars Press, 2007, 2.ª ed., pp. 213-240.

Hooker, J. T., «The End of Pylos and the Linear B Evidence», en *Studi micenei ed egeo-anatolici* 23 (1982), pp. 209-217.

Houwink ten Cate, P. H. J., *The Records of the Early Hittite Empire (c. 1450-1380 B.C.)*, Estambul: Nederlands Historisch-Archaeologisch Instituut in het Nabije Oosten, 1970.

Huehnergard, J., «The Akkadian Letters», en *Handbook of Ugaritic Studies*, ed. W. G. E. Watson y N. Wyatt, Leiden: Brill, 1999, pp. 375-389.

Iacovou, M., «Cultural and Political Configurations in Iron Age Cyprus: The Sequel to a Protohistoric Episode», en *American Journal of Archaeology* 112/4 (2008), pp. 625-657.

Iacovou, M., «Aegean-Style Material Culture in Late Cypriot III: Minimal Evidence, Maximal Interpretation», en *The Philistines and Other «Sea Peoples» in Text and Archaeology*, ed. A. E. Killebrew y G. Lehmann, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2013, pp. 585-618.

Iakovidis, Sp. E., «Destruction Horizons at Late Bronze Age Mycenae», en *Philia Epi eis Georgion E. Mylonan, v. A.*, Atenas: Library of the Archaeological Society of Athens, 1986, pp. 233-260.

Janeway, B., «The Nature and Extent of Aegean Contact at Tell Ta'yinat and Vicinity in the Early Iron Age: Evidence of the Sea Peoples?», en *Scripta Mediterranea* 27-28 (2006-2007), pp. 123-146.

Jennings, J., *Globalizations and the Ancient World*, Cambridge: Cambridge University Press, 2011.

Johnson, N., *Simply Complexity: A Clear Guide to Complexity Theory*, Oxford: OneWorld Publications, 2007.

Jung, R., «"Sie vernichteten sie, als ob sie niemals existiert hätten"—Was blieb von den Zerstörungen der Seevölker?», en *Schlachtfeldarchäologie / Battlefield Archaeology. 1. Mitteldeutscher Archäologentag vom 09. Bis 11. Oktober 2008 in Halle (Saale)* (*Tagungen des Landesmuseums für Vorgeschichte Halle* 2), ed. H. Meller, Halle (Saale): Landesmuseum für Vorgeschichte, 2009, pp. 31-48.

—, «End of the Bronze Age», en *The Oxford Handbook of the Bronze Age Aegean*, ed. E. H. Cline, Nueva York: Oxford University Press, 2010, pp. 171-184.

—, «Innovative Cooks and New Dishes: Cypriote Pottery in the 13th and 12th Centuries BC and Its Historical Interpretation», en *On Cooking Pots, Drinking Cups, Loomweights and Ethnicity in Bronze Age Cyprus and Neighbouring Regions. An International Archaeological Symposium Held in Nicosia, November 6th-7th 2010*, ed. V. Karageorghis y O. Kouka, Nicosia: Fundación A. G. Leventis, 2011, pp. 57-85.

—, «Can We Say, What's behind All Those Sherds? Ceramic Innovations in the Eastern Mediterranean at the End of the Second Millennium», en *Materiality and Social Practice: Transformative Capacities of Intercultural Encounters*, ed. J. Maran y P. W. Stockhammer, Oxford: Oxbow Books, 2012, pp. 104-120.

Kahn, D., «One Step Forward, Two Steps Backward: The Relations between Amenhotep III, King of Egypt and Tushratta, King of Mitanni», en *Egypt, Canaan and Israel: History, Imperialism, Ideology and Literature: Proceedings of a Conference at the University of Haifa, 3-7 May 2009*, ed. S. Bar, D. Kahn y J. J. Shirley, Leiden: Brill, 2011, pp. 136-154.

Kahn, D., «A Geo-Political and Historical Perspective of Merneptah's Policy in Canaan», en *The Ancient Near East in the 12th-10th Centuries BCE: Culture and History. Proceedings of the International Conference Held at the University of Haifa, 2-5 May, 2010* (*AOAT* 392), ed. G. Galil, A. Gilboa, A. M. Maeir y D. Kahn, Münster: Ugarit-Verlag, 2012, pp. 255-268.

Kammenhuber, A., *Hippologia hethitica*, Wiesbaden: O. Harrassowitz, 1961.

Kamrin, J., «The Procession of "Asiatics" at Beni Hasan», en *Cultures in Contact: From Mesopotamia to the Mediterranean in the Second Millennium B.C.*, ed. J. Aruz, S. B. Graff y Y. Rakic, Nueva York: Metropolitan Museum of Art, 2013, pp. 156-169.

Kaniewski, D., E. Paulissen, E. Van Campo, H. Weiss, T. Otto, J. Bretschneider y K. Van Lerberghe, «Late Second-Early First Millennium BC Abrupt Climate Changes in Coastal Syria and Their Possible Significance for the History of the Eastern Mediterranean», en *Quaternary Research* 74 (2010), pp. 207-215.

—, E. Van Campo, K. Van Lerberghe, T. Boiy, K. Vansteenhuyse, G. Jans, K. Nys, H. Weiss, C. Morhange, T. Otto y J. Bretschneider, «The Sea Peoples, from Cuneiform Tablets to Carbon Dating», *PloS ONE* 6/6 (2011): e20232, disponible en http://www.plosone.org/article/info%3Adoi%2F10.1371%2Fjournal.pone.0020232 (última consulta: 25 de agosto de 2013).

—, E. Van Campo, J. Guiot, S. Le Burel, T. Otto y C. Baeteman, «Environmental Roots of the Late Bronze Age Crisis», en *PloS ONE* 8/8 (2013): e71004, disponible en http://www.plosone.org/article/info%3Adoi%2F10.1371%2Fjournal.pone.0071004 (última consulta: 25 de agosto de 2013).

—, E. Van Campo y H. Weiss, «Drought Is a Recurring Challenge in the Middle East», en *Proceedings of the National Academy of Sciences* 109/110 (2012), pp. 3.862-3.867.

Kantor, H. J., *The Aegean and the Orient in the Second Millennium BC* (AIA Monograph n.º 1), Bloomington, IN: Principia Press, 1947.

Karageorghis, V., *Cyprus: From the Stone Age to the Romans*, Londres: Thames and Hudson, 1982. [En castellano del mismo autor: *Chipre: encrucijada del Mediterráneo oriental 1600-500 a. C.*, Barcelona: Bellaterra, 2004]

—, «The Crisis Years: Cyprus», en *The Crisis Years: The 12th Century B.C.*, ed. W. A. Ward y M. S. Joukowsky, Dubuque (IA): Kendall/Hunt Publishing Co., 1992, pp. 79-86.

—, «What Happened in Cyprus c. 1200 BC: Hybridization, Creolization or Immigration? An Introduction», en *On Cooking Pots, Drinking Cups, Loomweights and Ethnicity in Bronze Age Cyprus and Neighbouring Regions. An International Archaeological Symposium Held in Nicosia, November 6th-7th 2010*, ed. V. Karageorghis y O. Kouka, Nicosia: Fundación A. G. Leventis, 2011, pp. 19-28.

Kelder, J. M., *The Kingdom of Mycenae: A Great Kingdom in the Late Bronze Age Aegean*, Bethesda (MD): CDL Press, 2010.

—, «Ahhiyawa and the World of the Great Kings: A Re-evaluation of Mycenaean Political Structures», en *Talanta* 44 (2012), pp. 1-12.

Keller, C. A., «The Joint Reign of Hatshepsut and Thutmose III», en *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh*, ed. C. Roehrig, New Haven: Yale University Press, 2005, pp. 96-98.

Kempinski, A., *Megiddo: A City-State and Royal Centre in North Israel*, Múnich: Verlag C. H. Beck, 1989.

Kilian, K., «Mycenaean Colonization: Norm and Variety», en *Greek Colonists and Native Populations: Proceedings of the First Australian Congress of Classical Archaeology Held in Honour of Emeritus Professor A. D. Trendall*, ed. J.-P. Descoeudres, Oxford: Clarendon Press, 1990, pp. 445-467.

—, «Earthquakes and Archaeological Context at 13th Century BC Tiryns», en *Archaeoseismology* (*Fitch Laboratory Occasional Papers*, 7), ed. S. Stiros y R. E. Jones, Atenas: British School at Athens, 1996, pp. 63-68.

Killebrew, A. E., «Ceramic Typology and Technology of Late Bronze II and Iron I Assemblages from Tel Miqne-Ekron: The Transition from Canaanite to Philistine Culture», en *Mediterranean Peoples in Transition: Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE*, ed. S. Gitin, A. Mazar y E. Stern, Jerusalén: Israel Exploration Society, 1998, pp. 379-405.

—, «Aegean-Style Early Philistine Pottery in Canaan during the Iron I Age: A Stylistic Analysis of Mycenaean IIIC:1b Pottery and Its Associated Wares», en *The Sea Peoples and Their World: A Reassessment*, ed. E. D. Oren, Filadelfia: University of Pennsylvania, 2000, pp. 233-253.

—, *Biblical Peoples and Ethnicity. An Archaeological Study of Egyptians, Canaanites, Philistines, and Early Israel 1300-1100 B.C.E.*, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2005.

—, «The Philistines in Context: The Transmission and Appropriation of Mycenaean-Style Culture in the East Aegean, Southeastern Coastal Anatolia, and the Levant», en *Scripta Mediterranea* 27-28 (2006-2007), 245-266.

—, «Early Philistine Pottery Technology at Tel Miqne-Ekron: Implications for the Late Bronze-Early Iron Age Transition in the Eastern Mediterranean», en *The Philistines and Other «Sea Peoples» in Text and Archaeology*, ed. A. E. Killebrew y G. Lehmann, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2013, pp. 77-129.

—, y G. Lehmann, «Introduction: The World of the Philistines and Other "Sea Peoples"», en *The Philistines and Other «Sea Peoples» in Text and Archaeology*, ed. A. E. Killebrew y G. Lehmann, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2013, pp. 1-17.

—, y G. Lehmann (eds.), *The Philistines and Other «Sea Peoples» in Text and*

Archaeology, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2013.

Kitchen, K. A., «Theban Topographical Lists, Old and New», en *Orientalia* 34 (1965), pp. 5-6.

—, «Aegean Place Names in a List of Amenophis III», en *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 191 (1966), pp. 23-24.

—, *Pharaoh Triumphant: The Life and Times of Ramesses II*, Warminster: Aris & Phillips, 1982.

—, «Ramesses III and the Ramesside Period», en *Ramesses III: The Life and Times of Egypt's Last Hero*, ed. E. H. Cline y D. O'Connor, Ann Arbor: University of Michigan Press, 2012, pp. 1-26.

Knapp, A. B., «Spice, Drugs, Grain and Grog: Organic Goods in Bronze Age East Mediterranean Trade», en *Bronze Age Trade in the Aegean*, ed. N. H. Gale, Jonsered: Paul Åström Förlag, 1991, pp. 21-68.

—, «Matter of Fact: Transcultural Contacts in the Late Bronze Age Eastern Mediterranean», en *Materiality and Social Practice: Transformative Capacities of Intercultural Encounters*, ed. J. Maran and P. W. Stockhammer, Oxford: Oxbow Books, 2012, pp. 32-50.

Kochavi, M., *Aphek-Antipatris: Five Seasons of Excavation at Tel Aphek-Antipatris (1972-1976)*, Tel Aviv: The Israel Exploration Society, 1977.

Kostoula, M., y J. Maran, «A Group of Animal-Headed Faience Vessels from Tiryns», en *All the Wisdom of the East: Studies in Near Eastern Archaeology and History in Honor of Eliezer D. Oren* (*Orbis Biblicus et Orientalis* 255), ed. M. Gruber, S. Ahituv, G. Lehmann y Z. Talshir, Friburgo: Academic Press y Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 2012, pp. 193-234.

Kuhrt, A., *The Ancient Near East c. 3000-330 BC*, vol. 1, Londres: Routledge, 1995.

Lackenbacher, S. [1995*a*], «La correspondence international dans les archives d'Ugarit», en *Revue d'assyriologie et d'archéologie orientale* 89 (1995), pp. 67-75.

—, [1995*b*], «Une correspondance entre l'Administration du Pharaon Merneptah et le Roi d'Ougarit», en *Le Pays d'Ougarit autour de 1200 av. J.-C.: Historie et archéologie. Actes du Colloque International; Paris, 28 juin-1er juillet 1993*, ed. M. Yon, M. Sznycer y P. Bordreuil, París: Éditions Recherche sur les Civilisations, 1995, pp. 77-83.

—, y F. Malbran-Labat, «Ugarit et les Hittites dans les archives de la "Maison d'Urtenu"», en *Studi micenei ed egeo-anatolici* 47 (2005), pp. 227-240.

Lagarce, J., y E. Lagarce, «Découvertes archéologiques à Ras Ibn Hani près de Ras Shamra: un palais du roi d'Ugarit, des tablettes inscrites en caractères cuneiforms, un petit établissement des peoples de la mer et une ville hellénistique», en *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* (1978), pp. 45-64.

Langgut, D., I. Finkelstein y T. Litt, «Climate and the Late Bronze Collapse: New Evidence from the Southern Levant», *Tel Aviv* 40 (2013), pp. 149-175.

Latacz, J., *Troy and Homer: Towards a Solution of an Old Mystery*, Oxford: Oxford University Press, 2004.

Leach, J. W., y E. Leach (eds.), *The Kula: New Perspectives on Massim Exchange*, Cambridge: Cambridge University Press, 1983.

Lebrun, R., «Ougarit et le Hatti à la fin du XIIIe siècle av. J.-C.», en *Le Pays d'Ougarit autour de 1200 av. J.-C.: Historie et archéologie. Actes du Colloque International; Paris, 28 juin-1er juillet 1993*, ed. M. Yon, M. Sznycer y P. Bordreuil, París: Éditions Recherche sur les Civilisations, 1995, pp. 85-88.

Lehmann, G., «Aegean-Style Pottery in Syria and Lebanon during Iron Age I», en *The Philistines and Other «Sea Peoples» in Text and Archaeology*, ed. A. E. Killebrew y G. Lehmann, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2013, pp. 265-328.

Lemaire, A., «West Semitic Epigraphy and the History of the Levant during the 12th-10th Centuries BCE», en *The Ancient Near East in the 12th-10th Centuries BCE: Culture and History. Proceedings of the International Conference Held at the University of Haifa, 2-5 May, 2010* (*AOAT* 392), ed. G. Galil, A. Gilboa, A. M. Maeir y D. Kahn, Münster: Ugarit-Verlag, 2012, pp. 291-307.

Liverani, M., «The Collapse of the Near Eastern Regional System at the End of the Bronze Age: The Case of Syria», en *Centre and Periphery in the Ancient World*, ed. M. Rowlands, M. Larsen y K. Kristiansen, Cambridge: Cambridge University Press, 1987, pp. 66-73.

—, *Prestige and Interest: International Relations in the Near East ca. 1600-1100 B.C.*, Padua: Sargon Press, 1990.

—, «La Fin d'Ougarit: Quand? Pourquoi? Comment?», en *Le Pays d'Ougarit autour de 1200 av. J.-C.: Historie et archéologie. Actes du Colloque International; Paris, 28 juin-1er juillet 1993*, ed. M. Yon, M. Sznycer y P. Bordreuil, París: Éditions Recherche sur les Civilisations, 1995, pp. 113-117.

—, *International Relations in the Ancient Near East, 1600-1100 BC*, Londres: Palgrave, 2001.

—, «The Influence of Political Institutions on Trade in the Ancient Near East (Late Bronze to Early Iron Ages)», en *Mercanti e politica nel Mondo Antico*, ed. C. Zaccagnini, Roma: L'Erma di Bretschneider, 2003, pp. 119-137.

—, «Exploring Collapse», en *Scienze dell'antichità: Storia Archeologia Antropologia* 15 (2009), pp. 15-22.

Loader, N. C., *Building in Cyclopean Masonry: With Special Reference to the Mycenaean Fortifications on Mainland Greece*, Jonsered: Paul Åströms Förlag, 1998.

Lolos, Y. G., «Cypro-Mycenaean Relations ca. 1200 BC: Point Iria in the Gulf of Argos and Old Salamis in the Saronic Gulf», en *Sea Routes ...: Interconnections in the Mediterranean 16th-6th c. BC. Proceedings of the International Symposium Held at*

Rethymnon, Crete in September 29th-October 2nd 2002, ed. N. Chr. Stampolidis y V. Karageorghis, Atenas: Universidad de Creta y Fundación A. G. Leventis, 2003, pp. 101-116.

Lorenz, E. N., «Atmospheric Predictability as Revealed by Naturally Occurring Analogues», en *Journal of the Atmospheric Sciences* 26/4 (1969), pp. 636-646.

—, «Predictability: Does the Flap of a Butterfly's Wings in Brazil Set Off a Tornado in Texas?», ponencia presentada en la reunión anual de la American Association for the Advancement of Science, 1972.

Loud, G., *Megiddo Ivories*, Chicago: University of Chicago Press, 1939.

—, *Megiddo II: Season of 1935-39*, Chicago: University of Chicago Press, 1948.

Maeir, A. M., L. A. Hitchcock y L. K. Horwitz, «On the Constitution and Transformation of Philistine Identity», *Oxford Journal of Archaeology* 32/1 (2013), pp. 1-38.

Malbran-Labat, F., «La découverte épigraphique de 1994 à Ougarit (Les textes Akkadiens)», en *Studi micenei ed egeo-anatolici* 36 (1995), pp. 103-111.

Malinowski, B., *Argonauts of the Western Pacific*, Nueva York: Dutton, 1922. [Hay trad. cast. de Antonio J. Desmonts, *Los argonautas del Pacífico occidental*, Barcelona: Península, 1972, 2001.]

Mallowan, A. C. (Agatha Christie), *Come, Tell Me How You Live*, Nueva York: HarperCollins, 1976. [Hay trad. cast. de Iris Menéndez: *Ven y dime cómo vives*, Barcelona: Tusquets, 1987, 2008.]

Manning, S. W., *A Test of Time: The Volcano of Thera and the Chronology and History of the Aegean and East Mediterranean in the Mid-second Millennium BC*, Oxford: Oxbow Books, 1999.

—, «Eruption of Thera/Santorini», en *The Oxford Handbook of the Bronze Age Aegean*, ed. E. H. Cline, Nueva York: Oxford University Press, 2010, pp. 457-474.

—, C. Pulak, B. Kromer, S. Talamo, C. Bronk Ramsey y M. Dee, «Absolute Age of the Uluburun Shipwreck: A Key Late Bronze Age Time-Capsule for the East Mediterranean», en *Tree-Rings, Kings, and Old World Archaeology and Environment*, ed. S. W. Manning y M. J. Bruce, Oxford: Oxbow Books, 2009, pp. 163-187.

Maqdissi, al-, M., M. Badawy, J. Bretschneider, H. Hameeuw, G. Jans, K. Vansteenhuyse, G. Voet y K. Van Lerberghe, «The Occupation Levels of Tell Tweini and Their Historical Implications», en *Proceedings of the 51st Rencontre Assyriologique Internationale Held at the Oriental Institute of the University of Chicago, July 18-22, 2005*, ed. R. D. Biggs, J. Myers y M. T. Roth, Chicago: University of Chicago Press, 2008, pp. 341-350.

Maran, J., «The Spreading of Objects and Ideas in the Late Bronze Age Eastern Mediterranean: Two Case Examples from the Argolid of the 13th and 12th Centuries B.C.», en *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 336 (2004),

pp. 11-30.

—, «The Crisis Years? Reflections on Signs of Instability in the Last Decades of the Mycenaean Palaces», en *Scienze dell'antichità: Storia Archeologia Antropologia* 15 (2009), pp. 241-262.

—, «Tiryns», en *The Oxford Handbook of the Bronze Age Aegean*, ed. E. H. Cline, Nueva York: Oxford University Press, 2010, pp. 722-734.

Marom, N., y S. Zuckerman, «The zooarchaeology of Exclusion and Expropriation: Looking Up from the Lower City in Late Bronze Age Hazor», en *Journal of Anthropological Archaeology* 31 (2012), pp. 573-585.

Master, D. M., L. E. Stager y A. Yasur-Landau, «Chronological Observations at the Dawn of the Iron Age in Ashkelon», en *Egypt and the Levant* 21 (2011), pp. 261-280.

Mauss, M., *The Gift: The Form and Reason for Exchange in Archaic Societies*, Nueva York: W. W. Norton, 1990.

McAnany, P. A., y N. Yoffee, *Questioning Collapse: Human Resilience, Ecological Vulnerability, and the Aftermath of Empire*, Cambridge: Cambridge University Press, 2010.

McCall, H., *The Life of Max Mallowan: Archaeology and Agatha Christie*, Londres: British Museum Press, 2001.

McClellan, T. L., «Twelfth Century B.C. Syria: Comments on H. Sader's Paper», en *The Crisis Years: The 12th Century B.C.*, ed. W. A. Ward y M. S. Joukowsky, Dubuque (IA): Kendall/Hunt Publishing Co., 1992, pp. 164-173.

McGeough, K. M., *Exchange Relationships at Ugarit*, Lovaina: Peeters, 2007.

—, *Ugaritic Economic Tablets: Text, Translation and Notes*, ed. Mark S. Smith, Lovaina: Peeters, 2011.

Merola, M., «Messages from the Dead», en *Archaeology* 60/1 (2007), pp. 20-27.

Middleton, G. D., *The Collapse of Palatial Society in LBA Greece and the Postpalatial Period* (*BAR International Series*, 2110), Oxford: Archaeopress, 2010.

—, «Nothing Lasts Forever: Environmental Discourses on the Collapse of Past Societies», en *Journal of Archaeological Research* 20 (2012), pp. 257-307.

Millard, A., «The Last Tablets of Ugarit», en *Le Pays d'Ougarit autour de 1200 av. J.-C.: Historie et archéologie. Actes du Colloque International; Paris, 28 juin-1er juillet 1993*, ed. M. Yon, M. Sznycer y P. Bordreuil, París: Éditions Recherche sur les Civilisations, 1995, pp. 119-124.

—, «Scripts and Their Uses in the 12th-10th Centuries BCE», en *The Ancient Near East in the 12th-10th Centuries BCE: Culture and History. Proceedings of the International Conference Held at the University of Haifa, 2-5 May, 2010* (*AOAT* 392), ed. G. Galil, A. Gilboa, A. M. Maeir y D. Kahn, Münster: Ugarit-Verlag, 2012, pp. 405-412.

Miller, J. M., y J. H. Hayes, *A History of Ancient Israel and Judah*, Louisville (KY): Westminster John Knox Press, 2006, 2.ª ed.

Momigliano, N., «Duncan Mackenzie: A Cautious Canny Highlander and the Palace of Minos at Knossos», en *Bulletin of the Institute of Classical Studies Supplement* 72 (2009), Londres: University of London.

Monroe, C. M., *Scales of Fate: Trade, Tradition, and Transformation in the Eastern Mediterranean ca. 1350-1175 BCE*, Münster: Ugarit-Verlag, 2009.

—, «Sunk Costs at Late Bronze Age Uluburun», en *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 357 (2010), pp. 19-33.

Moran, W. L., *The Amarna Letters*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1992.

Morandi Bonacossi, D., «The Crisis of Qatna at the Beginning of the Late Bronze Age II and the Iron Age II Settlement Revival Towards the Collapse of the Late Bronze Age Palace System in the Northern Levant», en *Across the Border: Late Bronze-Iron Age Relations between Syria and Anatolia. Proceedings of a Symposium Held at the Research Center of Anatolian Studies, Koç University, Istanbul May 31-June 1 2010*, ed. K. A. Yener, Lovaina: Peeters, 2013, pp. 113-146.

Mountjoy, P. A., «The Destruction of the Palace at Pylos Reconsidered», en *Annual of the British School at Athens* 92 (1997), pp. 109-137.

—, [1999*a*], «The Destruction of Troia Vih», en *Studia Troica* 9 (1999), pp. 253-293.

—, [1999*b*], «Troia VII Reconsidered», en *Studia Troica* 9 (1999), pp. 295-346.

—, «The End of the Bronze Age at Enkomi, Cyprus: The Problem of Level IIIB», en *Annual of the British School at Athens* 100 (2005), pp. 125-214.

—, «Mykenische Keramik in Troia—Ein Überblick», en *Troia: Archäologie eines Siedlungshügels und seiner Landschaft*, ed. M. O. Korfman, Maguncia: Philipp von Zabern, 2006, pp. 241-252.

—, «The Mycenaean IIIC Pottery at Tel Miqne-Ekron», en *The Philistines and Other «Sea Peoples» in Text and Archaeology*, ed. A. E. Killebrew y G. Lehmann, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2013, pp. 53-75.

Muhlenbruch, T., «The Post-Palatial Settlement in the Lower Citadel of Tiryns», en *LH IIIC Chronology and Synchronisms II: LH IIIC Middle. Proceedings of the International Workshop Held at the Austrian Academy of Sciences at Vienna, October 29th and 30th, 2004*, ed. S. Deger-Jalkotzy y M. Zavadil, Viena: Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 2007, pp. 243-251.

—, «Tiryns—The Settlement and Its History in LH IIIC», en *LH IIIC Chronology and Synchronisms III: LH IIIC Late and the Transition to the Early Iron Age. Proceedings of the International Workshop Held at the Austrian Academy of Sciences at Vienna, February 23rd and 24th, 2007*, ed. S. Deger-Jalkotzy y E. Bächle, Viena: Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 2009, pp. 313-326.

Muhly, J. D., «The Role of the Sea Peoples in Cyprus during the LC III Period», en *Cyprus at the Close of the Late Bronze Age*, ed. V. Karageorghis y J. D. Muhly, Nicosia: Fundación A. G. Leventis, 1984, pp. 39-56.

—, «The Crisis Years in the Mediterranean World: Transition or Cultural Disintegration?», en *The Crisis Years: The 12th Century B.C.*, ed. W. A. Ward y M. S. Joukowsky, Dubuque (IA): Kendall/Hunt Publishing Co., 1992, pp. 10-22.

Murray, Sarah C., *Trade, Imports and Society in Early Greece*, tesis de doctorado, Stanford University, 2013.

Mynárová, J., *Language of Amarna—Language of Diplomacy: Perspectives on the Amarna Letters*, Praga: Czech Institute of Egyptology, 2007.

Neve, P. J., «Bogazkoy-Hattusha. New Results of the Excavations in the Upper City», en *Anatolica* 16 (1989), pp. 7-19.

Newberry, P. E., *Beni Hasan*, vol. 1 (*Archaeological Survey of Egypt* 1), Londres: Egypt Exploration Fund, 1893.

Nibbi, A., *The Sea Peoples and Egypt*, Park Ridge (NJ): Noyes Press, 1975.

Niemeier, W.-D., «Minoan Artisans Travelling Overseas: The Alalakh Frescoes and the Painted Plaster Floor at Tel Kabri (Western Galilee)», en *Aegaeum* 7: *Thalassa: L'Égée prehistorique et la mer*, ed. R. Laffineur y L. Basch, Lieja: Université de Liège, 1991, pp. 189-201.

—, «Mycenaeans and Hittites in War in Western Asia Minor», en *Polemos: Le contexte guerrier en Égée à l'âge du Bronze. Actes de la 7e Rencontre égéenne internationale (Liège 1998)*, ed. R. Laffineur, Lieja: Université de Liège, 1999, pp. 141-155.

—, y B. Niemeier, «Minoan Frescoes in the Eastern Mediterranean», en *Aegaeum* 18: *The Aegean and the Orient in the Second Millennium*, ed. E. H. Cline y D. Harris-Cline, Lieja: Université de Liège; Austin: University of Texas at Austin, 1998, pp. 69-97.

Nougayrol, J., *Textes accadiens des archives Sud. Le Palais Royal d'Ugarit 4*, París: Librairie C. Klincksieck, 1956.

—, E. Laroche, C. Virolleaud y C. F. A. Schaeffer, *Ugaritica 5. Mission de Ras Shamra 16*, París: Geuthner, 1968.

Nur, A., y D. Burgess, *Apocalypse: Earthquakes, Archaeology, and the Wrath of God*, Princeton (NJ): Princeton University Press, 2008.

—, y E. H. Cline, «Poseidon's Horses: Plate Tectonics and Earthquake Storms in the Late Bronze Age Aegean and Eastern Mediterranean», en *Journal of Archaeological Science* 27 (2000), pp. 43-63.

—, y E. H. Cline, «What Triggered the Collapse? Earthquake Storms», en *Archaeology Odyssey* 4/5 (2001), pp. 31-36, 62-63.

—, y H. Ron, «Armageddon's Earthquakes», en *International Geology Review* 39 (1997), pp. 532-541.

Nyland, A., *The Kikkuli Method of Horse Training*, Sydney: Maryannu Press, 2009, ed. rev.

O'Connor, D., y E. H. Cline (eds.), *Amenhotep III: Perspectives on His Reign*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 1998.

Oldfather, C. H., *Diodorus Siculus: Library of History* (Loeb Classical Library, vol. 303), Cambridge (MA): Harvard University Press, 1961.

Oren, E. D. (ed.), *The Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives*, Filadelfia: University of Pennsylvania, 1997.

—, (ed.), *The Sea Peoples and Their World: A Reassessment*, Filadelfia: University of Pennsylvania, 2000.

Palaima, T. G., «Maritime Matters in the Linear B Tablets», en *Aegaeum* 7: *Thalassa: L'Égée préhistorique et la mer*, ed. R. Laffineur y L. Basch, Lieja: Université de Liège, 1991, pp. 273-310.

—, «The Last Days of the Pylos Polity», en *Aegaeum* 12: *Politeia: Society and State in the Aegean Bronze Age*, ed. W.-D. Niemeier y R. Laffineur, Lieja: Université de Liège, 1995, pp. 265-287.

Panagiotopoulos, D., «Foreigners in Egypt in the Time of Hatshepsut and Thutmose III», en *Thutmose III: A New Biography*, ed. E. H. Cline y D. O'Connor, Ann Arbor: University of Michigan Press, 2006, pp. 370-412.

Pardee, D., «Ugaritic Letters», en *The Context of Scripture*, vol. 3: *Archival Documents from the Biblical World*, ed. W. W. Hallo, Leiden: E. J. Brill, 2003, pp. 87-116.

Paul, K. A., *Bronze Age Aegean Influence in the Mediterranean: Dissecting Reflections of Globalization in Prehistory*, tesis de maestría, George Washington University, 2011.

Payton, R., «The Ulu Burun Writing-Board Set», en *Anatolian Studies* 41 (1991), pp. 99-106.

Pendlebury, J. D. S., *Aegyptiaca: A Catalogue of Egyptian Objects in the Aegean Area*, Cambridge: Cambridge University Press, 1930.

Pfälzner, P. [2008*a*], «Between the Aegean and Syria: The Wall Paintings from the Royal Palace of Qatna», en *Fundstellen: Gesammelte Schriften zur Archäologie und Geschichte Altvorderasiens ad honorem Hartmut Kühne*, ed. D. Bonatz, R. M. Czichon y F. J. Kreppner, Wiesbaden: Harrassowitz, 2008, pp. 95-118.

—, [2008*b*], «The Royal Palace at Qatna: Power and Prestige in the Late Bronze Age», en *Beyond Babylon: Art, Trade, and Diplomacy in the Second Millennium B.C.* (catálogo de una exposición en el Metropolitan de Nueva York), ed. J. Aruz, Nueva York: Metropolitan Museum of Art, 2008, pp. 219-221.

Phelps, W., Y. Lolos e Y. Vichos (eds.), *The Point Iria Wreck: Interconnections in the Mediterranean ca. 1200 BC*, Atenas: Hellenic Institute of Marine Archaeology, 1999.

Phillips, J., *Aegyptiaca on the Island of Crete in Their Chronological Context: A Critical Review*, vols. 1 y 2, Viena: Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 2008.

—, y E. H. Cline, «Amenhotep III and Mycenae: New Evidence», en *Autochthon: Papers Presented to O. T. P. K. Dickinson on the Occasion of His Retirement* (*BAR International Series*, 1432), ed. A. Dakouri-Hild y E. S. Sherratt, Oxford: Archaeopress, 2005, pp. 317-328.

Pitard, W. T., «The Written Sources: 2. The Alphabetic Ugaritic Tablets», en *Handbook of Ugaritic Studies*, ed. W. G. E. Watson y N. Wyatt, Leiden: Brill, 1999, pp. 46-57.

Podany, A. H., *Brotherhood of Kings: How International Relations Shaped the Ancient Near East*, Nueva York: Oxford University Press, 2010.

Porada, E., «The Cylinder Seals Found at Thebes in Boeotia», en *Archiv für Orientforschung* 28 (1981), pp. 1-70, 77.

—, «Sidelights on Life in the 13th and 12th Centuries B.C. in Assyria», en *The Crisis Years: The 12th Century B.C.*, ed. W. A. Ward y M. S. Joukowsky, Dubuque (IA): Kendall/Hunt Publishing Co., 1992, pp. 182-187.

Potts, D. T., *The Archaeology of Elam: Formation and Transformation of an Ancient Iranian State*, Cambridge: Cambridge University Press, 1999.

Pritchard, J. B. (ed.), *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, Princeton (NJ): Princeton University Press, 1969.

Pulak, C., «The Bronze Age Shipwreck at Ulu Burun, Turkey: 1985 Campaign», en *American Journal of Archaeology* 92 (1988), pp. 1-37.

—, «The Uluburun Shipwreck: An Overview», en *International Journal of Nautical Archaeology* 27/3 (1998), pp. 188-224.

—, «Shipwreck! Recovering 3,000-Year-Old Cargo», en *Archaeology Odyssey* 2/4 (1999), pp. 18-29, 59.

—, «Who Were the Mycenaeans Aboard the Uluburun Ship?», en *Aegaeum* 25: *Emporia. Aegeans in the Central and Eastern Mediterranean. Proceedings of the 10th International Aegean Conference. Athens, Italian School of Archaeology, 14-18 April 2004*, ed. R. Laffineur y E. Greco, Lieja: Université de Liège, 2005, pp. 295-310.

Raban, A., y R. R. Stieglitz, «The Sea Peoples and Their Contributions to Civilization», en *Biblical Archaeology Review* 17/6 (1991), pp. 35-42, 92-93.

Redford, D. B., *History and Chronology of the Eighteenth Dynasty of Egypt: Seven Studies*, Toronto: University of Toronto Press, 1967.

—, *Egypt, Canaan, and Israel in Ancient Times*, Princeton (NJ): Princeton University Press, 1992.

—, «Textual Sources for the Hyksos Period», en *The Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives*, ed. E. Oren, Filadelfia: University of Pennsylvania, 1997, pp. 1-44.

—, «The Northern Wars of Thutmose III», en *Thutmose III: A New Biography*, ed. E. H. Cline y D. O'Connor, Ann Arbor: University of Michigan Press, 2006, pp. 325-341.

Redford, S., *The Harem Conspiracy: The Murder of Ramesses III*, DeKalb: Northern Illinois University Press, 2002.

Reeves, N., *The Complete Tutankhamun*, Londres: Thames and Hudson, 1990. [Hay trad. cast. de Antoni Vicens, *Todo Tutankamón: el rey, la tumba, el tesoro real*, Barcelona: Destino, 1991.]

Rehak, P., «Aegean Natives in the Theban Tomb Paintings: The Keftiu Revisited», en *Aegaeum* 18: *The Aegean and the Orient in the Second Millennium*, ed. E. H. Cline y D. Harris-Cline, Lieja: Université de Liège, 1998, pp. 39-49.

Renfrew, C., «Systems Collapse as Social Transformation», en *Transformations. Mathematical Approaches to Culture Change*, ed. C. Renfrew y K. L. Cooke, Nueva York: Academic Press, 1979, pp. 481-506.

Richter, T., «Qatna in the Late Bronze Age: Preliminary Remarks», en *Studies on the Civilization and Culture of Nuzi and the Hurrians*, vol. 15, ed. D. L. Owen and G. Wilhelm, Bethesda (MD): CDL Press, 2005, pp. 109-126.

—, y S. Lange, *Das Archiv des Idadda: Die Keilschrifttexte aus den deutsch-syrischen Ausgrabungen 2001-2003 im Königspalast von Qatna* (*Qatna-Studien. Ergebnisse der Ausgrabungen*, 3), Wiesbaden: Harrassowitz, 2012.

Robbins, M., *Collapse of the Bronze Age: The Story of Greece, Troy, Israel, Egypt, and the Peoples of the Sea*, San Jose (CA): Authors Choice Press, 2003.

Roberts, R. G., *The Sea Peoples and Egypt*, tesis de doctorado, University of Oxford, 2008.

—, «Identity, Choice, and the Year 8 Reliefs of Ramesses III at Medinet Habu», en *Forces of Transformation: The End of the Bronze Age in the Mediterranean*, ed. C. Bachhuber y R. G. Roberts, Oxford: Oxbow Books, 2009, pp. 60-68.

Roehrig, C. (ed.), *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh*, New Haven: Yale University Press, 2005.

Rohling, E. J., A. Hayes, P. A. Mayewski y M. Kucera, «Holocene Climate Variability in the Eastern Mediterranean, and the End of the Bronze Age», en *Forces of Transformation: The End of the Bronze Age in the Mediterranean*, ed. C. Bachhuber y R. G. Roberts, Oxford: Oxbow Books, 2009, pp. 2-5.

Roth, A. M., «Hatshepsut's Mortuary Temple at Deir el-Bahri», en *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh*, ed. C. Roehrig, New Haven: Yale University Press, 2005, pp. 147-151.

Routledge, B., y K. McGeough, «Just What Collapsed? A Network Perspective on "Palatial" and "Private" Trade at Ugarit», en *Forces of Transformation: The End of the Bronze Age in the Mediterranean*, ed. C. Bachhuber y R. G. Roberts, Oxford: Oxbow Books, 2009, pp. 22-29.

Rubalcaba, J., y E. H. Cline, *Digging for Troy: From Homer to Hisarlik*, Watertown (MA): Charlesbridge, 2011.

Rutter, J. B., «Cultural Novelties in the Post-Palatial Aegean: Indices of Vitality or Decline?», en *The Crisis Years: The 12th Century B.C.*, ed. W. A. Ward y M. S. Joukowsky, Dubuque (IA): Kendall/Hunt Publishing Co., 1992, pp. 61-78.

Ryan, D. P., *Beneath the Sands of Egypt: Adventures of an Unconventional Archaeologist*, Nueva York: HarperCollins Publishers, 2010.

Sandars, N. K., *The Sea Peoples: Warriors of the Ancient Mediterranean*, Londres: Thames and Hudson, 1985, ed. rev.

Schaeffer, C. F. A., *Stratigraphie comparée et chronologie de l'Asie occidentale*, Londres: Oxford University Press, 1948.

—, *Ugaritica 4. Mission de Ras Shamra 15*, París: Geuthner, 1962.

—, «Commentaires sur les lettres et documents trouvés dans les bibliothèques privées d'Ugarit», en *Ugaritica 5. Mission de Ras Shamra 16*, París: Geuthner, 1968, pp. 607-768.

Schliemann, H., *Mycenae*, Leipzig: F. A. Brockhaus, 1878.

Schulman, A. R., «Diplomatic Marriage in the Egyptian New Kingdom», en *Journal of Near Eastern Studies* 38 (1979), pp. 177-193.

—, «Hittites, Helmets and Amarna: Akhenaten's First Hittite War», en *The Akhenaten Temple Project*, vol. 2: *Rwd-Mnw, Foreigners and Inscriptions*, ed. D. B. Redford, Toronto: Akhenaten Temple Project, 1988, pp. 54-79.

Schwartz, G. M., y J. J. Nichols, *After Collapse: The Regeneration of Complex Societies*, Tucson: University of Arizona Press, 2006.

Seeher, J., «Die Zerstörung der Stadt Hattusa», en *Akten IV. Internationalen Kongresses für Hethitologie. Würzburg, 4.-8. Oktober 1999*, ed. G. Wilhelm, Wiesbaden: Harrassowitz, 2001, pp. 623-634.

Sharon, I., y A. Gilboa, «The SKL Town: Dor in the Early Iron Age», en *The Philistines and Other «Sea Peoples» in Text and Archaeology*, ed. A. E. Killebrew y G. Lehmann, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2013, pp. 393-468.

Shelmerdine, C. W. [1998*a*], «Where Do We Go from Here? And How Can the Linear B Tablets Help Us Get There?», en *Aegaeum* 18: *The Aegean and the Orient in the Second Millennium. Proceedings of the 50th Anniversary Symposium, Cincinnati, 18-20 April 1997*, ed. E. H. Cline y D. Harris-Cline, Lieja: Université de Liège, 1998, pp. 291-299.

—, [1998*b*], «The Palace and Its Operations», en *Sandy Pylos. An Archaeological History from Nestor to Navarino*, ed. J. L. Davis, Austin: University of Texas Press, 1998, pp. 81-96.

—, «Pylian Polemics: the Latest Evidence on Military Matters», en *Aegaeum* 19: *Polemos: Le contexte guerrier en Égée à l'âge du Bronze. Actes de la 7e Rencontre égéenne internationale (Liège 1998)*, ed. R. Laffineur, Lieja: Université de Liège, 1999,

pp. 403-408.

—, «The Palatial Bronze Age of the Southern and Central Greek Mainland», en *Aegean Prehistory: A Review*, ed. T. Cullen, Boston: Archaeological Institute of America, 2001, pp. 329-382.

—, (ed.), *The Cambridge Companion to the Aegean Bronze Age*, Cambridge: Cambridge University Press, 2008.

Sherratt, S., «"Sea Peoples" and the Economic Structure of the Late Second Millennium in the Eastern Mediterranean», en *Mediterranean Peoples in Transition: Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE*, ed. S. Gitin, A. Mazar y E. Stern, Jerusalén: Israel Exploration Society, 1998, pp. 292-313.

—, «The Mediterranean Economy: "Globalization" at the End of the Second Millennium B.C.E.», en *Symbiosis, Symbolism, and the Power of the Past: Canaan, Ancient Israel, and Their Neighbors from the Late Bronze Age through Roman Palaestina. Proceedings of the Centennial Symposium W. F. Albright Institute of Archaeological Research and American Schools of Oriental Research, Jerusalem, May 29-31, 2000*, ed. W. G. Dever y S. Gitin, Winona Lake (IN): Eisenbrauns, 2003, pp. 37-54.

—, «The Ceramic Phenomenon of the "Sea Peoples": An Overview», en *The Philistines and Other «Sea Peoples» in Text and Archaeology*, ed. A. E. Killebrew y G. Lehmann, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2013, pp. 619-644.

Shrimpton, G., «Regional Drought and the Economic Decline of Mycenae», en *Echos du monde classique* 31 (1987), pp. 133-177.

Silberman, N. A., «The Sea Peoples, the Victorians, and Us: Modern Social Ideology and Changing Archaeological Interpretations of the Late Bronze Age Collapse», en *Mediterranean Peoples in Transition: Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE*, ed. S. Gitin, A. Mazar y E. Stern, Jerusalén: Israel Exploration Society, 1998, pp. 268-275.

Singer, I., «A Political History of Ugarit», en *Handbook of Ugaritic Studies*, ed. W. G. E. Watson y N. Wyatt, Leiden: Brill, 1999, pp. 603-733.

—, «New Evidence on the End of the Hittite Empire», en *The Sea Peoples and Their World: A Reassessment*, ed. E. D. Oren, Filadelfia: University of Pennsylvania, 2000, pp. 21-33.

—, «The Fate of Hattusa during the Period of Tarhuntassa's Supremacy», en *Kulturgeschichten: altorientalistische Studien für Volkert Haas zum 65. Geburtstag*, Saarbrücken: Saarbrücker Druckerei und Verlag, 2001, pp. 395-403.

—, *Hittite Prayers*, Atlanta: Society of Biblical Literature, 2002.

—, «Ships Bound for Lukka: A New Interpretation of the Companion Letters RS 94.2530 and RS 94.2523», en *Altorientalische Forschungen* 33 (2006), pp. 242-262.

—, «The Philistines in the North and the Kingdom of Taita», en *The Ancient Near East in the 12th-10th Centuries BCE: Culture and History. Proceedings of the*

International Conference Held at the University of Haifa, 2-5 May, 2010 (*AOAT* 392), ed. G. Galil, A. Gilboa, A. M. Maeir y D. Kahn, Münster: Ugarit-Verlag, 2012, pp. 451-472.

Smith, P., «Skeletal Remains from Level VI», en *The Renewed Archaeological Excavations at Lachish (1973-1994)*, ed. D. Ussishkin. Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv, 2004, pp. 2504-2507.

Snape, S. R., «The Legacy of Ramesses III and the Libyan Ascendancy», en *Ramesses III: The Life and Times of Egypt's Last Hero*, ed. E. H. Cline y D. O'Connor, Ann Arbor: University of Michigan Press, 2012, pp. 404-441.

Sørensen, A. H., «Approaching Levantine Shores. Aspects of Cretan Contacts with Western Asia during the MM-LM I Periods», en *Proceedings of the Danish Institute at Athens* 6, ed. E. Hallager y S. Riisager, Atenas: Danish Institute at Athens, 2009, pp. 9-55.

Sourouzian, H., «Beyond Memnon: Buried for More Than 3,300 Years, Remnants of Amenhotep III's Extraordinary Mortuary Temple at Kom el-Hettan Rise from beneath the Earth», en *ICON magazine*, verano de 2004, pp. 10-17.

—, R. Stadelmann, N. Hampikian, M. Seco Álvarez, I. Noureddine, M. Elesawy, M. A. López Marcos y C. Perzlmeier, «Three Seasons of Work at the Temple of Amenhotep III at Kom El Hettan. Part III: Works in the Dewatered Area of the Peristyle Court and the Hypostyle Hall», en *Annales du Service des antiquités de l'Egypte* 80 (2006), pp. 401-488.

Stager, L. E., «The Impact of the Sea Peoples in Canaan», en *The Archaeology of Society in the Holy Land*, ed. T. E. Levy, Londres: Leicester University Press, 1995, pp. 332-348.

Steel, L., *Cyprus before History: From the Earliest Settlers to the End of the Bronze Age*, Londres: Gerald Duckworth & Co., 2004.

—, *Materiality and Consumption in the Bronze Age Mediterranean*, Nueva York: Routledge, 2013.

Stern, E., *Dor, Ruler of the Seas: Twelve Years of Excavations at the Israelite-Phoenician Harbor Town on the Carmel Coast*, Jerusalén: Israel Exploration Society, 1994.

—, «The Relations between the Sea Peoples and the Phoenicians in the Twelfth and Eleventh Centuries BCE», en *Mediterranean Peoples in Transition: Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE*, ed. S. Gitin, A. Mazar y E. Stern, Jerusalén: Israel Exploration Society, 1998, pp. 345-352.

—, «The Settlement of the Sea Peoples in Northern Israel», en *The Sea Peoples and Their World: A Reassessment*, ed. E. D. Oren, Filadelfia: University of Pennsylvania, 2000, pp. 197-212.

—, «Archaeological Remains of the Northern Sea People along the Sharon and Carmel Coasts and the Acco and Jezreel Valleys», en *The Ancient Near East in*

the 12th-10th Centuries BCE: Culture and History. Proceedings of the International Conference Held at the University of Haifa, 2-5 May, 2010 (*AOAT* 392), ed. G. Galil, A. Gilboa, A. M. Maeir y D. Kahn, Münster: Ugarit-Verlag, 2012, pp. 473-507.

Stiros, S. C., y R. E. Jones (eds.), *Archaeoseismology* (*Fitch Laboratory Occasional Paper*, 7), Atenas: British School at Athens, 1996.

Stockhammer, P. W., «From Hybridity to Entanglement, from Essentialism to Practice», en *Archaeological Review from Cambridge* 28/1 (2013), pp. 11-28.

Strange, J., *Caphtor/Keftiu*, Leiden: E. J. Brill, 1980.

Strauss, B., *The Trojan War: A New History*, Nueva York: Simon & Schuster, 2006. [Hay trad. cast. de Ignacio Alonso Blanco, *La guerra de Troya*, Barcelona: Edhasa, 2008.]

Strobel, K., «Qadesh, Sea Peoples, and Anatolian-Levantine Interactions», en *Across the Border: Late Bronze-Iron Age Relations between Syria and Anatolia. Proceedings of a Symposium Held at the Research Center of Anatolian Studies, Koç University, Istanbul, May 31-June 1, 2010*, ed. K. A. Yener, Lovaina: Peeters, 2013, pp. 501-538.

Tainter, J. A., *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge: Cambridge University Press, 1988.

Taylour, W. D., «Mycenae, 1968», en Antiquity 43 (1969), pp. 91-97.

Troy, L., «Religion and Cult during the Time of Thutmose III», en *Thutmose III: A New Biography*, ed. E. H. Cline y D. O'Connor, Ann Arbor: University of Michigan Press, 2006, pp. 123-182.

Trumpler, C., *Agatha Christie and Archaeology*, Londres: British Museum Press, 2001.

Tsountas, C., y J. I. Manatt, *The Mycenaean Age*, Londres: Macmillan and Co., 1897.

Tyldesley, J., *Hatchepsut: The Female Pharaoh*, Londres: Penguin Books, 1998.

Uberoi, J. P. Singh, *Politics of the Kula Ring*, Manchester: Manchester University Press, 1962.

Unal, A., A. Ertekin, e I. Ediz, «The Hittite Sword from Bogazkoy—Hattusa, Found 1991, and Its Akkadian Inscription», en *Muze* 4 (1991), pp. 46-52.

Ussishkin, D., «Lachish: Key to the Israelite Conquest of Canaan?», en *Biblical Archaeology Review* 13/1 (1987), pp. 18-39.

—, «The Destruction of Megiddo at the End of the Late Bronze Age and Its Historical Significance», en Mediterranean Peoples in Transition: Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE, ed. S. Gitin, A. Mazar y E. Stern, Jerusalén: Israel Exploration Society, 1995, pp. 197-219.

—, [2004*a*], *The Renewed Archaeological Excavations at Lachish (1973-1994)*, Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv, 2004.

—, [2004*b*], «A Synopsis of the Stratigraphical, Chronological and Historical

Issues», en *The Renewed Archaeological Excavations at Lachish (1973-1994)*, ed. D. Ussishkin, Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv, 2004, pp. 50-119.

—, [2004*c*], «Area P: The Level VI Temple», en *The Renewed Archaeological Excavations at Lachish (1973-1994)*, ed. D. Ussishkin, Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv, 2004, pp. 215-281.

—, [2004*d*], «A Cache of Bronze Artefacts from Level VI», en *The Renewed Archaeological Excavations at Lachish (1973-1994)*, ed. D. Ussishkin, Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv, 2004, pp. 1.584-1.588.

Vagnetti, L., «Western Mediterranean Overview: Peninsular Italy, Sicily and Sardinia at the Time of the Sea Peoples», en *The Sea Peoples and Their World: A Reassessment*, ed. E. D. Oren, Filadelfia: University of Pennsylvania, 2000, pp. 305-326.

Van De Mieroop, M., *A History of the Ancient Near East ca. 3000-323 BC*, Malden (MA): Blackwell Publishing, 2007, 2.ª ed.

Van Soldt, W., *Studies in the Akkadian of Ugarit: Dating and Grammar*, Neukirchen: Neukirchener Verlag, 1991.

—, «The Written Sources: 1. The Syllabic Akkadian Texts», en *Handbook of Ugaritic Studies*, ed. W. G. E. Watson y N. Wyatt, Leiden: Brill, 1999, pp. 28-45.

Vansteenhuyse, K., «The Bronze to Iron Age Transition at Tell Tweini (Syria)», en *Societies in Transition: Evolutionary Processes in the Northern Levant between Late Bronze Age II and Early Iron Age. Papers Presented on the Occasion of the 20th Anniversary of the New Excavations in Tell Afis. Bologna, 15th November 2007*, ed. F. Venturi, Bolonia: Clueb, 2010, pp. 39-52.

Voskos, I., y A. B. Knapp, «Cyprus at the End of the Late Bronze Age: Crisis and Colonization, or Continuity and Hybridization?», en *American Journal of Archaeology* 112 (2008), pp. 659-684.

Wachsmann, S., *Aegeans in the Theban Tombs* (*Orientalia Lovaniensia Analecta*, 20), Lovaina: Uitgeverij Peeters, 1987.

—, *Seagoing Ships & Seamanship in the Bronze Age Levant*, College Station: Texas A&M University Press, 1998.

Wallace, S., *Ancient Crete. From Successful Collapse to Democracy's Alternatives, Twelfth to Fifth Centuries BC*, Cambridge: Cambridge University Press, 2010.

Ward, W. A., y M. S. Joukowsky (eds.), *The Crisis Years: The 12th century B.C. from beyond the Danube to the Tigris*, Dubuque (IA): Kendall/Hunt Publishing Co., 1992.

Wardle, K. A., J. Crouwel y E. French, «A Group of Late Helladic IIIB 2 Pottery from within the Citadel at Mycenae: "The Causeway Deposit"», en Annual of the British School at Athens 68 (1973), pp. 297-348.

Weinstein, J., «The Gold Scarab of Nefertiti from Ulu Burun: Its Implications for Egyptian History and Egyptian-Aegean Relations», en *American Journal of*

Archaeology 93 (1989), pp. 17-29.

—, «The Collapse of the Egyptian Empire in the Southern Levant», en *The Crisis Years: The 12th Century B.C.*, ed. W. A. Ward y M. S. Joukowsky, Dubuque (IA): Kendall/Hunt Publishing Co., 1992, pp. 142-150.

Weiss, H., «Quantifying Collapse: The Late Third Millennium BC», en *Seven Generations since the Fall of Akkad*, ed. H. Weiss, Wiesbaden: Harrassowitz, 2012, pp. vii-24.

Wente, E. F. [2003*a*], «The Quarrel of Apophis and Seknenre», en *The Literature of Ancient Egypt*, ed. W. K. Simpson, New Haven: Yale University Press, 2003, pp. 69-71.

—, [2003*b*], «The Report of Wenamun», en *The Literature of Ancient Egypt*, ed. W. K. Simpson, New Haven: Yale University Press, 2003, pp. 116-124.

Wilson, J., «The War against the Peoples of the Sea», en *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, 3.ª ed. con suplemento, ed. J. Pritchard, Princeton (NJ): Princeton University Press, 1969, pp. 262-263.

Wood, M., *In Search of the Trojan War*, Berkeley: University of California Press, 1996, 2.ª ed. [Hay trad. cast. de Silvia Furió, *En busca de la guerra de Troya*, Barcelona: Crítica, 2013.]

Yakar, J., «Identifying Migrations in the Archaeological Records of Anatolia», en *Identifying Changes: The Transition from Bronze to Iron Ages in Anatolia and Its Neighbouring Regions. Proceedings of the International Workshop, Istanbul, November 8-9, 2002*, ed. B. Fischer, H. Genz, E. Jean y K. Köroğlu, Estambul: Türk Eskiçağ Bilimleri Enstitüsü Yayinlari, pp. 2003, 11-19.

Yalçin, S., «A Re-evaluation of the Late Bronze to Early Iron Age Transitional Period: Stratigraphic Sequence and Plain Ware of Tarsus-Gözlükule», en *Across the Border: Late Bronze-Iron Age Relations between Syria and Anatolia. Proceedings of a Symposium held at the Research Center of Anatolian Studies, Koç University, Istanbul, May 31-June 1, 2010*, ed. K. A. Yener, Lovaina: Peeters, 2013, pp. 195-211.

Yasur-Landau, A. [2003*a*], «One If by Sea ... Two If by Land: How Did the Philistines Get to Canaan? Two: By Land—the Trek through Anatolia Followed a Well-Trod Route», en *Biblical Archaeology Review* 29/2 (2003), pp. 34-39, 66-67.

—, [2003*b*], «The Many Faces of Colonization: 12th Century Aegean Settlements in Cyprus and the Levant», en *Mediterranean Archaeology and Archaeometry* 3/1 (2003), pp. 45-54.

—, [2003*c*], «Why Can't We Find the Origin of the Philistines? In Search of the Source of a Peripheral Aegean Culture», en *The 2nd International Interdisciplinary Colloquium: The Periphery of the Mycenaean World. 26-30 September, Lamia 1999*, ed. N. Kyparissi-Apostolika y M. Papakonstantinou, Atenas: Ministerio de Cultura, 2003, pp. 578-598.

—, [2003*d*], «The Absolute Chronology of the Late Helladic IIIC Period: A View from the Levant», en *LH IIIC Chronology and Synchronisms. Proceedings of the International Workshop Held at the Austrian Academy of Sciences at Vienna, May 7th and 8th, 2001*, ed. S. Deger-Jalkotzy y M. Zavadil, Viena: Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 2003, pp. 235-244.

Yasur-Landau, A., «Let's Do the Time Warp Again: Migration Processes and the Absolute Chronology of the Philistine Settlement», en *The Synchronisation of Civilisations in the Eastern Mediterranean in the Second Millennium B.C. III, Proceedings of the SCIEM 2000—2nd EuroConference, Vienna, 28th of May-1st of June 2003*, ed. M. Bietak y E. Czerny, Viena: Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 2007, pp. 610-617.

—, [2010*a*], *The Philistines and Aegean Migration at the End of the Late Bronze Age*, Cambridge: Cambridge University Press, 2010.

—, [2010*b*], «On Birds and Dragons: A Note on the Sea Peoples and Mycenaean Ships», en *Pax Hethitica. Studies on the Hittites and Their Neighbours in Honor of Itamar Singer*, ed. Y. Cohen, A. Gilan y J. L. Miller, Wiesbaden: Harrassowitz Verlag, 2010, pp. 399-410.

—, [2012*a*], «The Role of the Canaanite Population in the Aegean Migration to the Southern Levant in the Late Second Millennium BCE», en *Materiality and Social Practice: Transformative Capacities of Intercultural Encounters*, ed. J. Maran y P. W. Stockhammer, Oxford: Oxbow Books, 2012, pp. 191-197.

—, [2012*b*], «Chariots, Spears and Wagons: Anatolian and Aegean Elements in the Medinet Habu Land Battle Relief», en *The Ancient Near East in the 12th-10th Centuries BCE: Culture and History. Proceedings of the International Conference Held at the University of Haifa, 2-5 May, 2010* (*AOAT* 392), ed. G. Galil, A. Gilboa, A. M. Maeir y D. Kahn, Münster: Ugarit-Verlag, 2012, pp. 549-567.

Yener, K. A. [2013*a*], «New Excavations at Alalakh: the 14th-12th Centuries BC», en *Across the Border: Late Bronze-Iron Age Relations between Syria and Anatolia. Proceedings of a Symposium held at the Research Center of Anatolian Studies, Koç University, Istanbul, May 31-June 1*, 2010, ed. K.A. Yener, Lovaina: Peeters, 2013, pp. 11-35.

—, [2013*b*], «Recent Excavations at Alalakh: Throne Embellishments in Middle Bronze Age Level VII», en *Cultures in Contact: From Mesopotamia to the Mediterranean in the Second Millennium B.C.*, ed. J. Aruz, S. B. Graff y Y. Rakic, Nueva York: Metropolitan Museum of Art, 2013, pp. 142-153.

Yoffee, N., y G. L. Cowgill (eds.), *The Collapse of Ancient States and Civilization*, Tucson: University of Arizona, 1988.

Yon, M., «The End of the Kingdom of Ugarit», en *The Crisis Years: The 12th Century B.C.*, ed. W. A. Ward y M. S. Joukowsky, Dubuque (IA): Kendall/Hunt Publishing Co., 1992, pp. 111-122.

—, «The Foreign Relations of Ugarit», en *Sea Routes ...: Interconnections in the Mediterranean 16th-6th c. BC. Proceedings of the International Symposium Held at Rethymnon, Crete in September 29th-October 2nd 2002*, ed. N. Chr. Stampolidis y V. Karageorghis, Atenas: Universidad de Creta y Fundación A. G. Leventis, 2003, pp. 41-51.

—, *The City of Ugarit at Tell Ras Shamra*, Winona Lake (IN): Eisenbrauns, 2006.

—, y D. Arnaud, *Études Ougaritiques I: Travaux 1985-1995*, París: Éditions Recherche sur les Civilisations, 2001.

—, M. Sznycer y P. Bordreuil, *Le Pays d'Ougarit autour de 1200 av. J.-C.: Historie et archéologie. Actes du Colloque International; Paris, 28 juin-1er juillet 1993*. París: Éditions Recherche sur les Civilisations, 1995.

Zaccagnini, C., «Patterns of Mobility among Ancient Near Eastern Craftsmen», en *Journal of Near Eastern Studies* 42 (1983), pp. 250-254.

Zeiger, A., «3,000-Year-Old Wheat Traces Said to Support Biblical Account of Israelite Conquest; Archaeologist Amnon Ben-Tor Claims Find at Tel Hazor Is a Remnant of Joshua's Military Campaign in 13th Century BCE», en *Times of Israel*, 23 de julio de 2012, http://www.timesofisrael.com/3000-year-old-wheat-corroborates-biblical-narrative-archaeologist-claims/ (última consulta: 6 de agosto de 2012).

Zertal, A., «Philistine Kin Found in Early Israel», en *Biblical Archaeology Review* 28/3 (2002), pp. 18-31, 60-61.

Zettler, R. L., «12th Century B.C. Babylonia: Continuity and Change», en *The Crisis Years: The 12th Century B.C.*, ed. W. A. Ward y M. S. Joukowsky, 174-81, Dubuque (IA): Kendall/Hunt Publishing Co., 1992, pp. 174-181.

Zink, A. R., *et al.*, «Revisiting the Harem Conspiracy and Death of Ramesses III: Anthropological, Forensic, Radiological, and Genetic Study», en *British Medical Journal* 345 (2012): 345:e8268, http://www.bmj.com/content/345/bmj.e8268 (última consulta: 25 de agosto 2013).

Zivie, A., *The Lost Tombs of Saqqara*, El Cairo: American University in Cairo Press, 1987.

Zuckerman, S., «Where Is the Hazor Archive Buried?», en *Biblical Archaeology Review* 32/2 (2006): 28-37.

—, [2007*a*], «Anatomy of a Destruction: Crisis Architecture, Termination Rituals and the Fall of Canaanite Hazor», en *Journal of Mediterranean Archaeology* 20/1 (2007), pp. 3-32.

—, [2007*b*], «Dating the Destruction of Canaanite Hazor without Mycenaean Pottery?», en *The Synchronisation of Civilisations in the Eastern Mediterranean in the Second Millennium B.C. III, Proceedings of the SCIEM 2000—2nd EuroConference, Vienna, 28th of May-1st of June 2003*, ed. M. Bietak y E. Czerny, Viena: Verlag der

Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 2007, pp. 621-629.

—, «The Last Days of a Canaanite Kingdom: A View from Hazor», en *Forces of Transformation: The End of the Bronze Age in the Mediterranean*, ed. C. Bachhuber y R. G. Roberts, Oxford: Oxbow Books, 2009, pp. 100-107.

—, «"The City, Its Gods Will Return There...": Toward an Alternative Interpretation of Hazor's Acropolis in the Late Bronze Age», en *Journal of Near Eastern Studies* 69/2 (2010), pp. 163-178.

Zwickel, W., «The Change from Egyptian to Philistine Hegemony in South-Western Palestine during the Time of Ramesses III or IV», en *The Ancient Near East in the 12th-10th Centuries BCE: Culture and History. Proceedings of the International Conference Held at the University of Haifa, 2-5 May, 2010* (*AOAT* 392), ed. G. Galil, A. Gilboa, A. M. Maeir, y D. Kahn, Münster: Ugarit-Verlag, 2012, pp. 595-601.